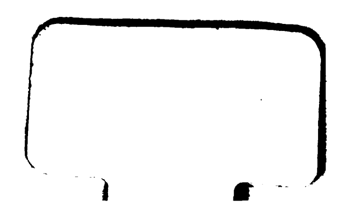


HISTORIA JENERAL

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE.

HISTORIA JENERAL

DE LA

INDEPENDENCIA DE CHILE.

POR

DIEGO BARROS ARANA.

"El deber del historiador es contar cada cosa como ha pasado. . . . . El historiador debe ser sin temor, incorruptible, franco, amigo de la libertad i de la verdad, i como se dice vulgarmente, llamar al pan pan, sin conceder nada al odio o a la amistad, i escribir sin piedad, sin disfraz i sin verguenza : juez equitativo, benévolo para todos."

LUCIANO.—"Historia verdadera."

TOMO III.

SANTIAGO.
IMPRENTA DEL FERROCARRIL,
CALLE DE LOS TEATINOS, NUM. 34.
— 1857. —

HISTORIA JENERAL

DE LA

INDEPENDENCIA DE CHILE.

CAPITULO I.

I. Fiestas públicas con que se celebró la reconquista de Chile.— II. Conciliadoras providencias de Ossorio.—III. Medidas impolíticas para reglamentar el ejército.—IV. Sistema represivo i pérfido adoptado contra los patriotas.—V. Ossorio manda a Juan Fernandez a cuarenta i dos de ellos.—VI. Continúan las prisiones en las provincias.—VII. Condicion de los presos de la cárcel de Santiago.—VIII. Se denuncia al gobierno una proyectada conspiracion de éstos.—IX. Horrible matanza de los presos.—X. Medidas tomadas por Ossorio para ocultar el crímen.

I. Altamente envanecido con los triunfos que acababa de alcanzar comenzó Ossorio su gobierno. La toma de Rancagua i la reconquista de Chile eran en su concepto sucesos de alta importancia no solo por las ventajas obtenidas, sino por la auréola de gloria que en adelante iba a acompañar su nombre. En medio de su envanecimiento, él creia firmemente que solo a su jénio i a la proteccion del

cielo se debia la pronta i feliz conclusion de la campaña; i, aun cuando en sus partes oficiales trataba de recomendar a algunos de sus subalternos, Ossorio tenia buen cuidado de darse siempre la direccion en todo. La *Gaceta de Lima*, que atribuyó la reconquista de Chile a la exactitud con que siguió el jefe realista el camino trazado por el virrei del Perú, obtuvo una contestacion firmada por el mismo Ossorio en que negaba decididamente haber recibido planes de ninguna especie para la campaña (1).

El coronel Ossorio queria solo partir la gloria del triunfo con la vírjen del Rosario, a la que él habia hecho reconocer como patrona jurada del ejército realista. Relijioso hasta el fanatismo, devoto hasta la supersticion, el jefe español aseguraba al virrei en su parte oficial, que al favor de la vírjen en la víspera i el mismo dia de su advocacion (1.° i 2 de octubre) debia el haber entrado finalmente en Rancagua. Por esto mismo las celebraciones que se hicieron en todos los pueblos del reino con motivo de la reconquista se redujeron a suntuosas funciones relijiosas, en que los frailes de las diversas comunidades competian en lujo i entusiasmo.

Un curioso documento de aquella época da noticias mui minuciosas de las celebraciones que se hicieron en el pueblo de Chillan. Llegó allí la noticia de la toma de Rancagua el 8 de octubre: inmediatamente se entonó un *Te Deum* en la iglesia

(1) La *Gaceta de Lima* de 12 de noviembre de 1814, contiene el artículo citado: Ossorio contestó en la *Gaceta del gobierno de Chile* de 15 de diciembre.

de San Francisco, se cubrieron de banderas todas las torres de la ciudad, se adornaron las calles con arcos de verdura i se dió principio a las mas suntuosas funciones que hasta entónces se habian visto en aquel pueblo. Los padres misioneros celebraron dos solemnes procesiones que recorrieron las calles bajo de arcos triunfales cubiertos de versos e inscripciones. Un inmenso jentío atraido por la novedad, de los campos de las inmediaciones, se agolpaba por todas partes para ver de cerca aquella grandiosa procesion. La música de un órgano que seguia a las andas en una espaciosa carreta, no dejaba de hacerse oir hasta el momento en que algunos niños vestidos de ánjeles i de militares pronunciaban discursos en loor de los pacificadores de Chile. Las celebraciones duraron hasta el dia 5 de noviembre (2).

El entusiasmo de los realistas no fué menor en los otros pueblos del reino. En todas partes se hicieron funciones relijiosas en que tomaban parte los parciales de la reconquista i los revolucionarios tibios, que querian ahora hacer ostentacion de fidelidad al rei.

II. Este disimulo parecia hasta cierto punto intempestivo. Ossorio comenzó su gobierno ostentando benevolencia i jenerosidad para con los vencidos. Sus proclamas al ejército ántes de entrar a Santiago, i los primeros actos de su gobierno anunciaban su buen deseo de olvidar los delitos de infidelidad e insurreccion. Los documentos públicos

(2) *Relacion de la conducta observada por los padres misioneros del colejio de Chillan.* Mss.

decian que el presidente no necesitaba de otra condicion para dar el perdon a sus enemigos que el arrepentimiento de sus pasados estravíos. De Ossorio se contaba solo razgos de jenerosidad : unos decian que habia reprendido amargamente a cierto palaciego porque le denunciaba a los insurjentes encubiertos; i otros referian que habia ofrecido un severo castigo a uno de sus cortesanos que reclamaba cadalsos i destierros para estirpar el espíritu revolucionario.

Sin embargo, las personas comprometidas en los anteriores sucesos no quisieron presentarse en las ciudades como si nada tuviesen que temer. Despues del desastre de Rancagua, todos aquellos patriotas que no pudieron seguir a los restos del ejército insurjente abandonaron sus casas para sustraerse a las persecuciones. Muchos de éstos creian sinceramente que su participacion en los sucesos de la revolucion no los hacia acreedores a ningun castigo; pero no queriendo presenciar la entrada de los vencedores, i temiendo las persecuciones de los primeros momentos, se habian retirado a sus casas de campo.

A su entrada a la capital, Ossorio encontró la ciudad casi despoblada : pero su corta permanencia en ella no le dió tiempo para tomar algunas medidas a este respecto. El gobernador delegado don Jerónimo Pizana, que debia sucederle en el mando político de Santiago, le consultó lo que debia hacer en este particular : a su nota contestó Ossorio dirijiéndole la siguiente instruccion ántes de partir en alcance de los fujitivos insurjentes : "Puede

U. S. llamar indistintamente a todos los que han abandonado sus hogares, seguros de que la clase de su arrepentimiento decidirá el aprecio que le merezcan, i que no se atentará de ningun modo a sus vidas como se ha observado hasta ahora; i lo digo a U. S. en contestacion a su oficio de esta fecha. Dios guarde a U. S.—Octubre 10 de 1814."

Era Pizana un hombre de buenos sentimientos, que creia empresa fácil la total pacificacion de Chile sin apelar a medidas rigorosas i sin emplear castigos ni providencias represivas. Vivia en Santiago desde 1802, i tenia relaciones de amistad con muchas personas comprometidas en la revolucion, a las cuales no hubiera querido ver perseguidas por las autoridades. Los insurjentes lo habian tratado con consideraciones, i creia de su deber pagarles en la misma moneda. Con este propósito, al siguiente dia de haber recibido la nota del coronel Ossorio, el 11 de octubre, hizo publicar un bando en que ofrecia perdon por los anteriores sucesos. "Todas aquellas familias o personas, decia aquella pieza, que sin mas motivo que recelos o temores infundados, han dejado la capital, abandonando sus hogares con perjuicio propio o descrédito de la buena conducta del ejército real, se restituiran a sus casas en el término de ocho dias, so pena de ser mirados i tratados como sospechosos al actual gobierno lejítimamente restituido.—11 de octubre de 1814 (3)".

Tan esplícita manifestacion calmó enteramente los ánimos de los insurjentes que se hallaban es-

(3) Este bando existe en el archivo del ministerio del interior.

condidos. Vieron éstos en Ossorio un militar humano, animado del sincero deseo de pacificar a Chile con su conducta noble i jenerosa, i hasta los mas empecinados sectarios de la revolucion se confesaban vencidos con la hidalguía de su enemigo. El mismo presidente puso término en 4 de noviembre a un engorroso proceso que se seguia desde dos meses atras, volviendo la libertad a dos vecinos de Curicó, el mayor de milicias don Pedro Pizarro i el escribano de cabildo don Francisco Olmedo, acusados de mantener relaciones con los insurjentes (4).

III. Estos sentimientos manifestaban todos los habitantes de Santiago a la vuelta de Ossorio. Venia esta vez de visitar los partidos de Aconcagua, Quillota i Valparaiso, i de cimentar en ellos el nuevo órden de cosas consiguiente a la reconquista. En este viaje se habia conducido bien sin usar de dureza, ni dejar ver miras siniestras contra los vencidos. Habia dado el gobierno de esos partidos a algunos militares de los que habian hecho con él la campaña pacificadora, i volvia a la capital sin temor ni sobresalto sobre aquellos puntos. El coronel Ballesteros, que obtuvo el mando político i militar de Quillota, quedó en este pueblo al mando del batallon de voluntarios de Chiloé, con encargo de acudir con presteza al punto en que se hicieren sentir los primeros síntomas de insurreccion; pero, a

(4) Segun consta de los autos del proceso, la culpabilidad de los acusados era casi imajinaria; pero la prontitud de Ossorio para abrir las prisiones a aquellos inocentes le merecieron mil elojios, i le captaron mucho aprecio. Este proceso fué iniciado cuando Ossorio i el ejército realista ocupaban a San Fernando. Existe en el archivo del ministerio del interior.

pesar de su actividad para cimentar el nuevo gobierno destruyendo cuanto habian creado los insurjentes, no habia tomado una sola medida represiva (5).

En Santiago lo aguardaban nuevos i fatigosos trabajos para restablecer la organizacion colonial, que habian destruido los insurjentes en los cuatro años en que estuvieron al frente de los negocios públicos. Su mision en este punto era casi tan árdua i difícil como batir el enemigo en el campo de batalla.

El ejército realista, reclutado i reunido en su mayor parte la víspera de la campaña, carecia de una organizacion estable i duradera, que asegurase su moralidad. Durante la guerra la tropa habia dado ya varias pruebas de insurreccion, i Ossorio temia que en Santiago se tratase de seducir a algunos cuerpos para operar un movimiento revolucionario. Los soldados chilenos que componian su ejército, los defensores de Chillan, i los heroes de la penosa campaña de 1818, no le merecian por esto mismo ninguna confianza; en su concepto, debia buscar su apoyo en el batallon de Talavera, compuesto en su totalidad de oficiales i soldados españoles.

Inducido por este pensamiento, Ossorio se prestó a conceder a este cuerpo gracias i exenciones de todo jénero. Pocos dias despues de haber ocupado a Santiago, la oficialidad le dirijió una representacion pidiendo que se le pagase el sueldo segun el reglamento de Lima, apoyándose en que, a mas de

(5) *Relacion de servicios del coronel Ballesteros*, Mss.

tener cada uno de ellos un despacho real en vez de un simple título firmado por el coronel Sanchez o algun otro jefe, el batallon venia destinado de España al ejército del Perú, i solo se hallaba en Chile en comision del servicio. Sin duda, la concesion de esta solicitud era una medida altamente injusta, que importaba el olvido de los buenos servicios prestados por los soldados chilenos, i que establecia en el ejército diferencias odiosas de que podian orijinarse divisiones. Segun el reglamento del Perú un subteniente gozaba de mas sueldo que un coronel del ejército de Chile; pero Ossorio no quiso tomar nada en cuenta, i, por un decreto de 27 de octubre concedió simplemente lo que se le pedia. Segun éste, el batallon de Talavera debia recibir sus sueldos con arreglo a los reglamentos vijentes en el Perú, i la tesorería debia completar sus sueldos atrasados a los oficiales que tenian despachos perfectamente autorizados (6).

La conducta de Ossorio a este respecto era tanto mas injusta cuanto que perjudicaba a oficiales i soldados que habian hecho toda la campaña de 1813 i 1814 sin sueldo alguno. Desde su salida de Valdivia solo habian recibido los primeros, de comandante para abajo, la cantidad de diez pesos, i dos las clases i soldados. Mal vestido i peor equipado, el ejército habia servido bien durante la guerra, sin manifestar descontento por la falta de sueldo; i cuando tocaba al término de tanto trabajo este duro desengaño vino a herirlo mas profundamente.

(6) Ballesteros.—*Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile*, cap. 3.º, año de 1814. Mss.

No fué este el último golpe que cayó sobre aquellos desgraciados despues de la victoria. Siguiendo las instrucciones que le dió el virrei Abascal ántes de salir de Lima, Ossorio se negó mañosamente a reconocer los grados conferidos por el coronel Sanchez durante la campaña que habia dirijido. De este modo los improvisados coroneles del sitio de Chillan se vieron reducidos a recibir sus sueldos por los grados que poseian ántes de la guerra, aun cuando se les permitió usar los distintivos de sus nuevos títulos.

Como es fácil suponer, todos estos golpes caian con mas fuerza sobre los soldados, i mucho mas sobre los desgraciados que se invalidaron en la campaña. Los comandantes de los batallones de Valdivia i Chiloé, teniendo que elevar la fuerza de cada uno de estos cuerpos a 600 hombres, presentaron a la capitanía jeneral un estado de los muertos i heridos en accion de guerra, esperando que el gobierno concediese una pension a las viudas i a los inválidos, i trasladase a éstos a las provincias de su nacimiento, con las recomendaciones de ordenanza. Contra las esperanzas de los jefes, el presidente dejó para mas tarde la concesion de esta gracia para las viudas, i despidió inhumanamente del servicio a todos los inválidos de su ejército, sin cubrirles siquiera sus sueldos atrasados. Despues de esta última desgracia, les fué forzoso a esos infelices trasladarse a sus hogares, mendigando por los caminos su subsistencia diaria, o quedarse en la capital reducidos a pordioseros (7).

(7) Ballesteros. *Revista*, etc.

El ejército chileno no sufrió con indiferencia tan repetidos golpes. El desprecio que se hacia de él despues de la victoria resfrió su entusiasmo i le indispuso contra los mandatarios españoles, tan poco dispuestos a hacer justicia a los buenos servidores. Los jefes murmuraron en secreto lamentándose del mal pago que se daba a sus servicios; pero tuvieron buen cuidado de no dejar oir sus quejas, ni mucho ménos de hacerlas llegar hasta el palacio del capitan jeneral. Ellos temieron irritar al poderoso Ossorio con sus reclamos, i labrar por consecuencia su propia ruina.

IV. Los patriotas que quedaron en Chile comenzaban entretanto a volver a las ciudades que habian abandonado despues de la derrota. Habíase pasado un mes entero sin que se molestase a ninguno por sus anteriores opiniones. Confiados en las palabras del bando dictado por Pizana i en la conducta observada por Ossorio, ellos creian firmemente que el capitan jeneral estaba dispuesto a seguir una política jenerosa con los vencidos. Su culpabilidad, en efecto, no era mucha, puesto que los verdaderos corifeos de la revolucion chilena atravesaron los Andes con los restos del ejército insurjente; pero habia sin duda cierta jenerosidad en la conducta observada hasta entónces por Ossorio, que los patriotas no dejaban de confesar.

Por desgracia, no les duró largo tiempo esta satisfacion. Ossorio habia adoptado un sistema pérfido para castigar a los insurjentes, i su aparente jenerosidad era solo un lazo para obligarlos a dejar sus escondites i mantenerlos en la confianza de que

no serian perseguidos. En la noche del 7 de noviembre por fin, algunas partidas del rejimiento de Talavera apresaron en sus casas a varias personas de las mas caracterizadas de Santiago.

Grande fué la consternacion que este suceso produjo en la capital. Al dia siguiente se estendió por todas partes la noticia con comentarios alarmantes. Desde luego nadie se creyó seguro contra las persecuciones del jeneral realista; i todos pensaron en salir de Santiago para sustraerse a su saña.

Este último recurso les quedó vedado desde el siguiente dia por la publicacion de un bando dictado por Ossorio. Disponíase por éste que ninguna persona, cualquiera que fuese su sexo o condicion, pudiese alejarse seis leguas del lugar de su residencia sin un pasaporte firmado por la autoridad local, bajo pena de inmediata detencion i arresto. Era esta una traba arbitraria que iba a perjudicar a todo el mundo, a amigos i enemigos, a inocentes i a culpables. Con esta providencia, Ossorio se proponia arraigar definitivamente a todos los sospechosos e impedir que fugasen de los puntos que ocupaban.

Las prisiones continuaron aún por dos noches consecutivas. El ex-director supremo don Francisco de la Lastra, los presidentes del primer congreso don Martin Calvo Encalada i don Juan Antonio Ovalle, los vocales de la primera junta gubernativa don Ignacio de la Carrera i don Juan Enrique Rosales, don Manuel Salas, don Juan Egaña i muchos otros personajes de alta importancia por sus conocimientos, fortuna o posicion, fueron con-

ducidos a la cárcel pública o a los cuarteles que ocupaban los cuerpos del ejército, i encerrados en inmundos calabozos. Muchos de estos, cuya complicidad en la revolucion habia sido puramente negativa, fueron tratados como criminales de primer órden i confundidos con los verdaderos culpables. Para descubrir su complicidad, los esbirros de Ossorio rejistraron cuidadosamente los escritorios i gabinetes de los detenidos, i sacaron todos los impresos revolucionarios, o los títulos i documentos que encontraban para formar la sumaria de todos ellos. En estas dilijencias, muchos de esos esbirros se condujeron con la mas refinada maldad : sin miramientos de ningun jénero por los perseguidos ni por sus familias, manifestaban ellos una singular complacencia en injuriar a sus víctimas i en tratar con altanería a sus esposas e hijos.

V. Los presos permanecieron en sus calabozos sin que se les anunciase nada sobre la suerte que aguarbadan i sobre la causa que iba a seguirseles. En su desesperacion, ellos formaban las conjeturas mas tristes acerca de su destino : su prision, efectuada despues de un mes de reconquistado el país, tenia sin duda algo de misteriosa ; i las noticias que llegaban a las cárceles acerca de las disposiciones del presidente Ossorio no hacian mas que aumentar su temor i sobresalto. Decíase que el capitan jeneral se ocupaba en leer cuidadosamente los documentos i periódicos del tiempo de la revolucion para castigar a todas las personas que en ellos apareciesen como insurjentes. Todas estas piezas estaban en poder del gobierno : eran en su jeneralidad nom-

bramientos, partes oficiales o documentos que comprometian a alguien mas que a aquel que los firmaba; i si ellas debian de servir de auto cabeza de proceso, si se habia de castigar hasta los mas insignificantes delitos de infidencia, ninguno de los patriotas podia confiar en que se ocultase su culpabilidad a los ojos de sus perseguidores.

A esta prueba, Ossorio mandó que se agregase la declaracion de testigos. Admitióse para esto el testimonio de todo jénero de personas i el denuncio de todo delito, por insignificante que fuese: pero, a pesar de esto, las sumarias marchaban con gran lentitud. Los presos llegaron a sospechar que el proceso fuese solo una farsa urdida para salvar fórmulas, i que su prision se prolongaria indefinidamente o vendria a terminar en las casas matas del Callao despues de largos años de encierro: en esta creencia, ellos se entregaban de ordinario a las mas amargas reflexiones i esperaban su suerte con resignacion.

El capitan jeneral, entretanto, tomaba sus disposiciones a este respecto con calma i reposo, i arreglando en todo su conducta a las instrucciones que le habia dado el virrei Abascal. "Se pondran en segura prision, decia el artículo 13 de este documento, a los cómplices que hayan tenido parte en la primera revolucion o en la continuacion de ella, como motores o cabezas, i así mismo a los miembros del gobierno revolucionario; los cuales se enviarán a Juan Fernandez, hasta que formada la correspondiente sumaria se les juzgue segun las leyes, con

lo cual se quita el recelo de que puedan volver a conspirar."

En cumplimiento de este artículo Ossorio no detuvo mucho tiempo mas en Santiago a los presos. Levantada ápenas una imperfecta sumaria se acordó la conduccion de todos ellos a Valparaiso sin prevenirles cosa alguna acerca de esta resolucion. Algunos de los presos fueron informados por las personas que los visitaban en la prision; pero ninguno tenia noticia cierta del dia fijado para la salida ni del término del viaje.

Grande fué la sorpresa de todos cuando en una mañana se vieron despertados ántes de amanecer i obligados a salir de prisa de los calabozos que ocupaban. "Colocado allí (en el patio del cuartel de Talaveras) con otros tres compañeros, entre dos filas de soldados silenciosos i con bala en boca, refiere uno de los presos, fuí conducido con el mas fúnebre aparato a la plaza mayor, lugar de los suplicios. Allí fuimos entregados a un piquete de zapadores de Talaveras (8)". Eran estos los ejecutores ordinarios de las sentencias de muerte: a su vista se avivaron los temores de los presos, quienes creyeron firmemente que aquel era el último dia de su vida. Por fortuna su sobresalto no duró por largo tiempo: el oficial del piquete los entregó al jefe de una partida de caballería, encargándole en alta voz que mandase matarlos si intentaban escapar; e inmediatamente los hizo éste montar en malísimos caballos, ensillados con monturas misera-

(8) Egaña.—*Chileno consolado en los presidios.* Seccion 1.a, § IV, núm. 21.

bles, sin estribos ni pellones, i dió la órden de marchar de prisa con direccion a Valparaiso. Los soldados que los escoltaban no economizaron dicterios para ultrajarlos, ni arbitrio alguno para obligarlos a seguir el paso que ellos llevaban. Uno de los prisioneros, que a causa de los latigazos que daban a su caballo tuvo la desgracia de caer de él i estropearse atrozmente, no tuvo otro auxilio que montar de nuevo con un hombre a la grupa para que lo sujetase. Sin respeto ni consideracion ninguna por los presos, que eran en su mayor parte ancianos sexajenarios acostumbrados a las comodidades que proporciona la fortuna, la tropa los hacia caminar con un sol abrasador, i se mofaba de aquellos que no seguian gustosos el paso que llevaba la escolta.

Dos dias duró el viaje hasta Valparaiso. Allí fueron embarcados inmediatamente en la corbeta *Sebastiana*, o mas bien dicho, bárbaramente encerrados en el fondo de aquella embarcacion. Reuniéronse hasta cuarenta i dos prisioneros estrechados i oprimidos en un pequeño espacio, como si fuesen esclavos encerrados en un buque negrero. "Sin poder acomodar la mayor parte de los cuerpos i ménos las camas, dijeron los mismos presos en un memorial, con prohibicion de movernos aun para las necesidades mas urjentes, cubiertos de inmundicias, vómitos i fetidez, i sobre todo impedida la respiracion que se nos suministraba a ratos artificialmente por medio de una manguera, consumidos del ardiente calor, pasamos así varios dias al ancla (9)".

(9) Memorial dirijido al virrei Abascal en diciembre de 1814.

La corbeta recibió a su bordo al capitan del batallon de Concepcion don Anselmo Carabantes, nombrado gobernador de la isla, i a una compañía de soldados para guarnecerla, i se dió a la vela para su destino. Despues de ocho dias de navegacion, la *Sebastiana* arribó a Juan Fernandez, dejó su carga i zarpó de nuevo en busca de otros prisioneros.

Esta isla desierta iba a ser el horrible presidio de los patriarcas de la sociedad chilena, que no jemian en las cárceles públicas o no mendigaban en el estranjero el pan de la proscripcion. Los delegados del gobierno español habian construido pocos años ántes ocho baterías en sus costas, habian puesto para el servicio de ellas una reducida guarnicion, i habian acabado por transformar la isla en presidio para los delincuentes de grandes crímenes del Perú i Chile. Los insurjentes disolvieron el presidio en 1814, durante el directorio de Lastra, retiraron su guarnicion para hacerla servir en el ejército de la patria, i dejaron abandonada la isla. Tres soldados, que prefirieron quedarse en ella a la época de la disolucion del presidio, eran los únicos pobladores de Juan Fernandez cuando llegó a sus costas la corbeta *Sebastiana*.

VI. Casi al mismo tiempo los ajentes del gobierno apresaron en las provincias a todas las personas sindicadas de insurjentes. No contentos con tomar a los que habian hecho un papel importante en la revolucion, llevaban a las cárceles a ciudada-

Mss. En la biblioteca nacional hai una copia imperfecta de este memorial, i en el *Chileno consolado* de Egaña, están reproducidos algunos fragmentos.

nos pacíficos, cuyo único crímen era el haber admitido cualquier empleo del gobierno revolucionario, o no haber conspirado contra él. Llenáronse las cárceles i cuarteles de reos políticos, confinóse a muchos a las provincias mas alejadas de sus hogares i familias i encerraron a otros en los castillos de Talcahuano i Valparaíso para remitirlos en primera oportunidad a Juan Fernandez. La corbeta *Sebastiana*, encargada del trasporte de víveres para los confinados, de vuelta de la isla tomó en Talcahuano, a mediados de diciembre, al ex-intendente de Concepcion don Pedro José Benavente, al capitan don Gaspar Ruiz i a muchas otras personas perseguidas por delitos políticos, para conducirlas a aquel presidio.

No les sirvió su carácter a los sacerdotes patriotas para salvarse de estas persecuciones. El jeneral realista obraba en todo en virtud de las órdenes rigorosas que le dió el virrei Abascal; i él mismo creia firmemente que solo el sistema represivo podia estirpar de raiz los principios revolucionarios. Todos los eclesiásticos que habian tenido alguna parte en la direccion de los negocios públicos en la época del gobierno nacional, que habian predicado en las solemnidades patriótas o que habia manifestado simpatías por la revolucion, fueron tambien confinados a diversos puntos, privados muchos de la misa i la confesion, i sometidos a la vijilancia de frailes severos, a quienes sus ideas realistas les valieron la confianza i apoyo del gobierno para llegar a los mas encumbrados puestos de la carrera monástica.

VIII. Junto con la prision se abria el proceso

a cada uno de los individuos sindicados de insurjentes. Reuniéronse en la secretaría de gobierno todos los papeles impresos i manuscritos que arrojaban alguna luz sobre los sucesos de la revolucion, i sin grandes dificultades se sacaban de entre ellos los autos cabeza de proceso contra las personas que habian firmado esos documentos. El juicio seguia desde entónces una marcha lenta i morosa.

En enero de 1815 la cárcel de Santiago encerraba muchos presos políticos. Aguardaban éstos una simple órden de deportacion para salir a otro presidio miéntras se les seguia su causa. En uno de los cuartos del segundo piso vivian don José Fernandez Romo, comandante que habia sido durante la revolucion del escuadron de milicias de Guechuraba, don Clemente Moyano, conductor de algunas comunicaciones que el gobierno de Coquimbo remitió al jeneral Carrera en las angustiadas circunstancias que siguieron a la desastrosa pérdida de Rancagua, un deudor insolente, llamado Juan Argomedo, a quien los acreedores habian puesto en la cárcel, i otros individuos mas, acusados de complicidad en los sucesos políticos. Mal acomodados, oprimidos i vejados, ellos sufrian sin embargo con cierta resignacion. Cada vez que la guardia lo permitia, reunian en su cuarto a la mayor parte de los presos i recibian la visita de sus amigos i parientes. Conversaban todos entónces de las cosas públicas, de las medidas del gobierno i criticaban con aspereza e indignacion las despóticas providencias del presidente Ossorio, el destierro a Juan Fernandez de los hombres mas importantes

de Chile, la prision de tantos ciudadanos i las mil medidas atentatorias contra la libertad individual que tomaba a cada instante. En medio de su irritacion i de su despecho, ellos no se abstuvieron de quejarse aun delante de los soldados chilenos de la guardia, a quienes querian interesar en su causa. Decíanles con este motivo que Ossorio no apreciaba sus servicios, que hacia mui poco caso de sus soldados si estos no eran españoles del rejimiento de Talavera, i trataban de interesarlos por todos medios en la causa de la revolucion. Creyendo que los fujitivos de Rancagua se reorganizarian i engrosarian en poco tiempo en Mendoza, i que no tardarian en emprender la reconquista de Chile, hablaban largamente en este sentido lisonjeándose en que su prision sería corta, i tratando de tener por suyos a los soldados chilenos para que los segundasen en la empresa. Muchos de éstos se manifestaron quejosos contra el gobierno, i aun dispuestos a empuñar las armas para combatirlo; i ninguno de esos soldados descubrió jamas a las autoridades las conversaciones de los presos de la cárcel.

VIII. Contra las esperanzas de todos, el Judas que los denunció fué uno de los mismos presos, Argomedo. Romo, Moyano i los otros reos políticos miraban al deudor insolvente con un alto desprecio, que éste les pagaba con un odio profundo. A pesar de esto, ellos no se habian ocultado de él para murmurar de los mandatarios españoles i para entregarse libremente a sus ilusiones de revolucion i libertad. Argomedo habia oido todas sus conver-

saciones, conocia a todos los amigos de los presos, i, aunque siempre guardaba silencio al tratarse de asuntos de gobierno, nunca le manifestaron éstos la menor desconfianza.

Argomedo, en efecto, no tenia interes alguno en esos asuntos; pero él creyó que las conversaciones de que era sabedor podian serle de gran utilidad. El denuncio debia abrirle en premio las puertas de la prision i presentarle la oportunidad de tomar una dura venganza de las injurias que se le habian inferido. Alucinado con esta esperanza, concibió la idea de escribir un papelito al mayor de plaza, coronel don Luis Urrejola, comunicándole las conversaciones que habia oido, i pidiéndole una entrevista para esplicarle la trama en todos sus detalles. Para hacer llegar este papel a sus manos se valió del sarjento de la guardia.

El denuncio era mui alarmante: hablaba de una conspiracion formal de estensas ramificaciones, i todo esto con cierto aire de misterio que le daba aun mas visos de importancia. Urrejola, mui poco dispuesto de ordinario a asustarse con las apariencias, creyó fácilmente la noticia que se le comunicaba: pasó a la cárcel a oir de boca de Argomedo todos los detalles de la anunciada conspiracion, i conferenció con él por largo rato. De todas las revelaciones, dedujo el mayor de plaza que la conspiracion era una mentira urdida por el delator, i se salió de la cárcel dispuesto a no volver a pensar mas en aquel asunto.

Este era sin duda un contratiempo que no esperaba Argomedo. Para mayor desgracia suya, el

sarjento que habia llevado a Urrejola el billete se habia impuesto de su contenido, i descubrió a los otros presos su perfidia. Tratáronlo éstos con los denuestos mas ultrajantes, llamándolo a gritos infame i calumniador; pero Argomedo negó obstinadamente su culpa, sufrió en silencio el mal trato que le daban sus compañeros de prision i se preparó de nuevo para vengarse con otro denuncio. Con este objeto escribió una carta al alcalde ordinario de Santiago don Antonio Lavin, descubriéndole la trama de una conspiracion que se fraguaba en la cárcel.

Lavin recibió sin dificultad ni trabajo la carta de Argomedo. Inmediatamente se apersonó al preso, i recibió de su boca la noticia circunstanciada de cuanto habia oido a los otros detenidos, acompañándola sin duda de comentarios alarmantes o detalles de pura invencion. Sin la menor tardanza, el alcalde Lavin informó al mismo Ossorio de cuanto habia ocurrido en la cárcel, de los conciliábulos de los presos i de las conversaciones que mantenian con los soldados de la guardia; i el presidente hizo llamar a su presencia al mayor de Talavera don Antonio Morgado i al capitan del mismo cuerpo don Vicente San Bruno, para tomar consejo de ellos acerca de lo que debiera hacer.

IX. Mui poco habia que temer en verdad de una conspiracion fraguada en los calabozos de la cárcel, tanto mas cuanto que de las murmuraciones de los presos no podia deducirse que intentasen conspirar, ni que contasen con los elementos necesarios para tan grande empresa. Pero Ossorio se

alarmó sériamente con el denuncio; i sus consejeros, léjos de pensar en desvanecer sus temores, trataron solo de infundirle mayores recelos i de probarle que era necesario tomar medidas mui enérjicas para cortar con tiempo el mal. Por primera providencia se mandó cubrir la guardia de la cárcel con los soldados del batallon de Talavera. Las preferencias i distinciones que éstos merecian de Ossorio, i su calidad de españoles garantizaban su fidelidad.

Morgado i San Bruno se encargaron desde luego de la averiguacion de todo lo ocurrido en la cárcel. Para esto confiaron el mando del piquete que debia cubrir la guardia al sarjento Ramon Villalobos, hombre pérfido i de malos sentimientos, con encargo de sondearles cuanto habia en el particular con maña i disimulo. Villalobos conocia ya a los presos desde otra ocasion que habia hecho la guardia: ahora debia ganar sus voluntades finjiéndose quejoso de sus jefes, i comunicar a sus superiores todo lo que descubriese.

El sarjento de Talavera representó perfectamente tan infame papel. Comenzó por hablar horrores contra el mayor Morgado i los demas oficiales, i acabó por ofrecerse a los presos para ponerlos en libertad ejecutando con ellos una revolucion patriótica. Fácil es concebir con cuanto gusto aceptarian ellos las propuestas de Villalobos: despues de una prision de dos meses i amenazados por una interminable causa criminal, los presos habrian querido comprar la libertad a todo trance; i la oferta que se les hacia iba a sacarlos de los calabo-

zos de la cárcel para elevarlos a los primeros puestos del gobierno. Seis dias consecutivos pasaron madurando los planes de la proyectada revolucion, sin cuidarse mucho de que llegasen a oidos de todos sus compañeros de infortunio. Romo i Moyano, que debian encabezar el movimiento, no dudaron del triunfo por un solo instante: confiados en las palabras que habian oido a algunos centinelas en sus anteriores conversaciones, ellos creyeron fácilmente que podian contar con el cuerpo de dragones de Concepcion. Villalobos, por su parte, debia apoyar la revolucion con los granaderos del batallon de Talavera, que, segun decia, le eran decididamente adictos. En sus reiteradas visitas a la cárcel, el sarjento no cesó de darles nuevas i mas favorables noticias acerca del estado de sus preparativos. Referíales a veces que sus soldados poseian abundantes municiones, otras que los dragones no vacilaban en secundarlos, i siempre les aseguraba que el espíritu de toda la guarnicion de Santiago era inmejorable para la realizacion de sus proyectos. Segun sus palabras, era de esperarse que las autoridades no encontrasen un solo defensor en el momento del peligro.

Tan lisonjera espectativa halagó sobremanera a todos los presos. Mui pocos dudaron de la sinceridad de Villalobos: las sospechas de éstos apénas se dejaron manifestar cuando ya algunos encontraron un arbitrio por medio del cual podian asegurarse de las intenciones i propósitos del sarjento de Talavera. Los presos debian mandar decir una misa en la capilla de la cárcel aplicada por el buen resultado de un asunto que era de gran intere

para ellos; pretestando que deseaba asegurarse de la fidelidad de los conjurados, Romo le dijo a Villalobos que todos debian prestar un solemne juramento de guardar el secreto i trabajar empeñosamente por el triunfo de la causa. Como todos lo esperaban, en el momento en que el sacerdote alzaba la hostia, el sarjento i sus demas cómplices hicieron una señal convenida para indicar que juraban. Con esta garantía los conspiradores no pensaron ya mas que en prepararse para el dia i la hora convenidos. Ninguno de entre ellos sospechó siquiera que Villalobos pudiese cometer un perjurio.

Por consejos de éste fijaron la madrugada del 6 de febrero para dar el golpe. Desde principios de la noche anterior pasaron al calabozo de Romo i Moyano la mayor parte de los presos políticos sin que nadie les opusiera ningun obstáculo. Villalobos, que, como les habia anunciado de antemano, hacía la guardia ese dia, comenzó los aprestos encerrando a Argomedo con una barra de grillos en un calabozo del piso bajo, i repartiendo aguardiente en abundancia a los conjurados para infundirles valor. Trataron en seguida del proyecto que los ocupaba, apénas conocido por muchos de ellos, i se quedaron en pié toda la noche esperando la hora convenida. Villalobos, que tomó una parte principal en aquella conversacion, salió del calabozo ántes de media noche con el pretesto de tener algo mas que preparar para que el golpe fuese acertado.

Los conjurados lo esperaron hasta cerca de las dos de la mañana. A esta hora se abrió repentinamente la puerta del calabozo, i vieron aparecer la

compañía de sapadores del batallon de Talavera, a cuya cabeza venia el mayor Morgado, San Bruno i el cadete don Felipe Arce, que traia una linterna en la mano. Habian tenido la precaucion de subir las escalas con mucho cuidado para no llamar la atencion, i llevaban desenvainados sus sables como en disposicion de descargarlos sobre los presos. El capitan San Bruno i el mayor Morgado se adelantaron entónces a la tropa i mandaron a los conjurados que se echasen inmediatamente al suelo: Moyano, que intentó tomar un puñal para acometer a los soldados de Talavera, recibió de San Bruno dos grandes heridas en el cuello i la cabeza, i quedó exánime tirado por tierra. Otro de los presos, apellidado Concha, que habia querido apagar la luz del calabozo, sufrió igual suerte en el mismo instante.

Todo esto pasó con una rapidez asombrosa. Los otros presos, que aun no salian del estupor producido por la sorpresa, se vieron luego furiosamente acometidos por los soldados de los Talavera: sin poder oponer ninguna resistencia, esos infelices barajaban con las manos los sablazos que descargaban sobre sus cabezas, imploraban piedad con gritos i lamentos, dirijian a Dios sus últimos rezos i se resignaban a morir cubiertos de tajos i heridas. Un indio viejo llamado Guarache, detenido en la cárcel por sospechas de robo, que sin tener parte alguna en los planes de los conjurados dormia tranquilo, fué bárbaramente asesinado con dos enormes cuchilladas; i don José Romo, jefe, por decirlo así, de la conspiracion salvó cubierto de heridas, porque al-

guien dijo que era preciso salvarlo para descubrir todos los hilos de la trama.

Ossorio entretanto no habia podido entregarse al sueño. Instruido de las conversaciones i proyectos de los presos de la cárcel por los exajerados informes de Morgado i San Bruno, él habia dado a la anunciada conspiracion una gran importancia. En este engaño, el presidente dió sus órdenes para aprontar las tropas de la guarnicion, dispuso que una parte del batallon de Talavera se situase ántes de amanecer sobre los tejados del cuartel de dragones de Concepcion, i él mismo, acompañado por dos de sus edecanes, fué a pasearse por el portal de la plaza. El mayor jeneral don Luis Urrejola, que recibió tarde de la noche la órden de poner la tropa sobre las armas, tomó apénas las primeras providencias i corrió a la cárcel a informarse de la causa de tanto sobresalto. Llegó por fortuna en los momentos en que los zapadores de Talavera ciegos de furor descargaban tajos i reveses sobre los indefensos prisioneros, i, con una jenerosidad i valentía superiores a todo elojio, corrió a colocarse entre los verdugos i las víctimas, interponiendo su autoridad militar i dando gritos para separarlos. No sin gran trabajo, i esponiendo bastante su persona, pudo salvar la vida a algunos de esos infelices.

No satisfechos, sin embargo, San Bruno i Morgado con el crímen que acababan de cometer, aconsejaron a Ossorio una nueva i mas pérfida matanza en las calles de la ciudad. Para esto debian finjir que la revolucion estaba triunfante, fijar en los lu-

gares públicos grandes carteles llamando a las armas a los patriotas, i descargar su furia sobre todos los ciudadanos que manifestasen su contento al saber esta noticia. Sin vacilar un instante, Ossorio se negó decididamente a tan inícuas exijencias.

X. Horrible fué el espectáculo que se presentó a los habitantes de Santiago al amanecer del siguiente dia. "Dejáronse ver, dice la *Gaceta*, órgano reconocido de los autores de este crímen, dos horrorosos cadáveres (los de Concha i Moyano) pendientes del palo de la plaza principal, sobre cuyas cabezas se leía esta inscripcion: ***Por conspiradores contra el rei, i perturbadores de la pública tranquilidad.*** Al punto se llenó esta capital de varios rumores: cada uno discurria sobre el suceso segun su humor, su deseo o su capricho; cada uno lo pintaba i exajeraba como mejor le parecia para acreditarse de político. Nuestro sabio gobierno guardaba el mas profundo silencio hasta cerciorarse cabalmente de todo el fondo de un negocio que merecia examinarse con tanta circunspeccion como justicia (10)".

El silencio que guardaba el gobierno, mas que por la prudencia era dictado por los remordimientos. Ossorio se negó decididamente a las exijencias de sus consejeros que le pedian nuevos i mas pérfidos asesinatos para escarmentar a la poblacion entera; pero quiso paliar el crímen cometido en la cárcel pública, mandando se levantase una sumaria i mandando que se siguiese con la mayor prontitud

(10) *Gaceta del gobierno*, núm. 13, de febrero 9 de 1815.

causa criminal a todos los individuos que habian salvado de la matanza. Se hizo estender la voz de que la revolucion tenia grandes ramificaciones en todo el reino i que pasaban de setecientos los complicados en ella. Pusiéronse los documentos en manos de los jueces de la causa, recojiéronse las declaraciones mas absurdas para acusar a los reos, i torcieron los testimonios de éstos para sacarlos culpables, miéntras con arte i disimulo el gobierno i sus ajentes trataban de ocultar todas las pruebas que pudiesen arrojar alguna luz para la averiguacion de la verdad. Sin que nadie lo supiese, colocaron a Argomedo con el grado de sarjento primero en el cuerpo de voluntarios de Castro que debia marchar al Perú, i facilitaron la evasion de algunos de los reos o los confinaron en secreto al presidio de Juan Fernandez. Con estas artimañas, el proceso se siguió de un modo mui imperfecto i como convenia para que no se pusiese de manifiesto la culpabilidad del gobierno. El 30 de mayo, por fin, le puso término Ossorio, decretando que se cortase el asunto, i que se pusiese en libertad a Romo i a otro de sus compañeros llamado don José Antonio Mardones, con órden de fijar su residencia fuera de la capital el primero i de Curicó el segundo.

A pesar de tantas dilijencias, Ossorio i sus consejeros no alcanzaron a oscurecer la verdad. Nadie dudó de que la conspiracion de los presos de la cárcel fuese solo una infame trama urdida para cometer el mas atroz de los asesinatos; i tanto amigos como enemigos reprochaban al gobierno tan fea

mancha. El coronel Urrejola, que habia mirado con tanto desprecio el denuncio de Argomedo, temió verse complicado en el asunto, cuando, juzgando por las apariencias, conoció la colosal importancia que habia tomado mas tarde. Antes de muchos dias se penetró de la maldad con que habian procedido sus superiores, i no cesaba de lamentar el sucio borron que iba a caer sobre los defensores del rei de España (11).

(11) Para la relacion de este suceso me han sido de gran utilidad las noticias comunicadas por el señor don José Romo, actor principal en él, i las que he recojido de boca del señor don Manuel Barañao. Hallábase éste en Ñuñoa, convaleciente de la herida que recibió en Rancagua, pero fué perfectamente informado de todo el suceso por Urrejola, que, como se vé, tenia bastantes motivos para saber lo que habia ocurrido. He tenido a la vista el espediente orijinal del proceso seguido a los presos que salvaron de aquel asesinato, todas las relaciones que corren impresas en las historias i memorias, i ademas, unos apuntes del doctor don José Antonio Rodriguez Aldea, fiscal que fué de la causa seguida posteriormente, los cuales arrojan alguna luz sobre ciertos detalles.

CAPITULO II.

I. Creacion del tribunal de vindicacion.—II. Revocacion de las leyes dictadas por los insurjentes.—III. Publicacion de la *Gaceta del gobierno*.—IV. Premios acordados a los reconquistadores de Chile.—V. Instalacion de Ossorio en el mando interino del reino, i restablecimiento de la real audiencia.—VI. Manda refuerzos al ejército realista del Perú.—VII. Desconfianza con que el gobierno miraba a los chilenos.—VIII. Sufrimientos de los presidarios de Juan Fernandez.—IX. Envia Ossorio plenipotenciarios a España a recabar el perdon de los insurjentes.—X. Traslada a Santiago a algunos de los presidarios.

I. El gobierno de Ossorio no fué todo de persecuciones i atrocidades, como aparece de sus primeros actos. Las prisiones i los destierros eran solo las medidas que la autoridad creia de notoria urjencia para asegurar el órden público. Necesitaba, por otra parte, reponer el gobierno antiguo sobre una base sólida, volver a crear las instituciones que habian destruido los insurjentes i cimentar de nuevo el sistema colonial.

Ossorio tenia que seguir en este particular las instrucciones trazadas por el virrei i que observar puntualmente las órdenes que le comunicaba el gobierno peninsular. Segun éstas debia echar por tierra todas las instituciones de los insurjentes, separar de los empleos fiscales a todos los que los

hubiesen desempeñado durante la revolucion i cimentar el antiguo réjimen hasta en sus mas ínfimos detalles. A él le correspondia solo la eleccion de los medios para llevar a cabo la obra.

Siguiendo las órdenes de la rejencia española, Ossorio hizo publicar por bando, en 27 de octubre de 1814, dos decretos espedidos por las cortes en 1812, sobre rehabilitacion i vindicacion de los empleados que continuaron en sus destinos bajo el gobierno de los franceses en la península. Proponíase con esto justificar la creacion de un tribunal de vindicacion i purificacion, que formó en los últimos dias de octubre, para examinar la conducta observada por los empleados fiscales, i aun la de los individuos particulares. Componíase el tribunal de algunos miembros del cabildo: recibian éstos las solicitudes de los interesados, i juzgaban sin oir a las partes, recojiendo únicamente las noticias que estaban a su alcance i fallando en conformidad con ellas.

Con este sistema, preciso era que fuese mui conocida i acrisolada la fidelidad del solicitante, para que no sufriese tropiezos su representacion; pero, por fortuna, las personas llamadas a juzgar se condujeron de ordinario con mucha equidad, i hasta con disposicion de perdonar a todo el mundo sus faltillas. El juicio fué casi siempre de corta duracion: los miembros del cabildo encargados de rehabilitar a los empleados pasaban al presidente un informe acerca de su conducta, i éste entónces espedia el decreto que debia servir de salvaguardia a los interesados.

El tribunal de purificacion no se ocupó únicamente en calificar la conducta de los empleados públicos. Pasó de allí a examinar la de los individuos particulares, que querian justificarse a los ojos del jefe supremo; i estos fueron en tan gran número que su rehabilitacion impuso un sério trabajo a los funcionarios encargados de esta tarea. Sea que este proceder fuese sincero de su parte, o dictado solo por el temor de las persecuciones, hubo entónces muchos chilenos, a quienes se habia contado entre los parciales de la revolucion, que se presentaron al tribunal protestando de su conducta anterior, como dictada por la necesidad de disimular sus convicciones para sustraerse a la saña de los insurjentes (1).

II. La creacion de este tribunal era sin duda la primera providencia que Ossorio debia tomar para plantear su sistema de intolerancia i esclusivismo. El reconquistador de Chile estaba dispuesto a alejar de su lado cuanto les fuese posible a los parciales de la revolucion i a destruir hasta los cimientos su obra, sin detenerse en consultar su importancia o utilidad. Las leyes dictadas por el alto congreso de 1811, los decretos de las diversas juntas gubernativas, i las instituciones creadas por los próceres de la revolucion debian ser abolidas sin reparo alguno.

Antes de mucho tiempo, en efecto, el 17 de diciembre, el instituto nacional, la obra que tantos

(1) En el archivo del ministerio del interior he encontrado un cuaderno borrador de los informes del tribunal de justificacion. De él he tomado las noticias del testo.

afanes costó a los padres de la patria, i de la cual se prometian recojer ópimos frutos, fué cerrado definitivamente i relegado al olvido, por ser "inventado por el gobierno intruso (2)". Cerráronse de nuevo nuestros puertos al libre comercio de las naciones europeas, suspendiéronse los efectos de las leyes sobre libertad de los hijos de los esclavos que naciesen en el territorio chileno, i, en vista de un informe del obispo electo don José Santiago Rodriguez i otro del fiscal doctor don Prudencio Lazcano, decretó Ossorio, en 10 de diciembre de 1814, la revocacion de la lei dictada por el congreso sobre dotacion de párrocos. "Luego que entró en esta capital el señor presidente i capitan jeneral don Mariano Ossorio, dice el obispo en su circular a los curas del reino, en medio de los inmensos cuidados que lo rodeaban, llamó su atencion la innovacion que se habia hecho en este punto de disciplina, i nos pidió le informásemos el oríjen de esta novedad i sus resultados, lo que ejecutamos documentalmente pasando a sus manos las providencias, oficios i demas antecedentes de que dimanó la supresion de derechos parroquiales i abolicion de los aranceles del obispado; i en su vista proveyó el superior auto que será un monumento eterno de la justificacion, rectitud, piedad, i relijioso celo de este heroico jefe (3)».

III. No era posible, en efecto, defender de otro

(2) Decreto de Ossorio de 17 de diciembre de 1817, que existe en el archivo de la universidad de San Felipe. Mss.

(3) Circular a todos los curas del reino de 30 de diciembre de 1814. —Este documento i sus antecedentes fueron publicados.

modo estas providencias de Ossorio. Sus parciales llamaban impíos a los piadosos chilenos porque habian querido correjir grandes abusos en el órden eclesiástico, espropiadores de los bienes ajenos porque daban el primer paso hácia la libertad de esclavos, i desacordados novadores porque llamaban a nuestras costas la concurrencia del comercio estranjero, creaban establecimientos como el instituto nacional, i permitian el libre cultivo del tabaco en el territorio chileno.

En este sentido se encomiaba la conducta de Ossorio en un periódico semanal que mandó fundar para elojiar su sistema, i estirpar las ideas propaladas por los escritores de la revolucion. El periódico se llamó *Gaceta del gobierno de Chile*, i se convino que su título fuese siempre precedido de *Viva el rei*, en prueba de adhesion i respeto al monarca español, cuyos derechos sostenia.

Ofrecióse espontáneamente para redactar la *Gaceta*, frai José María Torres, fraile domínico de grandes campanillas, intrigante i disimulado por carácter, que en años atras habia aceptado empleos de importancia del gobierno revolucionario para traicionarlo mas tarde. Ocupado en la secretaría de la junta gubernativa de Concepcion, el padre Torres habia mantenido desde allí su correspondencia con los ajentes del virrei Abascal para informarlo de los progresos de la revolucion chilena (4). Se le reputaba en aquella época por un gran predica-

(4) Esto consta de una nota de Carrera a la junta gubernativa, de 9 de mayo de 1813, Mss. Véase el cap. III, páj. 66 del segundo tomo de esta historia.

dor, i ocupaba un asiento en la universidad de San Felipe; pero, a juzgar por sus obras, toda su reputacion era sumamente infundada. Los artículos de la *Gaceta del gobierno*, escritos con un chocante desaliño, no contiene mas que improperios i esclamaciones contra los insurjentes. Imposible sería encontrar entre sus pájinas una sola en que aparezca la ciencia i el talento que distinguian a los primeros escritores de la revolucion, a quienes se pretendia refutar.

Por esta razon, sin duda, Ossorio promulgó el 10 de enero un bando, en el cual se ordenaba que se entregasen a la autoridad, en el perentorio término de ocho dias, todos los papeles impresos por los insurjentes, por contener ideas contrarias "a la sana moral, a los derechos de la Iglesia i a las regalías del soberano," amenazando a los que así no lo hicieren con castigarlos como sospechosos de delito de patriotismo. Los que se recojieron fueron arrojados al fuego en la plaza pública, con gran solemnidad en medio de un inmenso jentío, i de los alumnos de los colejios i escuelas de la capital, a los cuales se les habia hecho asistir para presenciar el acto. Con esto solo, Ossorio creia desterrar de Chile las ideas novadoras que produjeron la revolucion.

La *Gaceta*, dilijente siempre para referir las ventajas alcanzadas sobre los insurjentes, los golpes i desengaños de éstos, guardó un profundo silencio sobre este particular. Miéntras esto sucedia, las pájinas del periódico realista contaban largamente la vuelta de Fernando al trono español, i las ventajas que alcanzaban en América sus delegados.

Ocupábase mui poco de los actos del gobierno de Chile; i cuando lo hacia era para encomiar a los jefes realistas i su sistema i deprimir la obra de los patriotas. Publicaba de ordinario una especie de efemérides de los sucesos mas notables de la pasada revolucion, para recomendar los servicios de los leales súbditos del rei i denigrar a sus enemigos. El motin de Figueroa, la defensa de Chillan, la descabellada revolucion de Ezeiza, el arribo de Ossorio a Talcahuano i el sitio de Rancagua, fueron altamente recomendados por aquel periódico.

IV. Este deseo de conmemorar los sucesos mas notables de la pasada revolucion fué el oríjen de muchas fiestas públicas i de las mas claras manifestaciones de simpatía i aprecio por algunas personas que o sucumbieron en la lucha o tuvieron que sufrir los sinsabores i fatigas consiguientes al movimiento i trastorno. Ossorio hizo celebrar, el 22 de diciembre, pomposas exequias en memoria de los realistas muertos en el asedio de Rancagua; i en el primer aniversario de esta accion, duraron las funciones cívicas i relijiosas cinco dias consecutivos. Con no ménos pompa i solemnidad se trasladaron a la iglesia catedral de Santiago las cenizas del teniente coronel don Tomas Figueroa, (20 de febrero) fusilado cuatro años ántes, i se tributaron grandes honores a un pobre comerciante de Valparaiso, don Romualdo Antonio Esponda, a quien mandó azotar Carrera por habérsele sorprendido bordando una bandera española, a la época de la invasion de Ossorio (5).

(5) Estos razgos de la política de Ossorio son recojidos de su corres-

El presidente no se descuidaba en gratificar a sus subalternos i parciales del único modo que le permitia la estrema escasez de sus recursos. En su correspondencia con los ministros secretarios de Fernando VII i con el marques de la Concordia, virrei del Perú, no cesaba de recomendar a algunos de ellos a la real munificencia, de pedir grados i ascensos para otros, i de solicitar la ratificacion de los nombramientos i gracias que él mismo habia hecho en Santiago en favor de muchos de sus partidarios. Como es fácil concebirse, los empleos recaian de ordinario en las personas mas comprometidas en la causa del rei, sin tomar en cuenta sus aptitudes para el desempeño del destino ni sus antecedentes: pero hubo nombramientos tan atrabiliarios, que sin duda los favorecidos no se soñaron alcanzar jamas a los puestos que les daba Ossorio. El mercachifle Esponda, cuyo único mérito era haber recibido una veintena de azotes por godo, fué premiado con el destino, mui importante entónces, de tesorero de aduana (6).

El virrei Abascal, facultado por sus ámplios poderes para conceder grados militares, accedia de ordinario a las solicitudes de Ossorio. Para él, la campaña pacificadora de Chile era una empresa que hacia acreedores a los que la llevaron a cabo a la gratitud del gobierno. Tan luego como recibió el parte oficial de la toma de Rancagua i de la total pacificacion del reino, despachó el grado de briga-

pondencia oficial, los archivos de la secretaria i *Gaceta del gobierno*.

(6) Comunicaciones de Ossorio con el ministerio universal de Indias.—Nota de 15 de mayo de 1815. Mss.

dier de los reales ejércitos para los coroneles don Mariano Ossorio i don Rafael Maroto, en premio de la feliz campaña que habian hecho, mandando el primero en jefe i el segundo su batallon de Talavera, a que se atribuia la victoria. Despues de esto se concedió un grado a todos los jefes i oficiales del ejército realista.

V. Junto con estos títulos se espidió para Ossorio el nombramiento de gobernador i capitan jeneral interino de Chile. El debia tomar el mando político del reino, cimentar el gobierno bajo una base sólida i restablecer las antiguas instituciones.

El nombramiento llegó a Santiago en la noche del 10 de diciembre. Inmediatamente un repique jeneral de campanas anunció a la poblacion esta noticia; pero sea porque hasta entónces no se hubiese reorganizado el tribunal de la real audiencia, ante el cual tenia que prestar el juramento de estilo, como Ossorio lo dijo, o porque no quisiese gobernar desde luego en calidad de jefe político, siguió mandando militarmente sin trabas ni contrariedades hasta el 15 de mayo de 1815.

En este dia pasaron a palacio don José de Santiago Concha, nombrado rejente interino de la audiencia, i los oidores doctor don José Santiago Aldunate, don Félix Basso i Berri i el doctor don José Antonio Rodriguez, seguidos de los ministros de la contaduría mayor i demas empleados de primer rango, las corporaciones, las comunidades relijiosas i gran concurso de jente. Allí los recibió el presidente: unido a todos ellos salió a la plaza mayor, en donde se les esperaba para la solemnidad

del juramento. Las tropas de infantería de la guarnicion estaban formadas a los lados del sur i del oriente, los carabineros i los húsares en el frente del palacio, las cajas i la cárcel, i la artillería con algunas piezas volantes se habia formado delante de la catedral. Habíase elevado en el centro de la plaza un teatro o tabladillo, vistosamente adornado, sobre el cual habia muchos asientos, i una mesa con un crucifijo i dos lujosos azafates de plata, uno con el baston del mando i otro con las llaves de la ciudad. Bajo de un magnífico dosel estaba colocado el retrato del rei Fernando.

Encima de ese tablado tuvo lugar la ceremonia con todas sus fórmulas i aparato. Ossorio dobló su rodilla para jurar por el crucifijo i los santos evanjelios "ser fiel al rei, defender el reino, hacer justicia, castigar los delincuentes i premiar los beneméritos." A falta de un antecesor que le entregase el baston del mando segun lo usado en la recepcion de los antiguos presidentes, lo recibió de manos del rejente interino. El rejidor mas antiguo, don Juan Manuel de la Cruz, presentó a su vez las llaves de la ciudad segun lo dispuesto en el ceremonial, i se le proclamó con repetidos vivas, gobernador i capitan jeneral de Chile.

"De allí, dice el mismo Ossorio en nota al ministro universal de Indias, nos dirijimos a las suntuosas salas de la audiencia, en que repetí el juramento relativo a la presidencia, i ocupando mi silla pronuncié al concurso un razonamiento." "La divina providencia, dijo el capitan jeneral, nos destina para que hagamos felices a los fieles habitantes de

este desgraciado reino. Trabajemos sin cesar hasta conseguirlo. Llevemos por norte de nuestros procederes un solo Dios, una sola relijion, un solo rei. Hagamos justicia sin separarnos de las sabias leyes de la monarquía: hagámosla con desinteres i rectitud: no escuchemos otra voz que la de la razon i equidad. Nuestras costumbres sirvan de modelo para los demas. Oigamos con la misma igualdad al pobre que al rico, al noble que al plebeyo. Si así lo hacemos (como lo espero) habremos llenado nuestros deberes, i conseguido la gloria a que aspiramos."

El discurso de Ossorio, aunque falto de todo mérito como aparece, fué sin embargo acojido por el auditorio con prolongados i estrepitosos aplausos. Los palaciegos de la corte del presidente no cesaban de darse las enhorabuenas por el restablecimiento de la real audiencia i de quemarle incienso para manifestar su complacencia por el elevado puesto a que le veian ascendido. Altamente infatuado con esta ostentacion de aprecio i de respeto, Ossorio pasó a la catedral, en donde el cabildo eclesiástico le tenia preparado un solemne *Te Deum*. "De regreso para el palacio que me sirve de habitacion, dice el mismo Ossorio en la nota citada, atravesando por la plaza me saludaron las tropas i artillería con los honores de ordenanza a la entrada de capitan jeneral de la provincia, colmándome esta satisfaccion de la que colocado yo en medio aclamando triples vivas al rei, resonaron a una voz con las mismas espresiones todos los concurrentes."

Las celebraciones cívicas i relijiosas en honor de este acontecimiento se prolongaron por algunos dias mas. Ilumináronse las calles por la noche, celebróse una solemne misa de gracias en la catedral, i se repartió con profusion una proclama impresa, suscrita por el capitan jeneral. En medio de frases huecas i mal aliñadas, Ossorio se deshacia en elojios al monarca español, a quien atribuia todo jénero de virtudes, i anunciaba a su nombre la paz i la reconciliacion entre todos sus súbditos, i reclamaba al acabar, donativos pecuniarios para sostener su causa. "El rei, decia, os acojerá en su paternal i amoroso pecho, i olvidando, como lo ha prometido, vuestros anteriores estravíos, os abrirá el inestimable tesoro de sus beneficencias. Entónces, léjos de ver vuestros campos asolados, vuestras casas saqueadas, vuestras esposas e hijas espuestas a ser víctimas inocentes de la desenvoltura, las mieses regadas con el sudor de vuestro rostro os producirán ópimos i abundantes frutos, gozareis sin inquietud de vuestros bienes i propiedades, i el santuario del honor no será mancillado ni ofendido. Renovad pues con ardor, fieles chilenos, el útil ejercicio de las virtudes pacíficas, seguid constantes la ruta del honor i buenos procedimientos, haced un jeneroso desprendimiento de vuestros haberes e intereses, para resistir los embates de los que permanezcan rebeldes; corresponded a la ternura con que hablaré de vosotros al soberano, para que en este reino sean mas copiosas su piedad i sus gracias, i sea tal por último vuestra futura conducta que os haga dignos de ocupar un lugar distinguido entre

los pueblos que componen la nacion mas heroica del universo."

Para no hacer ilusorias estas promesas, Ossorio dió libertad a algunos reos políticos que jemian en las cárceles por delitos insignificantes. Haciendo alarde por esto mismo de una mentida jenerosidad, mandó anunciar este razgo en la *Gaceta del gobierno*, acompañado de elojios desmedidos, i asegurando que el réjimen antiguo quedaba definitivamente restablecido en Chile. Segun pensaba el presidente Ossorio, desde entónces podia resistir a los embates de la insurreccion (7).

VI. En esta persuasion, el presidente llegó a creer que no necesitaba ya de todas las tropas de su mando para mantener la tranquilidad en Chile. Era entónces cabalmente cuando el virrei Abascal, amenazado por las tropas insurjentes de Buenos-Aires, necesitaba con urjencia de los auxilios que podia remitirle Ossorio.

Despues de las victorias de Vilcapujio i Ayohuma alcanzadas contra los insurjentes de Buenos-Aires por el jeneral Pezuela, pensaba éste seguir en persecucion de aquellos, cuando la toma de Montevideo por el ejército arjentino (20 de junio) permitió a sus enemigos engrosar sus tropas i recobrar su prestijio. La insurreccion dal Cuzco que capitaneaba el indio Pumacahua, acaecida mui poco tiempo despues (3 de agosto), vino a llamar su aten-

(7) Para la narracion de estos sucesos he tenido a la vista la nota de Ossorio al ministerio universal de Indias, Mss., la relacion que hace la *Gaceta* núm. 19 de 23 de marzo de 1815 i la citada proclama de Ossorio.

cion hácia otro punto i a despertar los mas sérios temores en el ánimo del virrei. En estas circunstancias, cuando su jeneral se encontraba colocado entre el ejército de Buenos-Aires, que ocupaba las provincias del sur, i los insurrectos del Cuzco que se estendian en las poblaciones situadas al norte de su campo, el poderoso Abascal sintió bambolear por un momento la autoridad del rei de España en aquellas rejiones. Comenzó por organizar un nuevo ejército, reunió elementos de todo jénero i llamó con toda instancia al coronel Ossorio, a quien habia despachado poco ántes con el encargo de pacificar a Chile. Se sabe ya que este jefe, desobedeciendo las órdenes de su superior, prosiguió la campaña hasta terminarla en las calles de Rancagua.

La reconquista de Chile tuvo sin duda un gran influjo moral para la pacificacion del Perú; pero la campaña contra los insurrectos del Cuzco, que dirijia el mariscal don Juan Ramirez, se prolongó por algunos meses mas. Entretanto Abascal no cesó de pedir a Ossorio que reforzase con algunas divisiones del ejército de su mando a las tropas del jeneral Pezuela, que se hallaba entónces tan mal colocado. Con este objeto se organizó en Santiago una division de cuatrocientos hombres, compuesta de dos compañías del batallon de Talavera i tres de un cuerpo de infantería de nueva creacion, denominado cazadores de Chile. Confió el mando de toda ella al brigadier don Rafael Maroto, i la hizo salir de Valparaiso en los primeros dias de abril. Mui pocos dias despues, estuvo pronta otra

division de 770 hombres, formada con el batallon de voluntarios de Castro, dos compañías de veteranos de Valdivia, una de cazadores de Chile i treinta soldados de artillería para el servicio de cuatro piezas de campaña. El mando de toda ella fué confiado al coronel don José Rodriguez Ballesteros (8).

Un suceso imprevisto por Ossorio, vino a demorar la salida de estas tropas. Faltos de todo sueldo para atender a las necesidades de sus familias, muchos sarjentos, cabos i soldados del batallon de voluntarios elevaron al presidente una representacion para que se les permitiese regresar a su país. Casi al mismo tiempo sus mujeres hicieron en Chiloé igual solicitud, representando sus escaseces i miserias, i manifestando estar insolutas de las pensiones asignadas por el jeneral Pareja a la época de la creacion del ejército realista. El presidente se vió mui embarazado con este contratiempo: en medio de la escasez del erario público, no halló otro medio de salir de él que engañar a los solicitantes, persuadiéndolos "a conformarse con su actual situacion por su propio interes," puesto que iban a alcanzar mayores glorias i ascensos en la campaña que emprendian (9).

Sin duda estas razones no habrian decidido a los soldados chilenos a embarcarse gustosos para proseguir la guerra en países lejanos: pero la necesidad de obedecer los obligó a resignarse a soportar en

(8) Ballesteros. *Revista, etc.* año de 1815. Mss.—*Relacion de méritos i servicios del coronel Ballesteros.* Mss.

(9) Nota de Ossorio al gobernador de Chiloé de 6 de mayo de 1815. Mss.

silencio su desgracia. El 13 de mayo zarpó de Valparaiso la division espedicionaria. Esos infelices, separados de su patria para ir a militar por una causa que les era desconocida, se despidieron por fin de Chile creyendo no volver a verlo mas.

VII. Juzgando por las apariencias, en el reino no se necesitaba ya de ese poderoso ejército con que Ossorio habia dado fin a la reconquista. El país se manifestaba tranquilo; en la capital i en las provincias no se habia hecho sentir el mas lijero síntoma de descontento; el pueblo ostentaba alegría, i el presidente i sus consejeros creian asegurada para siempre la dominacion española. Un lijero movimiento de cuartel, que se hizo sentir en la guarnicion de Valparaiso, fué sofocado inmediatamente con la sola presencia de los jefes.

La tranquilidad de que gozaba el país, no indujo sin embargo al brigadier Ossorio a suspender las persecuciones de los patriotas. Sus cortesanos hacian alarde de su valimiento, para manifestar el mas alto desprecio por todos los individuos a los cuales podia perseguirse por sospechosos; i la *Gaceta del gobierno*, que se habia hecho el eco de las pasiones de aquellos, no cesaba de echar lodo sobre la nacionalidad chilena. Comparábase al carácter nacional con el de los araucanos en la perfidia, i se decia de voz en cuello i en sentido de jactancia, que la fidelidad de algunos vecinos era mentida i dictada solo por el temor.

En esta intelijencia, Ossorio siguió tratando a los chilenos como habitantes de un país conquistado a viva fuerza. Temiendo los tumultos i las cons-

piraciones, dictó un bando por el cual se prohibia a todos los vecinos salir de sus casas despues de las nueve de la noche en invierno i de las diez en verano, i mantener o asistir a diversiones ruidosas, segun quisiese calificarlas un ajente de policía. Como si esto no bastase para conseguir su objeto, prohibió tambien a los americanos únicamente el uso de cualquiera arma, aunque fuese solo un garrote o una piedra, bajo pena de prision, destierro o azotes. Como si esto no bastase para mantener el órden, mandaba Ossorio, por otro artículo del mismo bando, que nadie alojase en su casa a ninguna persona ni aun por una sola noche, sin dar cuenta prévia-mente al alcalde de barrio (10). Por este medio se hacia de la desconfianza la base del sistema gubernativo.

De ordinario no quedaban las cosas en recelos i sospechas, o en medidas preventivas para evitar conspiraciones. El gobierno mismo, sin darse descanso alguno ni mitigar su rabia contra los insurjentes, ordenaba sin cesar nuevas prisiones, atizaba el celo de los encargados de seguir las causas criminales i decretaba impuestos i confiscaciones. Para levantar la sumaria a los encausados, se necesitaba sin duda recibir sus declaraciones; pero Ossorio, tomando en cuenta una vista del fiscal don Prudencio Lazcano que se oponia a ello, decretó el 23 de febrero, que se pasasen al oidor don José de Santiago Concha, encargado de seguir la causa de muchos patriotas, los antecedentes i documentos en

(10) Bando de 10 de abril de 1815.

que aparecia su culpabilidad, para proceder en vista de ellos (11). Poco tiempo despues, el 15 de abril, pasó a Concha, que rejentaba interinamente el tribunal de la audiencia, treinta i siete legajos formados con cuatrocientos cincuenta i cinco documentos, para facilitar a los oidores el estudio de las causas pendientes, i descubrir en ellos la culpabilidad de los acusados, sin necesidad de interrogatorios i declaraciones (12).

VIII. Los patriotas sufrian entretanto en las cárceles i presidios. Amenazados por los procesos levantados contra ellos, sin saber el estado de la causa, i ni siquiera sospechar cual pudiese ser su resultado, ellos jemian en las prisiones i destierros, i perdian la esperanza de alcanzar su libertad. Sus representaciones i reclamos ni aun eran leidos, i su enjuiciamento se alargaba de dia en dia.

Los presidarios de Juan Fernandez esperimentaban mas de lleno que los otros el rigor de los vencedores. El virrei Abascal habia acertado elijiendo esta isla para atormentar a los corifeos de la revolucion de Chile, i su delegado Ossorio, en cumplimiento de sus instrucciones, habia confinado en ese lugar a todos los patriotas que pudo tener a la mano. A la separacion de sus familias, se agregaban los sufrimientos ocasionados por el clima i por la absoluta falta de toda comodidad. "Las lluvias, dice uno de los presidarios en la interesante i apre-

(11) Tengo en mi poder el espediente autógrafo que terminó Ossorio con esta providencia.

(12) Tengo igualmente en mi poder una nota o catálogo autógrafo de todos estos documentos, pasados por Ossorio a la real audiencia.

ciable historia de su cautiverio, son tan constantes i repetidas que, sin contar el invierno, he visto llover veinte i cuatro veces en un dia de verano : jamas podemos alejarnos con seguridad una cuadra de nuestros ranchos, ni tampoco estar en ellos tranquilos, porque pasando el agua sus débiles techos, padecemos contínuas inundaciones. La constante humedad de ropa, cama i cuanto nos rodea, produce una lasitud estrema : rara vez se puede hacer un rato de ejercicio, porque no lo permiten los huracanes, inundaciones del suelo o aguas del cielo.

"Los vientos son tan contínuos i tan tempestuosos, que, sea mi inesperiencia o sensibilidad, yo no creí que la naturaleza fuese tan constante en sus horrores. Es frecuente ver venir en lluvia las aguas del mar suspendidas por los huracanes, e inundar sobre dos cuadras tierra adentro. De los cerros se desgaja una lluvia de pequeña piedra i arena, que lastima a los que sorprende. Nos acontecia al principio de estar aquí correr de lo interior de los ranchos, temiendo una ruina a cada embate del huracan. El ruido i estremecimiento que causa en las noches, impide jeneralmente el sueño. Aquí no puede llegar buque sin gran peligro, porque son destrozados por los vientos, i ha sido frecuente a los que se mandan con víveres abonarles un tanto de costo de anclas, que casi indefectiblemente dejaban, arrebatados de las tempestades : así es increible la precipitacion con que los maestres tratan de descargar para huir del puerto. Estas tempestades producen tal alteracion e irritacion de humores, que su disgusto no solo provoca a discordias, sino

a frecuentes suicidios i otras atrocidades : lo peor de todo es la constancia con que duran, que apénas en dos meses del año moderan su violencia (13)".

A estos males se agregaron otros no ménos molestos. Las casas de la isla eran chozas miserables cubiertas con paja, espuestas al viento i a la intemperie de las estaciones ; i estaban inundadas por una terrible plaga de avispas i demas insectos, cuyas picaduras orijinaban punzantes dolores i molestias de toda especie. Las ratas se habian propagado con tan prodijiosa rapidez, que en los almacenes del estado consumian mayor cantidad de provisiones que la tropa, a pesar de todas las precauciones que se tomaban. La guarnicion ocupaba los mejores edificios, i dejaba a los presidarios en grutas inhabitables o en cabañas mal abrigadas. Un viajero ingles, el teniente Shillibeer de la fragata *Briton* de S. M. B., que visitó la isla a principios de 1815, ha descrito en la narracion de su viaje las miserias que sufrian los patriotas chilenos en el presidio ; i sin duda que no se le podrá reprochar de parcial en vista del carácter que investia i de la independencia i abstraccion con que miraba los sucesos de América. "A la entrada de Ossorio en Chile, dice éste, el cabeza de cada familia, sobre el cual recaian las sospechas de ser hostil a la causa del rei, fué arrestado, arrancado del seno de sus parientes i amigos, i desterrado a este lugar. A nuestra llegada encontramos cerca de sesenta ancianos venerables, que siempre habian vivido acostumbrados al

(13) Egaña. *Chileno consolado en los presidios*; seccion 1.ª, §. VI, números 34 i siguientes, paj. 35.

lujo i a la magnificencia de un palacio, que estaban ahora reducidos al último grado de miseria i en el mayor estremo de pobreza i privacion, viviendo en chozas inhabitables, i privados de todo aquello que pudiese alijerar el pesado yugo de la cautividad. Pocos meses ántes, nosotros habiamos visto a muchos de ellos viviendo en la mayor abundancia, i aun habiamos recibido su hospitalidad (14)."

Los padecimientos de los infelices presos fueron mas allá al cabo de mui poco tiempo. Antes de un mes llegaron a la isla algunos criminales famosos i muchas mujeres perdidas, con los cuales los confundian sus guardianes. Los consejeros del gobernador Carabantes, dos oficiales Vial i García, le instaron repetidas veces para que obligase a los reos políticos a tomar parte en los trabajos forzados a que se condenaba a los otros presidarios. Comenzóse a disminuirles la racion de comida cada vez que se temia escasez de víveres, i a sujetar las provisiones que sus familias remitian a los presos. Como era de uso i costumbre en el presidio, el gobernador, aunque hombre de buenos sentimientos, se hizo comerciante, i vendia a los patriotas los mismos víveres que les remitian de Chile.

La vista de los sufrimientos que los aguardaban si no se suspendia su destierro habria arredrado sin duda a almas mas firmes i vigorosas que la de esos ancianos, octojenarios algunos de ellos, privados de las comodidades mas precisas, separados de sus familias i reducidos a vivir entre los malhechores i

(14) *A narrative of the Briton's voyage to Pitcairn's island*, etc. London, 1817.

sus propios verdugos. Ellos no pudieron soportar con resignacion tantos padecimientos, i elevaron estensos memoriales al virrei del Perú i al presidente de Chile. Vindicábanse en ellos de los cargos que se les hacia, i pedian que se les mejorase de condicion, si no se queria perdonarlos. "Nosotros, dicen los presidarios a Ossorio en uno de esos memoriales, tenemos veinte i dos enfermos de cuarenta i dos que hoi somos. Es preciso que hayan de morir algunos de nosotros; pero en nombre de la relijion i de la humanidad, permítasenos morir con recursos i en un clima mas templado, para que auxiliados en las necesidades pueda nuestro corazon quedar tranquilo, consagrándose únicamente a Dios en aquellos instantes, i no perdamos la vida eterna i temporal."

IX. Los memoriales de los presidarios de Juan Fernandez no alcanzaban a influir en el ánimo de Ossorio para obtener un cambio en su política. El presidente, mui pronto i espedito de ordinario para poner providencias decisivas a todas las solicitudes que se le dirijian, escribia únicamente al pié de cada uno de esos memoriales cuatro palabras que dejaban mui poco que esperar: "A su tiempo se proveerá."

A pesar de todo esto, Ossorio no pudo mirar con indiferencia tan repetidos reclamos, ni dejar de hacer algo en favor de los infelices presidarios, ya para aliviar la suerte de los ménos culpables entre ellos o para satisfacer las exijencias de algunas familias. Entre los confinados a Juan Fernandez, habia personas que habian vivido en completa se-

paracion de la política, que no tenian parte alguna en aquellos sucesos i cuya inocencia era conocida de todo el mundo, pero a quienes el presidente habia castigado en cumplimiento de las órdenes del virrei del Perú.

Penetrado de esta verdad, el presidente interino pensó en mandar a España una diputacion encargada de felicitar al rei Fernando por su vuelta al trono español, i de alcazar de su clemencia una lei de perdon i olvido en favor de los insurjentes de Chile. Para esta comision, Ossorio elijió al coronel don Luis Urrejola i a don José Manuel Elizalde, jóven de bellas disposiciones, a quien la universidad de San Felipe acababa de dispensar ciertos grados para darle el empleo de bibliotecario. En todo esto el presidente obraba de acuerdo con el cabildo de Santiago: este cuerpo, compuesto en su mayor parte de chilenos, tomó gran empeño en recolectar las cantidades de dinero para pagar el sueldo de 6,000 pesos a cada uno de los diputados. Con este objeto se dirijió a los tribunales del consulado i de minería i a la misma universidad, pidiéndoles algunos recursos para completar aquella suma; pero si bien obtuvo de los primeros un corto auxilio, la universidad solo pudo dar dos grados para que el cabildo los negociase.

Con este apoyo, Elizalde i Urrejola se encontraron listos para partir a fines de marzo: Ossorio, que manifestaba un vivo empeño por la pronta salida de la diputacion, obtuvo permiso del comandante de la fragata de guerra inglesa *Briton*, para que a su bordo hicieran el viaje a España. El 27

de dicho mes se hicieron a la vela, conduciendo notas i felicitaciones al rei, dirijidas por todos los cuerpos civiles, militares i eclesiásticos de Chile (15).

X. Nadie dudó del buen éxito de la mision de los diputados Elizalde i Urrejola; pero Ossorio i aquellos de sus consejeros que se mostraban dispuestos a adoptar el camino de la conciliacion, temieron que se demorase el perdon solicitado, miéntras que los presidarios chilenos pasaban por infinitos sufrimientos.

Al tribunal de la audiencia no se le ocultaba esto: el fiscal don José Antonio Rodriguez se avanzó a preguntar al presidente Ossorio lo que debia hacer para descubrir la culpabilidad de algunos desterrados políticos, puesto que los documentos que se habian puesto en sus manos arrojaban una luz mui confusa, i que no tenia declaraciones en que apoyarse para proceder con acierto. A esta consulta le dió curso Ossorio pidiendo al tribunal un voto consultivo sobre el asunto que se cuestionaba.

La real audiencia se reunió el 27 de julio para tratar del particular. El oidor don Antonio Caspe i Rodriguez, que se habia recibido poco ántes del destino, fué el primero en hablar. Atrabiliario en sus ideas políticas, Caspe pronunció un difuso discurso, i espuso que consideraba imposible dar a las causas pendientes el jiro legal e indispensable sustanciacion que ellas exijian para conducirlas a término de pronunciar un fallo ajustado a las leyes. Pasó de allí a probar que el sistema adoptado desde

(15) En el archivo de la universidad de San Felipe he encontrado algunas notas que esplican este suceso.

el principio para enjuiciar a los reos políticos era el peor que podia haberse seguido. "El jefe supremo, dijo con este motivo, mandó formar causas criminales por individuos del ejército, i posteriormente ha repartido a este tribunal una multitud de papeles con el título de documentos para formar sumarias. Con este sistema se han iniciado mas de cuatrocientos procesos para juzgar un mismo delito, sin que haya sido posible descubrir hasta hoi el objeto de la revolucion ni el grado de culpabilidad de los reos. La causa ha sido mal llevada; pero la traslacion a Santiago de los presidarios de Juan Fernandez para oir sus declaraciones, no traerá ventaja alguna para adelantar el proceso, i producirá quizá males sin cuento, puesto que podrán comunicarse con los insurjentes de Buenos-Aires, i conspirar de acuerdo con ellos." En su juicio, esta gracia debia concederse a mui pocos, miéntras que debiera obligarse a todos los desterrados a coadyuvar con sus bienes a sostener el ejército del rei.

Esta era la verdad de lo ocurrido. La inocencia de muchos de los complicados era pública i notoria; pero Caspe i los oidores que hablaron despues de él reconocieron mui bien que no era prudente trasladar a Santiago a los reos políticos por grandes que fuesen sus padecimientos en el presidio. En la larga acta de aquella reunion se vé claramente su empeño por mantenerlos alejados de la capital, i su poco interes en abreviar las causas que se les seguian.

Ossorio no pensaba así: naturalmente compasivo i humano, el presidente habia obrado en todo por

instigaciones ajenas, i se habia manchado con crímenes horribles cometidos bajo su nombre i responsabilidad. Los memoriales de los presos, los empeños de las familias de éstos i el disgusto creciente que por todas partes despertaba su política, le habian hecho abrir los ojos i descubrir los males i las injusticias de su gobierno. No tardó en conocer que muchos presidarios sufrian en Juan Fernandez el castigo de delitos que no habian cometido, i que la participacion de otros en los sucesos que la revolucion estaba suficientemente purgada con cortos destierros. En esta persuasion, no se habia demorado en cambiar de conducta i en adoptar medidas de lenidad i reconciliacion.

La consulta que habia dirijido al supremo tribunal tenia este mismo objeto. En conformidad, tan luego como supo lo ocurrido en la sesion de la audiencia, Ossorio no pensó mas que en presentarse en persona para alcanzar un cambio en la tramitacion de las causas criminales. Pidió con este motivo que se formasen interrogatorios adaptados a los delitos de que se acusaba a cada uno de los reos, para recojer de ellos sus confesiones por conducto del gobernador de la isla, i presentó una lista de todos aquellos presidarios que no merecian el castigo que se les habia aplicado. En esta virtud, probó que era mas prudente usar de clemencia para con algunos, i, en vista de lo espuesto por el oidor Caspe sobre conceder gracia a los ménos culpables entre los presidarios, resolvió espedir las órdenes correspondientes para confinar a sus haciendas o a varios pueblos de reino a don Francisco Lastra, don Ga-

briel Valdivieso, don Javier Videla, don José Santiago Portales, don Pedro Prado, don José Antonio Rojas, don Isidoro Errázuriz, don Juan Antonio Ovalle i don Martin Calvo Encalada (16).

Para obtener la vuelta a Santiago de algunos de éstos, habian recurrido sus familias a todo jénero de instancias i de empeños; pero es necesario hacer justicia a la jenerosidad que manifestó Ossorio en aquellas circunstancias. El presidente de Chile no era de modo alguno un hombre inhumano, como se le ha querido pintar; i si no tuvo enerjía i firmeza para sobreponerse siempre a ajenas sujestiones, alcanzó al ménos a hacer el bien cada vez que estuvo en sus manos.

(16) Voto consultivo de la real audiencia, etc. etc. Mss.—Tengo en mi poder un curioso espediente que contiene un gran acopio de papeles i noticias sobre estas ocurrencias.

CAPITULO III.

I. Primeros años del jeneral don José de San Martin.—II. Sus primeros servicios en España.—III. Conducta de San Martin en la revolucion de Cádiz en 1808.—IV. Sus servicios en la guerra de la península.—V. Se pone en viaje para Buenos-Aires.—VI. Creacion de la gran lójia.—VII. Organiza un rejimiento de granaderos a caballo.—VIII. Cambio gubernativo en Buenos-Aires.—IX. Victoria de San Lorenzo.—X. Pasa a mandar la provincia de Cuyo.

I. Cuando la emigracion chilena pisó el territorio arjentino, gobernaba la provincia de Cuyo el coronel mayor don José de San Martin. Reducido entónces a una posicion mui inferior a la que le correspondia por su talento i su carácter, este jefe vivia retirado al parecer de la politica, ocupado enteramente en el servicio administrativo de esa oscura provincia, i sustraido, por decirlo así, al movimiento revolucionario de la América, en que ya habia figurado con brillo i en que debia representar mas tarde uno de los primeros papeles.

Vagas noticias se tienen hasta ahora acerca de la primera mitad de la vida de San Martin. Las memorias históricas se ocupan solo de sus últimas proezas, i nada nos dicen de los primeros hechos que le abrieron el camino para acometer mayores i

mas importantes empresas. Por este motivo, asumimos en este capítulo el rol de biógrafos.

Nació San Martin el 25 de febrero de 1778 en el pueblo de Yapeyú, capital de la provincia de Misiones, situado en la orilla derecha del rio Uruguay, enfrente de la embocadura del rio Ibicuí. Su padre, el coronel español don Juan de San Martin, fué el primer gobernador político i militar de la provincia despues de la espulsion de los jesuitas del Paraguay. Su madre, doña Francisca Matorras, natural de España tambien, era sobrina de don Jerónimo Matorras, famoso comerciante de Buenos-Aires, que animado de un espíritu belicoso compró el destino de gobernador de Tucuman, con el propósito de pacificar el gran Chaco, i peleó siempre con tanta decision como valor.

Don José era el menor de tres hermanos varones. Con ellos pasó a Buenos-Aires a cursar primeras letras en una escuela pública de esta ciudad, cuando apénas contaba seis años. Sus camaradas recordaban que el niño San Martin era el mas pensador entre todos ellos cuando se trataba de hacer una travesura, i que sus combinaciones le daban de ordinario mui buenos resultados. Sus juegos eran siempre militares : en Yapeyú, en la casa de su padre, habia aprendido algunas voces de mando que empleaba como se le ocurrian, i distribuia a sus compañeros en bandas a las cuales daba diversos nombres segun sus recuerdos. A veces eran los portugueses los enemigos a quienes queria atacar; pero mas frecuentemente hablaba de los indios Guaranis contra los cuales habia militado su padre. Uno

de sus condiscípulos solia decir: "San Martin estaba destinado a ser un grande hombre: en la escuela era un niño mui notable, i si hubiese muerto sin alcanzar a ilustrar su nombre, yo siempre me habria acordado de él."

Ocho años contaba de edad cuando su padre se resolvió a trasladarse a España con toda su familia. En la península quiso dedicar a su hijo a la carrera militar, a que manifestaba mucha aficion; i, venciendo grandes dificultades, logró colocarlo poco tiempo despues en el colejio de nobles de Madrid. Allí permaneció don José cursando ciencias matemáticas i militares hasta la edad de veinte i un años, época en que fué destinado a la plaza de Cádiz en calidad de ayudante del gobernador.

II. Desempeñaba entónces este destino el jeneral don Francisco María Solano, marques del Socorro i de la Solana, militar mui entendido i esperimentado, que tomó en breve mucho cariño a su ayudante San Martin. Recomendábalo en sus informes, manteníalo siempre a su lado i no cesaba de manifestarle su aprecio i su confianza, i de prestarle su apoyo i proteccion. San Martin, por su parte, le era sumamente adicto, i llevaba a tal grado su entusiasmo por Solano que, casi sin darse cuenta, le imitó sus modales, sus movimientos, su aire marcial, i hasta el tono de su voz, que despues le fueron tan naturales. Despreciando los goces i placeres de su edad, vivia él enteramente contraido al cumplimiento de sus obligaciones; acompañaba de ordinario a su jefe, i empleaba el tiempo que le dejaban libre sus trabajos, en el estudio de los libros

i de los hombres. En casa de Solano hizo conocimiento con los mas grandes jenerales que poseia entónces la España, obtuvo la amistad de muchos de ellos, i en su trato aprendió a juzgar de las grandes operaciones militares i a apreciar el arte de la guerra.

Residian entónces en Cádiz muchos jóvenes americanos empleados en el ejército español. Don Cárlos María Alvear, don José Miguel Carrera i algunos otros camaradas de ambos, a quienes no les tocó en suerte alcanzar los elevados puestos a que llegaron aquellos, eran de ese número. San Martin vivia en estrecha amistad con todos ellos, frecuentaba las mismas reuniones, i se mostraba siempre dispuesto a interceder por ellos cerca del jeneral Solano, para obtenerles licencias o alcanzarles el perdon de alguna falta. Don José, sin embargo, se distinguia entre todos sus compatriotas, por su espíritu pensador i reflexivo, por la gravedad i mesura en todas sus acciones, por la suspicacia que le era característica, i por el hábito de reserva que habia adquirido i que no le abandonaba aun en medio de las mas francas i sinceras efusiones de amistad. "San Martin, decia uno de sus camaradas con este motivo, piensa por todos nosotros: él emplea en la meditacion el tiempo que nosotros perdemos en nuestras calaveradas."

San Martin, en efecto, se sentia desde entónces ajitado por alguna idea grande que lo preocupaba noche i dia. Su cabeza fuerte i su espíritu elevado lo llamaban a hacer un papel importante en la historia; i sin duda no podia avenirse con la posi-

cion a que estaba reducido. Pensaba mucho en la política de España i en el gobierno de sus colonias, pero hablaba poco de estos asuntos, i siempre en sentido evasivo para no manifestar su opinion. En Cádiz, como en las otras provincias españolas, habia muchos enemigos de la monarquía absoluta, que lamentaban la decadencia de la patria, el ascendiente que tomaba el favorito Godoi en el gobierno del reino i el abatimiento con que la nacion española miraba su propia degradacion. San Martin estaba íntimamente ligado con estos hombres, i asistia a las reuniones en que ellos trataban de mejorar la condicion de España. A imitacion de la Francia, se introducian entónces en aquel país las sociedades secretas, adaptándolas para hacerlas servir en la política : en ellas se alistó San Martin, estrechó sus relaciones con muchos personajes de gran importancia, se dió a conocer de todos ellos, i acabó por adquirir el influjo i el prestijio a que lo hacia acreedor su jénio.

En esas circunstancias decretó Cárlos IV la invasion de Portugal, en cumplimiento del tratado de Fontainebleau (octubre de 1807). Con este motivo se dió órden al jeneral Solano de levantar un cuerpo de 6,000 hombres i de invadir prontamente el Alentejo i los Algarbes para ocupar estas provincias, que debian pasar al dominio del príncipe de la Paz. San Martin, que servia aun en calidad de ayudante del marques del Socorro, le ayudó poderosamente en el apresto de su division, lo acompañó en toda la espedicion, entró con él en Yelves, i permaneció a su lado hasta su vuelta a

España a principios de mayo de 1808. Solano, nombrado poco ántes capitan jeneral de Andalucía, dejó la plaza de Yelves en poder del jeneral frances Kellerman, i se dirijió a Sevilla, llevando siempre consigo a su ayudante San Martin.

III. El ejército frances, introducido en la península en virtud de un tratado, queria entónces cometer la inaudita perfidia de posesionarse de España para dársela al emperador Napoleon. El mariscal Murat, que ocupaba a Madrid, dictaba desde allí sus providencias a los jenerales i gobernantes españoles, separaba a los que juzgaba enemigos de la dominacion francesa i apoyaba a los que creia sus parciales. El pueblo, por su parte, se sublevaba en todas las provincias, deponiendo a las autoridades que no llamaban a las armas contra los invasores, i castigando i asesinando públicamente a los militares i gobernadores que se mostraban frios espectadores en la iniciada contienda, o que no abrazaban con calor la causa nacional.

Solano era de este número: desesperando de la suerte de la guerra, i arrastrado por sus relaciones de amistad con varios sujetos afrancesados, i mas que todo por un honroso despacho de Murat en que le ratificaba el nombramiento de capitan jeneral de Andalucía, él no trepidaba en manifestar su opinion contra la résistencia. En su tránsito por Estremadura, de vuelta de Portugal, i particularmente en Badajoz, su actitud, decidida en un principio contra los franceses, cambió luego que se supo la sumision de Madrid, i le acarreó la ojeriza i el odio de los pueblos; i en Sevilla, si bien no se atre-

vió a espresar francamente su opinion, esquivó cuidadosamente todo compromiso, i se marchó en secreto para Cádiz, en donde contaba con muchas simpatías.

En todas estas aventuras lo acompañaba fielmente su ayudante San Martin. Habia alcanzado éste a ganar la confianza de Solano, i estaba al corriente de todos sus pensamientos i propósitos. En Cádiz encontraron una estraordinaria excitacion, que subió de punto a los mui pocos dias. El populacho, capitaneado por unos cuantos frailes i algunos vecinos de mediano prestijio, pedia sin cesar que se atacase a la escuadra francesa surta en la bahía, i, furioso con la indecision del jeneral Solano, se agolpó por fin en la tarde del 29 de mayo a las puertas de su palacio para obligarlo a disponer el ataque. Sesenta hombres que iban armados de fusil descargaron sus tiros a la primera persona que asomó a los balcones.

San Martin hacia la guardia ese dia. Lleno de coraje i resolucion, mandó cerrar las puertas del palacio para impedir la entrada a la chuzma, i para romper sus fuegos contra ella por las troneras i ventanas si llegaba el caso de un ataque formal. El movimiento, sin embargo, era mas sério de lo que se pensaba: los amotinados sacaron cinco cañones del parque de artillería, abocaron uno de a veinte i cuatro a las puertas del palacio, las rompieron i penetraron al interior con gran tumulto i algazara. Solano saltó felizmente las murallas, despues de encargar repetidas veces que no se hiciese fuego al pueblo, i fué a buscar un asilo en la casa vecina

contra la saña popular; pero los amotinados no cesaron de perseguirlo por todas partes. Saltaron tambien las murallas, penetraron en la casa que servia de asilo al jeneral, i lo arrancaron cruel e ignominiosamente para sacrificarlo en las calles de la ciudad.

San Martin, por su parte, lo acompañó fielmente hasta dejarlo en la casa en que se asiló Solano. Creyéndolo fuera del alcance de toda persecucion, debió aquel pensar en su seguridad personal, a cuyo efecto se dirijió a la casa de su camarada i amigo Cruz Murgeon, teniente entónces del rejimiento de Murcia, i mui distinguido despues en la clase de jenerales de España, i como presidente de Quito. Allí estuvo escondido hasta que, despues de calmado el furor del pueblo, que le perseguia ansiosamente, pudo proporcionarle su fuga a Sevilla, donde fué destinado al ejército del jeneral Castaños (1).

"El recuerdo de este sangriento suceso no se borró jamas de su memoria, dice el mejor de los biógrafos de San Martin. El le inspiró ese horror profundo por las asonadas populares, que, mezclándose en su pecho al culto ardiente de la libertad, llegó a constituir el fondo de su carácter político, dictándole sus palabras i determinando sus acciones.—Si en el curso de su larga e ilustre carrera no hizo jamas la menor correccion de principios; si sabía i decia con mas firmeza que nadie que el gobierno de este mundo pertenece a la intelijencia; si segun él la libertad política no era posible, i la

(1) Conversacion con el señor don Ventura Blanco, testigo presencial de todo esto.

dignidad humana no podia tener una salvaguardia segura sino a condicion del mantenimiento inflexible del órden, debemos atribuirlo a las vivas impresiones que dejaron en su espíritu esta sublevacion de Cádiz, i los atroces crímenes que la mancharon. Los corazones firmemente templados guardan eternamente, como el bronce, las impresiones que han recibido (2)".

IV. En los primeros tiempos de la guerra de la independencia española, se alistó en el rejimiento de infantería lijera de Campomayor, que mandaba el bravo coronel Menacho, i poco despues pasó a prestar sus servicios en un rejimiento de caballería de línea. Por mandato de la junta de Sevilla, este cuerpo pasó al interior a engrosar los ejércitos nacionales. Cúpole al rejimiento en que servia San Martin entrar en la division que mandaba el jeneral

(2) A. Gerard.—*Nécrologie du gén. San Martin*, publicada en el *Impartial de Boulogne-sur-mer* de 22 de agosto de 1850, con motivo de su muerte. Este trabajo tiene noticias mui curiosas, comunicadas sin duda por la familia de San Martin, i está escrito con mas exactitud histórica que la que existe en las otras obras publicadas en Europa sobre la revolucion de América. Existe tambien otra biografía de San Martin escrita en 1823 por don Juan Garcia del Rio, bajo el anagrama de Ricardo Gual i Jaen. Esta ha sido adicionada por don Juan Bautista Alberdi i reimpresa en Lóndres posteriormente. Los periódicos arjentinos la han publicado varias veces en estos ultimos tiempos, i el autor de las *Memorias del jeneral Miller* la ha vaciado en su interesante obra.—Mui poco habria aclarado acerca de los primeros años del jeneral San Martin i de su historia ántes de ocupar el gobierno de Mendoza, si me hubiese limitado a apuntar las noticias que contienen las obras citadas. Para escribir mi relacion he consultado a un sin número de personas que lo trataron con intimidad, i al señor don Gregorio Gomez que lo conoció desde la escuela en Buenos Aires; i he tenido a la vista infinitos documentos acerca de los servicios prestados a la revolucion arjentina antes de 1815. Con la ayuda de estos, he podido ampliar debidamente esta parte de mi trabajo.—Lo que queda asentado sobre la revolucion de Cádiz está en todo conforme con la aplaudida historia de Toreno i otras obras, aunque en ellas faltan los detalles puramente personales sobre San Martin que dejo escritos.

marques de Coupigny, i militar a sus órdenes por algunos meses.

En este tiempo, el antiguo ayudante de Solano pudo dejar ver cuanto habia que esperar de su capacidad i de su audacia: en diversas comisiones del servicio, San Martin se condujo con todo el tino necesario, se batió con valor i con táctica, i supo hacerse notar entre la multitud de oficiales que por todas partes hacian prodijios de valor. La robustez de su cuerpo, por otra parte, le permitia despreciar las fatigas i privaciones de la guerra; i se cuenta que en el cumplimiento de sus obligaciones, San Martin no economizaba sacrificio alguno. Estaba siempre alerta para atender las mas pequeñas necesidades de su tropa i para tomar las medidas con que pensaba apoyar las mas importantes operaciones de estratejia. Su cabeza estaba organizada para atender a las grandes combinaciones del arte de la guerra, i a los detalles mas insignificantes del equipo del soldado.

Mui poco tiempo despues de abierta la campaña, San Martin pasó a ocupar el puesto de segundo jefe de su rejimiento. En esta calidad se batió perfectamente en el ataque de Menjiver i en la famosa jornada de Bailen, el 19 de julio de 1808, alcanzó una mencion honrosa en el parte oficial que pasó el marques de Coupigny al jeneral Castaños acerca de los sucesos anteriores a la batalla, i el grado de teniente coronel a que fué ascendido poco despues. Con esto solo su carrera militar quedaba ventajosamente comenzada.

En el transcurso de la larga i penosa guerra de

la independencia de España, San Martin combatió valerosamente en una infinidad de batallas i encuentros de menor importancia. Sirvió indistintamente en las divisiones del marques de Coupigny, del jeneral Castaños i del jeneral marques de la Romana, i siempre alcanzó honrosas distinciones de estos jefes. De ordinario consultaban su parecer en el consejo, i siempre lo tenian presente cuando se trataba de sablear al enemigo. En la célebre batalla de Albufera, el 15 de mayo de 1811, sobresalió entre sus compañeros de armas, i fué ascendido al rango de coronel efectivo en el mismo campo de batalla. En un encuentro que sostuvo su rejimiento en aquella jornada, se empeñó San Martin en un combate personal con un oficial de la caballería francesa, en que logró echar a éste por tierra, a pesar de haber recibido un horrible sablazo en la mano derecha.

V. La atencion de San Martin, sin embargo, no estaba fija en los sucesos de España. El grito revolucionario lanzado por las provincias americanas en 1810 habia llegado a sus oidos, i encontró eco en su pecho. Aunque separado de su patria desde la edad de ocho años, i condecorado con honores i grados en la metrópoli, él no habia echado en olvido el país que lo habia visto nacer. Sabia bien que esas provincias no eran felices, que estaban mal gobernadas, i que un espíritu mezquino dictaba leyes esclusivistas para mantener en eterna ignorancia i postracion a los países que con el tiempo podian ser ricos i adelantados.

Tan luego como supo las primeras noticias de la

creacion de un gobierno nacional en Buenos-Aires, San Martin pensó solo en dejar el servicio de la España para pasar a América a ofrecer su espada a las autoridades de su patria. En la guerra de la península, él llegó a formarse una idea exacta de lo que podria hacer con el tiempo, i creyó que sus servicios debian ser mui útiles a la causa de la independencia americana; pero sabia bien que salir de la metrópoli para pasar a las colonias sublevadas era una empresa mui difícil, que solo podia llevar a cabo burlando a sus jefes.

Por fortuna, el ejército español estaba unido al de la Gran Bretaña, i ambos obedecian a un jeneral de esta nacion. Los ingleses combatian contra Napoleon, mas no para sostener en sus dominios a la familia de los Borbones, que les importaba mui poco. La causa de la sublevacion de América contaba entre ellos muchos i mui decididos partidarios.

En esta circunstancia vió San Martin el arbitrio mas seguro para dejar el servicio de la España. Mandaba un cuerpo de caballería inglesa el jeneral sir Cárlos Stuart, hombre de carácter franco i caballeroso, que le habia manifestado mucho aprecio. Declaróse esplícitamente a éste; le manifestó sus deseos de pasar a América, i de tomar una parte activa en favor de la insurreccion, i acabó por pedirle un pasaporte con cuya ayuda pudiese marcharse a Lóndres. El jefe ingles miraba a San Martin con particular cariño; oyó con agrado su solicitud i consiguió el pasaporte que le pedia. Como si todo esto no bastase, el jeneral Stuart le dió muchas cartas de recomendacion para personas in-

fluentes de la Gran Bretaña, i en especial para lord Macduff, señor escoses que tambien habia militado en el ejército ingles de la península, i que fué mas tarde conde de Fife. San Martin llegó a Lóndres en los últimos meses de 1811.

Residian entónces en aquella capital varios americanos adictos a la causa de la independencia del nuevo mundo; i entre estos don Cárlos Alvear i don Matías Zapiola, jóven arjentino que habia servido en la marina española. Con ellos organizó San Martin una sociedad secreta, a que concurrieron, entre otros, dos venezolanos, don Luis Lopez Mendez i don Andres Bello, i un mejicano, el presbítero don Servando Teresa Mier, que se ocupaba en defender por la prensa la revolucion americana. El reglamento de esa sociedad era verdaderamente terrible, i tan secreto que la mayor parte de los asociados tenia un escasísimo conocimiento de él. Por medio de fuertes penas, San Martin se proponia evitar toda traicion de los asociados, i hacerlos trabajar con entusiasmo i decision en favor de la causa comun. Esta sociedad debia trabajar por todos medios en favor de la independencia americana.

Dispuesto a pasar cuanto ántes a América a prestar sus servicios con mayor eficacia, San Martin presentó sus cartas de recomendacion a las personas a quienes iban dirijidas, i se ocupó únicamente en los aprestos de su proyectado viaje. Lord Macduff, tan jeneroso como liberal e ilustrado, tenia un corazon bien dispuesto i un tesoro siempre abierto para protejer a los necesitados. A San Martin le proporcionó los recursos necesarios, i lo sirvió

eficazmente en todas sus dilijencias hasta dejarlo embarcado en la fragata *George Canning*, que salió de Lóndres en enero de 1812. En el mismo buque se embarcó tambien don Cárlos Alvear i don Matías Zapiola. Los tres iban a alcanzar una gloriosa nombradía combatiendo por la independencia americana.

VI. La fragata *George Canning* entró al puerto de Buenos-Aires el 13 de marzo. Inmediatamente pasó San Martin a ofrecer sus servicios a la junta gubernativa, presentando sus títulos i despachos. Oyósele con atencion, i aun cuando su nombre era enteramente desconocido para los hombres que formaban el gobierno, se le dió el grado de teniente coronel, i la comision de organizar un cuerpo de caballería montado en el pié en que estaban las tropas europeas.

Antes de todo, San Martin quiso conocer bien el terreno que pisaba. El sabía que habia en Buenos-Aires lójias masónicas en que estaban afiliados los hombres mas importantes e influentes entre los revolucionarios. San Martin se entendió fácilmente con ellos, i se penetró bien del espíritu que animaba a los corifeos de la revolucion i del estado en que ésta se hallaba; estudió a fondo todos los elementos morales de que podian disponer, i acabó por creer que las instituciones masónicas estaban desvirtuadas en las lójias de Buenos-Aires. Formaban parte de ellas muchos hombres de importancia mui secundaria, que bajo ningun aspecto eran acreedores a la confianza que era preciso hacer en ellos para dirijir con acierto la revolucion. San Martin se es-

plicó con Alvear i Zapiola, i todos tres acabaron por convencerse que se necesitaba un reforma radical en el sistema de sociedades secretas para que éstas produjesen el efecto que convenia.

De allí pasaron a tratar de los medios de organizar una nueva lójia compuesta de un número mas reducido de miembros. Debia formarse ésta de los personajes mas importantes que hasta aquel momento contaba la revolucion en sus filas, con tal que estos fuesen hombres de enerjía i decision, i que se hallasen dispuestos a arrostrar cualquier peligro por el triunfo de la causa en que estaban empeñados. San Martin queria solo hombres de corazon, dispuestos a todo, i prontos para obedecer sus mandatos o los de los otros corifeos, i confiaba en que con su ayuda podria dar a la revolucion un vigoroso impulso, i quizá concluirla en pocos años.

Las primeras personas a quienes espuso su plan lo aprobaron decididamente. La nueva lójia iba a juntar en su senó a los hombres mas importantes de todos los partidos, i a aunar las opiniones de todos para marchar de acuerdo, sacrificando al parecer de la mayoría las pretensiones de algunos. Su principal objeto era trabajar poderosamente para asegurar la independencia americana a costa de cualquier sacrificio, i casi sin reparar en medios: sus miembros debian hacer completa abnegacion de sí mismos, guardar relijiosamente el mas profundo secreto acerca de lo que se trataba en sus reuniones, i obedecer ciegamente los mandatos de la mayoría de los asociados. La reunion tomó el nombre de *Gran Lójia*, i mas tarde el de *Lójia Lau-*

tarina, en recuerdo del esforzado guerrero araucano que sucumbió gloriosamente defendiendo la independencia de su patria. Segun sus acuerdos debia reunirse en las altas horas de la noche, i era obligacion de sus miembros ocultar perfectamente todo lo que tenia relacion con ella (3).

Antes de dos meses, la lójia contó muchos afiliados, i entre ellos a militares de elevada graduacion, a los políticos mas influentes de la revolucion arjentina, i a algunos hombres notables por su patriotismo i virtudes cívicas. Allanáronse todos estos a prestar un solemne juramento, i a observar fielmente las reglas i ritos de la sociedad.

VII. San Martin, entretanto, emprendió otro trabajo lleno de interes i de entusiasmo. Juzgando con vista certera, conoció luego que aun cuando la guerra con los delegados del rei de España estaba mui avanzada en aquellas provincias, era preciso pelear mucho todavía para asegurar la independencia; i en los momentos en que los otros jefes arjentinos creian concluir la campaña, San Martin comenzaba a prepararse para ella, organizando un nuevo cuerpo de jinetes, del que pensaba sacar mucho provecho. El habia palpado de cerca las venta-

(3) En el año de 1820 se publicó en Buenos-Aires, por la imprenta Federal, un folleto en forma de carta, escrito con cierta acritud de palabras, aunque sin hechos en que apoyar sus asertos, en el cual se pretendia descubrir muchos secretos relativos a la *gran lójia*. Sin duda el autor de este folleto ha revelado algunas verdades sobre la fundacion de la *lójia*, pero no estaba al cabo de todos los pormenores de su creacion. Ha sido tan calumniada esta institucion i sus autores, que se ha llegado a decir que su objeto principal era someter de nuevo estos paises a la dominacion española.—Para despreciar este aserto, baste recordar que los miembros de esa lójia declararon la independencia de tres repúblicas, pelearon en cien combates i quitaron a los españoles la mitad de sus posesiones en la América del sur.

jas de la caballería de ataque, i creia que era fácil su introduccion en las provincias arjentinas, donde todos los hombres saben domar un caballo.

Desconocíase entónces en toda la América la importancia de la caballería lijera, organizada en cuerpos respetables. Los gauchos arjentinos hacian con provecho la guerra de montoneras, pero no se sujetaban al órden de cuerpos reglados, peleaban sin disciplina, i vestian i se armaban sin uniformidad ni disciplina. San Martin se proponia vencer estas dificultades, formar un buen rejimiento, equiparlo i armarlo debidamente, i ponerlo bajo un pié formidable.

Para la creacion de este rejimiento, el comandante San Martin recurrió a arbitrios eficaces que le dieron el buen resultado que esperaba. Dió a Alvear el cargo de sarjento mayor del rejimiento, i nombró capitan a don Matías Zapiola. Siguiendo las indicaciones que les suministraban los miembros de las sociedades secretas, reunió una multitud de jóvenes entusiastas, que, si bien hasta entónces no habian servido en el ejército, podian ser con el tiempo brillantes oficiales. Tomó el cuartel del Retiro, situado en las estremidades de la ciudad : allí reunia diariamente a sus oficiales en academias de instruccion, i por las tardes tenia ejercicio de tropa, en que tomaba parte enseñando personalmente a sus soldados el manejo de las armas, i sacando aparte a los mas distinguidos entre todos para tirar el sable, en lo que él habia adquirido una destreza sorprendente. Para probar el valor de sus oficiales les tendia asechanzas, i les preparaba sorpresas

nocturnas en las inmediaciones del cuartel; i aquel que no se conducia con todo coraje era irremediablemente separado del cuerpo, porque San Martin queria solo tener leones en su rejimiento.

Para moralizar a sus oficiales, creó San Martin una institucion privada i secreta, que debia juzgar su conducta en conformidad con un reglamento dictado tambien por él. Segun lo que éste disponia, los jefes i oficiales se reunian todos los meses para leer los denuncios anónimos que algunos de ellos hubiesen depositado en cierta caja; i en el mismo dia se nombraba una comision compuesta por un capitan i un subalterno para hacer investigaciones acerca de la conducta del acusado sobre varios puntos de honor que especificaba el reglamento. La comision tenia un mes de plazo para hacer sus investigaciones, i si al cabo de este tiempo no era favorable su informe, era casi seguro que despues de una votacion secreta se le intimaba formalmente que pidiese su separacion del cuerpo, si no queria verse ajado i vilipendiado por sus otros compañeros de armas. Estos, por su parte, debian abstenerse de hablar i hasta de saludar al oficial espulsado (4).

En el transcurso de la guerra de la independencia americana, el rejimiento de granaderos creado

(4) Los crímenes que merecian este castigo eran los siguientes: mostrar cobardía en el campo de batalla, o solo agacharse para salvarse de las balas—Contraer deudas con artesanos—Jugar con jente de baja condicion—Estropear bajo cualquier motivo a una mujer—No admitir un duelo o no pedir satisfaccion por injurias inferidas—Murmurar de los oficiales del cuerpo, o comunicar chismes para poner mal a algunos de ellos—No empeñarse en la espulsion de los delincuentes—Faltar al secreto en que se apoyaba este reglamento.—Véanse las *Memorias póstumas del jeneral Paz*, tomo 1.º páj. 175, en donde hai tambien algunas noticias acerca de este reglamento de San Martin.

por San Martin en 1812, produjo diez i nueve jenerales i mas de doscientos oficiales, venció en las batallas mas afamadas de esta guerra, i atravesó la mayor parte de la América meridional i las montañas mas altas del globo.

VIII. Miéntras San Martin se ocupaba en la organizacion del rejimiento de granaderos, tuvo un cuidado particular de mantenerse alejado de los negocios públicos, i de no injerirse en la direccion de la guerra. Cuando se tocaba la conversacion sobre los asuntos de gobierno, él encarecia únicamente la necesidad de declarar la independencia de un modo franco i terminante. "Hasta hoi, decia San Martin con este motivo, las provincias arjentinas han combatido por una causa que nadie conoce, sin principios ni bandera reconocidos, que esplique el oríjen i tendencias de la insurreccion. Preciso es que nos llamemos independientes para que nos conozcan i respeten las naciones europeas."

Pero los corifeos de la revolucion arjentina no pensaban entónces en dar un paso tan audaz como este. Combatian ellos a las tropas del virrei del Perú, difendian su territorio contra las agresiones del ejército español de Montevideo, i castigaban severamente al que invocaba el nombre del rei en Buenos Aires o en las provincias; pero se preocupaban mas con la política doméstica de la revolucion que con la idea de declarar al mundo la voluntad nacional. Despues del movimiento del 25 de mayo de 1810, se habian sucedido unas a otras las juntas gubernativas i las asambleas, que duraban apénas unos pocos meses.

A mediados de 1812 gobernaba el país una junta compuesta de tres individuos, encargados del poder ejecutivo. Acusábase a ésta de haber puesto obstáculos a las elecciones para una asamblea jeneral, i de haber hecho elejir por medio de la intriga a algunos parciales suyos, con desprecio de la voluntad de sufrajio. Con frívolos pretestos, la mayoría de la asamblea hizo una eleccion nula para llenar una vacante en la junta gubernativa, i separó de su propio seno a varios de sus miembros, que no contaban con las simpatías del gobierno. En este número entraba el diputado de Mendoza, doctor don Bernardo Monteagudo, hombre tan audaz como hábil para dirijir los negocios públicos, i cuyo espíritu no encontraba arbitrio vedado para asegurar el triunfo de la causa en que estaba interesado. Monteagudo i sus amigos, ofendidos con la conducta del gobierno, pensaron solo en hacer una revolucion, i en formar una nueva junta.

Contra su sistema, San Martin entró en el complot. Su amistad con Monteagudo, en quien habia descubierto un ajente tan activo como importante para la realizacion de sus futuras empresas, por un lado, i la conducta débil que habia observado la junta gubernativa negándose a declarar la independencia por otro, lo habrian decidido a apoyar el movimiento, si no lo hubiesen comprometido los juramentos secretos que lo ligaban a la gran lójia. Su papel, sin embargo, se redujo a presentarse en la plaza pública a la cabeza de sus granaderos, en la mañana del 8 de octubre. Habíanse reunido ya todas las tropas, i un inmenso número de ciudadanos

de influjo i de respeto; i desde allí pasaron una nota al cabildo, en que declaraban reo de lesa patria al gobierno, pedian la inmediata disolucion de la asamblea i de la junta, i concedian al ayuntamiento las facultades de que fué investido en mayo de 1810, para la creacion del primer gobierno nacional. El movimiento dió por resultado la inmediata formacion de otra junta, compuesta del doctor don Juan José Pazo, doctor don José Antonio Alvarez Jonte, don Nicolas Rodriguez Peña i don Francisco Belgrano, como suplente del último, que se hallaba ausente (5).

IX. Despues de este cambio gubernativo, San Martin quedó con su rejimiento sirviendo en la guarnicion de Buenos-Aires. Allí permaneció hasta los primeros dias de febrero del siguiente año, en que salió por primera vez de la ciudad a defender el territorio arjentino amenazado de una nueva invasion. La escuadra española del rio de la Plata, estaba en pacífica posesion de sus aguas, así como de los otros rios sus tributarios, i aun proyectaba un desembarco en la orilla derecha del caudaloso Paraná, para ocupar el convento de San Lorenzo i los campos de sus inmediaciones.

El gobierno de Buenos-Aires tuvo noticia de los aprestos de los marinos españoles, ántes que estos hubiesen tomado todas sus medidas para efectuar el desembarco. Anunciábase que contaban con una respetable division de infantes, i que sus propósitos no se limitaban solo a ocupar momentáneamente los

(5) Notas del pueblo i del cabildo i Manifiesto de la nueva junta, impresos en Buenos-Aires en 1812.

campos de las inmediaciones, sino a echar allí las bases un nuevo ejército realista para atacar por ese lado a los insurjentes. Alarmada con este nuevo peligro, la junta gubernativa llamó a San Martin para encomendarle la defensa de las riberas del Paraná, i le encargó que saliese prontamente de Buenos-Aires a la cabeza de ciento cincuenta granaderos montados.

San Martin se puso en marcha el 2 de febrero: caminando principalmente por la noche, llegó el dia 4, mucho despues de haberse oscurecido, a la casa de posta de San Lorenzo, cinco leguas al poniente de las riberas del Paraná. Los marinos españoles habian hecho desembarcar algunos espías, cuya vijilancia burló felizmente San Martin. Hizo apagar todas las luces miéntras descansaba su tropa, i tres horas ántes de amanecer dió la órden de marchar en silencio para ocupar el convento sin ser notado por los enemigos. "Ellos, dijo el jefe arjentino a uno de sus oficiales, cuentan con doble número que nosotros; pero a pesar de todo, pienso que podré darles un mal dia."

El convento estaba abandonado: San Martin lo ocupó cuando apénas amanecia, i él mismo subió a la torre de la iglesia para disponer desde allí el ataque a las fuerzas realistas, tan pronto como bajasen a tierra. Antes de mucho rato, en efecto, desembarcó una columna de mas de trescientos infantes i formada en buen órden se puso en marcha hácia el convento. Segun se distinguia a la distancia, sus jefes tomaron todas las precauciones para evitar una sorpresa; pero marchaban con banderas des-

plegadas i al son de pífanos i tambores, como si no debiesen temer un ataque de frente.

Inmediatamente San Martin bajó de la torre i dividió sus granaderos en dos cuerpos que colocó en los dos lados opuestos del convento, encomendándoles que cargasen a la primera señal que les hiciese. Así que se encontraron los realistas a la distancia de cien varas del convento, los granaderos mandados por su mismo jefe salieron repentinamente, i los acometieron por los flancos con buen órden i con una audacia inaudita. La confusion sucedió a la sorpresa: los enemigos se sostuvieron apénas en sus puestos, i despues de tres minutos de combate la victoria de San Martin quedó asegurada. Los realistas, rotos i desconcertados en el principio, se vieron en breve tenazmente perseguidos i destrozados. Una partida que, contra las órdenes terminantes de sus jefes, intentó entrar al convento, fué vigorosamente deshecha por un piquete de granaderos. Aseguróse que despues de aquella jornada, solo cincuenta soldados realistas alcanzaron a reembarcase; los demas quedaron prisioneros, muertos o heridos en el campo de batalla.

La victoria de San Lorenzo costó la pérdida de solo ocho hombres a la division de San Martin. Este jefe fué levemente herido en la refriega; pero sin cuidarse mucho de su persoua, tomó todas las medidas que creyó necesarias para asegurar las ventajas de su triunfo. Convencido al fin de que los marinos españoles habian escarmentado decididamente, i de que no intentarian otro desembarco, dió su vuelta a Buenos-Aires pocos dias despues.

X. Este primer ensayo del nuevo rejimiento de granaderos hacia concebir las mas lisonjeras esperanzas. El gobierno dió por bien empleados el tiempo i los sacrificios que costaba, elevó a San Martin el rango de coronel mayor, grado inferior al de brigadier, i trató por todos medios de tenerlo propicio. Creyendo mui útil su permanencia en la capital, la junta gubernativa no quiso destinarlo a su ejército del Alto Perú.

En el servicio de guarnicion se ocupó San Martin todo el resto de 1813. Solo a principios del siguiente año, el 12 de febrero, se le confió el mando del ejército del norte que acababa de sufrir dos horribles derrotas en Vilcapujio i Ayohuma. Con este encargo, San Martin fué a situarse en la provincia del Tucuman, i desde allí despachó un escuadron de granaderos en ausilio de las partidas de los fujitivos, i recojió los restos dispersos de las tropas insurjentes que se retiraban de las provincias del norte dejándolas en manos del vencedor. Llevaba consigo dos escuadrones montados i un hermoso batallon de infantería de setecientas plazas, el núm. 7, que mandaba el teniente coronel don Toribio Luzurriaga. Con esta base, San Martin comenzó la reorganizacion del ejército insurjente, equipándolo i disciplinándolo bajo un pié enteramente nuevo i en todo conforme a los principios de la táctica europea. Altamente convencido de la importancia de la caballería reglada, el nuevo jeneral no perdonaba sacrificio alguno para disciplinar a los gauchos arjentinos que hasta entónces habian hecho la guerra del Alto Perú sin someterse a las trabas del ór-

den i la disciplina. "El jeneral, dice un bizarro oficial de caballería de ese ejército, estableció una academia de jefes que se reunian las mas de las noches en su casa, i estos presidian a su vez las de los oficiales de los rejimientos, de modo que los nuevos conocimientos se trasmitian desde la cabeza hasta las últimas clases (6)".

La desmoralizacion casi completa de aquel ejército era en gran parte producida por el espíritu de desobediencia de algunos jefes subalternos. Los comandantes de cuerpos i aun de divisiones peleaban muchas veces sin órdenes superiores, i abandonaban los puestos a que estaban destinados con desprecio de los mandatos del jeneral en jefe. De ordinario trataban a éste con mucho descomedimiento, i hacian alarde de burlar su autoridad. San Martin creyó que esta clase de males necesitaba un remedio mui eficaz, i se dispuso a castigar severamente cualquier acto de insubordinacion. El valeroso coronel don Manuel Dorrego fué confinado a Santiago del Estero, porque no se condujo con la compostura debida delante de San Martin, en una de las academias doctrinales (7); i el jeneral Bel-

(6) *Memorias póstumas del jeneral Paz*, tomo 1.º pájs. 171 i 172. He querido contar con alguna detencion los sucesos del mando de San Martin en el ejército del Alto Perú, porque hasta ahora no se ha escrito nada sobre el particular. Creo revelar así algunos detalles enteramente desconocidos sobre este personaje, aprovechando en parte una multitud de memorias i documentos que he reunido sobre esa época oscura de su vida i de la historia arjentina.

(7) Un testigo presencial ha contado este suceso con algunos detalles mui curiosos i característicos.—"Colocados todos los jefes por antigüedad, daba el señor San Martin la voz de mando i la repetian en el mismo tono los demas; no recuerdo si en la segunda reunion al repetir el jeneral Belgrano, que era el primero, la voz que habia dado

grano, que habia quedado en el ejército mandando un rejimiento, le siguió en breve, solo porque se decia que algunos vecinos del pueblo pensaban pedir su reposicion en el mando de las tropas insurjentes. Con esto solo, San Martin se hizo respetar de sus subalternos.

El nuevo jeneral comenzó la campaña colocando en los puntos mas avanzados del territorio ocupado por los arjentinos al comandante de milicias don Martin Miguel Güemes i a otros audaces jefes de montoneras, que sirvieron a las órdenes del coronel Alvarez, gobernador de Cochabamba, miéntras él disciplinaba su ejército. Merced solo a su jénio organizador, dos meses despues de haber tomado en Tucuman el mando de 577 hombres, contaba en sus filas mas de cuatro mil soldados de todas armas i un brillante parque de artillería compuesto de catorce piezas; pero léjos de querer romper las hostilidades a la cabeza de estas fuerzas, se contentó con reforzar las partidas insurjentes que ocupaban las inmediaciones de Salta para sostener la campaña de guerrillas, i entabló comunicaciones con el coronel arjentino don Saturnino Castro, que man-

el señor San Martin, largó la risa el coronel Dorrego. El jeneral San Martin que lo advirtió, díjole con fuerza i sequedad : Señor coronel, hemos venido aquí a uniformar las voces de mando.—Dió nuevamente la voz, i rióse nuevamente al repetirla el jeneral Belgrano : el señor San Martin empuñando un candelero de sobre la mesa i dando con él un fuerte golpe sobre élla echó un voto, i dirijiendo una mirada furiosa a Dorrego, díjole, pero sin soltar el candelero de la mano : ¡He dicho, señor coronel, que hemos venido a uniformar las voces de mando!—Quedó tan cortado Dorrego que no volvió mas a reir, i al dia siguiente lo mandó desterrado a Santiago del Estero."—*Observaciones sobre las Memorias del jeneral Paz*, por el jeneral don Gregorio Araoz de Lamadrid, pájs. 45 i 46.

daba la vanguardia realista, a fin de obtener que se pasara al ejército insurjente.

Esto era en verdad cuanto podia hacer el activo San Martin en la posicion en que se encontraba. El enemigo, envanecido con las importantes victorias que habia alcanzado, contaba entónces con refuerzos mui considerables i superiores en mas del doble a los suyos. El coronel Castro que mandaba en Salta, su ciudad natal, i el jeneral Ramirez que marchaba a reforzarlo, tenian a sus órdenes mas de 3,200 hombres i 12 cañones, i esperaban nuevos auxilios para juntarse ámbos i seguir la campaña en las provincias centrales. En el ejército insurjente, entretanto, se hacian sentir los malos efectos de la desmoralizacion: desertábanse casi diariamente algunas partidas de caballería de milicia, i se descubria por todas partes las mas claras señales de disgusto i hasta de desaliento.

En tan críticas circunstancias, San Martin buscó su salvacion en la astucia. Por medio de infinitas intrigas hizo llegar a oidos de los enemigos que las guerrillas del norte, débiles al parecer, eran parte de una division de 4,000 hombres que habia hecho avanzar hasta mas allá de Salta, para impedir la union de Ramirez i Castro. En el campamento realista se creyó formalmente la jugarreta: el primero de estos jefes se imajinó que el coronel Castro estaba rodeado por fuerzas mui superiores a las suyas, i no se atrevió a marchar en su socorro. De este modo, los realistas pasaron la mejor estacion del año, el otoño, sin pensar en estender sus conquistas mas adelante de Salta, que habian ocupado

en el mes de febrero, ántes de la llegada del nuevo jeneral insurjente.

San Martin, entretanto, hacia todo jénero de esfuerzos para moralizar su ejército i evitar la desercion. Con este objeto trató de obligar a todos los oficiales a respetar por medio de juramento secreto un reglamento semejante al que observaban los granaderos; pero vió con gran pesar suyo que los otros cuerpos se negaban a sujetarse espontáneamente a reglas severas i rigorosas, cuando hasta entónces habian gozado de una libertad ámplia. Comenzó tambien la construccion de una fortaleza en forma de pentágono regular en las inmediaciones de la ciudad del Tucuman: en esta obra trabajaba la tropa, i para hacer ménos sensible su costo pedia a los particulares los materiales por via de donativos patrióticos. Por un efecto natural de la reserva de San Martin, nadie supo lo que pensaba hacer de esa fortaleza, si la destinaba para encerrar sus tropas i evitar la desercion, o para guardar su parque, i constituirla en punto principal de apoyo en caso que avanzando el enemigo le fuese necesario sostener la guerra de montoneras para atacarlo.

Apesar de la actividad que desplegaba, San Martin no dirijia con gusto la campaña del Alto Perú. No tenia confianza en el ejército de su mando i creia que habia de gastar mucho tiempo ántes de alcanzar a moralizarlo debidamente. Desde Buenos-Aires, ya habia observado que las tropas insurjentes eran derrotadas cada vez que se internaban en el Alto Perú, miéntras que habian destrozado a sus enemigos siempre que éstos entra-

ban en el territorio de las provincias arjentinas. Esa vasta estension de territorio por donde podian traficar libremente ejércitos compuestos de centenares de miles de soldados sin ser vistos por los enemigos, no era el campo que buscaba San Martin para hacer la guerra. Llevar a Lima, el centro de recursos de los realistas, un ejército insurjente atravesando esos inmensos campos, venciendo a cada paso las resistencias que debian oponerle las poblaciones del interior, era una empresa que no era dado ejecutar a ningun ejército del mundo, i mucho ménos a los soldados arjentinos, prestos a dejar las filas tan luego como se alejaban de sus hogares.

San Martin, sin embargo, comprendia bien que la guerra americana duraria miéntras Lima estuviese en poder de los españoles; pero pensaba en llegar a la corte de los virreyes por otro camino, si bien no tan largo como este, no por eso ménos difícil. En su juicio, Chile debia ser libre, i debia tomar la ofensiva contra el Perú para asegurar su independencia: las provincias del Plata podian comunicarse fácilmente con el estado chileno, i los ejércitos de ambos debian acometer la empresa, para lo cual tenian un camino abierto i espedito, el vasto océano Pacífico.

Este fué el gran pensamiento de San Martin, i su feliz realizacion el oríjen de su gloria i nombradía; pero a principios de 1814 nadie lo habria acojido sino como la idea de un loco que no conocia ni aun la posicion jeográfica de los países en cuya independencia meditaba. El coronel San Martin sospechó tambien que aun no era tiempo de enunciar

su pensamiento : lo guardó sijilosamente en su corazon, i trató solo de dejar el mando del ejército que se le habia confiado.

Para esto hizo correr la voz en el ejército de que lo aquejaba una grave enfermedad al pecho, que lo hacia arrojar sangre por la boca. Desde principios de abril no salió de su casa en muchos dias : la retreta no tocaba a su puerta para que no le incomodase el ruido, i sus edecanes hacian guardar el mayor silencio a todos los que entraban a informarse de la salud del jeneral o a recibir sus órdenes. Con este motivo salió a una estancia de campo, en donde pasó cerca de un mes, i de allí se trasladó a Córdova, dejando el ejército a cargo del mayor jeneral don Francisco Cruz. Sin querer esperar mas tiempo, elevó al gobierno su renuncia del mando de las tropas, pretestando su enfermedad, i esponiendo que el clima de las provincias del norte era mui perjudicial a su salud.

Algunos oficiales creyeron que la enfermedad era puramente finjida, pero ni aun se atrevieron a manifestar sus sospechas, temerosos, sin duda, de irritar a San Martin. Pensaban éstos que queria dejar el mando del ejército por miedo quizá a una faccion que se alzaba en Buenos-Aires, i que le era a todas luces opuesta. La encabezaba el jeneral Alvear, antiguo subalterno suyo, i elevado rápidamente a los mas encumbrados puestos del ejército, que desde tiempo atras lo miraba con un celo pueril en que no hacia alto San Martin.

El supremo director don Jervacio Antonio Posadas admitió la renuncia de San Martin, i aun

le nombró por sucesor suyo al jeneral don José Rondeau, que mandaba el ejército sitiador de Montevideo; pero le ofreció el gobierno de la importante provincia de Córdova, para que permaneciese en ese punto si su salud se lo exijia. San Martin se negó decididamente a admitirlo, manifestando que esperaba mui poco de este temperamento, pero hizo tocar muchos resortes para que se le confiara el de la apartada provincia de Cuyo, que de ordinario tenia mui pocos solicitadores.

Comprendia entónces esta provincia, todo el territorio que forman hoi las provincias de Mendoza, San Juan i San Luis (8); pero era pobre i de ninguna importancia en la política i en la guerra. Alejada de Buenos-Aires i de los campamentos del Alto Perú, el gobierno de esa provincia no despertaba la ambicion de las personas de importancia. El supremo director don Jervacio Posadas, que gobernaba en jefe todo el estado, accedió a la solicitud de los amigos de San Martin.

Sin la menor demora, partió éste para la ciudad de Mendoza, capital de la provincia de Cuyo. Ese pueblo tenia para San Martin el atractivo de estar colocado al pié de los Andes, que queria cruzar a la cabeza de un ejército. Desde entónces creia dado el primer paso para la realizacion de su gran proyecto.

(8) Se ha incurrido repetidas veces en el error de llamar provincias a estos tres distritos que formaban hasta 1821 la provincia de Cuyo.

CAPITULO IV.

I. Primeras noticias que tuvo San Martin de la revolucion chilena.—II. Llega a Mendoza la emigracion chilena.—III. Entrevista de San Martin i Carrera.—IV. Primeros disgustos de ámbos.—V. Se niega Carrera a salir de Mendoza.—VI. Manda sus representantes a Buenos-Aires.—VII. Le quita San Martin el mando de las tropas chilenas.—VIII. Desorganizacion de los últimos cuerpos de su mando.—IX. El gobierno de Buenos-Aires aprueba todos los trabajos de San Martin.

I. Apénas encargado del gobierno de la provincia de Cuyo, San Martin comenzó a inquirir datos sobre el estado de la revolucion chilena, de que pendia la realizacion de sus proyectos. Desde luego solo obtuvo noticias vagas; pero, por fortuna suya, se encontró en Mendoza con el coronel don Márcos Balcarce, que volvia de Chile despues de celebrado el convenio de Lircai: este jefe le suministró todos los pormenores, que podian interesarle acerca de los hombres mas notables del país, los elementos con que contaba la causa de la revolucion, i el estado i calidad de las fuerzas insurjentes que habian hecho la campaña anterior.

San Martin oia la relacion de Balcarce con el mas vivo interes. Chile era el primer escalon que

debia subir para realizar su pensamiento de emancipacion e independencia; i por desgracia apénas conocia de oidas a este país. Iba Balcarce mui prevenido contra don José Miguel Carrera: en sus relaciones, lo pintaba como un jóven díscolo elevado a los primeros puestos del gobierno i del ejército, gracias solo a la ignorancia de los chilenos en estas materias.

A principios de agosto llegaron a Mendoza los desterrados políticos, confinados a aquella ciudad despues del cambio gubernativo del 23 de julio. Habia entre ellos dos personas mui notables por sus talentos i por los importantes servicios prestados a la causa de la revolucion, que merecieron todas las atenciones del jeneral San Martin. Eran éstos don Antonio José de Irisarri i el brigadier don Juan Mackenna, opositores, como se sabe, a la política de Carrera. San Martin, que habia oido hablar de ellos con elojio, los distinguió mucho, i llegó a familiarizarse con ambos.

Como era de esperarse, el gobernador de Cuyo los confundia a preguntas sobre Chile, a las cuales satisfacian minuciosamente Irisarri i Mackenna. Uno i otro le esplicaron la revolucion chilena, le retrataron a sus hombres mas importantes i le anunciaron que ellos auguraban mal de la suerte del país si seguia Carrera dirijiendo los negocios públicos. "Chile, le dijo Mackenna con este motivo, debe fundar todas sus esperanzas de salvacion en un solo militar; ese es el jeneral O'Higgins, hombre modesto, alma buena i jenerosa, i espíritu esforzado. Es valiente como un leon i grande como las cordille-

ras." De allí pasó a criticar con ruda aspereza todos los actos de la vida pública del jeneral Carrera, i acabó por repetirle que éste iba a perder sin remedio la revolucion chilena.

Cualquiera que fuese la pasion que habia en las palabras de Mackenna, ellas alcanzaron entero crédito en el ánimo de San Martin. Comprendió fácilmente que con Carrera i sus secuaces no podria realizar jamas su proyecto favorito; i en esta persuacion, se pronunció desde Mendoza en contra suya. Ya entónces pensaba que si habia de ejecutar sus vastos planes, debia buscar apoyo en O'Higgins.—Con esta esplicacion será mas fácil comprender los sucesos que siguen.

II. No hacia aun un mes a que habian llegado a Mendoza los desterrados políticos de Chile, cuando arribó a aquella ciudad, a principios de setiembre, un emisario de la junta gubernativa de Santiago con pliegos para el gobernador de Cuyo. Comunicábale la noticia del desembarco de un nuevo jeneral realista con un respetable cuerpo de refuerzo, i le pedia empeñosamente se sirviese enviarle un auxilio de tropas para engrosar el ejército chileno. Segun las espresiones de la nota, la situacion de este país era mui angustiada en aquellos momentos.

Sin la menor demora, San Martin tomó sus providencias para cumplir del mejor modo que le era posible los encargos de Carrera. Con este objeto, despachó un propio para obtener del gobierno de Buenos-Aires un refuerzo de 1,500 hombres para auxiliar al ejército insurjente de Chile. El mismo

propio llevó una carta del brigadier Mackenna para el coronel mayor don Francisco Javier Viana, a quien habia conocido en años atras en el ejército español, i que ahora desempeñaba el cargo de secretario del despacho de la guerra del gobierno arjentino. Instábale encarecidamente en ella, que se empeñase en socorrer a Chile, porque debia sucumbir sin remedio si no se le prestaba auxilios para desembarazarse del poderoso ejército realista que mandaba Ossorio.

Esto era cuanto podia hacer San Martin en aquellos momentos para favorecer la revolucion de Chile. No tenia un solo piquete de soldados que poner a disposicion del jeneral Carrera, i a mas de ser mui apremiantes las necesidades de éste para que se pensase en organizar i equipar milicias, carecia de suficiente poder para tomar por sí solo medidas de esta clase. Con gran trabajo alcanzó a reunir 6,000 cartuchos a bala, un cajon de piedras de chispa i ochenta onzas de oro, que remitió al teniente coronel don Juan Gregorio Las-Heras, que habia quedado en Chile al mando de la division auxiliar de cordoveses. En las instrucciones que por su órden pasó a este jefe el coronel Balcarce, se le encargaba que se pusiese con sus fuerzas a disposicion del gobierno de Chile (1).

(1) Nota del coronel Balcarce al comandante Las-Heras. Mss. En el cap. XVI, páj. 470 del 2.º tomo de esta historia, se me pasó un error que he descubierto despues de impreso el tomo, i que quiero rectificar en esta nota. Se dice allí que el batallon de auxiliares habia pasado a Mendoza despues de los tratados de Lircai, lo cual es una equivocacion. La relacion que sigue aclarará bien lo que hai en el particular.
Como allí mismo se dice, el coronel Balcarce se separó del ejército insurjente cuando éste estaba en Quechereguas. Desde entónces que-

El 9 de octubre llegó a Mendoza la primera noticia de la completa derrota que acababan de sufrir los patriotas en Rancagua, de la próxima ocupacion de Chile por el ejército realista, i de acercarse

dó el teniente coronel Las-Heras en el mando de los auxiliares: con ellos permaneció unido al ejército hasta despues de firmado el convenio de Lircai. Con este motivo se puso en marcha para la villa de los Andes, con propósito de llegar hasta Mendoza; pero un temporal cerró la cordillera a mediados de mayo i le impidió pasar adelante. Balcarce, a quien llamaba con instancias el gobierno arjentino, siguió su marcha a cordillera cerrada.

A mediados de julio fué llamado Las-Heras a la capital para apoyar al gobierno contra la revolucion que todo el mundo preveia. A la cabeza de su corta division llegó a los alrededores de Santiago en la tarde del dia 22 i ocupó secretamente en la noche el cuartel de San Pablo. Antes de amanecer el siguiente dia, don José Miguel Carrera hizo la revolucion, i apresó al supremo director i a sus mas importantes partidarios. Sin duda alguna las fuerzas de Las-Heras habrian bastado para sofocar la revolucion; pero, como el mismo director Lastra le encargase que reconociese las autoridades revolucionarias, este jefe no hizo cosa alguna para desbaratar al nuevo gobierno.

A pesar de esto, Las-Heras creyó de su deber no apoyar a Carrera en la guerra civil para la cual se preparaba. Inútil fué que el gobierno le mandase juntarse al ejército de don José Miguel; Las-Heras contestó tercamente que no queria tomar parte en aquellos asuntos, i aun dejó traslucir que si hubiera de alistarse en alguno de los dos bandos, él preferiria a los defensores del gobierno caido. Despues de esta contestacion Carrera lo mandó desalojar el cuartel de San Pablo, que, segun decia en su nota, necesitaba para las tropas que le eran fieles, i le ordenó ponerse en marcha para los Andes.

Allí permaneció Las-Heras hasta el 4 de octubre. Por una puerilidad indisculpable, Carrera no quiso ocuparlo en las fuerzas insurjentes cuando estas se hallaban amenazadas por el ejército de Ossorio; i solo el siguiente dia de la pérdida de Rancagua le mandó marchar, no al sitio de la batalla o a encontrar al enemigo, sino a la costa de San Antonio, en donde, segun decia su nota, era de temerse un desembarco realista. Cuando Las-Heras avanzaba hácia el sur se encontró en la cuesta de Chacabuco con la emigracion de Santiago i se negó decididamente a pasar adelante.—En vista de esto último, Las-Heras i sus oficiales han creido siempre que la órden tenia por único objeto colocar a los auxiliares en aquel punto para llamar la atencion de los realistas miéntras Carrera i los suyos seguian descansadamente su retirada hácia el norte.

Todas las noticias que contiene esta nota, constan de los documentos autógrafos del señor jeneral Las-Heras. Debo a su bondad el haber podido estudiar los numerosos papeles, cartas i diarios militares relativos a la guerra de la independencia de Chile, que conserva en su poder.

una numerosa emigracion de familias i soldados comprometidos en la revolucion. Algunos de éstos fueron los primeros que anunciaron en la ciudad tan funesta nueva: de su relacion se sacaba en limpio que estaba ya perdida toda esperanza de resistencia.

Al saber lo ocurrido, el dilijente San Martin despachó a Huspallata mas de mil mulas pedidas a los vecinos de la ciudad i de las inmediaciones, remitió víveres en abundancia para socorrer a los emigrados, i dió órdenes para que los españoles o ciudadanos desafectos a la revolucion asilasen en sus casas a los chilenos i sus familias. Miéntras él tomaba estas providencias, iba llegando a Mendoza una infinidad de soldados o paisanos dispersos que encontraban en esta ciudad una benévola acojida.

Dos dias despues, el 11, recibió San Martin una nota de Carrera escrita en los Andes el 5 del mismo mes. Pedíale encarecidamente en ella que lo auxiliase con los soldados que tenia a su disposicion, i que remitiese a Buenos-Aires un oficio dirijido al supremo director del estado para obtener de él un refuerzo con que seguir haciendo la guerra. Inmediatamente San Martin le contestó su nota: anunciábale que no le era posible auxiliarlo porque carecia de tropas para ello, pero que tomaba todas sus precauciones para favorecer a los emigrados. Cuando Carrera recibió esta contestacion ya habia atravesado las cordilleras, convencido de la ineficacia de sus esfuerzos para sobreponerse a su desgracia.

Ese mismo dia salió San Martin para Huspallata, acompañado por algunos chilenos. Supo en el camino que los soldados emigrados cometian mil excesos en su marcha, que robaban cuanto veian en las habitaciones de su tránsito, i que no obedecian las órdenes de sus jefes. A poco andar se encontró con el jeneral O'Higgins: saludáronse ambos afectuosamente, i despues de ofrecerle sus servicios i consideraciones, San Martin le encargó que se adelantase a reunir los emigrados, i a interponer su influjo i respeto para evitar los excesos i robos que se cometian en la marcha.

III. El gobernador de Cuyo, sin embargo, siguió avanzando hasta Huspallata. Encontrábase allí el dia 14 cuando bajaban los últimos desfiladeros de la cordillera los soldados que acompañaban al jeneral Carrera. San Martin i sus ayudantes estaban a caballo al lado del camino, i recibian los saludos de los oficiales chilenos; pero don José Miguel, que pasó enfrente de ellos, ni aun se dignó quitarse el sombrero delante del jefe superior del territorio en que buscaba un asilo. Su hermano don Luis i algunos otros oficiales, sus amigos o parientes, siguieron su ejemplo. San Martin, que estaba dispuesto a no dejarse burlar por Carrera i los suyos, vió ese acto de insolencia con mucho desagrado, i siguió su marcha con ánimos de hacerse respetar a todo trance (2).

Aquella noche San Martin durmió en el cami-

(2) Todos estos sucesos i los que siguen han sido casi completamente desfigurados en el *Manifiesto* de Carrera, dado a luz en Buenos-Aires en 1818 i en unos artículos publicados en el *Araucano* contra el jeneral O'Higgins.

no. Apénas hubo ocupado el rancho que se le destinaba, recibió un recado de don José Miguel Carrera pidiéndole una conferencia para tratar de varios asuntos del servicio público, relativos a la emigracion. El gobernador de Cuyo accedió gustoso a esta solicitud, recibió con agrado i cortesía a don José Miguel, i oyó con calma i atencion todas sus palabras. Comenzó Carrera quejándose por la órden que habia dado San Martin para que se reconociese a O'Higgins como jefe de los emigrados chilenos, en lo cual pretendia aquel que se le habia inferido una grave injuria. A estos cargos contestó San Martin con su natural prudencia i con todo el tino necesario para desvanecer los motivos de queja, i para no comprometerse en su calidad de gobernador de aquella provincia. Segun sus palabras, si él habia encargado a O'Higgins que se pusiese a la cabeza de esas tropas para hacerlas entrar a Mendoza, no era porque desease intervenir en asuntos que le eran enteramente estraños, sino porque queria mantener el órden en la provincia de su mando, i evitar que los soldados de la emigracion marchasen haciendo estragos i destrozos por el camino que debian atravesar. A todo esto agregó San Martin que él no tenia nada que ver en aquel asunto sino era cuidar por el mantenimiento del órden; i que desde esa noche don José Miguel podia hacer lo que juzgase mas prudente para conducir las tropas chilenas, con tal que se procediese en todo con órden i disciplina. Para esto, el gobernador le ofreció los ausilios de cabalgaduras de que él podia disponer.

Al amanecer del siguiente dia, don José Miguel, sus hermanos i parciales trataron de reunir los emigrados chilenos para que continuasen su marcha a las órdenes de aquel. Muchos oficiales, sin embargo, fueron a colocarse al lado del brigadier O'Higgins, instándole encarecidamente que reasumiese el mando de toda la fuerza para marchar a Mendoza a la cabeza de ellos. Trabóse con este motivo un sério altercado, en que tomaban parte los ayudantes i parciales de cada jeneral. En medio del acaloramiento de los ánimos, aquella discusion habria terminado con un encuentro formal, si O'Higgins no hubiese tenido la prudencia de ceder el mando de las tropas que estaban a su lado, para seguir su marcha hácia Mendoza. Queriendo evitar tamaña vergüenza a la emigracion chilena, él habia preferido dejar un efímero mando, i seguir su camino en compañía de algunos de sus amigos.

IV. Apénas hubo llegado San Martin a Mendoza, recibió un parte del oficial comisionado para rejistrar las cargas i equipajes que se introducian a Mendoza por el punto denominado Villavicencio. "A las doce del dia, decia dicho parte, llegaron a este punto los equipajes de los señores Carrera, quienes protestaron que serian sus equipajes hechos llamas ántes que permitir fuesen rejistrados."

Habia en verdad algo de intempestivo en el celo que manifestaba el guarda de Villavicencio para rejistar los equipajes de los pobres emigrados, tanto mas cuanto que el jeneral Carrera, sus hermanos i unos pocos chilenos mas, eran los únicos que llevaban cargas en la emigracion; pero se decia que ellos

transportaban grandes caudales de propiedad fiscal. San Martin no pudo soportar este acto de resistencia : pensó que Carrera trataba solo de ajar su autoridad, i creyó que era llegado el caso de obrar con enerjía para imponer respeto a él i a sus imitadores i parciales. Inmediatamente dirijió una nota a don José Miguel i a su hermano don Juan José escrita en términos vigorosos. "Se me hace mui duro creer este proceder, decia en ella, pero en el caso que así sea, estén U. SS. seguros que no permitiré quede impune un atentado contra las leyes de este estado i autoridad de este gobierno. El ayudante mayor de esta plaza entregará a U. SS. este oficio, i don Andres Escala, oficial de la contaduría va encargado de ejecutar el rejistro prevenido. Yo espero despues de la llegada de U. SS. a ésta una contestacion terminante sobre este hecho."

Don José Miguel se confundió al recibo de esta nota. Por ella vió claramente que el gobernador de la humilde provincia de Cuyo era un hombre que no entendia de chanzas i que no dejaba burlar su autoridad; i en su turbacion no halló arbitrio alguno con que disculparse del cargo que se le hacia. Negó el hecho de haberse opuesto decididamente al rejistro, i dijo que si no se habian abierto los baúles que contenian su equipaje, era solo por causas estrañas a su voluntad.

Sin duda la contestacion de Carrera fué escrita bajo la primera impresion del momento : aunque estaba concebida en términos secos, traslucíase en ella el deseo de dar esplicaciones en un asunto mui

ofensivo para él, i en el cual hubiera deseado poder conducirse con mas altanería. Pocas horas mas tarde, dirijió a San Martin otra nota en que se quejaba amargamente del trato que recibia en el territorio de su mando, i de las vejaciones que sufria como jeneral en jefe del ejército chileno. Con este motivo reclamaba para él todas las prerrogativas de que podia gozar en Chile, como si nada importase residir en un país estranjero.

No se le ocultó a San Martin lo que queria decir la avanzada pretension de don José Miguel. Inmediatamente contestó su nota; rebatia en ella uno a uno los argumentos de Carrera, i esponia con franqueza i enerjía sus pensamientos en los asuntos que se trataban. He aquí la nota de San Martin:

"*Apénas pisé este territorio cuando conocí que mi autoridad i empleo eran atropellados*, me dice V. S. en su oficio de hoi; yo pregunto a V. S. de buena fé ¿si en un país estranjero hai mas autoridad que las que el gobierno i leyes del país constituyen? *Se daban órdenes a mis subalternos, i se hacia a mi vista i sin mi anuencia cuanto me era privativo.* Nadie daba órdenes mas que el gobernador intendente de esta provincia: a mi llegada a Huspallata las impartí, porque estaba en mi jurisdiccion: una caterva de soldados dispersos cometian los mayores excesos, se saqueaban los víveres, i se tomaban con un desórden escandaloso los recursos que remitia este gobierno para nuestros hermanos los emigrados: los robos eran multiplicados, i en este estado mandé reunir a los soldados dispersos, bajo las órdenes del jeneral de Chile don

Bernardo O'Higgins, i otros oficiales del mismo estado. V. S. no se hallaba presente, i aun en este caso estaba en mi deber contener una muchedumbre que se hallaba en la comprension de mi mando. *A mis oficiales se ofrecian sablazos, o rodeados de bayonetas eran bajados a la fuerza de unas miserables mulas que habian tomado en las marchas.* Se equivoca groseramente quien diga que a un oficial vestido con su uniforme se le haya hecho el menor vejámen; no digo a oficial, al último emigrado se le ha tratado con la consideracion de hermano, i desafío a que se me presente el que haya sufrido semejante tratamiento. *Por último, señor gobernador, no ha faltado insulto para apurar mi sufrimiento.* Yo estoi bien seguro que V. S. no ha tenido motivo de ejercitarlo desde que llegó a esta provincia. *Quiero que V. S. se sirva decirme como somos recibidos para reglar mi conducta.* V. S. i demas individuos han sido recibidos como unos hermanos desgraciados, para los que se han empleado todos los medios posibles, a fin de hacerles mas llevadera su situacion. *Hasta ahora me creo jefe del resto de las tropas chilenas.* Yo conozco a V. S. por jefe de estas tropas : pero bajo la autoridad del de esta provincia. *Yo debo saber lo que existe en el ejército restaurador.* Ninguna autoridad de esta provincia ha privado a V. S. aun de este conocimiento. *Quiero conservar mi honor, i espero que V. S. no se separe en nada de las leyes que deben rejirle.* Nadie ataca el honor de V. S., i yo me guardaré bien de separarme de las leyes que deben rejirme, porque soi reponsable de mis operaciones

a un gobierno justo i equitativo, así como no permitiré que nadie se atreva a recomendarme mis deberes.—Por último, señor brigadier, con esta fecha doi parte a mi gobierno de lo ocurrido: él hará la justicia que corresponda en vista de los antecedentes.—Dios guarde a V. S. muchos años. Mendoza 17 de octubre de 1814.—*José de S. Martin.*"

V. A pesar de esto, Carrera quedó mandando a los chilenos como si fuese un estado independiente el cuartel en que estaban acampados. Pretestando que queria entenderse directamente con el director supremo del estado arjentino, él no guardaba ni aun las fórmulas de la obediencia i subordinacion al jeneral San Martin, bajo cuyo amparo estaba asilado. Dictaba desde allí sus órdenes, como si estuviese a este lado de los Andes, i se comunicaba con los miembros de la última junta de Santiago dándoles el ridículo llamamiento de "Excelentísimo supremo gobierno de Chile."

San Martin no miró con desprecio esas manifestaciones. Descubrió en la conducta de Carrera el meditado propósito de pisotear su autoridad, i en ciertas acciones de algunos oficiales chilenos, que eran parciales decididos de don José Miguel, el deseo de burlarlo a cada instante. Varios de éstos pasaban i repasaban delante del gobernador sin querer quitarse el sombrero, proponiéndose quizá irritarlo con estas insultantes niñerías: otros descubrieron un modo grotezco de saludarlo, i los mas buscaron ocasion de mofarse de él.

No era la burla el arma con que debia atacarse a San Martin. Su temperamento bilioso no

soportaba esas vejaciones: mas de una vez quitó el sombrero de esos díscolos oficiales con un manoton, o los amenazó con darles de planazos si no se conducian como debian. Dos o tres ejemplares bastaron para que los parciales de Carrera guardasen en su presencia la compostura debida.

Pero San Martin no se contestó con esto. Llamó a su lado a los oficiales que mejor le parecieron en el ejército chileno, a los mas desafectos a don José Miguel, i buscó su apoyo en ellos. Con esto solo la cision de los emigrados de Chile acabó de pronunciarse: el gobernador de Cuyo contaba decididamente con O'Higgins, Mackenna, Alcázar, Freire, Prieto i muchos otros oficiales de inferior graduacion, miéntras Carrera tenia en su cuartel a sus hermanos, los Benaventes i otros militares. Uno i otro bando se hacian los cargos mas atroces, i aglomeraban los papeles i documentos que obraban en contra de sus adversarios, para presentarlos al director supremo de las provincias arjentinas. De ordinario estos cargos eran mui infundados; i don José Miguel, cuya alma era mas apasionada que la de sus contrarios, llegó a formular las mas horribles acusaciones, i a llamar "ambicioso i traidor" al jeneral O'Higgins, a quien, despues de haberse sacrificado heroicamente en Rancagua, atribuia la pérdida del país.

La desgracia comun, léjos de calmar los odios i pasiones de los dos bandos contrarios, los avivó a tal punto que los *o'higginistas* i los *carrerinos* comenzaron a mirarse como verdaderos enemigos, i a echarse en cara la pérdida de Chile. "Carrera, de-

cian muchos oficiales, nos abandonó cobardemente en Rancagua: a su inercia en los momentos del combate debe el enemigo la victoria." Otros dijeron que don José Miguel habia querido sacrificar a O'Higgins en aquella plaza, para satisfacer una venganza ruin i librarse de un rival que le hacia sombra; i no faltó quien agregase que existia un papel escrito por el mismo Carrera dirijido a un sarjento de granaderos, que se batió en ese desastroso sitio, en que le encomendaba que matase de un balazo a O'Higgins, si éste lograba rechazar al enemigo. No contentos, sin embargo, con hacer cargos i recriminaciones, los enemigos de Carrera pidieron al gobernador de Cuyo, por medio de una acta firmada por casi todos ellos, la espulsion de don José Miguel de aquella provincia.

Fácil es comprender cuan grande seria la excitacion que estas ocurrencias produjeron en Mendoza. Las disensiones de los emigrados eran el tema de las conversaciones de todo el mundo: aquella ciudad, tranquila i pacífica de ordinario, estaba entónces en una perpetua alarma i en una desusada ajitacion. Carrera aparentaba mirar con el mas alto desprecio la autoridad de San Martin: sus notas eran mui insolentes; i en una que le dirijió el 18 de octubre le decia que solo le escribia para rectificar equivocaciones, pero que pensaba entenderse directamente en lo sucesivo con el gobierno supremo del estado. A las espresiones de las notas, se siguieron los actos mas significativos de desobediencia. En una ocasion, una partida de húsares de la gran guardia de don José Miguel arrancó de

manos de la fuerza de policía de Mendoza a un soldado chileno que por sentencia del alcalde de primer voto, marchaba a la cárcel en castigo de sus delitos.

El gobernador de Cuyo no pudo soportar el desprecio con que lo trataba don José Miguel. El habia visto repetirse a cada instante los actos de insubordinacion hácia su persona i su autoridad, i solo encontró un remedio para cortar el mal de raiz. Por medio de una órden terminante mandó el dia siguiente, el 19, a los tres hermanos Carrera, i a los dos vocales de la última junta de Santiago, Uribe i Muñoz Urzúa, que se pusiesen en marcha a la mayor brevedad para San Luis, en donde debian esperar las órdenes del supremo director del estado. El decreto, si bien concebido en términos corteses, decia claramente que el gobernador tomaba esta medida para atender a la tranquilidad pública amenazada, i para evitar males de trascendencia.

Al ver la órden de San Martin, Carrera se puso furioso. Convencido de que el gobernador de Cuyo carecia de los recursos necesarios para hacerse obedecer, creyó que debia despreciar su mandato, insultar su autoridad por medio de una nota injuriosa, i hacerse respetar con las tropas que le eran fieles. Pretestando querer oir sus consejos, reunió a todos los oficiales que le eran adictos, i les leyó la órden de San Martin. Los concurrentes prorrumpieron en gritos i juramentos contra el gobernador i los soldados chilenos que habian reconocido su autoridad. En el mismo momento levantaron una acta para presentarla a don José Miguel, aconsejándole se quejase al gobernador por el ultraje que se inferia a él

i a los hombres mas caracterizados de su bando. Las personas encargadas de la redaccion de esta nota, tuvieron especial cuidado de recargarla de injurias i dicterios contra los oficiales del ejército de Chile que habian querido reconocer la autoridad de San Martin (3).

El jeneral Carrera se negó desde luego a obedecer la órden de San Martin. Queriendo imponer miedo a éste, le dirijió una nota insultante en que le hacia todo jénero de cargos por su proceder i por el apoyo que prestaba a los oficiales que le eran desafectos; i le declaraba que "como jeneral del ejército de Chile, i encargado de su representacion en el empleo de vocal del gobierno," que segun él debia durar miéntras hubiese quien lo respetase, estaba fuera de la jurisdiccion del gobernador de Cuyo. Despues de esta esplicacion, tan ultrajante para la autoridad de San Martin, agregaba que no queria salir de Mendoza: "primero, decia con este motivo, seria descuartizarme, que dejar de sostener yo los derechos de mi patria (4)". Así comprendia o aparentaba comprender su posicion en el territorio estranjero.

San Martin conoció bien lo que significaba esa redonda negativa. Carrera tenia a sus órdenes las últimas reliquias del ejército chileno, miéntras

(3) Tengo en mi poder la representacion dirijida a Carrera por los oficiales de su ejército. Este documento esplica claramente el encono i la exaltacion de los ánimos que existia entónces entre los oficiales del ejército de Chile.
Va publicado entre los documentos justificativos bajo el núm. 1.

(4) Esta contestacion de Carrera, así como otros varios documentos sobre aquellos sucesos estan publicados en el *Araucano* núm. 182.

que el gobernador de Cuyo carecia de fuerzas con que hacerse obedecer. Sin poder tocar otro recurso por entónces, San Martin creyó que debia poner en juego su astucia i aguardar que cambiasen las circunstancias para avasallar a su altanero huésped. Disimuló su enojo por el momento; i en una entrevista que tuvo con Carrera, mui pocos dias dias despues, aparentó olvidar todo lo ocurrido, i se manifestó dispuesto a servirlo en cuanto estuviese a sus alcances.

VI. Hasta entónces todos los chilenos permanecian en Mendoza, sin pensar quizá en seguir su camino hasta Buenos-Aires. Interesados los unos en apoyar a San Martin i los otros a Carrera, i faltos los mas de recursos para costear el viaje, los emigrados permanecian en aquella ciudad sin buscar una ocupacion para ganar la vida, i sin una determinacion fija para el porvenir. Irisarri i Mackenna fueron los primeros en pasar a Buenos-Aires: acompañábalos el capitan don Pablo Vargas, oficial distinguido del ejército chileno, a quien se le conocia por desafecto a los Carrera i a su política.

Este suceso despertó las sospechas de don José Miguel. Díjose entre los suyos que Irisarri i Mackenna pasaban a Buenos-Aires a prevenir el ánimo del director supremo en favor del bando a que ellos pertenecian, i se dió a su viaje las apariencias de una mision tan importante como secreta. Carrera i sus amigos, por su parte, trataron solo de neutralizar los efectos que pudieran producir los esfuerzos de éstos: para ello pensaron en despachar a uno de los suyos con notas i credenciales firmadas por los

miembros de la última junta de Santiago, para que pudiese presentarse al director Posadas, i aun acordaron que este fuese uno de los vocales de esa misma junta, el presbítero Uribe. En virtud de este acuerdo, Carrera solicitó de San Martin le concediese un pasaporte, bajo cuya salvaguardia pudiese Uribe ponerse en camino.

El gobernador de Cuyo vió con disgusto esta solicitud de don José Miguel. El sujeto elijido era notable por su carácter enérjico i su sagacidad superior, cualidades ambas que lo recomendaban para el desempeño de su mision; pero que, por lo mismo, lo hacian temible a San Martin, cuya conducta iba a ser apasionadamente esplicada ante el supremo director. Sin tomar mas que esto en cuenta, se negó a dar el pasaporte pedido, pretestando que Uribe, como miembro de la junta gubernativa de Chile, debia quedar en Mendoza hasta que el gobierno de Buenos-Aires determinase algo sobre la autoridad de ese gobierno que él habia desconocido hasta entónces.

Esta salida del astuto San Martin surtió todo su efecto. A pesar suyo, Carrera tuvo que conformarse con lo acordado por el gobernador, i pidió solo otros dos pasaportes para su hermano don Luis i para el coronel don José María Benavente, personas ambas ménos temibles que Uribe en el campo de la cábala i del empeño. Por esta razon, sin duda, San Martin no puso obstáculo alguno a esta solicitud, i concedió llanamente los dos pasaportes. Con ellos partieron de gran prisa, el 22 de octubre, los ajentes de Carrera.

Llegaron éstos a Buenos-Aires el 6 de noviembre: el siguiente dia se presentaron al director Posadas en cumplimiento de su mision, i sin mas medio de introduccion que las credenciales que llevaban de Mendoza. El supremo director los recibió con agrado, i les oyó una sucinta relacion de lo ocurrido en toda la campaña, i de la conducta de don José Miguel en los últimos momentos de la guerra. Posadas compadeció la situacion de los chilenos, i se manifestó dispuesto a mejorarla en cuanto dependiese de él.

Dos dias despues tuvieron otra conferencia con el supremo director. Presentáronle entónces un estado aproximativo del número i calidad de los soldados emigrados, para que acordase el destino que debia dárseles. El supremo director resolvió que se incorporasen al ejército arjentino del Alto Perú, apartando de antemano los oficiales que debian marchar para aquel destino, a fin de procurar algun acomodo a los restantes. Este acuerdo no era mui conforme a las exijencias de Carrera, que léjos de querer someterse a servir de auxiliar en el ejército de Buenos-Aires, reclamaba socorros para invadir de nuevo a Chile; pero sus ajentes se dieron por mui contentos con haber alcanzado esta promesa, i oficiaron a don José Miguel anunciándole lo ocurrido i dándose los parabienes por el resultado de su mision (5). La nota iba dirijida al "Exmo. supremo gobierno de Chile."

(5) Todo esto consta de la nota de don Luis Carrera i don José María Benavente, de 9 de noviembre de 1814, que conservo autógrafa en mi poder. Va publicada entre los documentos justificativos de este tomo bajo el núm. 2.

VII. Entónces cabalmente habian dejado de existir la junta gubernativa i el ejército chileno, como llamaba Carrera a sus antiguos colégas i a la reunion de los militares emigrados. San Martin no habia querido mantener dentro del territorio de su mando un ejército i un gobierno supremo independientes de su autoridad, i los habia disuelto con una simple órden firmada de su mano.

Despues de la terminante negativa de don José Miguel para salir de Mendoza con algunos de sus compañeros, el gobernador de Cuyo no se habia descuidado un solo momento en prepararse para hacerse obedecer. Trajo a su lado el batallon de auxiliares arjentinos, que al mando del valiente Las-Heras habia quedado en los desfiladeros de los Andes, reunió las milicias de los alrededores i fomentó la desercion de las tropas que obedecian a Carrera. El coronel Alcázar i el capitan Freire pusieron a sus órdenes mas de doscientos dragones, i algunos otros oficiales le presentaron piquetes sueltos que sumaban por junto un centenar de soldados. Con esto solo, ya podia hacerse respetar de don José Miguel i de sus amigos i parciales.

Una vez asegurado de la cooperacion de estas fuerzas, San Martin no trepidó en dar un golpe terrible a la autoridad de Carrera. Pasóle una nota mandándole, sin escusas ni rodeos, que hiciese reconocer en su cuartel al coronel don Márcos Balcarce en calidad de comandante jeneral de armas de la provincia de su mando; i como don José Miguel se hiciese desentendido, i no le contestase una palabra, ni diese a reconocer a Balcarce, le

pasó nota sobre nota, escritas todas en términos imperiosos i hasta insultantes, para hacerse respetar.

A pesar de todo esto, don José Miguel se obstinó en no obedecer la órden de San Martin. Esperando, sin duda, que el gobierno supremo de Buenos-Aires dictase providencias favorables a sus pretensiones, creyó que le convenia guardar silencio miéntras tanto, para no irritar los ánimos en contra suya. Con fecha de 28 de octubre pidió a San Martin sus pasaportes para invadir a Chile a la cabeza de sus fuerzas por la provincia de Coquimbo; pero, a pesar de que éste accedió gustoso a su solicitud, Carrera permaneció en el cuartel, sin hacer siquiera los preparativos que necesitaba para tamaña empresa.

Su desobediencia puso furioso al gobernador de Cuyo: San Martin habia sufrido ya mas vejaciones que las que su carácter le permitia soportar; i ahora quiso hacerse obedecer a todo trance, aun cuando le fuese necesario empeñar sus tropas en un combate. En la mañana del 30 de octubre se presentó en el cuartel de San Agustin, en donde estaba Las-Heras con sus soldados, i dió al coronel Balcarce el mando de esa fuerza, miéntras él se ponia a la cabeza de la caballeria miliciaria i dos cañones mandados por el teniente don Mateo Corbalan. Con esas tropas, el gobernador de Cuyo circunvaló el corral o cuartel de la Caridad, como se le llamaba en Mendoza, que sirvia de campamento a los soldados de Carrera, abocó los dos cañones a su puerta, i tomó todas las providencias militares del

caso. En este estado le pasó la siguiente nota :

"Todos los emigrados de Chile quedan bajo la proteccion del supremo gobierno de las Provincias Unidas, como han debido estarlo desde que pisaron su territorio; de consiguiente, las obligaciones i contratos que dichos individuos formaron con aquel gobierno, quedan libres de su cumplimiento en el instante en que entraron en esta jurisdiccion.

"Ya no tiene V. S., ni los vocales que componian aquel gobierno, mas representacion que la de unos ciudadanos de Chile, sin otra autoridad que la de cualquier otro emigrado, por cuya razon, i no debiendo existir ningun mando, sino el del supremo director, o el que emane de él, le prevengo que en el perentorio término de diez minutos entregue V. S. al ayudante que conduce éste, la órden para que las tropas que se hallan en el cuartel de Caridad, se pongan a las inmediatas del comandante jeneral de armas don Márcos Balcarce.

"La menor contravencion, pretesto o demora a esta providencia, me lo hará respetar a V. S., no como un enemigo, sino como un infractor de las sagradas leyes de este país.

"El adjunto bando que en este momento se está publicando, enterará a V. S. de las ideas liberales de este gobierno. - Dios guarde a V. S. muchos años.—Mendoza, 30 de octubre de 1814.—*José de San Martin.*"

El bando a que aludia San Martin, permitia a todos los soldados chilenos seguir sirviendo en el ejército arjentino, sino querian retirarse a la vida privada; pero esta concesion, léjos de ser una

gracia, a juicio de don José Miguel, fué solo una nueva injuria. Bien hubiera querido todavia desobedecer al gobernador de Cuyo, i hasta castigar el descomedimiento con que lo trataba en su nota; pero en vista de la actitud amenazante que habia tomado, Carrera no se atrevió a nada, se doblegó a las exijencias de San Martin, i mandó formar su tropa para entregarla a Balcarce. Desde entónces, los últimos restos del ejército chileno quedaron a las órdenes del gobernador de aquella provincia.

No paró en esto solo la desgracia de Carrera: temiendo San Martin que su permanencia en Mendoza fuese el oríjen de sublevaciones i motines, lo llamó a su presencia, asi como a su hermano don Juan José, al presbítero Urive i al teniente coronel don Diego Benavente, i les hizo saber que debian quedar arrestados por razones de gobierno, i que obligado por las circunstancias, él no habia trepidado en adoptar esta medida. En su virtud, los cuatro fueron conducidos a un mismo calabozo, desde el cual no debian comunicarse con nadie, miéntras permaneciesen en aquel pueblo los soldados chilenos.

VIII. Inmediatamente dictó San Martin todas las órdenes necesarias para distribuir las tropas chilenas i ponerlas a cargo de oficiales de su confianza. "Los dragones, dice el coronel Balcarce encargado de esta operacion, quedan reunidos al cargo del coronel don Andres del Alcazar; componen un escuadron, pero le sobran oficiales: los artilleros forman una compañia, al cuidado del teniente don Ramon Picarte: los infantes de la pa-

tria e injenuos han sido incorporados al batallon de infanteria de esta ciudad al cargo del teniente coronel don Juan Gregorio Las-Heras. Los ausiliares de la patria e injenuos, infanteria de Concepcion, nacionales i granaderos, los he puesto a las órdenes del teniente coronel graduado don Enrique Larenas, con órden de formar dos o mas compañias de infanteria bajo la planta de nuestros batallones" (6).

Desde ese dia cesó la turbacion i la alarma que las tropas chilenas habian introducido en Mendoza. Las-Heras volvió a ocupar los desfiladeros de la cordillera por el camino de Uspallata, para impedir el paso a las partidas realistas que quisiesen atravesar los Andes en persecucion de los fujitivos de Chile.

San Martin, por su parte, siguió trabajando empeñosamente no solo en el restablecimiento del órden en la provincia de su mando, sino tambien en la organizacion de un cuerpo de tropa, para resistir a una invasion del enemigo. Para esto, sin embargo, no quiso emplear con plena confianza a los soldados de Carrera, i prefirió mas bien remitirlos a Buenos Aires, como se lo encargaba el director supremo del estado. "No quiero emplear, decia San Martin con este motivo, a esos soldados, que sirven mejor a su caudillo que a la patria."

IX. Con no menor empeño emprendió San Martin los otros trabajos necesarios para la completa pacificacion de la provincia, i para robustecer

(6) Nota de Balcarce a San Martin, de 1.° de noviembre. Mss.

debidamente su autoridad. Sin darse un instante de descanso, él dictaba mandatos de toda especie, i tomaba mil providencias militares.

Como queda dicho, don José Miguel Carrera i sus hermanos habian sacado de Santiago muchas cargas de dinero i de metales preciosos; pero, por desgracia, una parte de ellas habia caido en poder de los realistas ántes de atravesar la cordillera. Desde que ellos llegaron a Mendoza, San Martin había querido poner ese dinero en las arcas fiscales de aquella provincia, a fin de hacerlo servir en la realizacion de sus proyectos de futuras campañas; pero no habia intentado cosa alguna en este particular. Solo despues de la prision de Carrera i los suyos, en los primeros dias de noviembre, dictó las primeras órdenes para tomar esos caudales. Formó con este objeto una comision compuesta de tres chilenos, el licenciado don Miguel Zañartu, el coronel don Fernando Urizar i el contador don Francisco Prast, encargados de custodiarlos. Con bastante trabajo pudieron estos reunir un centenar de marcos de plata de chafalonia, de los cuales se constituyeron ellos mismos en depositarios. "Los caudales sacados de Chile por don José Miguel Carrera, decia San Martin en sus notas al gobernador de Buenos-Aires, no pueden ni deben ser propiedad suya o de su familia: si yo los he hecho depositar en las arcas de esta provincia, ha sido con el objeto de hacerlos servir mas tarde en beneficio de aquel pais."

La conducta de San Martin mereció una absoluta aprobacion del gobierno de Buenos-Aires. Las notas del secretario de guerra don Francisco

Javier de Viana estan escritas en un sentido mui lisonjero para el gobernador de Cuyo. Se le da en unas amplísimas facultades para proceder como lo creyese mas conveniente, i en otras se aprueba cuanto habia hecho desde que arribó a Mendoza la emigración chilena (7).

(7) Para referir estos sucesos, casi no he tenido mas guia que los documentos oficiales que existian en la secretaria del gobierno de Mendoza, i de los cuales poseo buenas copias, tomadas bajo la direccion del doctor don Vicente Jil, de aquella ciudad. El jeneral don Juan Gregorio Las-Heras i algunos otros oficiales de la guarnicion me han esplicado ciertos pormenores que se presentaban con vaguedad en aquellos documentos. Quizá he sido mui minucioso al narrar estos sucesos; pero he creido de mi deber esplicarlos con la mayor claridad posible, i con un gran acopio de detalles que de aqui a algunos años seria difícil encontrar. Entre los documentos justificativos, i bajo el núm. 3 publico algunas notas que creo de gran interes.

CAPITULO V.

I. Los emigrados chilenos se ponen en marcha para Buenos-Aires.—II. Arribo de don José Miguel Carrera a aquella ciudad.—III. Enemistad de los Carreras i Mackenna.—IV. Muerte de este último.—V. Obtiene don José Miguel la libertad de su hermano don Luis.—VI. Ocupacion de los emigrados chilenos en Buenos-Aires.—VII. Caida del supremo director Alvear.—VIII. Nuevas desgracias obligan al jeneral Carrera a embarcarse para los Estados-Unidos.—IX. Sale de Buenos-Aires una espedicion corsaria al mar Pacífico.—X. Desgraciado ataque del Callao.—XI. Ataque de Guayaquil i fin de la espedicion.

I. Con notorio desagrado recibió la mayor parte de los chilenos la concesion de San Martin para pasar a continuar sirviendo en el ejército arjentino. Sea que ellos tuviesen una verdadera afeccion al jeneral Carrera, o que no quisieran separarse mucho de las fronteras de Chile, en cuya reconquista quizá pensaban entónces, solo dos soldados salieron de la fila el dia en que se les leyó el bando del gobernador para que elijiesen su destino. A los pocos dias, sin embargo, se manifestaron mas dispuestos a seguir su marcha hasta Buenos-Aires, temiendo la miseria que los amenazaba en Mendoza si no se alistaban en las tropas del estado, o si no llegaban hasta la capital a buscar en ella una ocupacion cualquiera.

San Martin no se descuidó en acelerar su marcha. Preparó una multitud de carretas, las proveyó de víveres, i despachó en ellas cerca de trescientos soldados emigrados, bajo las órdenes del coronel don Andres del Alcázar i muchos ciudadanos chilenos, que pasaban a Buenos-Aires por solicitud propia. Ya ántes de ahora San Martin habia dado 400 pesos al coronel Alcázar, para socorrer a las tropas de su mando, durante su permanencia en Mendoza i su viaje al travez de la pampa. Con este socorro salieron de aquel pueblo divididos en dos cuerpos, en los últimos dias de noviembre. En los mismos dias de su salida de Mendoza, el gobernador lo avisó por la posta al supremo director para que dispusiese de ellos como lo creyese mas prudente.

Los emigrados atravesaron la pampa con toda lentitud. En la mitad del camino, cuando estaban enfrente de Santa Catalina, recibió Alcázar una nota del director Posadas, en que le ordenaba siguiese su marcha hácia el norte para engrosar el ejército del Alto Perú, que mandaba el jeneral Rondeau. La mayor parte de los oficiales chilenos se opusieron al cumplimiento de esta órden : mal vestidos i peor armados, no querian estos separarse mucho de la capital i someterse a servir bajo el mando de un jefe enteramente desconocido para ellos, i en un territorio que les era tan estraño. Alcázar mismo, dispuesto siempre a obedecer a los superiores de quienes dependia, convino en despachar a Buenos-Aires al capitan don Ramon Freire, para que este representase al supremo director la desnudez i falta de armamento de los emigrados chi-

lenos, i le pidiese una autorizacion para llegar a la capital.

Posadas no accedió a la solicitud de Freire. Díjole que necesitaba el ejército del Perú de algunos refuerzos, i que tenia en su campo vestuarios i armamento para equipar a los soldados de Chile. Por otra parte, el jeneral Alvear, que acababa de tomar a Montevideo, habia partido de Buenos-Aires a hacerse cargo del ejército con instrucciones del supremo director para tratar bien a los chilenos i considerarlos mucho; pero, por fortuna de éstos, Rondeau se negó a entregarle el mando de las tropas, apoyado en la afeccion que le profesaban sus jefes subalternos, i se pronunció en abierta rebelion contra las órdenes que se le habian dado a este respecto. A consecuencia de estas ocurrencias, Alcázar recibió encargo del jeneral Alvear para seguir su marcha a Buenos-Aires. Despues de muchos dias de penoso viaje, entró por fin a la capital a la cabeza de sus tropas, a mediados de enero del siguiente año.

II. Antes que ellos llegaran a Buenos-Aires, muchos otros chilenos que se habian aventurado a emprender el viaje en carabanas sueltas entraron a aquella ciudad i fueron a buscar ocupacion para ganar su vida. Don José Miguel Carrera i sus compañeros de prision de Mendoza obtuvieron de San Martin, despues de ocho dias de detencion, un pasaporte para seguir su camino, vijilados por una escolta de 20 dragones. Si es cierto lo que cuenta el mismo jeneral Carrera en uno de sus manifiestos, sus conductores se portaron pésimamente en el ca-

mino i aun quisieron saquear sus equipajes; pero es fuera de toda duda que el jefe de la partida, teniente don Agustin Lopez, le exijió en el pueblo de Lujan, diez i seis leguas antes de llegar a Buenos-Aires, cincuenta pesos para socorro de la escolta. En ese mismo pueblo fué puesto en entera libertad por órden del supremo director Posadas.

Don José Miguel siguió su camino a Buenos-Aires, esperando recibir una benévola acojida del director Posadas. La órden dada por éste para dejarlo a él i a sus compañeros en completa libertad ántes de entrar a la capital, era para él una garantia de los buenos sentimientos hácia su persona, de que Carrera pensaba sacar mucho provecho. Halagado con las mas lisonjeras esperanzas, creyendo que en mui pocos dias habia de mejorar de fortuna i de obtener el apoyo del gobierno arjentino, Carrera se presentó en Buenos-Aires el 24 de noviembre resuelto a apersonarse mui luego al supremo director.

III. Por desgracia suya, ese aprecio del gobierno se habia cambiado ya en odio, a consecuencia de un suceso mui ruidoso de que él no tenia ni aun conocimiento. Cuando don José Miguel entró a la capital, su hermano don Luis, su diputado cerca del director Posadas, estaba preso i amenazado por una terrible causa criminal.

Desde su llegada a Buenos-Aires, don Luis se habia visto contrariado en todas sus dilijencias i trabajos por los esfuerzos del brigadier Mackenna, que le habia llevado algunos dias de delantera. Aunque no hubiese tenido otro motivo de queja

contra él, don Luis Carrera no habria podido dejar sin venganza las asechanzas de Mackenna; pero hacia tres años a que este jefe estaba en guerra abierta con su familia, i durante ellos no habia perdonado esfuerzos ni dilijencias para desprestijiarlo a él i a sus hermanos. No estará de mas recordar el oríjen de esta enemistad para poner en claro la causa de los sucesos que siguen.

Mackenna habia pertenecido desde los primeros tiempos de la revolucion al partido exaltado, en que sirvió tambien don José Miguel Carrera. En aquella época, ámbos se trataron i se quisieron con el cariño de verdaderos amigos. Despues que este se hubo separado de ese bando, i que hubo subido al poder por medio de una asonada, Mackenna, comandante entónces de artilleria, que habia sido engañado por Carrera, entró en una conspiracion que debia estallar en noviembre de 1811, i que fué descubierta a tiempo. Apasionados ambos en sus afecciones i en sus odios, ni Mackenna queria perdonar a su antiguo amigo que lo hubiese engañado para escalar el poder, ni Carrera quiso dejar sin castigo su participacion en el complot tramado contra él. Como se recordará, Mackenna fué confinado por dos años a la hacienda de Catapilco (1).

Su destierro se terminó en abril de 1813 con una órden para marchar al sur con el ejército insurjente en calidad de cuartel maestre. En toda la campaña sirvió bien; pero no cesó de criticar la con-

(1) Vease el capítulo XIV, paj. 250 i siguientes del primer tomo de esta historia.

ducta del jeneral en jefe. Mucho mas entendido que Carrera en el arte de la guerra, i mas previsor que él, Mackenna combatió siempre su opinion en los consejos de oficiales, i hasta informó reservadamente al gobierno de los desaciertos que se cometian. El lector no habrá olvidado que en 23 de noviembre de 1813 el cuartel maestre Mackenna, acompañado del teniente don Nicolas Garcia, pasó secretamente a Talca, a recabar de la junta gubernativa la pronta separacion del jeneral Carrera del mando del ejército (2).

Durante su permanencia en Talca, Mackenna no economizó arbitrios para desprestijiar a don José Miguel, a fin de obtener de la junta gubernativa su mas pronta separacion del mando de las tropas. Caballeroso i valiente a la vez, el cuartel maestre no hablaba con disimulo, ni escondia la cara para criticar a Carrera i sus hermanos, i para pedir a la junta el nombramiento de un nuevo jefe que le reemplazase en el mando del ejército. Se entónces tambien en Talca el coronel don Luis Carrera, antiguo subalterno de Mackenna, que profesaba a éste un odio acendrado desde tiempo atras. El estaba al corriente de cuanto se hacia para minar el influjo i el prestijio de su hermano, i no ignoraba que era Mackenna el principal enemigo de sus pretenciones. Don Luis se creyó en el deber de tomar una caballerosa venganza, i provocó a un duelo al cuartel maestre, despues de haberle exijido una satisfaccion que este se negó a darle. Sea que

(2) Véase el cap. II, paj. 42 i el cap. IX, paj. 259 del tomo segundo de esta historia.

alguno de ellos no guardase sijilosamente el secreto, o que los testigos diesen noticia de los preparativos, el gobierno tuvo conocimiento de todos, i con gran disgusto de ambos, tomó sus medidas para impedir que se llevase a efecto el proyectado desafío. Desde luego, los dos se culparon de haber descubierto el secreto : Mackenna llevó entónces su delicadeza hasta exijir una esplicacion de la junta gubernativa para salvar su honor comprometido ante la opinion de sus enemigos, i la obtuvo al fin en una honrosa nota en que declaraba ser falso el hecho con que se pretendia manchar su reputacion.

Despues de esta ocurrencia, Mackenna i Carrera quedaron separados por algun tiempo; pero no se disminuyó el odio que mutuamente se tenian. Durante la persecucion de don José Miguel i sus hermanos, bajo el gobierno del director Lastra, Mackenna tomó mil providencias para perderlos, i redactó un voluminoso informe contra la conducta que habian observado en la direccion de los negocios públicos, para que sirviesen de testimonio en la causa criminal que debia seguirseles. A su vez, don José Miguel Carrera, cuando subió al poder en julio de 1814, lo desterró a Mendoza obligándolo a cruzar las cordilleras en lo mas rigoroso del invierno.

Desde su llegada a aquella ciudad, Mackenna no hizo mas que augurar desgracias infinitas para Chile. En sus contestaciones a las cartas que le dirijeron varias personas de Buenos-Aires, él anunciaba la segura e inevitable pérdida del país si continuaba gobernado por don José Miguel. En una

carta dirijida al jeneral don Francisco Javier de Viana, secretario de guerra del director Posadas, le pedia con instancias socorros para ausiliar a los insurjentes chilenos contra la invasion realista que mandaba Ossorio, porque, segun él decia, Carrera no sabia aprovecharse de los elementos con que contaba el país, ni capitanear a sus soldados.

La desastrosa derrota de Rancagua i la total pérdida de Chile, acarreó, como era de esperarlo, gran descrédito a don José Miguel. Al pisar el territorio de las provincias arjentinas se encontró enteramente desconceptuado en el ánimo de las personas ante las cuales hubiera deseado conservar influjo i prestijio. Ni a él a sus hermanos se les ocultó la parte que en todo esto podia tener Mackenna ; i la intimidad con San Martin, de que este gozaba, vino a avivar mas aun su encono. En Mendoza, como en Talca, los odios produjeron un desafio ; pero ahora fué don Juan José el adversario de Mackenna. Cuéntase que tuvo lugar el duelo ; que los dos se dispararon un balaso sin herirse, i que cuando se preparaban nuevamente para continuar batiéndose, se presentó un ayudante de don José Miguel con órden de impedir el duelo, i de apresar a su hermano si no obedecia su mandato.

Lo sucedido no bastó a satisfacer los agravios de los hermanos Carrera, ni a intimidar a Mackenna. Siguió este criticando con aspereza todos los actos de la vida pública de don José Miguel, i apoyando todas las medidas que dictaba San Martin. En Buenos-Aires como en Mendoza, no perdonó medios para desconceptuar a Carrera, haciendo valer

las relaciones que habia contraido en los ejércitos españoles con algunas personas que figuraban en primera escala en la revolucion arjentina, o las amistades que le preparaba su influjo i las cartas que traia de San Martin i sus parciales. Cuando don Luis llegó a aquella capital, vió con pesar suyo que su adversario no habia perdido su tiempo, i creyó que los tropiezos que por todas partes encontraba para procurar la ruina de San Martin i conseguir del gobierno los ausilios que solicitaba su hermano, eran producidos por la cruda guerra que les hacia Mackenna. Como si todo esto no bastase por sí solo para mantenerlo irritado, algunos intrigantes que se vendian por amigos de don José Miguel le llevaban a toda hora del dia cuentos i chismes de lo que hacia i hablaba el brigadier Mackenna, para desconceptuar a él i a sus hermanos i partidarios.

IV. Por desgracia, el coronel Carrera se hospedó en Buenos-Aires en una fonda situada frente a frente de la que habitaba Mackenna. Desde su alojamiento lo veia de ordinario entrar i salir, i creyó descubrir a sus enemigos en las personas que lo visitaban. En vista de todo esto, su rabia no tuvo límites: se contuvo catorce dias sin hacer nada, considerando quizá que cualquiera provocacion de su parte le acarrearia la pérdida del poco prestijio que aun conservaba; pero al cabo de ese tiempo, el 20 de noviembre, don Luis, fuera de sí le dirijió un cartel de desafio concebido en términos vigorosos i hasta insultantes. "Ud., decia, ha insultado el honor de mi familia i el mio con suposiciones falsas i embusteras; i si Ud. lo tiene me

ha de dar satisfaccion, desdiciéndose en una concurrencia pública de cuanto Ud. ha hablado, o con las armas de la clase que Ud. quiera i en el lugar que le parezca.—No sea, señor de Mackenna, que un accidente tan raro como el de Talca haga que se descubra esta esquela.—Con el portador espera la contestacion de Ud.—*L. C.*"

Era el portador de esta un norte-americano apellidado Taylor, comandante de un queche de guerra arjentino, i dueño de la posada en que vivia don Luis. Guardaba a éste grandes consideraciones, debidas en su mayor parte a los elojios que habia oido hacer de los Carrera al cónsul Poinsett, i aceptó gustoso la comision que le confió de presentar a Mackenna el cartel de desafio, i aun se ofreció a don Luis para servirle de padrino en el duelo, si era que su adversario lo aceptaba. El brigadier Mackenna, en efecto, tan pronto como hubo leido la provocacion de Carrera, escribió en un papel las líneas siguientes: Noviembre 20—La verdad siempre sostendré i siempre he sostenido; demasiado honor he hecho a Ud. i a su familia, i si Ud. quiere portarse como hombre, pruebe tener este asunto con mas sijilo que el de Talca i el de Mendoza. Fijo a Ud. el lugar i hora para mañana a la noche; i en esta de ahora podria decidirse, si me viera Ud. con tiempo para tener pronto pólvora, balas i un amigo, que aviso a Ud. llevo conmigo. De Ud.—*M.*"—Con esta contestacion salió Taylor, dispuesto a arreglarlo todo para el duelo.

Ya era este inevitable. Mackenna buscó al capitan don Pablo Vargas, para que le sirviese de pa-

drino. El dia siguiente, poco despues de haberse oscurecido, se encaminaron ambos a un arrabal desierto de Buenos Aires, situado a inmediaciones del rio, i llamado el Bajo de la residencia. Al poco rato llegó allí don Luis en compañia de Taylor i de un cirujano, Mr. Cárlos Hamphord, que debia emplear sus conocimientos profesionales en caso de una desgracia. Saludáronse todos con una cortesía glacial, i sin muchos preparativos se dispusieron para batirse. Cada uno de los contendientes habia llevado un par de pistolas: los testigos cargaron primero las de don Luis, i dieron una a cada cual, permitiendo la eleccion a Mackenna. Separáronse doce pasos uno de otro, i a una señal de Taylor dispararon ambos a un mismo tiempo; pero ninguno de los dos recibió el mas leve daño. La bala de Mackenna apénas habia atravesado el sombrero de Carrera.

Por un momento los padrinos concibieron la esperanza de reconciliar a los adversarios. El honor estaba satisfecho con la primera prueba; i ellos buscaron medios de avenencia para impedir que se llevase adelante el duelo. Mackenna i Carrera habrian quizá accedido a las instancias de Taylor i Vargas, pero don Luis exijió de su contrario que se desdijese en una concurrencia pública de todo cuanto habia hablado en contra de él i de sus hermanos. "No me desdeciré jamas, esclamó Mackenna tan luego como hubo oido la condicion que le ponia su adversario; ántes de hacerlo me batiré un dia."—"I yo, gritó Carrera, me batiré dos."

Desde entónces quedó perdida toda esperanza

de reconciliacion. Sin querer oir las instancias de los padrinos, don Luis escojió una pistola de Mackenna i fué a colocarse a su puesto, miéntras su contrario ocupaba el suyo. A la primera señal salieron los dos tiros, i por un segundo ambos quedaron en pié como si nada hubiese ocurrido; pero Mackenna, ajitado por un temblor convulsivo, vaciló un instante, i cayó al suelo sin despedir un solo quejido. El cirujano i los dos testigos corrieron en su ausilio, i a la escasa luz de la luna vieron que una lividez mortal se apoderaba de todo su rostro. A las repetidas preguntas que le hacian, Mackenna quiso contestar, pero solo asomó a sus labios una bocarada de sangre. Hamphord le arrancó apresuradamente el corbatin, i conoció luego que la herida no tenia remedio alguno...... La bala de Carrera habia pasado rozándose en el cañon de la pistola de su adversario, quebró la llave de ésta, se llevó el dedo pulgar de Mackenna i fué a perderse en el lado derecho de su garganta, unas cuantas líneas mas atras de una honrosa cicatriz que conservaba de la batalla del Membrillar. La bala habia cortado una vena yugular i los bronquios de la respiracion. El cirujano Hamphord se abstuvo de entrar en cualquiera curacion. Al cabo de mui cortos momentos, Mackenna espiró en los brazos de los testigos. Entónces se retiraron todos para sustraerse al castigo que debia recaer sobre ellos por su participacion en aquel suceso (3).

(3) Para la narracion de este suceso con todos los detalles del testo, he tenido a la vista una relacion escrita en ingles por el jeneral O'Higgins. En ella dice que él sabe todo lo ocurrido de boca de los testigos Taylor i Vargas i del cirujano Hamphord, a quienes les pre-

El siguiente dia los transeuntes encontraron el cadáver en el mismo sitio i dieron parte a la autoridad local; segun la costumbre se le hizo poner a la espectacion pública debajo de los arcos de la cárcel. Allí fué reconocido por sus amigos; en el momento se estendió por todas partes la voz de que habia muerto en un duelo con Carrera; i, como parece natural, lo ocurrido en el Bajo de la residencia fué por varios dias el tema de todas las conversaciones. Los comentarios eran en su mayor parte falsos, i los amigos de Mackenna i de Carrera se empeñaban en acriminar a cada uno de ellos con pormenores de pura invencion, puesto que nada se sabia por los testigos, los cuales se habian escondido cuidadosamente despues de aquel suceso.

Segun la lejislacion vijente, don Luis Carrera i todos los comprometidos en el asunto, eran acreedores a la pena capital. La autoridad, sin embargo, no alcanzó a prender mas que al primero: sin miramientos ni consideraciones de ningun jénero, se le redujo a prision para someterlo a juicio, i se comenzó su proceso con las formalidades usadas con los criminales ordinarios. Las dilijencias practicadas por su colega Benavente para favorecerlo, fueron enteramente infructuosas. El supremo director, con quien éste se vió, estaba fastidiado con

guntó cuanto sabian acerca de los últimos momentos de su amigo Mackenna. De la lectura de esta relacion he inferido que fué escrita en 1831 en un momento de despecho producido por la lectura de los calumniosos artículos que publicaba el "Araucano" contra él i sus amigos. En esa relacion, O'Higgins no dice nada sobre su persona, ni intenta vindicarse de los cargos escritos contra él, pero deplora con interes i pasion el mal pago que se daba a los importantes servicios de su fiel amigo Mackenna. Segun él, todo cuanto dice el "Araucano" en este particular, es un embuste urdido para denigrar su memoria.

las intrigas de los ajentes de Carrera i San Martin, i no se manifestaba dispuesto a dejar sin castigo la muerte de Mackenna. Desde entónces, su espíritu adoptó una determinacion fija en contra de don José Miguel, i se resolvió no solo a apoyar decididamente todas las providencias del gobernador de Cuyo, sino tambien a desplegar su autoridad en contra de los Carrera.

V. Cuando llegó a Buenos-Aires, don José Miguel se encontró con la noticia de lo ocurrido, acompañada ya con comentarios contradictorios, inventados por amigos i enemigos para disminuir o reagravar la falta, i para interesar la opinion pública en favor o en contra de su hermano don Luis. Los chilenos que pertenecian al bando opuesto, decian que Mackenna habia sido muerto por una bala partida en cuatro pedazos i atada con seda, a lo que otros agregaban que se le habia herido por la espalda, miéntras los parciales de don José Miguel aseguraban que Mackenna moribundo i en brazos de los testigos habia cometido la villania de descargar su pistola casi a quema ropa sobre su contrario, cuando este se mostraba mas solícito en atenderlo.

Inmediatamente, don José Miguel se presentó al supremo director a pedirle la libertad de su hermano, representándole que las circunstancias con que se acompañaba la historia del duelo eran especies de pura invencion propaladas por sus enemigos, como constaba por una carta que desde su escondite le habia dirijido el capitan Vargas, testigo presencial de todo, i cuya declaracion no podia po-

nerse en duda puesto que habia sido el padrino del brigadier Mackenna. Posadas lo recibió con frialdad : su ánimo estaba sumamente predispuesto en contra de Carrera por las notas de San Martin, i la muerte de Mackenna habia acabado de agriarlo. El supremo director era un excelente hombre, pero su carácter tenia alguna doblez producida quizá por debilidad: con frecuencia se espresó en frases equívocas i despachó a don José Miguel con algunas esperanzas de alcanzar la libertad de su hermano.

Todos sus esfuerzos salieron, sin embargo, ineficaces. Carrera encontraba en todas partes personas para quienes era indiferente su suerte o enemigos declarados de sus pretensiones. Mas de una vez sus dilijencias i empeños irritaron las susceptibilidades de los altos funcionarios; i cuando trabajaba por alcanzar la libertad de su hermano, apénas pudo escapar él mismo de ser encarcelado i sometido a juicio. Recojió las declaraciones de los testigos, aglomeró documentos i no dejó por dar ningun paso para ajenciar la libertad de don Luis; pero no por esto obtuvo mas que remotas esperanzas.

Una circunstancia estraña a la cuestion vino a mejorar la suerte del desgraciado jeneral Carrera. El 10 de enero de 1815 se recibió del mando supremo de las provincias del Plata el jeneral don Cárlos María Alvear. Don José Miguel lo habia conocido en España, i habia contraido con él estrechas relaciones de amistad en los campamentos durante la guerra de la independencia de la península; i creyó que le bastaria presentarse para ob-

tener del gobierno arjentino la proteccion i apoyo que necesitaba. El nuevo director estaba rodeado por personas conocidamente adictas al jeneral San Martin, i por lo tanto a O'Higgins i sus amigos, a quienes habia recomendado el gobernador de Cuyo; pero Alvear queria mal a San Martin, i se hallaba dispuesto a desaprobar cuanto este hubiese hecho. Aprovechándose de esta circunstancia, Carrera se apersonó al supremo director.

Alvear recibió a don José Miguel con alguna sequedad, mui estraña en hombres que se habian tratado como verdaderos camaradas: pero despues de haberle referido sus desgracias, su prision en Mendoza, i la muerte del brigadier Mackenna, que habia venido a empeorar su posicion, lo trató con mas cariño i aprecio. Carrera tuvo aun que trabajar para disuadir al director Alvear de la desfavorable opinion que habia concebido de él i su familia, i alcanzó al fin una promesa de proteccion. El supremo director, en efecto, mandó cortar la causa que se seguia a don Luis, i, aun cuando algo dijo sobre confinarlo a la provincia de Santa Fé, le abrió la prision, i lo puso en libertad sin traba ni condicion de ningun jénero (4). Desde entónces don José Miguel fué uno de los consejeros del director Alvear.

VI. Buenos-Aires era entónces el asilo de la mayor parte de los chilenos que habian atravesado

(4) Sobre todos estos sucesos hai noticias bastante curiosas en los artículos publicados en el "Araucano" por don Manuel Gandarillas. Merecen estos entera fé, siempre que no se trata de deprimir a San Martin i a O'Higgins.

los Andes. Algunos oficiales del ejército encontraron en aquella capital una honrosa colocacion; pero el mayor número, i los paisanos o sacerdotes sufrieron las penurias o escaseces del destierro. Por fortuna, un comerciante chileno, don Diego Antonio Barros, reunió a muchos de ellos i trató de mejorar su condicion por todos los medios que estaban a su alcance. Tenia en un barrio apartado de Buenos-Aires una casa inmensa que le servia de bodega para sus efectos: allí acomodó a dos hermanos suyos emigrados, i a muchos otros compatriotas que no tenian donde asilarse. Compró una imprenta en compañia de su cuñado don Felipe Arana, i la dió en administracion a don Manuel Gandarillas, jóven chileno destinado a hacer un papel mui importante en la política de su país. Tanto él como Arana i otro comerciante chileno, don Rafael Bilbao, les prestaron gruesas sumas de dinero para fomentar la imprenta, i una fábrica de naipes que tambien dirijia Gandarillas. Barros, que gozaba de algun influjo cerca del gobierno, lo empleó en favor de sus compatriotas, i obtuvo la proteccion fiscal para la imprenta; esta publicó el periódico oficial, el *Censor*, cuya redaccion consiguió Barros para un hábil compatriota suyo, el padre Camilo Henriquez (5).

En esa imprenta i en la fábrica de naipes se acomodaron muchos chilenos: trabajaban estos como simples artesanos para ganar su vida, pero hubo algunos militares que ni aun pudieron colo-

(5) Conversacion con el señor canónigo Concha i con el señor don Diego Benavente.

carse en ninguno de los dos establecimientos. Varios de estos pasaron a la provincia de Santa Fé a servir a las órdenes del coronel intendente don Juan José Viamont. Sin embargo, todos los emigrados, casi sin escepcion ninguna, se ofrecieron gustosos a enrolarse en el ejército cuando se anunció en Buenos Aires haber salido de España la espedicion que, a las órdenes del feroz Morillo, debia invadir el territorio arjentino. Todos ellos firmaron un rejistro en que apuntaban su nombre i su graduacion militar.

VII. Carrera entre tanto habia conseguido por fin en Buenos-Aires la proteccion i apoyo que solicitaba del gobierno. Renovó sus relaciones con Alvear, contrajo estrecha amistad con su secretario de estado don Nicolas Herrera, i adquirió en la administracion cierto influjo e importancia de que se creia mui distante. Don José Miguel se aprovechó de estas circunstancias para pedir i recabar del supremo director su proteccion a fin de emprender la reconquista de Chile. Animado por el mas vivo entusiasmo, Carrera concebia en aquella capital los mas variados planes de campaña; i, mirando con alto desprecio los obstáculos sin cuento que tenia que vencer para llevar a cabo tan atrevida empresa, pensaba que al fin de unos pocos meses habria conseguido volver la libertad a su patria sin necesidad de un grueso ejército, ni de poner en juego los arbitrios de la astucia.

Alvear no miraba con mucha atencion los planes de Carrera, que en sus adentros juzgaba descabellados; pero tampoco quiso reprobarlos. En cambio

acojió bien sus quejas contra San Martin, a quien él mismo queria mui mal. Sin mucha meditacion se resolvió a separarlo bruscamente del gobierno de Cuyo, i aun llegó a firmar, con fecha de 8 de febrero, el nombramiento del coronel don Gregorio Ignacio Perdriel, que debia subrogarlo (6). De este modo, Alvear pensaba satisfacer los agravios de Carrera i su propio encono.

Era Perdriel un militar de buen nombre que habia peleado siempre con valor. En 1807, en la época de la reconquista de Buenos-Aires, mandaba ya una compañia de patricios, i mas tarde prestó servicios importantes durante la guerra de la independencia. A las órdenes del jeneral Belgrano, Perdriel hizo la campaña del Paraguai i mas tarde la del Alto Perú hasta alcanzar el grado de teniente coronel comandante del rejimiento de infanteria núm. 1 : en este rango se batió en la accion de Salta, el 19 de febrero de 1813, a la cabeza de la 6.ª division del ejército insurjente. Sus compañeros de armas hablaban de él como de un oficial valiente i pundonoroso ; pero todo él mundo lo creia incapaz de desempeñar el puesto público a que lo elevó el director Alvear. Este mismo conocia bien lo que valia Perdriel, mas él buscaba un sucesos para San Martin, i poco le importaba que poseyese o no las aptitudes para suplantarlo.

Alvear era un jóven que a los veinte i cinco años habia ilustrado su nombre con la toma de Montevideo, i sin mas apoyo que su talento habia alcan-

(6) Nota del secretario Viana a San Martin. Mss.

zado a ocupar puestos mui encumbrados i a presidir la asamblea lejislativa de Buenos-Aires, en que ocupaba el asiento de diputado por Corrientes; pero tenia todos los defectos propios de su edad. En 1815 carecia de la firmeza de carácter tan necesaria para dirijir los negocios del estado, cedia fácilmente al adulo i la lisonja i gustaba sobremanera de ostentar su autoridad. La causa de la ojeriza con que miraba a San Martin, era solo la franqueza con que éste le criticaba sus niñerias, i la confianza con que lo aconsejaba de ordinario.

Por estos defectos, Alvear contaba con mui pocas simpatias en Buenos Aires i en las provincias. "Para un amigo probablemente tenia diez enemigos", dicen dos apreciables escritores ingleses, haciendo el retrato del supremo director (7). El ejército del Alto Perú le negó la obediencia, dos provincias, Córdova i Santa Fé, trataron de segregarse de la capital, i un jeneral descontento se hizo sentir en Buenos-Aires inmediatamente despues de su elevacion al poder. Muchos chilenos, sea por encono a Carrera, que se hallaba bien quisto en el ánimo del supremo director, o por afeccion a San Martin, a quien Alvear habia querido separar del gobierno de Cuyo, tomaban una parte activa en todas las discusiones políticas i fomentaban por todos medios la animosidad que existia ya contra el gobierno. Como si aun estuviesen en Chile, los emigrados se dividieron en bandos, i miéntras los unos querian

(7) J. P. i W. P. Robertson.—*Letters on south America.*—Carta 38, tomo II, páj. 228.

apoyar al director, los otros criticaban con aspereza su conducta.

Por desgracia suya, Alvear no comprendia su situacion : para acallar la alarma, dictó medidas violentas i represivas, i se rodeó de jente desacreditada, a la cual le pagaba en empleos i honores las lisonjas con que lo adulaban. Sin conocer el país que presidia, el supremo director se rodeaba en todas partes de una guardia de granaderos montados, i usaba un rumbo mui estraño en el primer jefe de una república. Al encono con que lo miraban algunos se agregó en breve el ridículo que le acarreaban estas pequeñeces; i el hombre que por su jénio habia representado un gran papel en la revolucion arjentina, i que estaba destinado a figurar aun en mayor escala, tuvo al fin que caer al influjo de golpes para los cuales no estaba aun preparado su espiritu superior.

Los amigos de San Martin, como era de esperarlo, tomaban una parte mui activa en la guerra que se hacia al director. Para la realizacion de los proyectos del gobernador de Cuyo, Alvear era un obstáculo poderoso que ellos querian remover a todo trance. Ligados con aquel mandatario por la igualdad de miras i por la estrecha confraternidad de las sociedades secretas, los amigos de San Martin, que contaban en todas partes con ausiliares poderosos dispuestos a arrostrar cualquier peligro, no se dieron un momento de descanso para derribar al director supremo. Tocaron todo jénero de recursos, i concitaron contra el director el odio de sus propios soldados, a quienes de ordinario pagaba

mui jenerosamente. La sublevacion fué encabezada el 3 de abril por el jefe de la vanguardia de sus tropas, el coronel don Ignacio Alvarez Tómas, que marchaba a sujetar las provincias segregadas a la autoridad del director. La campaña i muchos destacamentos se le unieron en breve; la capital se conmovió tambien, i el cabildo, encabezado por el alcalde don Francisco Antonio Escalada, suegro del coronel mayor don José de San Martin, reasumió el mando supremo i se preparó para resistir a Alvear, que habiéndose juntado con otras divisiones de su ejército, se preparaba para caer sobre Buenos-Aires. A la voz de los enemigos de este, se reune la milicia cívica capitaneada por oficiales de gran mérito, se cortaron fosos en las calles de la capital, se levantaron estacadas i se organizó por todas partes la defensa, como si la ciudad estuviese amenazada por un enemigo poderoso. "Levantemos una horca, decia entónces el enérjico Escalada, para él si lo vencemos, o para nosotros si somos vencidos." Tanta decision hizo ceder al jeneral Alvear: desistió de sus propósitos i se embarcó en una fragata inglesa para buscar un asilo en el territorio estranjero.

VIII. El cabildo de Buenos-Aires manejó con enerjía i firmeza el poder supremo de que lo invistió el pueblo. Sometió a una estricta revision todos los títulos i promociones hechas por Alvear, anuló setenta i ocho de ellos, asumió una actitud firme i decidida i apresó a todos los amigos i consejeros del supremo director. Entre estos cayeron tambien los tres hermanos Carrera: las relaciones de don

José Miguel con Alvear eran para muchos un motivo mas que suficiente para que recayese sobre él la persecucion; pero hubo enemigos suyos que se empeñaron en presentarlo a la autoridad como hombre sospechoso por su amistad con el director. En tiempos revueltos, los gobernantes apénas se cuidan de salvar las apariencias; i el alcalde Escalada no era hombre que se detuviese en consideraciones cuando se trataba de asegurar la tranquilidad pública. Sin muchos miramientos, decretó la prision de los tres hermanos; i quizá no habrian salido mui luego de la cárcel a no encontrar un amigo en el seno mismo del cabildo. Era este don Diego Antonio Barros, aquel comerciante chileno que habia recojido en su casa a muchos emigrados. Convencido de que para su prision solo se habia consultado el encono de algunos partidarios, se constituyó en defensor de ellos, i en la sesion del cabildo del 19 de abril, despues de una corta discusion obtuvo la órden de ponerlos en libertad, firmada por el alcalde Escalada (8). Este mismo, movido por la notoria inocencia de los Carrera, dió una satisfaccion por medio de un oficio, atribuyéndola a mala intelijencia del oficial encargado de arrestar a los sospechosos.

A pesar de haber alcanzado su libertad, don José Miguel perdió para siempre su influjo cerca del gobierno arjentino, i las esperanzas de recuperarlo en lo sucesivo. Tantas desgracias, sin embargo, no abatieron su ánimo esforzado, si bien lo

(8) Acta de la sesion de ese dia. Mss.

alejaron de las antesalas de palacio; sin arredrarse por tantas dificultades siguió empeñado en su proyecto de reconquistar a Chile, i trabajando con fé i decision en el estudio del mejor plan de campaña que debia adoptarse. A principios de mayo se atrevió a presentarlo al coronel Alvarez, que habia sido elejido director interino, ofreciéndose él i muchos oficiales chilenos para llevarlo a cabo; pero por toda contestacion se le dieron las gracias por el empeño que mostraba para defender la causa de la independencia americana, i se disculparon las autoridades con la pobreza de sus recursos para acometer o apoyar una empresa tan árdua (9). El gobierno de Buenos-Aires habia consultado a San Martin sobre el particular, no solo como un militar entendido i esperimentado, sino por los conocimientos que en su posicion habia adquirido acerca del estado de Chile; i el gobernador de Cuyo, que se preparaba para acometer esta empresa, i que deseaba alejar a Carrera de esta pretension, informó al director Alvarez manifestando un parecer enteramente opuesto al plan del jeneral chileno. En su nota esplica mui bien las razones que tenia en contra de ese proyecto; i, argumentando con un talento superior, acaba por considerarlo descabellado (10). El gobierno aceptó este informe, i se desentendió de las solicitudes i exijencias de Carrera.

(9) Nota del director Alvarez, de 11 de mayo de 1815, publicada por Carrera en su Manifiesto citado.

(10) Todo esto consta de la correspondencia de San Martin con el gobierno arjentino, que en copia tengo a la vista —Véase en los documentos justificativos, el publicado bajo el núm. 4.

Esta nueva decepcion no lo desalentó enteramente. Don José Miguel era por naturaleza constante i firme en sus ideas: la reconquista de la patria era entónces su único deseo, su esperanza mas querida, i la vista de tantos esfuerzos frustrados no lo arredró por mucho tiempo. Chile se habia perdido en sus manos: en el interes de su nombre estaba reconquistarlo. La proscripcion, por otra parte, le costaba ya muchos sufrimientos; i despues de un año de vejaciones, destierros i prisiones, no veia otro remedio para mejorar su situacion que acometer esta empresa cuanto ántes, para que no la ganasen la delantera sus rivales, de quienes, como de los españoles, esperaba solo el destierro i la proscripcion. Desde luego confió en que encontraria en otros países el apoyo que le faltaba en Buenos-Aires. Los Estados-Unidos habian cautivado desde tiempo atras todas sus simpatias i mantuvieron ahora sus esperanzas. A su juicio, esa poderosa república debia protejer su proyecto; en ese país contaba él con dos amigos influentes, el cónsul Poinsett i el comodoro Porter, que mandaba la fragata *Essex* en 1814, los cuales podian prestarle su apoyo i el prestijio de que necesitaba para alcanzar crédito.

Desde que hubo concebido esta idea, don José Miguel no pensó mas que en realizarla a la mayor brevedad. Con mucha dilijencia, reunió todo el dinero que poseia, juntó el de sus amigos, vendió las alhajas de su mujer, i, confiado en que Dios no abandonaria su familia, no pensó mas que en ponerse en marcha sin llevar mas que 593 marcos de plata

en barra i 12,500 pesos. Sin arredrarse por la pequeñez de sus recursos, el jeneral Carrera se embarcó en noviembre en el bergantin americano *Espedition*, con rumbo al puerto de Baltimore. Halagado de las mas risueñas esperanzas, él partia a buscar en países lejanos los recursos que necesitaba para libertar a su patria, i dejaba en la pobreza a su esposa i a una tierna hija.

IX. Un mes ántes se embarcaron tambien muchos chilenos con mui diverso rumbo. Formaban parte de una espedicion corsaria que salió de Buenos-Aires a incomodar a los españoles en sus propios dominios. En esta empresa comprometieron sus escasas fortunas i se dieron a la vela resueltos a arrostrar cualquier peligro.

Mandaba la espedicion Mr. William Brown. A un arrojo ilimitado i temerario, este marino unia mucha astucia i un jenio creador que le ayudó eficazmente a la realizacion de sus proyectos. En su juventud habia sido comerciante, i él mismo dirijia un buque en que traia sus efectos a Buenos-Aires. Despues de repetidos viajes adquirió un conocimiento perfecto del rio de la Plata, cuya navegacion ofrece muchas dificultades a los marinos mas esperimentados. A principios de 1814, sin mas base que un miserable queche, organizó una flotilla compuesta de siete buques, comprados a los comerciantes ingleses, los equipó debidamente i los tripuló con los desertores de los otros buques que estaban anclados en la bahia. Halagó a éstos con cariños i promesas para tenerlos contentos, los disciplinó en mui corto tiempo, i con esa débil escuadrilla, preparada i

organizada en mui pocos dias, i casi solo para trasportar soldados, el valeroso Brown se lanzó por las aguas del Plata en busca de la flota española, que, a las órdenes del comandante Michelena, defendia a Montevideo i se enseñoreaba del rio. Constaba esta de diez buques de todos portes bien montados i tripulados : pero a pesar de tantas ventajas del enemigo la batió en un combate decisivo, destruyó algunas de sus embarcaciones, i apresó las otras para llevarlas en triunfo a Buenos-Aires. Desde entónces, solo flameó el estandarte insurjente en el rio de la Plata, i quedó Montevideo estrechado por todos lados por el ejército de tierra, que mandaba Alvear.

Por esto mismo, Brown se encontró sin ocupacion alguna despues de aquel suceso. Su espíritu emprendedor no se avenia a la ociosidad, i despues de un año de quietud i sosiego concibió el proyecto de ir a incomodar a los españoles a las otras provincias de América. Dominaban estos en toda la estension del Pacífico : toda la costa estaba defendida por sus soldados, sus puertos en jeneral estaban bienguarnecidos, i, fuera de los buques chilenos que se pasaron al enemigo al salir de Valparaiso, jamas una vela insurjente habia atravesado aquellas ondas, que surcaban en todas direcciones i sin temor alguno los navios de la España.

Por temerario que parezca este proyecto, Brown supo darle prestijio para llevarlo a cabo i encontrar aventureros que quisiesen arriesgar sus intereses i sus vidas en tan atrevida empresa. Un hermano de este marino, Michel Brown, poseia un bergantin

llamado el *Hércules*, con que se habia gratificado al mismo almirante por la destruccion de la escuadra española de Montevideo. Con esta base, se celebró un convenio el 1.° de setiembre de 1815, entre el mismo Brown i el gobierno de Buenos-Aires, i se determinó dar patente a los buques de aquel para hacer el corso contra los españoles, bajo la condicion de que las presas fuesen vendidas en Buenos-Aires i sus productos líquidos divididos en nueve partes, de las cuales una debia ser para el estado, dos para el almirante Brown, i el resto para los oficiales i tripulaciones. Con arreglo a este contrato, el hermano del almirante tomó el mando del *Hércules* i Mr. Watel Dávis Chitty, su cuñado, montó en clase de capitan el bergantin *Trinidad*. Un negociante frances, llamado Buchard, equipó el bergantin *Alcon*, de su propiedad, i contrató al capitan chileno don Ramon Freire para que mandase las tropas de desembarque. El presbítero chileno don Julian Uribe equipó por su propia cuenta un pequeño queche, al cual dió su nombre, i lo puso bajo el mando de un italiano apellidado Barri. Los cuatro buques recibieron a su bordo un regular continjente de tropa de desembarco, i gran cantidad de víveres i municiones que puso a su disposicion el gobierno arjentino. Si la escuadrilla era poco temible por la cantidad i calidad de las naves que la componian, llevaba en cambio a su cabeza algunos jefes de un reconocido valor i de mucho tino para dirijir la empresa con bastante acierto.

El 15 de octubre salieron de Buenos-Aires los bergantines *Hércules* i *Trinidad* con rumbo al

Pacífico, i pocos dias despues zarparon con igual direccion el *Alcon* i el queche *Uribe*. La navegacion de los primeros fué completamente feliz: a mediados de diciembre estaban ya en la isla de la Mocha esperando la reunion de las otras dos naves; pero éstas habian tenido que sufrir en el cabo de Hornos un horrible temporal que sepultó en las ondas al queche *Uribe* con toda su tripulacion i maltrató considerablemente al bergantin *Alcon*. Allí encontraron a una fragata norte-americana, la *Indus*, la cual, al llegar a los puertos de Chile comunicó a las autoridades realistas la proximidad de la escuadrilla insurjente i desperto la alarma i la turbacion entre ellas.

X. La escuadrilla permaneció algunos dias mas en la Mocha reparando sus averias; pero al cabo de ese tiempo, se separó en dos cuerpos, para obrar por diversos puntos. El *Alcon* i el *Hércules* debian recorrer la costa del Pacífico en busca de presas, miéntras el *Trinidad* iba a acercarse a Juan Fernandez, con el propósito, al parecer, de tomar los prisioneros chilenos que allí habia: pero, sin haber conseguido este objeto, las tres naves se reunieron en las inmediaciones del Callao. El *Alcon* i el *Hércules*, mas felices en el desempeño de su encargo, apresaron a la entrada del puerto dos fragatas mercantes, la *Candelaria*, procedente de Chile, i la *Consecuencia*, que venia ricamente cargada de la península, trayendo a su bordo al brigadier don Juan Manuel de Mendiburu, nombrado por el rei gobernador de Guayaquil, i a muchas otras personas que cayeron prisioneras de los insurjentes.

Despues de esto, Brown siguió cruzando entre el Callao i las islas de las Hormigas, en donde dejó a algunos de sus prisioneros.

La primera noticia que se tuvo en Lima de la escuadra enemiga fué comunicada por el subdelegado de Chancay, a donde llegaron algunos prisioneros de las islas de las Hormigas venciendo las mayores dificultades i peligros. Inmediatamente, espidió el virrei las órdenes mas perentorias para atender a la vijilancia i defensa de la costa, reforzó las partidas de observacion de caballeria del país con destacamentos de los escuadrones de husares i dragones españoles, aumentó la guarnicion de los castillos del Callao, dispuso que los buques de la bahia tomasen la posicion que determinare el jefe del apostadero, i destacó una goleta correo en las islas de San Gallan i un falucho del resguardo a sotavento del puerto para dar los avisos necesarios. En aquellas circunstancias, cuando "la marina no podia prestar ausilio alguno porque carecia de fuerzas," i la real hacienda no podia "emprender erogacion por pequeña que fuese," como dice el mismo virrei, reunió una junta de comercio en el tribunal del consulado, en donde se exhibieron 300,000 pesos, i se acordó armar seis buques. Esta reunion tuvo lugar el 20 de enero de 1816, un dia despues de haberse recibido la noticia de la aparicion de la escuadrilla de Brown.

Entónces ya era tarde para tomar esas providencias. Brown poseia un arrojo estraordinario, i no se hallaba dispuesto a esperar mucho tiempo para dar un golpe de mano con que atemorizar a

a los españoles de América en el mismo centro de sus recursos i de su poder. El 21 de enero, a las tres i media de la tarde, en efecto, los buques enemigos, engrosados por uno de los que acaba de tomar Brown, se avistaron algunas leguas al oeste del Callao saludando unas grandes banderas arjentinas que habian enarbolado. Inmediatamente se dieron las órdenes mas terminantes para colocar los buques del puerto fuera del alcance de las naves de Brown, a ménos que este quisiese arriesgarse a desafiar los fuegos de tierra. A pesar de todas estas providencias, el intrépido marino insurjente atacó la bahia a las cuatro de la mañana del siguiente dia 22, con cinco o seis botes armados i resguardados por una fragata i un bergantin. La accion fué perfectamente sostenida de parte de los realistas por una lancha i varios botes del puerto i los fuegos de tierra; pero, despues de haber hecho los mayores prodijios de valor, el arrojado Brown tuvo que desistir de su propósito, i salir de la bahia a juntarse con el resto de su escuadrilla.

Este desastre no lo desalentó todavia. Apénas repuesto de los quebrantos del primer ataque, en la noche del 27 de enero, Brown entró de nuevo al puerto con sus botes en la resolucion de sacarse algunas lanchas, i quizá alguno de los buques que se preparaban en la bahia para atacarlo. A fin de engañar al enemigo, prendió fuegos en la isla de San Lorenzo, haciendo creer que sus fuerzas habian desembarcado en aquel punto; i, como si nada tuviese que temer de las respetables fortificaciones del Callao, entró al puerto con cinco bo-

tes i conmenzó a tomar algunas lanchas, dandose para ello las mas injeniosas trazas. Una de ellas, que estaba perfectamente equipada, no sólo le opuso una tenasísima resistencia sino que dió la alarma a las fuerzas de tierra. Siguióse un corto pero bien nutrido fuego de cañon i de fusil, que costó a Brown la pérdida de 29 hombres i muchas averias en sus botes. Forzoso le fué desistir al fin de tan temeraria empresa i salir apresuradamente del puerto.

"Con un descalabro semejante, i con el temor de que las fuerzas sútiles del pueblo se empleasen contra su escuadrilla, dice el virrei Abascal, pues a su vista se trabajaba de dia i noche en su apresto, igualmente que en el de los buques del comercio, dieron la vela despues de algunas presas que la casualidad les proporcionó en la boca del mismo puerto i a los que no pudo alcanzar el recurso de las embarcaciones apostadas en los puntos de recalada; pero no fué sin fruto esta medida que libró al navio de la compañia de Filipinas, nombrado *San Fernando*, cuyo valioso cargamento procedente de Panamá, era de sumo interés para este comercio."

La partida de Brown tuvo lugar el siguiente dia 28 de enero. Queriendo ocultar sus movimientos al enemigo, el almirante insurjente tomó rumbo hácia el sur, i solo cuando se hubo hallado en alta mar cambió de direccion, a fin de verse libre de las persecuciones de tierra. Aun en su retirada no trepidó en acercarse a la costa del norte del Perú, a introducir por todas partes la alarma i la confusion.

"Hasta el 6 de febrero, dice el virrei Abascal, no pudieron evacuarse en el Callao los aprestos de la armadilla, compuesta de seis buques con la fuerza de 126 piezas de calibres proporcionados a sus portes i 980 hombres de tripulacion i guarnicion, inclusos los artilleros e infantes que se consideraron necesarios para su ausilio, quedando por fuerza sútil para defender el puerto cuatro lanchas cañoneras, un lanchon con un cañon de a 18 i la lancha de la fragata *Piedad* con uno de a 12 i ademas de los botes de fuerza de su dotacion, los del comercio que se hallaban en estado de rendir provecho o hacer algun servicio en la bahia." El jefe de la escuadra, capitan don Isidoro Canceiro, hizo rumbo al sur, en perseguimiento de Brown, perfectamente engañado de este primer movimiento.

XI. Brown, entre tanto, seguia su marcha pacíficamente, sin ser molestado de modo alguno. Hácia mediados de febrero entró en el rio de Guayaquil, i fué a atacar el puerto, con el propósito de imponerle una gruesa contribucion. El gobernador de la provincia estaba en esos momentos sumamente alarmado con la primera noticia de la espedicion insurjente trasmitida desde el Perú, i sin duda no habria osado oponer la mas lijera resistencia si no hubiese sido informado de la proximidad de Brown algunas horas ántes de su arribo.

Brown sin embargo, se internó rio arriba hasta mas adelante de la isla de la Puna, i fué a colocarse enfrente de una bateria situada en el lugar llamado Punta de las Piedras, enfrente de la pequeña islita de Sano. Pocas cuadras mas abajo, en un es-

tero conocido con el nombre de Salado, desembarcó el valiente capitan Freire i fué a asaltar la bateria por el lado de tierra, mientras Brown la cañoneaba desde el mar. Las bayonetas del primero i las balas del segundo obtuvieron este resultado despues de un corto combate. Brown sin embargo no se dió por satisfecho con esto solo. Desplegando las velas del bergantin *Trinidad*, que montaba, siguió rio adentro hasta colocarse enfrente de un castillo denominado San Cárlos. Aquí se empeñó un nuevo combate: el bergantin sufrió a tiro de fusil una considerable pérdida en su tripulacion, e impulsado por un recio viento norte en los momentos en que bajaba la marea, fué a vararse a la playa, que en esos instantes estaba defendida por una buena columna de tropas de infanteria.

La turbacion que habia introducido en el pueblo la entrada de la escuadrilla insurjente era superior a cuanto puede decirse. Considerando a los corsarios como una horda de bandidos, la poblacion de Guayaquil habia abandonado la ciudad i se habia retirado a los campos de las inmediaciones. El populacho, con todo, quedaba en acecho de una buena oportunidad para entregarse al saqueo, i esta se le presentó cuando tocó en la tierra el buque de Brown. Inmediatamente, en efecto, la *Trinidad* se encontró rodeada por soldados i paisanos armados con fusiles i garrotes, que comenzaron el saqueo. El almirante Brown asumió en aquellos instantes de confusion i de peligro toda la enerjia de su alma: tomando en su mano un lanza fuego bajó a la santa Bárbara, i desde allí anunció al jefe de los ene-

migos que ántes de tocar a uno solo de sus compañeros, él haria saltar el buque. Amenaza tan solemne bastó para determinar a los enemigos a proceder con mas órden.

Los otros buques de la espedicion, entre tanto, estaban a alguna distancia; pero al saber la ocurrencia del *Trinidad* se hallaron por un momento perturbados e indecisos los jefes que los mandaban. Freire, sin embargo, propuso el arbitrio de atacar con las fuerzas restantes para rescatar al almirante i los demas prisioneros. Con este propósito atacaron el puerto de la Cruz, situado 900 varas mas afuera que el de San Cárlos; pero estaba este mandado por un coronel español, apellidado Bejarano, que dirijió sus fuegos con gran acierto hasta hacer fondear a los tres buques insurjentes fuera de tiro de cañon. Desde allí despacharon parlamentarios proponiendo el canje de Brown por los prisioneros españoles de la fragata *Consecuencia*, i del mismo gobernador Mendiburu que venia destinado a Guayaquil. A pesar de las ventajas que habian alcanzado, era tal el pavor que se habia apoderado de las autoridades del pueblo que creyeron mas prudente tratar con el enemigo i volver la libertad a Brown i sus compañeros para obtener el rescate del brigadier Mendiburu i de los demas, i verse así libres de la escuadrilla insurjente, que tantos temores habia causado.

Despues de estas ocurrencias, repartió Brown la tripulacion del *Trinidad* en los otros tres buques, montando el mismo el *Hércules*, i dió su vuelta rio afuera, con el propósito de seguir su campaña

por el lado del norte. Buchard, sin embargo, no quiso acompañarlo: altamente disgustado con Brown por la magnitud de las empresas que hasta entónces habia acometido, i tomando por locura el arrojo i denuedo del marino ingles, no habia cuidado mucho de ocultar su disgusto. De las primeras contradicciones se siguieron las mas acaloradas disputas, a tal punto que comenzaron a reprocharse uno a otro ser la causa del mal éxito de la espedicion. Necesario fué que Brown hiciese valer su graduacion militar, i el rango que ocupaba en el corso, i que desplegase toda la enerjia de que era capaz para hacerse respetar; pero despues del malogrado ataque de Guayaquil esto fué ya imposible. En las islas de Galápagos, Buchard se manifestó resuelto a separarse de su jefe i volverse a Buenos-Aires, en los momentos en que Brown reparaba sus averias para seguir la espedicion de corso hasta las costas de Panamá. Despues de inútiles discusiones, ambos convinieron al fin en separarse: Buchard tomó la fragata *Consecuencia*, recojió en en ella a Freire i los demas chilenos, i se dió a la vela para el sur, mientras Brown, con el *Hércules* i el *Alcon* seguia su rumbo al norte.

A mediados de 1816 arribó a Buenos-Aires la fragata *Consecuencia*, despues de una navegacion próspera i feliz. Pocos dias despues, Freire i sus compañeros marcharon a Mendoza a unirse al ejército que entónces organizaba en este punto el coronel mayor don José de San Martin.

Brown, por su parte, siguió la espedicion corsaria hasta el puerto de San Buenaventura, en la

provincia del Chocó, en el reino de Nueva Granada. Desde aquel lugar entró en comunicaciones con el gobierno de Popayan para conseguir algunos víveres de que carecia, i aun envió a aquella provincia al cirujano de la escuadra, Mr. Cárlos Hamphord, el mismo que habia asistido al duelo entre Carrera i Mackenna, i a uno de sus oficiales, miéntras él vendia en San Buenaventura los efectos apresados. Algunos ilustres patriotas neo-granadinos, que venian huyendo de Santa Fé, para sustraerse a la saña de los mandatarios españoles que acababan de triunfar en aquellas provincias, concibieron la idea de embarcarse en las naves de Brown; pero éste, sabedor de las victorias que alcanzaban los realistas i de la ocupacion del Chocó, echó a pique el bergantin *Alcon*, que no podia mover en aquellos momentos, i se hizo a la vela prontamente, dejando en tierra muchos efectos de valor, i algunos oficiales i soldados que no cabian en el *Hércules*, el único buque que le quedaba de su escuadrilla, los cuales cayeron en poder del capitan español don Antonio Plá, que terminó la ocupacion del Chocó. En el número de éstos, habia algunos chilenos, i entre ellos quedaba el capitan chilote don Pablo Vargas, el cual despues de haber abandonado el ejército realista de Pareja en Talcahuano para enrolarse en las filas de los patriotas, sirvió perfectamente durante todas las primeras campañas de nuestra emancipacion.

Despues de esta desgracia, Brown dió su vuelta a Buenos-Aires; pero al entrar al rio de la Plata, a fines de agosto de 1816, un buque ingles

le informó que una poderosa escuadra portuguesa se habia posecionado del rio. Forzoso le fué seguir su navegacion al norte, hasta arribar, despues de infinitas aventuras, a la isla de la Barbada. Allí sufrió nuevas i mas penosas molestias orijinadas por una ruidosa i complicada cuestion que se suscitó sobre la propiedad del bergantin *Hércules*, que en 1812 habia sido quitado por los ingleses a los norte-americanos. Solo despues de mil dilijencias pudo arribar a Buenos-Aires en 1818, en donde lo esperaban nuevas incomodidades.

Tal fué el fin del atrevido corso del almirante Brown en las costas del Pacífico. Si no produjo inmediatas ventajas a la causa de la insurreccion de América, alarmó al ménos a las autoridades realistas de Chile, el Perú i la Nueva Granada, i las obligó a emplear infructuosamente sus recursos en el equipo de sus naves. Las glorias de ese corso pertenecen a la república Arjentina, con cuya bandera se hizo la espedicion, i a Chile, cuyos hijos tomaron una parte principal en él i verificaron tantas proezas (10).

(10) Para la relacion de los sucesos que forman la historia de este corso, me han servido principalmente varios papeles remitidos de Buenos-Aires acerca de su organizacion i equipo, algunos diarios ingleses de 1816, en que se dió cuenta de las decisiones del almirantazgo acerca de la propiedad del *Hércules*, las noticias publicadas en la *Gaceta* de Santiago en mayo i agosto de 1816, entre las cuales hai datos mui curiosos, la obra citada del jeneral Garcia Camba, que copia mui a menudo la relacion presentada por el virrei Abascal al rei de España, i la *Historia de la revolucion de Colombia* de Restrepo, cap. XIV, tomo VII, páj. 38. He creido de mi deber entrar en la narracion de estos acontecimientos, por estar estrechamente ligados a la historia de la revolucion de Chile.

CAPITULO VI.

I. Estado de la hacienda pública en los primeros tiempos de la reconquista.—II. Confiscaciones mandadas hacer por Ossorio.—III. Impuestos que decretó.—IV. Resistencia producida por sus medidas de hacienda.—V. Se cierra toda comunicacion con las provincias arjentinas.—VI. Medidas militares de Ossorio.—VII. Impone la contribucion mensual.—VIII. Tendencias del gobierno de Ossorio. —IX. Algunos razgos acerca de su carácter.—X. Llega a Chile un nuevo presidente.—XI. Se recibe del mando.

I. A principios de 1815, Chile estaba ocupado por un ejército de 5,000 hombres, i rejido por una abundante dotacion de empleados civiles i militares. Por primera vez desplegaba el gobierno colonial este lujo de mandatarios i soldados para mantener sumisos a los pueblos de Chile, i por primera vez tambien se encontraba rodeado por todas partes de necesidades apremiantes que no podia satisfacer. Antes de 1810 la guarnicion del reino se componia únicamente de cerca de 2,000 hombres de todas armas, cuyo número, mui reducido por los reglamentos vijentes entónces, se rebajaba en cada uno de los apuros del erario.

Las rentas de Chile en aquella época eran tambien mui reducidas. El monarca español habia agregado al virreinato del Perú el gobierno de la

provincia de Chiloé, para aliviar a las cajas de Santiago de los gastos que acarreaba su administracion; i a pesar de esto, las entradas del reino no alcanzaban muchas veces para cubrir los sueldos de todos los empleados. Los revolucionarios encontraron las cosas en este estado: para mejorarlo suprimieron algunas trabas que impedian el incremento de la industria i declararon la libertad de comercio; pero la guerra vino por desgracia a cortar el desarrollo de sus reformas.

Durante este período, Chile comenzó a sufrir todo jénero de males. El comercio esterior, abierto un momento, permaneció cortado, i el interior frecuentemente interrumpido. Los campos quedaban desiertos; los ejércitos destruian los sembrados, i de ordinario hacian grandes destrozos en las masas de ganado; la industria nacional estuvo casi paralizada, i las rentas del estado sufrieron una disminucion tan notable, que si los insurjentes no hubiesen tenido mas que esas entradas, no habrian podido sostenerse siquiera unos pocos meses.

En este estado se hallaba la hacienda pública a la época de la reconquista. El mayor de los obstáculos con que desde luego tropezó Ossorio para cimentar el réjimen colonial i asegurarlo definitivamente, fué sin disputa la escasez de recursos pecuniarios. Los insurjentes habian vaciado las arcas del estado, i al abandonar el territorio chileno habian tenido buen cuidado de no dejar nada a sus enemigos. Las partidas avanzadas del ejército realista alcanzaron a quitarles en su retirada diez i nueve cargas de plata i oro; pero eran tan gran-

des los gastos de la administracion que le fué forzoso a Ossorio recurrir a todo jénero de arbitrios para proporcionarse recursos. Su correspondencia con el virrei Abascal i con sus subalternos, manifiesta a las claras cuan grande era su pobreza.

Antes de la entrada de Ossorio a Santiago, ya el cabildo interino formado por los primeros jefes realistas que ocuparon la capital, habia anunciado a sus habitantes las escaseces del erario i la necesidad en que estaba de que se le socorriese. "Abrid pues vuestros tesoros, dijo en una proclama de 8 de octubre, i prodigad una parte sin mezquindad entre quienes han sabido conservároslos, obrad de un modo que haga conocer a vuestros enemigos (los insurjentes), que no es la violencia quien rije vuestras operaciones, sino la libertad que a tan pequeño precio disfrutais."

Los patriotas que aun permanecian en Santiago quisieron aplacar al vencedor con donativos pecuniarios. Muchos de ellos hicieron entónces sacrificios mui superiores a sus fortunas, i contribuyeron con sumas exhorbitantes, si se ha de considerar la pobreza del país. Segun un memorial dirijido al virrei del Perú por los presidarios de Juan Fernandez, este primer donativo fué el "mas copioso que jamas se hubiese colectado de pronto en la capital."

II. La pobreza del erario indujo a Ossorio a imponer crecidas contribuciones a todos los chilenos que habian tomado alguna parte en la revolucion, amenazándolos con grandes castigos si no exhibian prontamente las cantidades pedidas. De documentos incontestables consta que a un solo ciudadano, don

Diego Larrain, que habia tenido alguna participacion en la deposicion de Carrasco, se le exijió cincuenta mil pesos para alcanzar la revocatoria de una órden de confinacion a Juan Fernandez (1). Rara vez quedaba todo en amenazas; i Larrain fué a parar a aquel presidio.

A la prision de los patriotas se siguió en breve la confiscacion de sus propiedades. Las haciendas i casas de éstos se ponian en remate público para arrendarlas, i los productos pasaban a engrosar las rentas del estado. El gobierno recojia cuidadosamente todos los capitales pertenecientes a los chilenos perseguidos o enjuiciados, i no perdonaba dilijencia alguna para averiguar su paradero i guardarlos. Por nota dirijida al virrei del Perú en 21 de enero de 1815, Ossorio le pedia se injiriese en las particiones de los bienes de don José Urrutia i Mendiburu para recojer la herencia de tres de sus hijos acusados de insurjentes, que debia secuestrarse "para las resultas de su causa." Por otra nota de 18 de marzo, le encargaba a Abascal embargase el valor del cargamento de la fragata *Piedad*, que en meses atras habia zarpado de Coquimbo, por ser de propiedad de don Gaspar Marin, fugado entónces en Buenos-Aires (2). Mas tarde, por decreto de 14 de julio, las confiscaciones se hicieron estensivas

(1) En el tomo 8.° de manuscritos de la Biblioteca Nacional hai copia de dos documentos sobre el particular.

Para narrar con toda claridad el gobierno de Ossorio, me he visto obligado a interrumpir el rigoroso órden cronolójico de los sucesos, que de ordinario he seguido en esta historia.

(2) Tengo en mi poder copia fiel de estas dos notas. Las publico entre los documentos justificativos bajo el núm. 3.

a las minas de propiedad de los insurjentes (3).

Todas las dilijencias i pesquizas del gobierno no dieron el resultado que deseaba Ossorio. Desesperado por la ineficacia de sus providencias, el presidente promulgó un bando el 29 de abril en que mandaba a todos los habitantes de Chile que entregasen en el término de tres dias los capitales de propiedad de los insurjentes que hubiesen quedado en depósito, o que denunciasen a los depositarios para recojerlos de ellos, si no querian esponerse a penas arbitrarias. Este bando, sin embargo, no surtió el efecto que se esperaba: sea que hubiese pocos capitales en depósito, o que los depositarios no quisiesen entregarlos, la providencia de Ossorio no mejoró el erario público.

III. Miéntras tanto los gastos de la administracion aumentaban de dia en dia, sin que las entradas alcanzasen a cubrirlos ni medianamente. Poco a poco se abria un déficit mui considerable: los empleados comenzaban a quejarse por la inexactitud en el pago de sus sueldos, i el gobierno se encontraba con las manos atadas para emprender los trabajos mas necesarios de la administracion. Ossorio se veia rodeado por todas partes de reclamos, ya pidiéndole los situados de Concepcion i Valdivia, o los alcances de las tropas mantenidas hasta entónces con mui cortos socorros, o cobrándole el dinero i las provisiones que sus mismos partidarios le habian anticipado para la subsisten-

(3) Nota de Ossorio a los subdelegados de Quillota, Ligua, Petorca, Cuzcuz, Coquimbo, Huasco i Copiapó. Mss.

cia i marchas del ejército realista, desde su arribo a Talcahuano hasta su entrada a Santiago.

Para remediar tanto mal, Ossorio quiso consultar el parecer de algunos individuos a quienes creia competentes en la materia, i aun acordó la reunion de una junta de corporaciones. Era esta una especie de consejo compuesto por los jefes de todas las corporaciones civiles, relijiosas i militares del reino, en que cada uno emitia su opinion sobre el punto consultado por el presidente. En esta ocasion, tratándose de un asunto de tanta gravedad e importancia, la junta se reunió varias veces i discutió largamente los arbitrios que debian adoptarse para aumentar las entradas del erario i para reducir los crecidos gastos de la administracion pública.

Reunióse en efecto la junta de corporaciones el 14 de abril. Tratóse primero en ese dia de adoptar algun arbitrio para suplir las necesidades del erario, miéntras se fijaba un nuevo plan de contribuciones. Por voto casi unánime de todos los presentes, acordóse se impusiese un empréstito forzoso a todos los habitantes de los pueblos de Chile, con escepcion de los de Copiapó, Huasco, Coquimbo i Concepcion. Allí mismo se formó una comision encargada de hacer una lista de todos los vecinos que debian contribuir en este empréstito, la cual presentaron a Ossorio el 2 del siguiente mes. Era esta compuesta de 668 individuos : a cada uno de ellos se le habia fijado la asignacion que debia pagar con arreglo a su fortuna i a las erogaciones hechas anteriormente.

El capitan jeneral desde luego creyó haber acer-

tado con el arbitrio que le convenia para enriquecer el erario. Tres dias despues, el 5 de mayo, publicó un largo bando en que esponia detenidamente los motivos que lo obligaban a imponer este empréstito i las providencias que habia tomado para oir los consejos de los mas importantes funcionarios de Chile, i nombraba a todas las personas encargadas por él de recaudar las asignaciones en los diversos barrios de la poblacion. Con esto solo, se dió principio a la recolectacion de las cuotas que debia pagar cada cual de los vecinos de Santiago; pero los recaudadores encontraron a cada paso tropiezos inesperados, i solo alcanzaban el pago de una parte de la asignacion venciendo grandes dificultades i empleando la fuerza armada. Sea que la contribucion no estuviese bien repartida, o que no se quisiese pagar como estaba dispuesto, todo el mundo ponia dificultades para entregar lo que le correspondia o entablaba quejas i reclamos para sustraerse al pago. Despues de ocho dias de incesante trabajo, esponiéndose a cada momento a pleitos i disgustos de toda especie, los recaudadores apénas habian reunido 152,085 pesos, cantidad mui insignificante para satisfacer las apremiantes necesidades del erario i para corresponder a las esperanzas de Ossorio.

El presidente de Chile se convenció en breve de que su sistema no surtiria el buen efecto que deseaba. A los pocos dias de haberse comenzado a la recaudacion del empréstito, no se sentia con fuerzas para vencer tanta dificultad. A pesar de que en su bando no daba lugar a ningun reclamo, cada dia

se le dirijian infinitos memoriales en que se quejaban del impuesto, i ponderaba cada cual las dificultades que tenia para pagar la cuota asignada. En una nueva reunion de la junta de corporaciones, celebrada el dia 13 de mayo, Ossorio hizo presente las dificultades con que habia tropezado para llevar a cabo el empréstito. Despues de una corta discusion, la junta acordó la adopcion de nuevos arbitrios; i en conformidad con este acuerdo, mandó el presidente rebajar el sueldo de algunos empleados fiscales; i por medio de un bando firmado el mismo dia 13, se recargaron los derechos sobre las especies estancadas i demas impuestos públicos, i se impusieron nuevas contribuciones sobre las frutas i demas productos del país (4).

IV. Solo estos remedios tan fuertes podian quizá satisfacer por el momento una reducida parte de las necesidades del gobierno; pero el mal debia sin duda subsistir miéntras no se cimentase definitivamente la tranquilidad pública, i no adoptasen las autoridades una conducta mas liberal e ilustrada. Las contribuciones impuestas por Ossorio no podian ser duraderas; i si se habia de reformar este ramo de la administracion, necesario era que se hiciese bajo una base ménos restrictiva que la que hasta entónces habia reglado la conducta de la metrópoli.

Era tanto mas necesario este nuevo arreglo, cuanto que Chile estaba en la mayor pobreza. Ha-

(4) Bando de 13 de mayo de 1815.
Este bando circuló impreso con singular profusion, i se conserva en la Biblioteca Nacional junto con los otros bandos de Ossorio i Marcó.

bia consumido mas que sus productos; los ejércitos habian asolado las provincias del sur, tan productoras de ordinario, los ganados estaban mui reducidos en su número, i los agricultores apénas habian sembrado unas pocas cuadras de tierra en la persuacion de que los granos no tendrian esportacion para el estranjero. El destierro i la proscripcion de los hombres acaudalados vino a aumentar la pobreza jeneral, privando a la industria de los capitales necesarios. Orijínóse de aquí una excesiva alta en el precio de los alimentos, que hizo subir a diez o doce el valor de lo que ántes se pagaba a uno. "Nuestro país es el mas feraz i abundante, dice el procurador de cabildo de Santiago, doctor don José Maria Lujan, i sin embargo los vecinos de esta ciudad no comen hoi a satisfaccion, ni llegan a abastecerse sino a costa de diez o doce tantos mas de lo que ántes necesitaban para mandar a la plaza." En esta proporcion habia crecido el valor de todo; pero las rentas particulares habian disminuido en proporcion inversa.

Durante este estado de cosas, los impuestos eran aun mucho mas gravosos que de ordinario. Como era de esperarse, exaltaron los ánimos de la mayor parte de los contribuyentes, i aun alentaron a algunos para espresar sus quejas sin rebozo en las reuniones particulares; pero los mas sufrieron sin murmurar, i entregaron cuanto podian para completar su cuota. De este disgusto se aprovecharon los poquísimos enemigos del gobierno colonial que aun permanecian en Chile disimulando sus opiniones, para propalar especies de pura invencion contra la ra-

pacidad de los empleados públicos, los cuales, segun ellos, guardaban para sí una parte considerable de las entradas fiscales. Con gran maña, ellos hacian desde su escondite una guerra tan cruda como disimulada.

De la guerra de chismes pasaron a otra mas séria i riezgosa, i que surtió todo el efecto que se podia desear. Fijaban por las noches grandes cartelones en los lugares mas públicos de la poblacion, i repartian por todas partes con maravillosa profusion hojas manuscritas sobre los asuntos de gobierno. En unos i otros se atacaba con burla i mordacidad el sistema de contribuciones planteado por Ossorio, i la conducta usada por los recaudadores: trataron en breve de despertar contra ellos el encono público, i poco despues se avanzaron hasta amenazarlos claramente con que serian asesinados si seguian desempeñando por mas tiempo el destino de recolectadores de las contribuciones. Muchos de éstos elevaron su renuncia de aquel cargo, tomando mui a lo sério lo que quizá era únicamente una bufonada. Las dilijencias que el cabildo i el capitan jeneral hicieron para descubrir a los autores de los pasquines fueron siempre infructuosas (5).

V. Por desgracia suya, las necesidades de Ossorio iban en aumento cada dia. Aunque enteramente concluida la reconquista i pacificacion de Chile, el presidente no podia disolver su ejército, ni

(5) Nota del cabildo a Ossorio de junio 17 de 1815. Mss.—Contestacion de Ossorio, junio 19. Mss. En la correspondencia de Ossorio he encontrado una nota de éste al subalterno de Quillota de 25 de febrero de 1815, en que le encarga castigue a los autores de ciertos pasquines que allí habian circulado.

remitirlo al Perú, puesto que tenia que velar por la seguridad interior del reino i que permanecer en disposicion de tomar sus medidas contra los fujitivos insurjentes, los cuales podian reorganizarse en Mendoza.

Las instrucciones de Ossorio iban aun mas allá. Abascal habia concebido un plan de campaña sumamente audaz: segun el virrei del Perú, el ejército realista de Chile debia atravesar la cordillera por los boquetes del sur tan pronto como hubiese concluido la pacificacion del país, para inquietar a los insurjentes arjentinos por Mendoza i Córdova, distraer su atencion i dividir sus ejércitos. El brigadier Gainza habia venido a Chile con este encargo (6), i por el art. 21 de las instrucciones de Ossorio, le encargó el virrei reuniese una gruesa division de 2,000 infantes, 200 artilleros i 1,000 jinetes para que pasando los Andes por varios boquetes a la vez, operase en el territorio de las provincias arjentinas evitando una batalla si no tenia probabilidades de buen éxito. Su jefe debia ponerse de acuerdo con el jeneral del ejército del Alto Perú.

En esta virtud, tan luego como hubo reconquistado a Chile, Ossorio trató de llevar a cabo la proyectada empresa; pero en vez de mover sus tropas i comenzar las hostilidades sin demora, se redujo a anunciar la guerra i a proferir unas cuantas baladronadas. "Ordeno i mando, decia en un bando de 8 de noviembre de 1814, en que declaraba cerrado el comercio con las provincias arjentinas, que los

(6) Art. 20 de las instrucciones de Gainza.

habitantes del virreinato de Buenos-Aires sean reputados por los súbditos de Chile como rebeldes i enemigos del estado...... Sin embargo, agrega mas adelante, no debe ser esta guerra como de naciones independientes i *coronadas*. Seria un crímen i una implicancia de nuestros principios atribuir ese rango a los vasallos a quienes se intenta reducir i castigar."

A esto solo quedaron reducidos todos los aprestos de Ossorio. Vivamente empeñado en perseguir i castigar a los insurjentes de Chile para atender a la tranquilidad interior, el capitan jeneral perdió los momentos mas preciosos sin acometer la invasion. Exijia esta sin duda un espíritu superior, vista certera i bastante arrojo, i de todo esto carecia Ossorio : se dejó engañar por el gobernador de Cuyo, como se verá mas adelante, i vió pasar todo el verano sin hacer nada.

VI. En abril, sus fuerzas se disminuyeron considerablemente con el envío de las dos divisiones ausiliares que marcharon al Perú. Ossorio creia entónces mui asegurada la dominacion española en Chile; pero abrigaba sus temores por los enemigos del otro lado de los Andes. Durante el invierno se ocupó en dictar todo jénero de providencias militares para mantener el país en el mejor pié de guerra, aunque ya habia perdido la esperanza de encontrarse en estado de tomar la ofensiva. Colocó guardias en todos los pasos de cordillera para interceptar las comunicaciones e impedir el tráfico, i se preparó para resistir a una invasion formal si era atacado.

Con este objeto creó un nuevo cuerpo de milicias regladas, al cual llamó *voluntarios de la concordia chileno-española*, a imitacion de otro de igual clase i nombre que habia en Lima. Sometióse a éste a un rejímen mas rigoroso que a los otros cuerpos de milicias, se le doctrinó como a las tropas veteranas i se les alternó con estas en el servicio de la guarnicion. Contra los deseos de Ossorio, el número de oficiales i soldados que se alistaron en este cuerpo fué mui reducido : despues de los primeros dias, el batallon se resistia a las fatigas consiguientes al trabajo, i no era posible remudar la tropa para el servicio por que no lo permitia su corto número. En vista de este obstáculo, Ossorio, dictó un bando el 5 de junio en que mandaba bajo la pena de multa que todo individuo de cualquiera clase que fuere, que no reconociese cuerpo, debia alistarse en el batallon de voluntarios de la concordia.

Con igual empeño reunian i adiestraban sus subalternos las milicias provinciales para ponerlas en el mismo pié en que estaban ántes de la revolucion; pero llegó la primavera sin que sus trabajos estuviesen mui avanzados (7). Los subdelegados de San Felipe i Putaendo, coronel de milicias don Blas Osorio i teniente coronel de igual clase don Francisco Anjel Otero, reunieron los rejimientos de cívicos solo a principios de octubre para hacerlos servir en la guardia de cordillera en calidad de tropas veteranas.

(7) En nota de 28 de noviembre de 1815 avisa Ossorio al secretario del despacho universal de Indias, de quedar reorganizándose en Chile las milicias provinciales, bajo el pié en que estaban ántes de 1810. Mss.

El presidente se preparaba así para resistir a una invasion estranjera. Sin ánimos para hacerse él mismo el invasor, impotente ya para acometer esta empresa, Ossorio abrigaba todo jénero de temores i pensaba solo en cerrar los boquetes de cordillera para defenderse contra el enemigo. En esta resolucion dictaba providencias para guarnecer los pasos de la provincia de Aconcagua, que, como mas frecuentados, le infundian mayores recelos. Algunos campesinos de Putaendo que pasaron de la campiña de Mendoza a cordillera cerrada, i que fueron apresados por las autoridades, vinieron a aumentar sus temores confesando que habian oido decir que se preparaba un ejército poderoso para invadir a Chile. Desde entónces se redobló la vijilancia : el subdelegado Otero situó la guardia que debia defender el camino de los Patos en el punto denominado la Achupalla, con el objeto de estenderlas por las Juntas hasta los llanos interiores de la cordillera ; pero las nieves no le permitian reconocer bien aquellos caminos (8).

VII. Para mantenerse a la defensiva, Ossorio tenia que vencer dificultades sin cuento por la escasez de dinero. Los impuestos con que habia gravado la renta de algunos frutos del país, la rebaja de los sueldos de los empleados, los empréstitos forzosos, los donativos i las confiscaciones no habian alcanzado a satisfacer las necesidades de las escuetas cajas del reino. Por mucho que se afanase para tener en buen pié la administracion pública,

(8) Notas de Otero del mes de octubre. Mss.

para mantener la disciplina de su ejército i para organizar la defensa del país, tropezaba a cada instante con este obstáculo i no hallaba remedio que poner a tamaño mal. El presidente era sin duda un hombre de cortos alcances, de pocos brios i de mui escasas dotes para la administracion; pero es preciso confesar que las circunstancias escepcionales de Chile habrian presentado muchas dificultades a mandatarios mas hábiles que Ossorio.

Este se hallaba turbado i confundido sin atreverse a tomar por sí solo ninguna medida. Sus consejeros, por su parte, creian remediarlo todo imponiendo contribuciones directas a los individuos que se habian mostrado indiferentes en la revolucion, i hasta a sus mismos partidarios. Ellos no se paraban en nada para sacar dinero: en la junta de corporaciones proponian i acordaban nuevos impuestos sin mucho debate i sin tomar en cuenta la pobreza jeneral, i las gravosas gabelas que ya pesaban sobre todos los chilenos. En reunion de 6 de julio se acordó la imposicion de un nuevo empréstito forzoso de 100,000 pesos, para pagar a la direccion de tabacos del Perú una deuda que reconocia a su favor la administracion de Chile. En el mismo dia se hizo el reparto entre los individuos que debian contribuir, fijándoles el plazo de dos semanas para entregar la cuota asignada, i se sometió la cobranza a los recaudadores del gran empréstito.

La junta pensaba entretanto en formar un nuevo plan de contribuciones que asegurase al erario una renta fija i estable, puesto que hasta entónces nada se habia hecho a fin de cimentar la hacienda

para lo futuro. Los miembros que la componian habian meditado largamente sobre el particular, pero ni aun se habian aventurado a emitir una opinion. Sin darse cuenta de los desaciertos que cometian, ellos habian arrancado a los capitalistas el dinero sonante por medio de empréstitos i contribuciones: cuando pensaban fijar un nuevo plan de rentas, veian que esos capitales sustraidos a la industria, que tanto los necesitaba, le impedia progresar, i que esta falta no permitia fijar los impuestos sobre otra base que la fortuna de cada cual. Despues de mucho tiempo de estudio i meditacion, se resolvieron a no hacer innovacion alguna, i pensaron en dejar las cosas en el mismo estado por un año mas, repartiendo miéntras tanto un impuesto tan gravoso como los anteriores. En reunion de 17 de julio, en efecto, la junta de corporaciones acordó imponer una contribucion mensual de 83,000 pesos repartida proporcionalmente i "con la mayor equidad posible entre las personas pudientes de la capital i de todos los demas pueblos del reino, con atencion a su estado i proporciones." En la misma reunion se nombró una comision compuesta de nueve de sus miembros, sujetos "condecorados i de bastante intelijencia", segun dice el bando de Ossorio, que debia formar la lista de los contribuyentes de Santiago, i repartir equitativamente la cuota que correspondia a cada uno de los pueblos de Chile.

Era sin duda una tarea mui difícil de cumplir la que se imponia a esta comision. La jeneral pobreza del país nó permitia un reparto equitativo entre todos los chilenos para reunir mensualmente una

cantidad tan considerable. Los miembros que formaban la comision conocieron esto mismo; i despues de infinitas discusiones acordaron reducir el impuesto a la suma de 43,174 pesos, mui poco mas de la mitad de la cantidad indicada, i distribuirlo proporcionalmente, como se les habia encargado. La junta de corporaciones aprobó su conducta, i paso a Ossorio todos los antecedentes para que dictase por fin el bando reglamentario de la nueva contribucion.

El pueblo no sospechaba siquiera que iba a caer sobre él un nuevo azote. Mui pocos eran los ciudadanos que conocian los preparativos del gobierno para el nuevo empréstito, i ellos abrigaban la esperanza de que no se llevaria a efecto en mucho tiempo. Contra las ilusiones de estos, en la mañana del 20 de octubre se pregonó por las calles de Santiago un inmenso cartelon por el cual el presidente de Chile mandaba a todos sus habitantes pagar escrupulosamente en dinero efectivo o en plata labrada avaluada a mui bajo precio, la cuota asignada a cada uno. Segun la disposicion de este bando, el cabildo de la capital debia recolectar el impuesto distribuido ya por la junta de corporaciones; i los cabildos de los otros pueblos debian repartir las cantidades asignadas a sus habitantes (9).

Inmediatamente produjo un jeneral descontento el nuevo impuesto. Algunos ayuntamientos levan-

(9) Para formar una idea aproximativa del modo como estaba repartido el impuesto, bastará decir que Santiago debia pagar 21,074 pesos, Talca 1,300 i Valdivia i Osorno, en consideracion a los servicios prestado a la obra de la reconquista, 250 pesos únicamente. (Comunicaciones de Ossorio a sus subalternos. Mss.)

taron la voz reclamando contra la gravosa imposicion que habia caido sobre los pueblos, oprimidos ya por el peso de las demas contribuciones, empobrecidos por la revolucion i la guerra, i abatidos por la escasez i la miseria; pero el gobierno se hizo sordo a las quejas, i reclamó sin cesar que se diese cumplimiento al bando publicado. El impuesto tenia sin duda defectos mui capitales; se habia repartido calculando no tanto la riqueza de los pueblos i de los individuos sino sus opiniones en asuntos políticos; su recaudacion despertaba la resistencia de muchos i presentaba miles de dificultades a los encargados de hacerla. El presidente i sus consejeros se dejaron estar sin querer impedir tan grandes males, sea porque no llegasen a su conocimiento o porque no divisaran el remedio necesario.

VIII. A estas causas de descontento se agregaban otras muchas, que estaban minando sordamente la autoridad de los reconquistadores, o mas bien dicho propagando las ideas revolucionarias entre aquellos chilenos que se habian manifestado indiferentes hácia la revolucion i aun entre los ene migos declarados de ella en la pasada lucha. Ese descontento cundia poco a poco por todos los ámbitos de la sociedad, sin que ningun poder humano hubiera alcanzado a cortarle el vuelo, miéntras no se adoptase una política mas liberal.

Ossorio i sus consejeros no comprendian esto, i creian que el mejor modo de asegurar el órden i la tranquilidad era el empleo del rigor. En esta inte lijencia, el capitan jeneral habia sometido a todos los pueblos a un réjimen de disciplina mas aparente

para los claustros de un convento, que para los ciudadanos de un país que habia comenzado a pensar con soltura e independencia. Por un largo bando de 10 de abril de que ya se ha hablado, Ossorio se habia propuesto impedir todo motivo de animacion en las calles públicas, i restrinjir en cuanto es dable la libertad individual aun en los actos mas insignificantes de su uso. La sociedad estaba enteramente dividida entre conquistados i conquistadores; i mientras se atropellaba a aquellos sin cesar, i se les prohibia cargar armas, se facultaba a estos para todo, i se les atendia por el gobierno.

El capitan jeneral i sus consejeros estaban vivamente empeñados en la difícil tarea de volver a Chile al estado social en que se hallaba ántes de 1810. Querian ellos destruir todas las instituciones liberales, borrar del corazon de los chilenos el aprecio por los gobiernos nacionales, infundirles horror por las revoluciones políticas, i convertir al reino en aquel caos de ignorancia i humillacion que constituia la sociedad colonial. Forzados a adoptar un elemento de civilizacion que habian empleado los insurjentes, la imprenta, ellos la usaban en provecho de su sistema, para ensalzar a los reyes de Europa, que comenzaban a ocupar sus tronos en ese mismo año, i para referir los triunfos de los ejércitos realistas de América. En la *Gaceta del gobierno* no se publicaba nada de inmediato interes para los chilenos, i ni aun se anunciaban las operaciones gubernativas de los mandatarios.

Era esto lo que se queria. Ossorio se proponia mantener ignorantes de los secretos administrati-

vos a todos sus gobernados, como en los antiguos tiempos de la colonia. Deseaba que ahora, como entónces, la atencion de todos estuviese fija, no en la direccion de los negocios públicos, sino en los capítulos de los frailes, en las elecciones universitarias o en las procesiones i demas festividades relijiosas. A estos asuntos les daba gran importancia, i cuidaba mucho de ostentar su autoridad en cada ocasion que se le presentaba para encaminar el ánimo de los chilenos por este sendero.

Los hechos esplicaran este aserto. El presidente vió con agrado los aprestos de los doctores chilenos para una solemne eleccion de rector de la Universidad de San Felipe, que debia tener lugar el 30 de abril. Alentó el espíritu de todos ellos, interesándolos a tomar parte en la eleccion; pero asi que se hubieron reunido, les hizo notificar un decreto suyo en que mandaba que continuase rijiendo el cuerpo el mismo rector don Juan de Infante, i que se retirasen tranquilamente a sus casas. Los doctores, tan alentados i resueltos en 1808, cuando Carrasco quiso atropellar del mismo modo los reglamentos de la corporacion, soportaron sin inmutarse en 1815 este nuevo golpe de autoridad, i ni aun se atrevieron a espresar una sola queja. Queriendo poco despues hacer la fiesta del apostol Santiago, patron de la capital, con la mayor solemnidad i ostentacion posibles, Ossorio repartió esquelas de convite a los vecinos mas notables de la ciudad, amenazando con hacer pagar la multa de 50 pesos a los convidados que no asistiesen (10). Reduciase toda esta fiesta al paseo

(10) Nota de Ossorio al cabildo de Santiago de 12 de julio de 1815.

del estandarte español en los dias 24 i 25 de julio: los insurjentes la habian olvidado maliciosamente; pero, como es fácil suponer, en 1815 fué mas concurrida que en muchos de los años anteriores, gracias solo al simple decreto del presidente Ossorio.

Para llevar adelante este sistema, el capitan jeneral tomaba mil medidas mas o ménos rigorosas, las cuales despertaban de ordinario algun descontento. Los soldados de Talavera eran regularmente los ejecutores de sus órdenes; las tropelias de estos en cada una de las comisiones del servicio fueron inauditas, pero Ossorio lo soportaba todo para mantenerlos fieles. Las jentes del pueblo aumentaban con frecuencia todas las especies que se referian de aquellos soldados, contaban sus excesos agregándoles horribles detalles de pura invencion, i les atribuian todos los robos i crímenes que se perpetraban en la ciudad. Como los talaveras habian salido de las cárceles i presidios para engrosar el ejército, se les creia capaces de cometer cualquier delito; i ellos, por su parte, no se empeñaban en desvanecer con una conducta arreglada tan graves cargos. El pueblo ejecutó mas de una vez horribles venganzas en algunos de estos malvados, apedreándolos o dándoles de palos en cada ocasion que podian hacerlo con ventaja.

Ossorio pensaba remediarlo todo siguiendo la política rigorosa que le habia recomendado el virrei Abascal. Atribuyendo la repeticion de aquellos actos a descuidos de la policia, reconvenia sin

En esta nota pedia Ossorio al cabildo una lista de personas a las cuales debia obligarse a asistir a la procesion.

cesar a sus ajentes, i acabó por creer que necesitaba hacer un cambio radical en este ramo de la administracion. Con este propósito dividió la ciudad de Santiago en cuatro grandes cuarteles, cuyo mando confió a cada uno de los oidores de la real audiencia, con el título de alcaldes de corte, i dandoles facultades para nombrar a los alcaldes de barrio "que en calidad de subalternos suyos se enterasen i los impusiesen de la calidad, circunstancias i método de vivir de cada vecino" (11). Mui pocos dias despues de la publicacion de esta ordenanza, el 25 de agosto, inducido quizá por la ineficacia de su sistema, mandó por otro bando que nadie recorriese las calles de Santiago despues de las ocho de la noche en invierno, i de las nueve en verano. Con estas medidas, pretendia Ossorio impedir la perpetracion de aquellos atentados.

IX. Las tropelias de los subalternos i las providencias del presidente oprimian de ordinario a la clase pobre. Las familias de los insurjentes acomodados sufrian sin duda muchas vejaciones de parte de la autoridad ; pero casi todas tenian cerca del presidente algun amigo dispuesto a protejerlas contra los desmanes de los empleados del gobierno. De este modo, el despotismo no era mui sensible entre las personas de posicion i de fortuna.

Ossorio, por otra parte, no era un hombre de carácter enteramente duro i despótico. Cediendo a sujestiones i consejos ajenos habia adoptado un sistema rigoroso, habia cometido mil perfidias, i aun

(11) Ordenanza de 16 de agosto de 1815.

habia autorizado una matanza tan infame como innecesaria: pero su corazon estaba hasta cierto punto dispuesto a perdonar los errores i estravios de los insurjentes i a gobernar bajo las bases de justicia i equidad. Su gobierno era un resultado claro i lójico de la lucha constante entre sus sentimientos humanos i el sistema que se habia propuesto seguir. Ossorio no tenia la firmeza necesaria para marchar con enerjia i desicion por un mismo camino, para dejarse llevar por sus sentimientos humanos, o para obedecer a las instrucciones i mandatos en que se le recomendaba el rigor.

Ni esta disculpa mereceria el presidente Ossorio si se hubiera de juzgar su conducta por lo que a primera vista aparece del estudio de los hechos. Las tropelias cometidas en las personas de algunos patriotas, la refinada maldad con que se conducian de ordinario sus subalternos, i la dureza que se empleaba para cobrar las contribuciones bastarian para maldecir obstinadamente de su gobierno si no existieran documentos para poner en claro el carácter del presidente. "Entre los asuntos que mas ocupan mi atencion, decia Ossorio en un oficio dirijido al ministro de la real hacienda, el que con particularidad oprime mi corazon es el de los embargos i secuestros, i modo con que se hacen; los repetidos clamores de los inocentes, a quienes miro como cosa propia, me obligan a valerme de toda la autoridad que represento, para prevenir a U. S. que aquellos se hagan solo con las lejitimas pertenencias de los que sean acreedores a tal providencia, que avisará el gobierno, sin mezclarse en lo

mas mínimo en las ajenas." Por desgracia, el empeño de ciertos personajes tenia aun gran ascendiente en su ánimo, i estos le aconsejaban de ordinario la dureza. El presidente, sin embargo, oia muchas veces las súplicas de ciertas familias perseguidas i desgraciadas, i en varias ocasiones hizo cuanto pudo para mejorar su suerte. Como se recordará, Ossorio habia mandado a España dos emisarios a pedir el perdon para los insurjentes de Chile, i aun habia sacado del presidio de Juan Fernandez a algunos patriotas que purgaban con un horrible castigo un delito casi insignificante.

Esta debilidad del carácter del presidente rara vez salia a luz. Aquellos de sus allegados que alcanzaron a conocerlo a fondo trataban casi siempre de ocultar sus nulidades, i aun de engrandecer sus buenas partidas elojiando algunos actos de su gobierno. Ossorio, por otra parte, poseia modales afables, que disimulaban hasta cierto punto su falta de solidez, i habia conseguido alucinar a los hombres que no se le allegaban mucho. Su conversacion era, de ordinario, agradable i abundante de juegos de palabras, que, como es natural, eran mui aplaudidos por los cortesanos i palaciegos. Muchas veces las providencias que ponia al pié de las solicitudes i demas escritos del despacho estaban concebidas en términos agudos i picantes (12);

(12) De entre una multitud de providencias de Ossorio mas o ménos graciosas, tomo las siguientes que sin duda tienen algun interes. A una peticion de un oficial "Preséntese Ud. a—Ossorio." A una consulta de los oficiales reales sobre si la plata existente en el erario era para las tropas o se sacaba para una funcion de la universidad. "Lo primero es lo primero—Ossorio." A don Anselmo Cruz que pedia

i como si todo esto no bastase para satisfacer su vanidad de hombre hábil, Ossorio empleaba largas horas en componer malísimos versos, que aprendian de memoria sus cortesanos.

Sin poseer otras virtudes que las ya indicadas, Ossorio habia alcanzado sin embargo cierto grado de aprecio entre la jente acomodada de Santiago. La jeneralidad veia en él un funcionario de buenas intenciones, afable con sus gobernados, i accesible a los empeños; i los hombres que algo tenian que temer por sus compromisos en la revolucion, i cuyas prisiones se habian abierto por el influjo de sus deudos o amigos, miraban a Ossorio como un mal bastante soportable. Gozando de este jénero de aprecio en un principio, el presidente alcanzó al fin alguna popularidad, merced a los grandes elojios que hacian de él sus amigos i parciales, i al empepeño que mostraban de esparcir hasta los mas insignificantes razgos de jenerosidad que solia manifestar. Habiendo contestado Ossorio una nota de los directores jenerales del principado de Cataluña en que pedian recursos pecuniarios para remediar los estragos de la guerra, diciendo que Chile no podia contribuir con nada por la escasez que sufria, sus cortesanos encomiaron grandemente su conduc-

se le permitiese salir de la cárcel a su casa bajo de fianza – "No quiero—Ossorio." A una larga solicitud de un empleado que se quejaba porque no le cubrian sus sueldos "¿Por qué no se le paga su sueldo?—Osrorio." A la peticion de un oficial que solicitaba permiso para pasar a Lima "Buen viaje—Ossorio." A un reclamo de don Raimundo Sessé, militar español que habia servido en el ejército insurjente, quejándose del tribunal da vindicacion porque no le daba un informe favorable acerca de su fidelidad al rei durante la revolucion. "Se encarga al interesado que no revuelva lo que está tapado—Ossorio."

tá, como si hubiese eximido a los chilenos del pago de una nueva contribucion.

X. Contra las esperanzas i deseos de sus amigos i parciales, el gobierno de Ossorio no fué de larga duracion. En noviembre recibió despachos del gabinete de Madrid, por los cuales se le confirmaba el grado de brigadier que le habia concedido el virrei Abascal, i se le daban las gracias a nombre de Fernando VII por la reconquista i pacificacion de Chile; pero en vez del título de presidente propietario, que debian pedir para él los emisarios Elizalde i Urrejola, recibió la noticia de quedar despachado el nombramiento en favor de un militar español llamado don Francisco Casimiro Marcó del Pont, que nunca habia venido a América, i cuyo nombre era enteramente desconocido de los chilenos.

Para Ossorio fué este un golpe de muerte. Cuando saboreaba de antemano el placer de quedar gobernando pacíficamente el reino, le era sumamente doloroso separarse del mando. No le fué posible reprimir con arte el despecho que le causaba este agravio : sus amigos i confidentes se lo conocieron bien, i no cesaron de manifestarle el mas profundo pesar por la injusticia de que era víctima.

Sentian estos la separacion de Ossorio, cuyo carácter llano i complaciente era para muchos de ellos una garantia segura de su influjo en el gobierno, i lamentaban la venida del nuevo capitan jeneral, a quien ni siquiera habian oido nombrar ántes de esta época. En la real audiencia los oidores se manifestaron mui disgustados con el nom-

bramiento que habia hecho el rei; pero creyeron que el supremo tribunal podria arreglar las cosas con el monarca, i pensaron en mantener a Ossorio en el poder miéntras se representaba a Fernando VII los méritos de este militar i la necesidad de conservarlo en la presidencia de Chile. El oidor don José Antonio Caspe, que era consejero íntimo del presidente, se avanzó a proponerle que se negase a entregar el mando hasta que no viniesen de España nuevas órdenes, asegurándole, para determinarlo, que la audiencia queria tomar la responsabilidad de todo lo que se hiciese. Los miembros del supremo tribunal pensaban que el despecho hubiese alcanzado a imprimir en el ánimo de Ossorio la enerjia que le faltaba de ordinario.

Grande era su engaño en este particular. El vencedor de Rancagua tembló a la idea de desobedecer los mandatos del monarca que olvidaba sus servicios, i, finjiendo una honrosa lealtad, se manifestó decidido a entregar el baston del mando sin la menor resistencia. Ofició al cabildo de Santiago encargándole nombrase una comision encargada de salir al encuentro del nuevo presidente, mandó refaccionar el palacio de gobierno, dió órdenes para que se blanquease el frente de todas las casas para el dia de su recepcion, i despachó a Valparaiso a uno de sus edecanes con encargo de felicitarlo de parte suya a su desembarco. Proponíase con todo esto manifestarse magnánimo en su desgracia.

XI. Desembarcó, en efecto, en Valparaiso el presidente Marcó en la tarde del 19 de diciembre. Por encargo de Ossorio, el ayuntamiento se empe-

ñó vivamente en obsequiarlo i atenderlo durante los pocos dias de su permanencia en aquel pueblo; pero venia mui deseoso de llegar cuanto ántes a la capital para asumir el alto empleo que se le habia confiado. El 24 salió de Valparaiso, i en la mañana del siguiente dia se encontró en las casas de la chacara de Prado, una legua al poniente de Santiago, en donde, segun la antigua usansa empleada para el recibimiento de los presidentes, se le habia preparado un cómodo alojamiento. Allí debia eperar Marcó que se preparase todo para cumplir exactamente con el ceremonial.

Apénas llegada la noticia a Santiago, partió Ossorio acompañado por todos los jefes de los cuerpos. Su primera entrevista con su sucesor fué afectuosa i tierna al parecer: los dos se abrasaron cordialmente, i despues de los primeros cumplimientos, se separaron para conferenciar a solas sobre asuntos de gobierno; pero Ossorio dió la vuelta a la capital despues de pocas horas con visibles muestras de disgusto. En la conferencia, Marcó habia querido manifestar su superioridad hasta por los medios mas nimios i ridículos, presentandose lujosamente vestido con la casaca de mariscal cubierta de adornos i bordados i con el pecho lleno de cruces i medallas, miéntras Ossorio, ménos ostentoso por carácter, i tambien mucho ménos condecorado, vestia un traje mas sencillo i no cargaba mas que una sola medalla, mas importante sin duda que todas las que llevaba su sucesor, la de la reconquista de Chile.

Sin embargo de todo esto, la ceremonia fué tan

solemne como debiera. El siguiente dia 26 la ciudad estaba vestida de gala para recibir a Marcó: las tropas de la guarnicion estaban formadas en las calles por donde debia pasar, i un movimiento desusado dejaba traslucir la ansiedad de todos por conocer el nuevo presidente. A las cuatro de la tarde salió de Santiago una numerosa comitiva de carruajes llevando al brigadier Ossorio, a los miembros del cabildo i de la real audiencia, a los prelados de los órdenes regulares, jefes de las oficinas, militares de superior graduacion, doctores de la universidad i a lo mas selecto del vecindario, vestidos con los trajes de ceremonia prescritos por la ordenanza. Marcó los esperaba a la puerta de un espacioso salon de las casas de Prado, en donde tomaron asiento todos los individuos de la comitiva. En el centro se habia colocado sobre una mesa un crucifijo i un misal junto con la real cédula del nombramiento. El escribano de cabildo leyó esta pieza en voz alta, i la pasó a todos los miembros del ayuntamiento para que la besasen con las solemnidades de estilo; despues de lo cuál recibió el juramento del nuevo presidente, estando éste de rodillas i con una mano sobre el misal. Ossorio le entregó entónces el baston del mando dirijiéndole una breve arenga, i el rejidor decano le presentó la llave de la ciudad (que, sea dicho para burla de aquella fútil ceremonia, no tenia puertas) diciéndole en tono solemne: "El M. I. cabildo de esta capital por ella i por todo el reino pone en manos de V. E. sus llaves para que lo defienda de los enemigos del rei i de la patria." A esto contestó el presidente: "Así lo ofrezco."

La ceremonia no concluyó con esto solo. Ossorio i Marcó, acompañados de toda su comitiva, entraron en la misma tarde a Santiago, i se dirijieron a la catedral, a cuyas puertas el obispo i el cabildo eclesiástico esperaban al nuevo presidente para ofrecerle el agua bendita, i para dar principio a un suntuoso *Te Deum*. Por la noche hubo iluminacion jeneral en la ciudad, i una gran cena en el palacio, a que concurrieron las personas mas caracterizadas que habia entónces en la capital. Solo el siguiente dia 27 se recibió Marcó de la presidencia del supremo tribunal, reasumiendo así la suma de poderes que el monarca español habia querido depositar en sus manos. Las celebraciones, sin embargo, siguieron todo ese dia: el presidente recibió visita de las corporaciones i de los vecinos mas notables, concurrió a un gran banquete que tuvo lugar en el palacio, costeado con dinero del ramo de propios de ciudad, en donde se manifestó afable i cortes con todos los concurrentes, i comenzó pidiendo un brindis jeneral por Fernando VII (13).

En todas estas celebraciones tomaba Ossorio una parte principal, aunque quizá con bastante disgusto suyo. No podia sin duda conformarse con la injusticia de que era víctima; pero tenia que aparentar al ménos cierta jenerosa resignacion ya que no queria desobedecer los mandatos del monarca. Sus notas de despedida al cabildo i a la real audiencia revelan la conviccion en que estaba de haber gober-

(13) He tomado algunas de estas noticias de las publicadas en la *Gazeta del gobierno*. Todo se hizo conforme el ceremonial aprobado por real cédula de 6 de junio de 1805, que tengo en copia.

nado bien i el estudio que hacia para disimular el pesar, ostentando su fidelidad al rei. "Si algunos lloran aun la ausencia de sus hogares, decia en su nota al cabildo, ha sido reglado por una órden superior de cuya observancia no me ha sido posible prescindir, i porque la quietud pública ha dictado su separacion del teatro en que desplegaron todo el fondo de su errado i criminal sistema. El arbitro de los destinos me llama a otra parte; pero la imájen de la ventura chilena me seguirá a cualquiera distancia i rango en que me coloque la voluntad del dueño a quien sirvo" (14).

Pocos dias despues se puso en camino para Valparaiso, en donde permaneció algunos semanas. Allí murmuraba en secreto de los primeros actos gubernativos de Marcó; pero tenia un cuidado particular de sustraerse a toda intriga, que pudiera hacer recaer las sospechas del presidente sobre su persona. El vencedor de Rancagua, el reconquistador de Chile acabó, pues, su gobierno como habia comenzado, sin talento ni enerjia (15).

(14) Nota de Ossorio al cabildo de Santiago de 26 de diciembre de 1815.

(15) Como comprobante de todo lo dicho acerca de Ossorio, copiaré un fragmento de una carta del virrei Abascal escrita en Madrid en febrero de 1818. "Ossorio es mui bueno para mandar la espedicion de Chile, si no encuentra oposicion, pues si hubiese sido por sus disposiciones, buen chasco nos hubiésemos llevado en Rancagua."

CAPITULO VII.

I. Antecedentes biográficos del mariscal Marcó del Pont.—II. Sus primeros actos gubernativos.—III. Sus providencias para recaudar las contribuciones.—IV. San Bruno.—VI. Fundacion del tribunal de vijilancia.—VI. Construccion de fortalezas en Santiago.—VII. Trabajos de Marcó para batir a una escuadrilla de corsarios insurjentes.—VIII. Despotismo de Marcó. IX. Su predileccion por algunos militares.—X. Jeneral descontento contra los mandatarios. —XI. Su gobierno juzgado por los contemporáneos.

I. El presidente que acababa de tomar las riendas del gobierno era un militar condecorado con muchas cruces i medallas, envejecido en el ejercicio de las armas i premiado con los mas altos títulos del ejército. Habia servido en varias campañas, se habia encontrado en innumerables combates i habia caido prisionero en dos distintas ocasiones. En su foja de servicios se encuentran datos suficientes para considerarlo un militar esperimentado.

Cuando llegó a Chile, Marcó contaba cincuenta años de edad. Era natural del puerto de Vigo, provincia de Galicia en España, i servia desde 1784 en el ejército, desde cadete de un rejimiento de infanteria de Zaragoza. Empleado primero en la guarnicion de la plaza de Oran, i despues en la

campaña del Rosellon contra los franceses, se encontró en algunos ataques parciales i en el sitio de la plaza de Collioures, i en la defensa del castillo de San Telmo. En una salida que hizo la guarnicion de este fuerte contra la division francesa del jeneral Dugommier, Marcó tuvo la desgracia de quedar prisionero de los enemigos. Desde aquel dia (20 de mayo de 1794) permaneció en el campamento frances hasta que la paz de Basilea le suspendió la prision, i le permitió volver a incorporarse en el ejército español. Hizo entónces toda la campaña del Portugal de 1801, i alcanzó el grado de teniente coronel i el puesto de comandante de un batallon del rejimiento de Tarragona, en que servia aun a la época de la invasion francesa en la península. Estaba Marcó en la provincia de Aragon cuando esto ocurria : fué empleado en diversas comisiones i en la defensa de la puerta del Portillo durante el primer sitio de Zaragoza, i nuevamente cayó prisionero de los franceses siete meses despues de comenzada la guerra. Llevado entónces a Paris, quedó allí en completa libertad hasta la vuelta de los Borbones, en 1814, época en que se le permitió volver a España. En premio de sus anteriores servicios fué ascendido Marcó al rango de mariscal de campo, grado inmediatamente inferior al de teniente jeneral.

A pesar de todo esto, Marcó no era mas que un fanfarron sin talento ni valor, ascendido a tan altos grados sin méritos de ninguna clase. En las batallas se habia conducido siempre como un cobarde, i en el cuartel sus compañeros de armas le hacian to-

do jénero de burlas, a las cuales se resignaba con pesar. Débil de corazon i de espíritu, Marcó no tenia vigor ni aun para hacerse respetar, i presumia poseer las prendas que le habia negado el cielo, ya hablando de las batallas en que habia peleado o jactándose de su tino i penetracion, de que carecia absolutamente. A pesar de haber obtenido el grado de coronel, su nombre era casi desconocido en el ejército. Despues del restablecimiento de Fernando VII en el trono español i nadie se habria acordado de Marcó, a no tener en la corrompida corte de este soberano un protector dispuesto a elevarlo a todo trance i por cualquier medio.

Era este un hermano suyo llamado Juan José Marcó del Pont, comerciante de Galicia enriquecido en el contrabando, que habia alcanzado gran valimiento en el palacio del rei Fernando. En tiempo de la guerra de la independencia española habia prestado algunos servicios ya estableciendo una fábrica de fusiles, .o facilitando buques para mandar ausilios de tropas a los realistas de América, o ya desempeñando sin sueldo varios destinos en aquella aciaga crísis; pero habia tenido el particular cuidado de recojer papeles i documentos de toda especie que pudiesen servirle en lo sucecivo de comprobantes de su lealtad. A la vuelta del rei en efecto, servia el cargo de director jeneral de provisiones para el ejército, i estaba comisionado de tomar cuentas a todos los gobernantes provinciales por los gastos de la guerra. Declaróse desde luego parcial decidido del gobierno absoluto, cacareó sus servicios, se finjió el mas leal de los de-

fensores de la autoridad del monarca i consiguió un lugar distinguido en la camarilla de Fernando VII (1). Desde allí pidió i obtuvo gracias i concesiones para los suyos, i los mas altos grados militares i varias cruces i medallas para su hermano don Francisco Casimiro. Como si todo esto no bastase para satisfacer la sed de empleos i honores de su cortesano, el pródigo monarca dió a ese inepto militar el cargo de presidente i capitan jeneral de Chile.

II. Marcó venia a desempeñar este destino, mui infatuado con la postiza importancia que le habia dado el valimiento de su hermano. En su ridícula vanidad llegó a creerse elevado a mucha mas altura de la que realmente ocupaba, i hasta aspiró a asumir en Chile un rol mui semejante al de Fernando VII. Tomó de aquel monarca el aire esterior i las modales, i llevó su envanecimiento hasta imitarle servilmente los mas insignificantes actos de la vida. Se le veia siempre rodeado de cortesanos vestidos de gran parada, oyendo lisonjas i hablando de sus grados i honores. En todos sus bandos, su nombre iba acompañado de una larga lista de títulos, i la *Gaceta* de Santiago, para adularlo, llegó a decir que "la fama lo predicaba el mas cumplido de los heroes" (2).

(1) Andando el tiempo don Juan José Marcó del Pont fué encausado dos veces (1827 i 1833) por delitos de conspiracion contra el rei.

(2) He aquí las palabras que precedian a todos los bandos de Marcó. "Don Francisco Casimiro Marcó del Pont, Anjel, Diaz i Mendez, caballero de la órden de Santiago, de la real i militar de San Hermenejildo, de la Flor de lis, maestrante de la real de Ronda, benemérito de la patria en grado heroico i eminente, mariscal de campo de

Para imitar al rei, el presidente comenzó su gobierno visitando los hospitales de la capital, i empeñandose en manifestar su celo administrativo hasta en los detalles mas insignificantes. Hizo anunciar en la *Gaceta* que todos los miércoles, i durante tres horas, daria audiencia pública a cuantas personas la solicitasen, sin distincion de rangos ni condiciones, para remediar hasta los mas pequeños abusos de la administracion. Seguido de una gruesa escolta, i acompañado de algunos de sus favoritos, Marcó se hizo ver de todo el mundo en las calles i en los lugares mas frecuentados de la poblacion, haciendo alarde, por cuantos medios es posible imajinarse, de su anhelo por el bien público.

Su conducta fué mui elojiada por todo el mundo. Marcó llegaba a Santiago cabalmente en los momentos en que podia dar un jiro mas liberal a la dominacion realista, aprovechándose de las circunstancias especiales con que entraba al gobierno. Contra él no habia odios ni prevenciones: su espada no se habia ensangrentado en los combates de la reconquista, ni su mano habia firmado órdenes de prision o de destierro. Era un hombre nuevo para Chile, que podia traer a este desgraciado país la oliva de la paz i el lenitivo de tantos sufrimientos. Los chilenos, que habian esperado del brigadier Ossorio un cambio de política, creyeron que su su-

los reales ejércitos, superior gobernador, capitan jeneral, presidente de la real audiencia, superintendente subdelegado del jeneral de real hacienda i del de correos, postas i estafetas i vice patrono real de este reino de Chile."

cesor satisfaria los deseos de todos, llamando del destierro a muchos inocentes, disminuyendo las contribuciones i cicatrizando las llagas causadas por la guerra.

Pero Marcó no tenia tales intenciones. Su círculo era compuesto de una docena de españoles de baja estraccion, adulones por carácter i por conveniencia, que le recomendaban sin cesar la dureza i el rigor contra todos los chilenos, aun cuando estos perteneciesen al bando realista. El presidente, por su parte, venia de España dispuesto a emplear medidas vigorosas i restrictivas contra los insurjentes; i su pobre espíritu no alcanzaba a manifestarle cuan errado iba en su política. Los chilenos, que lo recibieron al principio con jeneral agrado, tuvieron mui luego motivos de sobra para odiarlo.

Hasta estas apariencias de benignidad i dulzura desaparecieron antes de muchos dias. El presidente asumió un nuevo i mas terrible carácter tan pronto como se hubo recibido del mando. Pretestando temer a los patriotas emigrados de Mendoza, i queriendo evitar todo movimiento en el interior, i hasta coartar el derecho de viajar de un punto a otro del reino, publicó el 22 de enero un largo bando por el cual conminaba con las penas de confiscacion de bienes "al noble, i de azotes i diez años de presidio al plebeyo" que se alejase de la ciudad mas de cinco leguas sin un pasaporte suyo. Como si todo esto no bastase para impedir todo tráfico por los campos sin su consentimiento, se mandaba en otro artículo del mismo bando que todos los vecinos que estuviesen fuera de la ciudad

debian presentarse en ella en término perentorio.

III. A las disposiciones de este bando se agregaron otras que no dejaban la menor duda acerca de las tendencias despóticas del nuevo presidente. Cuando se esperaba que Marcó viniese a disminuir las gravosas contribuciones que su antecesor impuso a los chilenos, otro bando, no ménos duro i rigoroso que aquel, habia desvanecido las ilusiones de muchos, e irritado los animos de todos. Habiase publicado este el dia 9 del mismo enero : por él se mandaba que en lo sucesivo no se oyese reclamo de ningun jénero para el pago de la contribucion mensual, i se fijaban nuevas i mas rigorosas bases para el cobro de las asignaciones. Establecia en estas que se emplease la fuerza armada para arrancar la cuota, cada vez que alguna persona se escusare por tercera vez, i bajo cualquier pretesto, a cubrirla.

Todavia fué mas rigoroso en sus notas dirijidas sobre el particular a los subalternos que gobernaban las provincias. Repartió cuidadosamente el bando en todo el reino; pero, como si esto no bastara, el presidente oficiaba reservadamente a los subdelegados recomendándoles la adopcion de medidas enerjicas i vigorosas, para obtener el pago. En su nota al de San Fernando le encargaba que ejecutase en sus bienes i haciendas a todos los individuos que no se hallasen en el pueblo; i al cabildo de Valparaiso le mandaba en otra nota que procediese en todo ejecutivamente, empleando la fuerza armada para arrancar las cuotas asignadas a todos los ciudadanos que demorasen algo para su entre-

ga (3). Con este sistema, Marcó se proponia satisfacer las exijencias de las escuetas arcas del erario.

IV. Habia en todas estas providencias un rigor casi indisculpable. El presidente de Chile, inducido por su ignorancia en la ciencia de gobernar, i alentado por los consejos de su camarilla, se proponia establecer cierto terror para acallar todo espíritu de insurreccion i para restablecer la autoridad del rei de España bajo bases sólidas. Su carácter naturalmente tímido le hacia ver peligros a millares, i no descubria otro remedio para desvanecerlos que el empleo de las medidas violentas i represivas.

Ya lo habia manifestado en su citado bando de 12 de enero. Disponia allí que se aplicase la pena de muerte a los individuos que fomentasen la desercion de los soldados del ejército realista, i solo la de azotes o confiscacion de bienes a los que acojiesen a los desertores, o mantuviesen alguna correspondencia con personas sospechosas de ser enemigos del gobierno. Bajo la misma pena se mandaba en ese bando que todo individuo, sin excepcion de clases ni de rango, entregase en el término de trece dias, las armas de su propiedad de cualquiera especie que fueran. Para dar mayor respetabilidad a esta órden, Marcó encargaba al mas feroz de sus consejeros, al capitan de Talavera don Vicente San Bruno, que rejistrase todas todas las casas que le pareciesen sospechosas, a fin de descubrir las armas que hubieren podido ocultar en ellas.

(3) Nota de 15 de enero de 1816. Mss.

Era San Bruno un soldado grosero i fanático dispuesto a sacrificarlo todo en defensa de los derechos del rei de España. Fraile de un convento de franciscanos de Zaragoza, el habia tomado el fusil durante los dos sitios de esta plaza por el ejército frances, en 1808, i habia peleado con el arrojo i denuedo de un héroe. Desde entónces, el imbécil rei Fernando era para él una especie de divinidad que debia acatarse i hacerse respetar por todos medios. Para sostener su causa, San Bruno colgó los hábitos, abandonó el convento i se hizo soldado del ejército español. Peleaba como un leon, i se distinguia siempre entre los soldados mas leales por su exaltada fidelidad, i por la dureza que empleaba de ordinario contra los prisioneros enemigos. Habia pasado a América a combatir a los insurjentes, se hizo notar en Rancagua por un valor estraordinario, i se distinguidó entónces i despues por su celo i enerjia para perseguir a los patriotas chilenos. San Bruno, sin embargo, estuvo alejado de las antesalas de palacio i de los puestos públicos, durante todo el gobierno de Ossorio. Sea que éste se arrepintiese de haberlo empleado en el asunto que produjo la matanza de la cárcel en febrero de 1815, o que no conociese la importancia de ajentes de esta especie, San Bruno no figuró en grande hasta la época del gobierno de Marçó. El fanático capitan de Talavera fué para este un brazo poderoso, capaz de servir mejor que nadie en las comisiones de mayor confianza i en todo aquello en que se necesitase ante todo fidelidad i decision. Distinguiolo con títulos i honores, llamolo a su lado en calidad de consejero i

le dió mucho influjo i ascendiente en las cosas de gobierno.

V. Todavía fué mas allá Marcó en su proteccion a San Bruno, i en la adopcion de medidas despóticas i represivas. Queriendo reprimir hasta los mas insignificantes vestijios de espíritu de insurreccion, el presidente de Chile acordó la creacion de un "tribunal de vijilancia i seguridad pública" encargado de velar por el mantenimiento del órden i por el cumplimiento de todas las disposiciones del gobierno, i dió a San Bruno el rango de su presidente.

Fué fundado este tribunal por un largo bando de 17 de enero de 1816. En esta pieza se le conferia autoridad i jurisdiccion en todo el obispado de Santiago, con poder para nombrar ajentes o comisarios encargados de seguir sumarias o apresar a los delincuentes, en los puntos que lo creyesen conveniente. Debia proceder este tribunal "de oficio por propia vijilancia, o por las delaciones que se le hagan, guardando en cuanto a éstas todo el secreto i reserva que corresponda a no retraerlas de objetos tan interesantes al bien público", segun decia el art. 12. A su cargo estaba el cuidado de velar por la tranquilidad pública, evitar todo conato de revolucion, vijilar las reuniones sospechosas, las conversaciones sobre asuntos de gobierno e inspeccionar a todo trance las comunicaciones con las provincias arjentinas. Para esto podia imponer penas correctivas i pecuniarias, i espatriar o condenar a mutilacion de miembros o a muerte con consulta del presidente. Se le encomendaba obrar verbal i su-

mariamente, sin demorar mas de cinco dias en los casos ordinarios, i ocho en los estraordinarios, i esto solicitando el permiso del primer mandatario. Por el art. 36 de ese mismo reglamento, Marcó nombraba los miembros que debian componer este tenebroso tribunal (4).

Desde luego, los procedimientos de este tribunal fueron sumamente rigorosos e irregulares. Denuncios anónimos, hijos siempre de la venganza mas ruin, sirvieron para procesar a varios individuos. Delitos anteriores i quizá castigados, fueron sometidos a la revision del tribunal sino a un nuevo i mas estricto proceso. Se tomaban las declaraciones sin formalidad de ninguna especie, i se juzgaba siempre con una lijereza indisculpable. Por todas partes se elevaron las mas sentidas quejas contra tal proceder, que llegaron a oidos del presidente Marcó; i sea que éste las hallase fundadas o que solo obrase a instancias de alguno de sus consejeros, dictó en 23 de marzo otro decreto adicional de su primer reglamento, para remediar ciertos males i fijar bases mas firmes i sólidas a aquel cuerpo.

Los archivos públicos estan atestados de espedientes de causas criminales seguidas por el tribunal de vijilancia i seguridad. La mayor parte de ellas son orijinadas por ocultacion de armas i otros delitos casi insignificantes; consta de todos que se procedia con una tenacidad i un rigor admirables cuando se trataba de culpar a cualquiera persona.

(4) Eran éstos: don Vicente San Bruno, presidente, don Manuel Antonio Figueroa, don Agustin de Olavarrieta, don José Barrera, i don José Santiago Solo de Saldivar, vocales, el doctor don José María Lujan, asesor, i don Andres Cárlos de Vildósola, secretario.

Como en prueba de ello hemos creido necesario dar noticia de una de esas causas, para que se juzgue del proceder del tribunal.

A mediados de abril recibió éste una carta de denuncio firmada por frai Francisco Quilez, guardian de la recoleta franciscana de Santiago. "Haran como ocho dias, poco mas o ménos, dice esta pieza orijinal, que como prelado del convento de la recoleta francisca, se me dió un denuncio de un relijioso de mi convento, cuya noticia me parece poner en la alta consideracion de U. S. El caso fué que pasando por el corredor el hermano frai José Chavez, relijioso lego, oyó que el padre frai Javier Ureta que estaba en su misma celda con el padre frai Bernardo Alvarez, le decia a este último: "Amigo, si el vier-" nes santo no se dá el golpe, ya nos podemos echar " a dormir." No pudo oir mas el relijioso lego, por haber llegado a la celda de dicho padre Ureta el padre definidor Vidal, tan insurjente como los otros dos; pues así el padre Vidal como Alvarez estan privados del uso de confesar, i el otro suspenso por el gobierno de su empleo."

A este denuncio se agregó otro dado por el cocinero del convento. Decia éste que en una ocasion que el padre Ureta habia pasado a la cocina por fuego, se habia espresado en términos mui acres contra el padre guardian i el gobierno de los europeos, anunciando su próximo fin.

Las declaraciones conformes de los acusados i de algunos vecinos a quienes se queria complicar en aquel asunto, probaban claramente la falsedad de aquellos cargos; pero el severo San Bruno, que

presidía el tribunal, espuso que era de "dictámen que el padre frai Javier Ureta i el padre frai Bernardo Alvarez, sean desterrados de este continente a una isla, la que el gobierno tenga por conveniente, para que no permitan jamas ni contribuyan con sus perniciosas ideas en los corazones incautos, que aparentándoles la libertad quedan esclavos de la ambicion i de la iniquidad.—Santiago, abril 25 de 1816."

Sin duda habrian sufrido esta pena los acusados a no haber alzado su voz el asesor del tribunal don José Maria Lujan. Animado de mejores sentimientos, Lujan probó en su vista fiscal que los denunciantes habian mentido, que San Bruno habia procedido sin jurisdiccion al tomar la averiguacion a su cargo i sin informar al tribunal, i declaró nulo el sumario e inocentes a los acusados, los cuales habian padecido injustamente arresto infamatorio. Su dictámen estaba apoyado en razones tan poderosas, que Marcó, tan poco induljente de ordinario, terminó el proceso con esta providencia—"Santiago, 8 de mayo de 1816.—Como parece al asesor.—*Marcó del Pont.*"

VI. El intempestivo despotismo de Marcó tenia su oríjen en los temores que le inspiraban a los revolucionarios chilenos. Sus consejeros se empeñaban en manifestarle que la tranquilidad aparente que por todas partes reinaba no era mas que el resultado lójico de los acontecimientos anteriores; pero que no debia considerarse pacificado definitivamente el reino miéntras estuviesen triunfantes los revolucionarios en las otras secciones de América.

De estos consejos provinieron las infinitas providencias militares que dictó Marcó para mantener la tranquilidad interior de Chile, o mas bien dicho para ostentar su despotismo para con sus pobladores. Con este motivo, reunia de ordinario a los militares de mas alta graduacion que tenia a sus órdenes, a fin de acordar con ellos las medidas que se creyesen mas prudentes i necesarias para dar prestijio i respeto a su autoridad.

En una de estas reuniones, celebrada el 7 de marzo, se trató de imponer al pueblo de Santiago, que era el que infundia mayores temores a los mandatarios realistas, para evitar conmociones i motines. Acordóse con este motivo levantar algunas fortificaciones en el cerro de Santa Lucia, ya que que no era posible construir murallas para cerrar la ciudad. Esperábase que desde aquel sitio una corta guarnicion bastaria para resguardar a la capital de Chile no solo contra un motin, sino tambien contra todo ataque que pudiera hacerse por los suburbios (5). ¡Tan descabellados eran los fines que se proponian Marcó i sus consejeros al construir estas fortificaciones!

Antes de muchos dias se comenzó, en efecto, la construccion de aquellas fortificaciones. Los gastos se hacian por medio de suscripciones voluntarias, o con ayuda de las multas que imponian ciertos mandatos de policia; pero se encontró aun un espediente mas orijinal para hacerse de operarios a mui poca costa. Destinábase de ordinario al tra-

(5) Véase el documento justificativo publicado bajo el número 5.

bajo forzado a todos los presidarios, i aun a aquellos cuyos delitos eran casi insignificantes. El jefe del tribunal de policia, el feroz San Bruno, no se descuidaba en mandar infinitos trabajadores a la construccion de las fortificaciones de Santa Lucia. Los sospechosos de mantener comunicaciones con los insurjentes del otro lado de los Andes i una multitud de hombres de pobre condicion, a quienes se trataba de patriotas i revoltosos, fueron obligados a trabajar con el pico i el azadon en aquellas inútiles fortalezas.

VII. Por desgracia suya, a Marcó le habia tocado gobernar en circunstancias sumamente difíciles, cuando se necesitaba de una cabeza fuerte i bien organizada para dar cima a la pacificacion de Chile. Desde los primeros dias de su gobierno habia tropezado con obstáculos de todo jénero, sin descubrir los medios para salvarlos felizmente.

Desde fines de diciembre del año anterior, apénas hubo tomado las riendas del estado, se recibió en Santiago la noticia de haber doblado el cabo de Hornos una escuadrilla insurjente, que habia salido de Buenos-Aires para hacer el corso en el Pacífico. La fragata norte-americana *Indus*, que venia del Janeiro trayendo notas del embajador español para el presidente Marcó, anunció en Valparaiso el arribo de esta espedicion a los mares de Chile, asegurando que habia dejado en la isla de la Mocha a las tres naves que la componian. Segun la relacion de los marinos de la *Indus*, la espedicion parecia compuesta de un puñado de piratas, puesto que la formaban hombres de todas nacionalidades,

i que venia mandada por capitanes anglo-americanos i franceses.

La escuadrilla insurjente era aquella que habia salido de Buenos-Aires el 15 de octubre de 1815 a las órdenes del almirante don Guillermo Brown (6). Como se recordará, este atrevido marino no pensaba atacar ninguno de los puertos de Chile; pero el presidente Marcó, que no conocia sus intenciones, tembló de miedo con la sola idea de que podia verse acometido por el mar, en la estacion que permitia a los enemigos del otro lado de las cordilleras hacer una escursion en Chile. Pocos dias ántes, unos campesinos de Putaendo, que habian atravesado los Andes, declararon haber oido decir que en Mendoza i San Juan se organizaba un ejército de cuatro a siete mil hombres para marchar a Chile en ese mismo verano.

Las providencias de Marcó manifiestan cuan grandes eran sus temores en aquellos momentos. Hizo conducir a Valparaiso 70 fusiles con sus fornituras, i mandó reunir las milicias de Quillota i Casablanca a fin de reforzar la guarnicion de aquel puerto, al mismo tiempo que se preparaba para resistir a toda invasion por el lado de tierra. Con no menor empeño removió a varios subdelegados de los partidos de la costa, para poner en su lugar a algunos militares que le ofrecian toda confianza para el desempeño de aquellos destinos: el de Coquimbo, entre estos, que era un chileno de espíritu recto i de buen corazon, el capitan de mi-

(6) Véase el cap. V. páj. 144 de este tomo.

licias don Manuel Matta, fué suplantado por el coronel don Juan Antonio Olate, que debia poner a aquella provincia en un pié enteramente militar (7).

Pero su mas importante esfuerzo para combatir a la escuadra espedicionaria fué un ímprobo trabajo a fin de interesar al comandante de la fragata de S. M. B., la *Infatigable*, John Faylk, para que diese caza a los corsarios patriotas. "Careciéndose aquí de recursos para protejer de pronto nuestros buques de las hostilidades de estos pérfidos enemigos, le decia en nota de 30 de diciembre, me asiste la confianza de que U. S. operará contra ellos en cuanto permitan las circunstancias. Para esto le autoriza la alianza inglesa i española que felizmente une a las dos potencias en ambos hemisferios: el gabinete británico se ha prestado a garantir la integridad de la monarquía española i la dependencia de sus Américas: a los sacrificios que ha hecho en favor de la península i defensa de nuestra justa causa, es consiguiente que los súbditos i jefes ingleses sigan el mismo sistema en todas las partes del globo (8)." El comandante de la *Infatigable*, sin embargo, comprendia mui bien su deber, i se negó decididamente a hacer cosa alguna contra las naves corsarias que capitaneaba Brown.

En vista de esta negativa, el presidente de Chile no pensó ya mas que en anunciar al virrei del Perú el peligro de que se hallaba amenazado; pero aun para esto tropezó con grandes dificultades. Entón-

(7) Nota de Marcó a Olate de 5 de enero de 1816.

(8) Nota de Marcó, etc. etc. Publico entre los documentos algunas de estas notas bajo el núm. 8.

ces no habia en Valparaiso mas buque que la fragata *Indus*, cuyo capitan exijió un grueso pago para ir hasta el Callao (9); i solo fué posible equipar un lanchon que ofreció a las autoridades un comerciante español de aquel puerto, don José Antonio Rodriguez. Pero se hacia esto con tan poco órden i acierto, que, cuando se aprontaba aquel lanchon, ya Brown estaba enfrente del Callao, i cuando algunos dias despues salió la corbeta *Sebastiana* a recorrer las costas del sur de Chile, i llegó una escuadrilla organizada en el Perú para batir a los corsarios insurjentes, éstos atacaban a Guayaquil o negociaban sus efectos en San Buenaventura. Solo en los primeros dias de abril anunciaron en Valparaiso unos buques balleneros de Estados-Unidos que Brown estaba en el norte (10), pero aun entónces los esfuerzos de Marcó iban dirijidos a cuidar i defender las costas meridionales de Chile.

VIII. El presidente Marcó se indemnizaba de todos estos sustos descargando horribles golpes sobre los infelices chilenos, sin querer siquiera guardar las apariencias de benignidad para templar sus sufrimientos. Al revez de Ossorio, el nuevo presidente pensaba que no era llegado el momento de conmutar la pena de ningun patriota, de suspender los destierros o de aliviar las desgracias: segun él, convenia ante todo escarmentar formalmente

(9) Nota de Marcó al secretario de estado i del despacho universal de Indias de 19 de enero de 1816. Mss.

(10) Nota de Marcó al intendente de Concepcion de 2 de abril de 1816. Mss.

a los facciosos sin ningun respeto ni conmiseracion.

Así fué, en efecto, que al cuarto mes de haber tomado las riendas del gobierno, en abril, apresó en sus casas o haciendas a todos los patriotas a quienes Ossorio habia traido de Juan Fernandez, i los confinó de nuevo al presidio en compañia de muchas otras personas, que hasta entónces se habian librado de las persecuciones del gobierno. Como si esto no bastase para poner de manifiesto su dureza, ántes de mucho tiempo pudo descubrirla con nuevos actos de intempestivo rigor.

Un mes despues de esta ocurrencia, en 29 de mayo, recibió una nota del ministro de Indias, anunciándole que el rei Fernando habia convenido en conceder un indulto jeneral a todos los presos políticos de Chile, en virtud de las representaciones de los diputados Urrejola i Elizalde, comisionados por Ossorio de pedir esta gracia. "Tomó tanto calor el consejo de ministros, dice don Juan Egaña, en aliviar a los infelices chilenos que se hallaban en las prisiones, destierros i presidios, que por no perder la oportunidad de un buque que inmediatamente salia para Lima, i faltando tiempo para estender la real cédula con las solemnidades debidas, despachó el consejo una carta acordada con fecha de 23 de enero de 1816, i no contento con dirijirla al presidente de Chile, lo hizo al virrei de Lima, previniendo a ambos que habiéndose conformado el rei con el dictámen del consejo en que se concedia indulto, daba este aviso i órden para que inmediatamente se pasase a verificar i cumplir en todas sus partes la so-

berana resolucion (11). Marcó no hizo caso alguno de esta nota : en vez de darle el cumplimiento que se le recomendaba, la guardó sijilosamente i se mantuvo firme en su propósito de no perdonar a los desgraciados presos.

El presidente Marcó usaba este rigor hasta en las circunstancias mas fútiles i ordinarias. A imitacion de Ossorio, el nuevo presidente acordó hacer el paseo del estandarte español el dia del apóstol Santiago, patron de la capital, i fijar una multa que debian pagar los individuos que habiendo recibido citacion no asistieren a la ceremonia. Pero, como si no creyese bastante esta conminacion para asegurar una numerosa concurrencia, Marcó hizo que el mayor de plaza, encargado de invitar al vecindario de Santiago, anunciase los propósitos que abrigada el presidente a este respecto. "Viendo el mui ilustre señor presidente, dice aquella nota, que a pesar de la multa, algunos vecinos se han escusado con frívolos pretestos en las circunstancias que mas debieran acreditar su aficion a una funcion tan abominada de los insurjentes, ha resuelto se avise a los convidados, como lo hago por éste, que despues de exhibir la multa, el que falte será mandado a la isla de Juan Fernandez hasta la resolucion del rei (12)." Con tales medios, la concurrencia fué "la mas numerosa i lucida......" "a pesar de haber caido una recia lluvia por la

(11) *Chileno consolado*, sec. V, § 3, tomo I, páj. 246.

(12) Esta esquela circuló impresa. En la Biblioteca Nacional se conserva un ejemplar.

mañana", segun dice la *Gazeta de gobierno;* pero, para hacer mas desagradable aquella ceremonia a los chilenos, los españoles se presentaron con sus armas, mientras aquellos marchaban en la procesion "sin pistoleras o con ellas vacías", como se espresa Egaña en su obra citada.

IX. Este era el principal flaco de la política de Marcó. A juicio suyo, solo los españoles de nacimiento eran dignos de confianza para desempeñar cualquier destino público; i siguiendo su sistema, él no trepidaba en desobedecer los mandatos del monarca para no salir del sendero que se habia trazado. El marques de Villapalma, don José Manuel Encalada, nombrado por Fernando VII gobernador de Valparaiso, fué separado de este destino por Marcó, en atencion, dice su nota, a que teniendo a su hermano don Martin en el presidio de Juan Fernandez, podia comunicarse con él, i hasta facilitar su evasion.

La proteccion que dispensaba Marcó a los oficiales españoles era mas señalada para con algunos, cuyo celo en el cumplimiento de sus mandatos llamaba particularmente su atencion. El capitan de Talavera don Vicente San Bruno, era entre éstos, el que le merecia mayor estimacion i aprecio, por el carácter odioso i despótico que habia asumido en el ejercicio de su empleo. Sin consideracion ni reparo de ninguna especie, el presidente le dispensaba títulos i honores con una singular prodigalidad, i le dió el cargo de sarjento mayor de aquel cuerpo, con desprecio de otros militares mas acreedores a esta distincion.

El brigadier Maroto, que mandaba el batallon de Talavera, se sintió disgustado por la postergacion de algunos militares mas meritorios que San Bruno, i se negó a entregarle la mayoria del cuerpo miéntras no llegase la sancion del nuevo grado firmada por el virrei del Perú. Algunos oficiales, tambien, i entre ellos el capitan don Anjel del Cid, no quisieron por su parte, guardarle ninguna de las consideraciones anexas al nuevo título; pero tuvieron que sufrir reconvenciones i castigos por sus altanerias.

Sin embargo, el brigadier Maroto se mantuvo en su resolucion sin perdonar arbitrio alguno para hostilizar al favorito de Marcó. Su encumbrado nacimiento, su graduacion militar, los importantes servicios que habia prestado a la España desde 1801 i particularmente en la guerra contra los franceses i en la reconquista de Chile, i su carácter franco i decidido, le daban un prestijio capaz de ofuscar al presidente con todos sus títulos i condecoraciones. San Bruno, que conocia mui bien todo esto, no se avenia a sufrir el desprecio con que lo miraba Maroto; i solicitó del presidente Marcó que le diese cualquiera colocacion fuera del cuartel hasta que pudiese usar del título de sarjento mayor. Su protector accedió a todo, i le dió el encargo de organizar algunas compañias de dragones.

Pero, con la sola escepcion de Maroto, todos los oficiales del ejército, i todos los habitantes de Santiago, respetaban la autoridad del favorito de Marcó, u obedecian temblando la menor de sus órdenes. San Bruno habia alcanzado a hacerse mui

temido de todos los chilenos, hasta dar a su nombre la mas terrible celebridad. Animado de un ferviente celo de ser útil a la causa de España, él no perdonó jamas arbitrio alguno para cumplir rigorosamente todas las órdenes del gobierno i para infundir respeto a la autoridad de los mandatarios de Chile. En el cumplimiento de estos encargos, San Bruno se propasaba de ordinario, i cometia las mayores atrocidades creyendo cumplir con su deber. Su nombre estaba ya manchado con los injusticables asesinatos de la cárcel; i bajo el gobierno de Marcó, se hizo aun mas odiado de todos los chilenos. La tradicion ha conservado de él los mas tristes recuerdos, i una multitud de anécdotas que manifiestan el desprecio con que aquel hombre miraba a los chilenos, i el odio encarnizado que despertó entre ellos. San Bruno consiguió hacerse el terror de los patriotas perseguidos, i del pueblo en jeneral. Rondaba la ciudad de noche i de dia seguido por unos cuantos soldados, i conducia presos a los infractores de cualquier bando de policia i a los sospechosos, para ir a purgar delitos muchas veces imajinarios en los trabajos forzados de la fortaleza de Santa Lucia, o para barrer las calles de la poblacion. San Bruno no reparaba en nada: apresaba i perseguia a los nobles i a los plebeyos, reduciendo a todos a sufrir penas severas, calculadas al rango de cada uno. Estos castigos iban siempre acompañados con algo de ridículo e irrisorio: mas de una vez San Bruno suspendió, de su propia autoridad, los bailes, tertulias i chinganas, i se llevó a todos los concurrentes, para cas-

tigar en la prision el delito de no haber cerrado sus puertas, i de no haberse entregado al sueño ántes de media noche. A fin de evitar la evasion de los hombres que apresaba, San Bruno les bajaba los calzones hasta los tovillos, para impedirles andar con presteza, i los obligaba a alumbrarse con una vela encendida que daba a cada uno de ellos.

X. Las tropelias cometidas por San Bruno no constituian todo el despotismo del sistema político de Marcó. En las pájinas anteriores habrá encontrado el lector datos suficientes para conocer la situacion social de Chile durante la reconquista española; pero independientemente de las órdenes del gobierno, se cometian tantos crímenes en Santiago i las provincias, que casi no es posible darlos a conocer individualmente. Todos los mandatarios subalternos de Chile, descargaban su zaña contra los hombres i las familias que se no habian pronunciado decididamente por la causa de los realistas; i los jefes militares i hasta los soldados trataban a los chilenos como a pueblo vencido, i como a delincuentes indignos de toda compasion. Los soldados de Talavera, sobre todo, no dejaron crímen alguno por cometer. Bajo el gobierno de Marcó, sus malos instintos se desarrollaron prodijiosamente a favor de la impunidad. Ellos robaban a todo el mundo sin distincion de clases ni de personas, salteaban en las calles de la poblacion al desprevenido transeunte, violaban a las mujeres i perpetraban todo jénero de excesos i maldades. La acusacion de un soldado de Talavera ante los tribunales de justicia era enteramente inútil para obtener la reparacion

de la falta, i de ordinario mui costosa i perjudicial para el que la entablaba. Nadie obtenia justicia en los tribunales militares cuando se quejaba de los desmanes de los soldados u oficiales realistas; i por el contrario, corria el peligro de atraerse la venganza del acusado i de sus compañeros de armas.

Aun en aquellos momentos de despotismo i opresion, los chilenos no quisieron soportar resignados las vejaciones de los militares realistas. Los talaveras, sobre todo, que eran los mas crueles, sufrieron los mas duros golpes de la venganza del pueblo. El cuchillo i la piedra, que con tanta maestria manejaban los hombres de nuestro pueblo, fueron las armas que opusieron al sable i la bayoneta de los realistas. En las riñas i pendencias rara vez escapó con vida un soldado de talavera, i bastaba que se presentase uno de éstos en los barrios estraviados de la poblacion para que, como aves de rapiña, cayesen sobre él algunos hombres del pueblo i lo apedreasen o lo cosiesen a puñaladas. La repeticion de estos actos de resistencia, obligó a los jefes del cuerpo a dictar órdenes terminantes para que ningun soldado se apartase muchas cuadras del cuartel si no iba en una partida de diez o doce hombres.

El odio con que se miraba a los talaveras era jeneral i unánime en todas las clases de la sociedad. El pueblo creia que esos hombres, oficiales i soldados, pertenecian a una especie degradada del jénero humano, i que tenian cola como los animales. En esta creencia, guardaban por ellos el mismo odio

que inspiran las fieras bravias, i los trataban sin aprecio ni compasion.

No era posible distinguir el término del despotismo de Marcó. Habia comenzado éste su gobierno plantando en la plaza pública una horca para infundir miedo a los chilenos a quienes creia mui dispuestos a insurreccionarse de nuevo; i ni el favorable recibimiento que se le hizo a su entrada, ni el órden inalterable que reinaba en el país bastaron para hacerle cambiar de sistema. Sus consejeros, en verdad, eran en gran parte la causa principal de tantos males; i las cartas que su hermano i protector le dirijia desde Madrid, venian a alentarlo para proseguir en el mal sendero que habia adoptado. Hablábale en ellas de sus trabajos i dilijencias para conseguirle cruces i condecoraciones, i del aprecio a que sus servicios le hacian acreedor cerca del rei; i le aconsejaba no desmayase en la obra de someter i reducir a Chile por medio del mayor rigor, i que cuidase ante todo de su persona i de sus sueldos. "Ya esta al despacho, le decia en carta de 9 de abril de 1816, la solicitud para que salgas agraciado a teniente jeneral, i segun me tienen ofrecido se verificará. Tambien saldras agraciado con la cruz de Isabel la Católica, para cuyas dos cosas tengo trabajado bastante...... Tú debes vivir prevenido, i si llegase el momento de perderlo todo, no dejes nada de lo que te se deba, porque segun el estado en que se va poniendo esto, vivirá el que tenga con que poder mantenerse."—"Por lo que respecta a tu ascenso de teniente jeneral, dice en otra de 6 de agosto, no se ha verificado aun sa-

lir de la bolsa el espediente, i segun me tienen dicho se espera algun motivo para hacer tales gracias a los que estan agraviados. Tambien me tienen ofrecido que la gran cruz de Isabel te se dará, i para la que estas en lista."—"He tenido particular placer al recibir tu carta, en que me participas tu arribo a Valparaiso i tu entrada en esa, habiendo sido bien recibido como lo reconocí por las gacetas estando mui bien puestas las dos proclamas que hiciste, i como a los pocos dias se presentaron los insurjentes, dieron a conocer esos naturales su inclinacion a seguir el partido de ellos, lo que te ha obligado a tomar providencias que todas han sido aquí aplaudidas, i segun me han dicho en las secretarias te las aprueban, i confian que siguiendo tal sistema, lograras a lo ménos tener tu reino pacífico. El tribunal de seguridad pública que formaste, i segun sus bases puede serte mui útil; tambien el haber desarmado a los americanos i con sus armas armar a los españoles, ha sido aquí mui lisonjera esa providencia, como la de poner la horca, perseguir a todo pícaro, formar una ciudadela para demoler la ciudad, fortificar a Valparaiso i demas providencias que has tomado, que con tales principios, ya dicen en las secretarias que ya debias ser nombrado para virrei de Lima o de Nueva España. Si continúas con los planes que adoptastes, no dudes te haras aquí apreciable i en esa temible. Para que todo lo hagas completo, no debes admitir en esa a los estranjeros."—"El señor ministro de marina me ha dicho que no te detengas en perseguir tambien a todo oficial de marina que no cum-

pla con su obligacion, i como sabe todo cuanto hiciste en esa, está contento. El oficial mayor de la secretaria de Indias, Texada, es un panejirista de tus providencias, te da espresiones i que cuentes con él; lo mismo Pedroso, que es el que tiene el negociado de esa, i ambos dicen les escribas particularmente cuanto quieras."—"No dudo tengas trabajos, pero ya empezada la obra es preciso llevar adelante la empresa, que si logras conservar ese reino harás un servicio al rei i a los españoles, i si tienes necesidad de tropa debes clamar por ella a este gobierno."—"Yo tengo particular gusto de ver tu conducta, pues con los principios que adaptaste, son los propios para la seguridad de ese reino, i no hai que perdonar al que la haga, sin dejar de ser humano con el bueno (13)."

El presidente Marcó seguia al pié de la letra tan malos consejos. Débil i egoista por carácter, cruel i torpe por naturaleza, él veia impasible los horrores de su gobierno i los excesos de sus subalternos, i creia que era ese el mejor medio de rejir a los chilenos. Segun él, el terror, aun manejado por sus torpes manos, era el único modo de estirpar definitivamente las ideas de insurreccion.

De este modo, el sistema despótico de Marcó despertaba por todo la resistencia i el odio a la dominacion española. Los indiferentes, i aun los chilenos que hasta entónces habian querido mantenerse fieles a la causa del rei de España, comenzaron a mirar con odio a sus mas caracterizados defen-

(13) Cartas de don Juan José Marcó, que conservo autógrafas en mi poder.

sores, i a apoyar los planes de revolucion i de trastorno que preocupaban a los insurjentes. Los cajistas de la imprenta de gobierno, alteraban por medio de injeniosísimos i estudiados errores los bandos de Marcó i los artículos de la *Gazeta*; i el redactor de este periódico, el padre Torres, declaró en 24 de enero de 1817, que durante todo el tiempo que tuvo a su cargo su publicacion no recibió jamas un solo artículo comunicado, como solia hacerse en los periódicos que publicaron los insurjentes.

XI. El duro despotismo ejercido por Marcó i sus subalternos era tanto mas injustificable cuanto que era mui intempestivo e innecesario. Estendíase no solo a la represion de cualquier síntoma revolucionario, sino tambien a todo aquello que estaba sometido a la autoridad gubernativa. "Estos hombres que declamaron tanto la infelicidad en que nos habiamos sumerjido, dice un sensato escritor contemporáneo, don Juan Egaña, que nos prometian tantos bienes con su nueva dominacion i que aun tienen la imprudencia de gritar en sus gacetas que los gozamos actualmente, debian ya que no libertarnos de las trabas coloniales, siquiera permitir los establecimientos que no les perjudican. ¿A qué ha sido restituir los derechos parroquiales con gravámen de los pueblos? ¿Por qué han reducido a la esclavitud a los infelices que con unánime consentimiento del pueblo por sus representantes, nacieron en estos años en la posesion de su libertad? ¿Por qué destruir la escuela militar, teniendo soldados? ¿Para qué alzar la prohibicion que se habia impuesto a

los prelados monacales de que no hiciesen granjeria en licencia para que residiesen los relijiosos fuera de sus claustros, por un salario que contribuian i que no pagasen derechos por los honores i grados literarios de su órden? ¿A qué destruir el instituto nacional, destinado a la educacion moral i científica de los jóvenes, i a premiar las primicias de la virtud i relijiosidad? ¿Qué les perjudicaba que el tabaco, aunque estuviese estancado, se sembrase en el país i no se trajese de fuera? ¿Por qué sofocaron nuestro hermoso proyecto de formar un instituto de artes mecánicas para la educacion del pueblo, en que nada costeaba el fisco? ¿Por qué destruir hasta los cimientos la preciosa i única fábrica de tejidos de lana formada en Chillan a tanto costo i con tan ventajosos progresos? ¿Eran todos estos delitos de infidencia? En recompensa de tantos daños gratuitos, no aparece una sola institucion benéfica de nuestros pacificadores. Solo vemos que nos despedazan por sacarnos la última alhaja de valor para sostener horribles presidios donde agonicemos, costosísimas fortalezas para que nos opriman i un lujo i depredacion escandalosa en la tropa."

Pero si Marcó se condujo como torpe político en todo lo que toca al progreso moral i material del país que gobernaba, no dió menores pruebas de torpeza pretendiendo estirpar el espíritu revolucionario con medidas de rigor i despotismo. "No es posible que la Europa domine en la América, si se quiere usar de la fuerza, desde el momento en que ella se penetre de lo que puede i vale, decia el oidor

decano de la real audiencia de Lima, don Manuel Cayetano Vidaurre, en una representacion dirijida a Fernando VII. Es mui fácil dominarla si se la dirije i gobierna de modo que halle su mayor felicidad en la dominacion europea...... En la reciente pérdida del reino de Chile, tenemos un dato de cuanto anteriormente tengo espuesto. Fué reconquistado por el brigadier Ossorio. Le sucedió en el mando, por disposicion de V. M. el jeneral Marcó del Pont, hombre afeminado, cobarde, sensual, i por consiguiente tímido, desconfiado e injusto, sacado en el molde de los Tiberios : fué por nuestra desgracia elejido jefe de un pueblo limítrofe de Buenos-Aires, i que tiene con aquellas plazas las mejores relaciones políticas i mercantiles. Su poblacion de seiscientas mil almas, la robustez igual o superior a la europea, la abundancia del pan i los ganados, la cantidad inmensa de cobres para buena artilleria, i las ricas minas de oro i plata fáciles de trabajarse, todo le convidaba a sacudir un yugo que parecia insoportable a los ojos mismos de los mas declarados partidarios de los derechos del trono. Yo acompaño las gacetas en que se refieren sus atrocidades, i ese bando dictado por la tirania, el furor i la torpeza. Renovados los tiempos de Sila i de los tiranos de Roma, de Enrique III de Francia i el VIII de Inglaterra; las mas lijeras sospechas, las mas viles delaciones, los testimonios ménos dignos de fé, eran bastantes para perder las propiedades i las vidas. No el honor, porque ninguna persona sensata tendrá por infame una víctima sacrificada por el horrible despotismo....

¿I cómo reciben los pueblos estos castigos? Aborreciendo al que los impone, i al gobierno que consiente fieras tan inhumanas; deseando i jurando la venganza, protestando una division eterna e irreconciliable con sus opresores. Marcó hubiera querido que el pueblo de Chile solo tuviese una cabeza para derribarla sobre el seguro de su tímida espada. Ya no habia cárceles, conventos ni presidios donde conducir los proscriptos i desterrados. Ya no habia bienes, que alcanzasen a las confiscaciones. Ya no habia seguridad ni la lealtad misma, ni el testimonio de la mas justa conciencia. ¿A quién le podia faltar enemigo, que entrase al perfumado gabinete de este hombre cruelísimo? La sola acusacion sin exámen, era suficiente para la sentencia i la ejecucion, desobedeciendo abiertamente a V. M., persiguiendo a los mismos que ya habia perdonado, o no cumpliendo los indultos que la piedad de un rei tan humano habia concedido (14)."

Así caracterizaban al gobierno de los reconquistadores de Chile dos hombres distinguidos, de ideas opuestas i servidores ambos de las dos causas encontradas.

(14) Representacion de don Manuel Cayetano Vidaurre, oidór decano de la audiencia de Lima, a Fernando VII en 1817, sobre los negocios de América.

CAPITULO VIII.

I. Oríjen del ejército de los Andes.—II. Ordenes de San Martin para resistir a una invasion de los realistas de Chile.—III. Consigue engañar a Ossorio.—IV. Primeros ausilios que recibió San Martin.—V. El pueblo de Mendoza se niega a reconocer a otro gobernador de la provincia de Cuyo.—VI. Recibe San Martin algunos refuerzos para organizar su ejército.—VII. Medidas enérjicas de San Martin para obtener este resultado.—VIII. Introduce en Chile algunos parciales suyos.—IX. Sus astucias para engañar a los enemigos a cerca de sus planes.—X. Descubre San Martin a sus oficiales sus proyectos de invasion a Chile.

I. Los temores de invasion del otro lado de los Andes, que abrigaba Marcó no eran infundados. Miéntras él ejercia en Chile el mas duro despotismo, San Martin i los patriotas emigrados organizaban en Mendoza un ejército poderoso para reconquistar este país. Aquella ciudad, tan tranquila de ordinario, era entónces el centro de un estraordinario movimiento que ajitaban militares de todas graduaciones, i en que tomaban parte muchos hombres notables despues en la revolucion americana. Habian improvisado un campo de instruccion i un ejército; i se aguardaba solo concluir ciertos aprestos, i un momento propicio para comenzar la campaña.

El oríjen de ese ejército data de 1814. El coronel San Martin, desde que fué nombrado gobernanador de Cuyo, pensaba organizar en Mendoza una respetable division para obrar sobre Chile, en apoyo de los insurjentes, i llevar adelante su proyectada campaña al Perú. Estrechamente unido con la gran lójia de Buenos-Aires, él tocaba por los medios mas secretos todos los resortes posibles para realizar tan atrevida empresa; pero sus esfuerzos fueron siempre infructuosos. El gobierno arjentino no se hallaba en estado de acometer esta obra; i mui pocos habrian sido los hombres que no hubiesen considerado como la mayor de las locuras el proyecto de San Martin.

Esto es lo que se deja ver en ciertos documentos privados de aquella época, i particularmente en algunas cartas del secretario del despacho de la guerra de Buenos-Aires, coronel don Francisco Javier de Viana, dirijidas al brigadier Mackenna, que desde Mendoza le pedia ausilios de tropas para reforzar a los insurjentes de Chile, amenazados por la invasion de Ossorio. "Actualmente empeñado este gobierno en arrojar de nuestro suelo al ejército de Lima, decia en carta de 1.° de octubre, se ve estrechado en grandes sacrificios i no puede desprenderse de una masa considerable de fuerza que debe darle el impulso a nuestra empresa militar; sin embargo yo me esforzaré cuanto sea posible, para que Chile sea ausiliado del modo que permitan nuestras circunstancias.—Entre tanto si el gobierno de Chile quisiese tomarse i darnos tiempo por medio de una transaccion con el ejército enemigo, aunque

dejase a este en posesion de lo que ha adquirido, siñendose a las bases de la negociacion anterior con el jeneral O'Higgins, creo seria el medio de salvar aquel país. Medite U. sobre esta proposicion i calcule en presencia de la situacion de Chile."--"Se han realizado los pronosticos de U., mi mui apreciado amigo; le decia en otra carta de 24 de octubre, i no queda duda que en union con O'Higgins hubieran Udes. destruido al enemigo, pues la descripcion que me hace U. del país, fortificándolo como se espresa, no lo atacaria Ossorio con sus presidarios i chilotes.—Nuestras atenciones son muchas, i por ahora no tratamos de otra cosa que de formar una fuerza en ese punto que pueda contener al enemigo, hasta que desembarazados, podamos marchar en ausilio de aquel hermoso país, en cuyo caso siempre nos seran mui útiles su patriotismo, talento i conocimientos militares" (1).

II. El gobernador de Cuyo parecia contentarse con esto. Conociendo que todos sus esfuerzos habrian sido inútiles para obtener un ejército con que invadir a Chile, San Martin finjió desde luego resignarse a permanecer a la defensiva. Al comunicar al gobierno de Buenos-Aires el arribo de la emigracion chilena, le esponia la necesidad en que estaba de ser reforzado para defender los pasos de la cordillera contra una agresion de los realistas de Chile, i le esplicaba sus proyectos de mantenerse sobre las armas en cumplimiento de su plan.

Le era, por otra parte, mui necesario vijilar los

(1) Cartas del coronel Viana. Mss.

movimientos de los conquistadores de Chile, puesto que podian mui bien atreverse a pasar los Andes en persecucion de los fujitivos, i quizá con el propósito de apoderarse de Mendoza. San Martin habia previsto este peligro, i habia dado sus órdenes al teniente coronel don Juan Gregorio Las-Heras, que mandaba la division de los ausiliares cordoveses, para cerrar el camino a las tropas realistas. "El punto de Huspallata, le dijo San Martin en carta que tenemos a la vista, deberá ser cubierto por la division de su mando, adelantando diariamente un oficial con cuatro hombres hasta las laderas de las Cortaderas, que diariamente deberan ser relevados. Esta avanzada deberá tener por objeto aprehender a todo el que se dirija a Chile, i observar los movimientos del enemigo.—U. se replegará hácia el Paramillo, hostilizando al enemigo lo mas posible, i en caso de traer superioridad de fuerza lo verificará U. a Mendoza pasando repetidos avisos, a cuyo efecto situaré mulas de repuesto en Villavicencio" (2).

En cumplimiento de esta órden, Las-Heras quedó en las inmediaciones de la cordillera, preparándose para fortificarse i mantenerse en el punto indicado. Pocos dias despues, pasó a Mendoza a apoyar a San Martin contra don José Miguel Carrera, pero volvió mui luego a Huspallata, adonde lo llamaba la imperiosa necesidad de cerrar el camino a las tropas realistas de Chile.

III. No se desvanecieron con esto solo los fun-

(2) Nota de San Martin de 15 de octubre de 1814. Mss.

dados temores del gobernador de Cuyo. La prudencia le aconsejaba que no descuidase un solo instante en aquellas circunstancias en que tanto convenia velar; i San Martin era por fortuna sobrado precavido i dilijente para dejarse estar sin tomar nuevas i mas eficaces providencias. En aquella época, solo podia disponer de las pocas fuerzas veteranas que mandaba Las Heras, i de 958 milicianos de las tres armas que carecian de toda instruccion militar (3). Mirando las cosas con un ojo mui certero, él comprendió perfectamente su situacion, estudió los medios de remediarla i puso manos a la obra con astucia i habilidad.

Ossorio, aun juzgado desde léjos, era un hombre mediocre. San Martin lo conoció bien, i creyó que no era capaz de espedicionar al otro lado de los Andes si no descubria aprestos para ser atacado en el territorio mismo que acaba de conquistar. En esta idea, se imajinó que su papel se reducia a desvanecer mañosamente los temores que Ossorio pudiera haber concebido, i comenzó a desempeñarlo con maestria. Obtuvo poder del gobierno de Buenos-Aires para entrar en negociaciones con el vencedor de Rancagua, i con este motivo le dirijió, en 17 de diciembre, una nota mui política i atenta, en que le espresaba sus deseos de evitar la efusion de

(3) Las milicias provinciales estaban distribuidas en la forma siguiente, segun consta de los estados de San Martin i Balcarce.

	Artilleria	75
Infanteria.	Civicos blancos	133
	Civicos pardos	150
	Caballeria	600
	Total	958

sangre, i de restablecer la correspondencia i relaciones de comercio, rotas por los últimos sucesos.

Trajo esta nota un enviado especial, el teniente coronel don José Susso, a quien Ossorio colmó de atenciones, i llevó a vivir a su propia casa. Entónces, cabalmente, llegaron a Santiago muchas cartas escritas en Mendoza, en las cuales se pintaba con mui triste colorido la situacion de los emigrados chilenos, i la imposibilidad en que se hallaban de intentar una invasion. Esas cartas venian intencionalmente dirijidas para ayudar poderosamente al astuto San Martin, esplicando ellas lo que este habia querido dar a entender en su nota; i, como era de esperarse, alcanzaron entero crédito en el ánimo de Ossorio i de sus consejeros. El sencillo gobernador de Chile no sospechó siquiera que pudiese haber una intencion oculta en todo esto, contestó la nota de San Martin prestándose al parecer a entrar en tratados, i confió en que jamás podria organizarse en Mendoza un ejército capaz de venir a Chile (4).

Miéntras San Martin trataba de distraer a Ossorio a fuerza de maña i astucias, hacia llegar al Perú falsos rumores que convenian a sus proyectos. Por medio de cartas artificiosamente escritas, hizo propalar en el ejército realista del Alto Perú, que mandaba el jeneral Pezuela, la noticia de haber sido ocupada la provincia de Mendoza por las tropas de Ossorio. Con esta política se proponia sin

(4) Las notas de San Martin i del gobierno de Buenos-Aires existen orijinales en el archivo del ministerio de relaciones esteriores; i fueron publicadas en la *Gaceta* de Santiago junto con la contestacion de Ossorio.

duda inspirar confianza a Pezuela, i hacer llegar la noticia hasta Lima, para que el virrei, creyendo realizado su proyecto de invasion a las provincias arjentinas, impartiera nuevas órdenes a Ossorio i lo confundiera hasta la llegada del invierno. Si bien no alcanzó a verificarse esto último, la trama de San Martin bastó para que Pezuela quedase estacionado aguardando un cambio importante en las operaciones del ejército insurjente.

IV. No se redujeron a meras intrigas las medidas adoptadas por San Martin en aquellas circunstancias. Con una actividad sin ejemplo, reunia por todas partes los escasos elementos militares que podia proporcionarle la provincia de Cuyo, halagaba a sus habitantes con mejoras locales para tenerlos propicios, i pedia sin cesar ausilios i refuerzos al gobierno de Buenos-Aires. En sus notas lamentaba su situacion ponderando las fuerzas del enemigo, i anunciaba que Ossorio reunia un formidable cuerpo de tropas en la villa de los Andes para invadir la provincia de Cuyo. Como si todo esto no bastara para interesar al gobierno, San Martin manifestaba temores que no abrigaba su pecho, i proponia el abandono de aquella provincia, para replegarse a otro punto mas seguro (5).

Sus súplicas no iban mal dirijidas. El gobierno arjentino comprendió mui bien el peligro inminente que corria la provincia de Cuyo, i no vaciló en prestarle todo el apoyo posible, que por desgracia no pudo ser mui eficaz. El 17 de noviembre salió de

(5) Notas de San Martin al gobierno arjentino, de 17 de noviembre de 1814 i de 3 de enero de 1815. Mss.

Buenos-Aires un cortísimo piquete de artilleria, mandado por el teniente coronel don Pedro Regalado de la Plaza, militar que habia servido en las campañas del Alto Perú, i que venia a Mendoza a organizar un cuerpo de esta arma. Con él, i en las mismas carretas que conducian los cañones, despachó el director Posadas algunas municiones, armamento, correajes i demas artículos que podia remitir a San Martin. Pocos dias despues, el 30 del mismo mes, salió una division de 240 hombres del batallon número 8 de negros, mandada por el mayor don Bonifacio Garcia, español al servicio del gobierno insurjente de Buenos-Aires (6), i en los primeros dias de febrero llegó a Mendoza el teniente don Juan José Cano, conduciendo de San Juan 134 reclutas (7). Sobre tan pobre base debia levantar un ejército el gobernador de Cuyo.

El gobierno arjentino no podia darle mayores recursos. La guerra del Alto Perú por una parte, el mantenimiento del órden en la capital i en las provincias, por otra, tenian entónces ocupadas todas las fuerzas arjentinas, a tal punto que, apesar de los deseos de los gobernantes, mui poco se pudo hacer para socorrer a San Martin. "S. E. espera, le decia el secretario de la guerra Viana, en 29 de noviembre, que haciendo U. S. el uso conveniente de esas noticiasa doptará las medidas militares que le dicte su valor, pericia, i decidido interes por el honor i gloria de la patria."

(6) Nota de Viana de 29 de noviembre de 1814. Mss.

(7) Nota de San Martin al gobernador de San Juan de 8 de febrero de 1815. Mss.

Por fortuna, San Martin conocia mui bien el terreno que pisaba. En la provincia de su mando se habia granjeado el mas alto aprecio de todos sus habitantes, i no perdonaba arbitrio alguno para sacar de esta circunstancia todo el provecho posible en favor de su proyecto. Empleando su natural astucia, obtuvo de cuatro vecinos de Mendoza los capitales necesarios para la organizacion i equipo de una compañia de jinetes, con el nombre de Gauchos de la invencion (8), i de algunos ingleses residentes en aquel pueblo, cuanto se necesitaba para formar a su costa una compañia arreglada de infantes (9) Del mismo modo, i como si dispusiese de una propiedad fiscal, mandó ocupar la casa de un particular, don Felipe Calle, para hacer cocer los vestuarios de los batallones 8 i 11 (10), repartió impuestos entre los españoles residentes en Mendoza, i encargó al cabildo que recojiese 500 caballos a la mayor brevedad para el servicio público (11).

VI. Al mismo tiempo que San Martin tomaba estas providencias, no cesaba de pedir ausilios i refuerzos al gobierno de Buenos-Aires para engrosar las tropas de su mando. En sus notas no dejaba de ponderar el inminente peligro de su situacion i

(8) Nota de San Martin al gobernador de San Juan de 8 de febrero de 1815. Mss.

(9) Nota de San Martin al gobierno de Buenos-Aires de 15 de enero de 1815. Mss.

(10) Nota de San Martin al gobierno de Buenos-Aires de 27 de enero de 1815. Mss.

(11) Decretos de 14, 15 i 19 de febrero de 1815. Mss.

de dar falsos anuncios acerca de los proyectos i preparativos de agresion de los realistas. En una de ellas, avisó que, segun se lo comunicaban sus subalternos, una partida realista habia tratado de cruzar los Andes para irlo a atacar en el territorio de su mando. Finjiendo que creia mui difícil i embarazosa su situacion, San Martin avisaba al gobierno arjentino que no se hallaba capaz de desempeñar en aquellas circunstancias el puesto que ocupaba, i que su salud no se lo permitia tampoco. Como debe suponerse, en todo esto llevaba el gobernador de Cuyo una doble intencion.

El supremo director de las provincias unidas, don Cárlos Maria Alvear, que se recibió del gogobierno a mediados de enero, no se dejó repetir muchas veces las instancias de San Martin. Creyendo darle un golpe decisivo, i cediendo, como se recordará, a su propio encono, el supremo director Alvear firmó, con fecha de 8 de febrero, el nombramiento de su sustituto en favor del coronel don Gregorio Ignacio Perdriel.

La primer noticia que se tuvo de esto en Mendoza llegó el 14 de aquel mes. Desde luego causó una viva impresion entre todos los habitantes de aquel pueblo; i al amanecer del siguiente dia se anunció en los lugares mas públicos, por medio de esquelas i carteles anónimos, la próxima reunion de un cabildo abierto para discutir i acordar lo que fuese mas conveniente i necesario en aquellas circunstancias. Los mas importantes vecinos de Mendoza comenzaron a reunirse desde las seis de la mañana, i a hacer llamar a los miembros del cabil-

do para convenir con ellos en lo que debiera hacerse.

San Martin, entre tanto, supo disimular hábilmente la impresion que aquella noticia debió haber causado en su ánimo, i aun pidió encarecidamente por medio de dos emisarios, la disolucion del cabildo abierto para evitar un conflicto entre las autoridades nacionales, que podia dar mui funestos resultados; pero los concurrentes habian acordado mantenerlo en el poder, i representar al gobierno de Buenos-Aires la necesidad que habia de no hacer alteracion alguna en este particular. El mismo San Martin se presentó en la sala a obtener la revocatoria de aquel acuerdo: "se me advirtió por el ilustre cuerpo municipal i diputados nombrados por el pueblo, dice el gobernador de Cuyo en una nota al director supremo de las provincias arjentinas, que siendo asuntos de mi particular los que se trataban, tuviese a bien retirarme. Antes de verificarlo hablé al pueblo, demostrándole que era necesario recibir al gobernador nombrado por V. E. pero que les prometia, supuesto la confianza con que me distinguia, no hacer uso de mi licencia hasta que se desvaneciese el riezgo de enemigos con la obstruccion del camino de los Andes con las nieves próximas" (12).

Despues de haberse obtenido este resultado, se creyó en Mendoza que con esto solo se habia puesto fin a la cuestion. En este sentido se ofició inmediatamente al gobierno de Buenos-Aires; pero el arri-

(12) Nota de San Martin al gobierno de Buenos-Aires de 20 de febrero de 1815. Mss.

bo de Perdriel a aquella ciudad vino a cambiarlo todo. Ocurrió esto el 21 de febrero: inmediatamente, San Martin pasó sus órdenes al cabildo para que se le hiciera reconocer por gobernador de la provincia; pero ahora, como ántes, aquella corporacion se negó a admitirlo. En sesion de 23 de aquel mes, a que concurrieron los vecinos mas notables de Mendoza, se acordó sostener a San Martin en el mando de la provincia, i despachar a Buenos-Aires un plenipotenciario, el licenciado don Juan de la Cruz Vargas, con encargo de esponer respetuosamente las razones que el pueblo habia tenido para proceder de este modo. San Martin, finjiendo todavia cierto disgusto, se recibió del mando político; i ofreció a Perdriel el de las fuerzas de Mendoza; pero este, rabioso i despechado por lo que ocurria, salió inmediatamente del pueblo i se marchó a Buenos-Aires (13).

VII. Por mucho que ocultara San Martin sus propósitos, preciso es convenir que toda aquella tramoya era dirijida por él. Con aquellas ocurrencias, él conseguia penetrarse bien del espíritu e intenciones de los hombres a quienes gobernaba, i procurar el desprestijio de sus enemigos de Buenos-Aires. El golpe que acababa de dar la provincia de Cuyo a la autoridad de Alvear fué a producir su efecto en la capital de las provincias del Plata, cuando los amigos de San Martin preparaban una revolucion para derrocar al supremo di-

(13) Nota de San Martin al gobierno supremo de 23 de febrero de 1815. Mss.—Acta del cabildo de ese dia. Mss.—Notas cambiadas entre San Martin i el cabildo de Mendoza. Mss.

rector. Ellos estaban de acuerdo con el gobernador de Cuyo, i se preparaban para secundar todos sus proyectos.

Como queda dicho en otra parte, la revolucion tuvo lugar en Buenos-Aires el 3 de abril de ese mismo año. San Martin, que estaba al corriente de todo esto, la celebró grandemente; i aun en medio de las escaseces de dinero que sufria, ofreció al director interino Alvarez un ausilio de 4,000 pesos para ayudarle a "conseguir la libertad de los pueblos;" pero un mes despues, se retractó mañosamente de la oferta, i comenzó a lamentar de nuevo la pobreza de la provincia de su mando (14).

A los mui pocos dias de verificado el cambio gubernativo, en efecto, la lójia comenzó a ajitar el envio de refuerzos de tropas i pertrechos al gobernador de Cuyo. El cabildo de Buenos Aires, durante su gobierno provisorio, i despues el director interino Alvarez aprobaron la creacion de un ejército en Mendoza, que debia estar solamente a la defensiva para el caso de una invasion de los realistas de Chile; pero, apesar de sus buenos deseos, bien poco o nada pudieron hacer de pronto en favor de tan grande empresa. La lójia, por su parte, hizo algo mas, no solo alentando la opinion pública en favor del proyecto de San Martin, sino tambien remitiendo algunas fuerzas que debian servir de base para la organizacion del ejército.

La primera que llegó a Mendoza era compuesta de dos medios escuadrones de granaderos a caballo

(14) Notas de San Martin de 21 de abril i 20 de mayo de 1815. Mss.

ser útil en esos momentos. El gobernador de Cuyo miraba en este corto número de tropas el jérmen del ejército que pensaba organizar, i se negaba decididamente a desprenderse de un solo soldado, aun cuando éste fuese a prestar sus servicios en otro punto del territorio arjentino. A una nota del coronel don Francisco Antonio Ocampo, en que le pedia algun refuerzo para contener a los revolucionarios de Entre-Rios i Corrientes, que apoyaba el caudillo Artigas, San Martin contestó negándose a hacerlo por mil razones i trazando el triste cuadro que presentaba la provincia de su mando en aquellos momentos (16).

VIII. Para atender a la organizacion de su ejército, el gobernador de Cuyo no perdonaba sacrificio alguno ni guardaba tampoco muchas consideraciones a sus gobernados. Interesado como estaba en llevar a cabo tan atrevida empresa, él no reparaba en leyes ni trabas de ningun jénero para hacerse respetar i para conseguir su objeto.

San Martin, en efecto, se injeria en todos los asuntos del servicio público de la provincia, e intervenia ademas en algunos que estaban fuera del alcance de su poder. San Martin mandaba a los curas que predicasen en favor de la revolucion americana, i castigaba con graves penas i aun con la suspension de las funciones sacerdotales a los eclesiásticos sobre los cuales recaian las sospechas de estar en connivencia con los mandatarios españoles, o que al ménos simpatizaban con la causa de éstos.

(16) Nota de San Martin de 14 de abril de 1815. Mss.

La misma dureza observaba con todos los españoles o americanos adictos a la causa del rei. Sin guardarles consideracion alguna, San Martin les imponia gruesas contribuciones i los removia de un punto a otro para impedir todo conato de conspiracion i todo propósito para comunicarse con los realistas de Chile. En este particular, el gobernador de Cuyo era inexorable con todos aquellos que intentaban siquiera hacer llegar sus cartas i comunicaciones a este otro lado de los Andes. El queria que entre Chile i la provincia de Cuyo no hubiese absolutamente mas comunicacion que la que él mismo dirijia desde el despacho de gobierno de Mendoza.

Con este propósito, San Martin mantenia gruesas partidas de observacion en todos las desfiladeros de la cordillera, i cuidaba empeñosamente de estar al corriente del estado de vijilancia que observaban sus subalternos. En julio de 1815, en el mes mas rigoroso de la estacion de invierno, San Martin dejó el gobierno militar de la provincia en manos del teniente coronel de milicias don Manuel Corbalan, i la direccion administrativa a cargo del cabildo de Mendoza, para salir a inspeccionar por sí mismo los pasos i desfiladeros de los Andes que tanto le convenia conocer (17).

IX. Miéntras tanto, San Martin no dejaba de pensar en una parte principal de sus trabajos. Como es fácil comprender, le era de necesidad suma imponerse prolijamente de cuanto podia interesarle

(17) Notas al cabildo de Mendoza i al teniente coronel Corbalan de 4 de julio de 1815. Mss.

sobre la situacion de Chile; i por desgracia, le era este punto ménos que imposible. El país ocupado por los realistas, estaba separado de la provincia de Cuyo por las montañas de nieve que forman la cordillera de los Andes: esas montañas no son accesibles mas que por unos cuantos boquetes que pueden resguardarse con gran facilidad, de modo que mantener comunicaciones por allí era una empresa sumamente difícil. Los insurjentes de Chile, por otra parte, vivian entónces en los presidios o en la proscripcion, i no habia que esperar que hubiese entre los realistas quien quisiese traicionar a sus mismos partidarios. ¿Quién podria pues comunicarle las noticias que le eran tan necesarias?

San Martin sin embargo no se arredró por tamaña dificultad. Como Lisandro, el gobernador de Cuyo sabia mui bien vestirse con la piel del zorro cuando no le convenia usar la del leon; como el jeneral griego, San Martin trabajaba incesantemente en su gabinete cuando no podia batirse en campaña campal. Desde allí manejaba todos los hilos de su política con una maestria admirable, estudiaba a fondo a los hombres, los empleaba segun le convenia, manejando a unos i burlando a otros, i dirijia su proyecto con tanta actividad como sijilo. Su cabeza estaba llena de recursos para las intrigas grandes o pequeñas, i las ponia en juego con facilidad i acierto. Sabia aprovecharse mui bien de todas las circunstancias, i, lo que es mas, sacar ventaja hasta de las dificultades que encontraba en su camino. Así fué en, efecto, que la falta de espías

en el territorlo chileno no fué un tropiezo que lo inquietase por mucho tiempo.

Para salvarlo, discurrió San Martin un arbitrio sumamente injenioso, que le dió el resultado que se proponia. Comenzó por hacer propalar la voz de que los emigrados chilenos eran inhumanamente tratados en Mendoza. Con el objeto de engañar mejor, confinó a San Luis a algunos de ellos porque habian manifestado deseos de volver a su patria. Esto solo surtió el efecto que se proponia : la *Gaceta* de Santiago, impuesta de estas ocurrencias, no cesó de referir la desgracia de los perseguidos, i el despotismo de las autoridades del otro lado de los Andes. Una de esas finjidas víctimas de la tirania del gobernador de Cuyo, el oficial don Pedro Aldunate, encontró en Chile quienes compadecieran su suerte: en uno de los artículos de aquel periódico, se publicó la historia de su destierro, para encarecer la desgracia de los fujitivos i manifestar los deseos de todos por volver a su país.

Hecho esto, San Martin se entendió con algunos oficiales chilenos, i les propuso que volviesen a su país natal para servirle desde allí, dando por pretesto de su viaje el deseo de escapar del despotismo del gobierno de Cuyo. Tres de entre éstos, el teniente de artilleria don Ramon Picarte, el sarjento mayor don Diego Guzman i el de igual clase don Pedro A. de La Fuente aceptaron sus propuestas casi sin vacilar. Para combinar mejor el enredo de todo, San Martin dirijió al último una nota en estos términos: "Siendo perjudicial la presencia de Ud. en esta ciudad por razones que este gobierno

manifiesta a la superioridad con esta fecha, se pondrá Ud. en marcha en el preciso término de veinte i cuatro horas para la ciudad de San Luis, a cuyo gobernador se le avisa lo conveniente, i sirviéndole ésta de suficiente pasaporte (18)". Dos dias despues, Picarte, Guzman i La Fuente desaparecieron de Mendoza: el gobierno finjió tomar mil medidas para aprehenderlos, miéntras ellos pasaban tranquilamente las cordilleras de los Andes por el camino de Huspallata, i venian a presentarse a las autoridades de Chile. Como es fácil inferir, los tres fueron reducidos a prision i encausados criminalmente como sospechosos de ser espías del gobernador de Cuyo.

La órden de destierro que presentó La Fuente, probaba que los presos eran víctimas del despotismo de San Martin, i que si habian salido de Mendoza era para no sufrir mas persecuciones. Esto solo no habria bastado, sin embargo, para librarlos de una larga i fastidiosa causa criminal; pero San Martin habia previsto todo esto, i habia tomado sus medidas para remediarlo. Con gran sijilo i precaucion, hizo que don Pedro Aldunate, que hasta entónces residia en San Luis en calidad de confinado, pasase la cordillera i viniera a presentarse en Chile finjiendo haberse fugado de aquel pueblo para evitar nuevas persecuciones. El destierro de éste era mui conocido en todo el reino: nadie sospechó siquiera que pudiese haber una intriga en este asunto, i se dejó a Aldunate en libertad, i aun se dió cré-

(18) Nota de San Martin de junio 20 de 1816. Manuscritos del archivo del ministerio del interior.

dito en todo cuanto referia acerca de Picarte, Guzman i La Fuente. Los consejeros de Ossorio se persuadieron fácilmente de que todos ellos habian querido abandonar la provincia de Cuyo para gozar de las consideraciones que se dispensaban a los insurjentes arrepentidos (19).

A estos cuatro individuos siguieron otros muchos. Pasaban la cordillera todos ellos finjiéndose perseguidos por San Martin, contando sus aventuras i sufrimientos i las atrocidades cometidas en las personas de los emigrados por las autoridades arjentinas, i haciendo gala de venir mui apesarados de sus pasados estravíos. A fin de halagar mejor a los mandatarios de Chile, les traian una multitud de falsas noticias preparadas de antemano con mucha maña, para desvanecer los temores que podian haberles infundido los aprestos de San Martin. Segun ellos decian, la creacion de un ejército en Mendoza era un proyecto descabellado e irrealizable.

Prestaban éstos ademas otros servicios mas positivos. Comenzaron a sembrar por todo el descontento contra las autoridades realistas, infundiendo aliento a los chilenos que habian sufrido en silencio el pesado yugo de la reconquista, i atizando por muchos medios el espíritu de sublevacion. Su calidad de patriotas arrepentidos les permitia, por otra parte, estar mui al corriente de cuanto hacia el gobierno, i sus relaciones con los descontentos

(19) Mucho de todo esto consta del espediente seguido contra Picarte, Guzman i La Fuente, que existe orijinal en el archivo del ministerio del interior.

los ponia en situacion de saber todo lo que convenia hacer para facilitar la realizacion de los proyectos de San Martin. Por este medio, este hábil político se encontró con una falanje de ajentes fieles i decididos, que cumplian lealmente con todos sus encargos, i que le comunicaban cuanto le era necesario para llevar a cabo su atrevida empresa.

IX. Por mucho que importara todo lo que habia conseguido San Martin, introduciendo en Chile algunos ajentes suyos, le faltaba aun bastante por hacer para ocultar sus designios al enemigo. Era de temerse que éste introdujera a su turno ajentes i espías en el territorio arjentino, i era preciso tomar sus medidas para evitar que así sucediese, o al ménos para impedir que llegasen a Chile noticias ciertas de lo que se hacia en Mendoza.

Para lograrlo, empleaba San Martin una reserva estraordinaria hasta con los empleados i oficiales de mayor graduacion. Por mucho tiempo, sus proyectos fueron un oscuro misterio para todo el mundo: nadie sino él conocia el gran pensamiento que lo tenia preocupado, i si bien hablaba a sus ajentes subalternos con una aparente confianza, que le captaba la voluntad de todos ellos, tenia buen cuidado de guardar para sí solo el fondo de su plan.

Con esto, San Martin podia ocultar sus proyectos al enemigo; pero queria ademas engañarlo con falsas noticias que mereciesen entero crédito entre los gobernantes de Chile. Habia entónces en Mendoza unos cuantos españoles mandados de este lado de los Andes por don José Miguel Carrera, cuando ocupaba el mando del país: Ossorio i sus conseje-

ros lo sabian bien, i en las pocas comunicaciones que mantuvo con San Martin se habia empeñado en obtener para ellos la libertad de pasar a Chile. Estaban éstos mui alejados de toda situacion para conocer lo que ocurria en Mendoza i lo que pensaba San Martin; pero éste se propuso hacerlos servir a su propósito sin que ellos lo supiesen. Como primer paso para esto, en octubre de 1815, dió permiso para volver a este país al capitan realista don Antonio Vites Pasquel, el parlamentario que Ossorio habia mandado de Chillan, en agosto del año anterior, a anunciar el arribo de un nuevo ejército español. El capitan jeneral de Chile habia solicitado del gobernador de Cuyo que lo pusiese en libertad; i éste, finjiendo acceder a su exijencia, i bien seguro de que no podia saber nada acerca de sus proyectos, le permitió pasar los Andes.

Quedaron siempre muchos españoles repartidos en la provincia de Cuyo. En San Luis, sobre todo, residian los mas temibles: a este distrito habian sido confinados aquellos que estaban en situacion de comunicarse con los mandatarios de Chile, i de trasmitirles las noticias que podian interesarles. San Martin no cesaba de velar sobre ellos para mantenerlos en la mas completa ignorancia a cerca de sus proyectos, i cuidaba particularmente de uno, don Felipe del Castillo Albo, que por su educacion mas refinada i sus conocimientos i roce de sociedad, podia descubrir alguna parte de sus planes.

Era este un comerciante español mui dado al estudio de las ciencias matemáticas i físicas, i

hombre de alguna instruccion (20). Era de carácter firme i sostenido : residia en Chile desde 1812, i en la crisis revolucionaria conservó toda su enerjía para declararse en público leal defensor de los derechos del rei de España. Sus esfuerzos para servir a esta causa le valieron un destierro a Mendoza ; i allí se condujo con mucha gravedad i circunspeccion, i sin desmentir en nada el apego que tenia a la causa del rei. Su alma superior nó reconocia motivo alguno que justificase el disimulo de sus opiniones.

Al principio, la presencia en Mendoza de un hombre como éste, causó los mas vivos recelos en el espíritu de San Martin Por primera providencia lo confinó a Corocorto, punto intermedio entre San Luis i Mendoza, para alejarlo de su principal centro de accion ; pero, meditando con mas calma i madurez, pensó aprovecharse del prestijio de que gozaba entre los españoles para hacerlo servir a sus propósitos, i lo hizo traer a Mendoza. Desde luego encargó a uno de sus ajentes que mantuviese con Castillo Albo, bajo pretestos casi siempre insignificantes, una seguida correspondencia epistolar, i que reuniese todas las cartas. Como es fácil comprender, eran estas tan sumamente frívolas que no comprometian a nadie por su contenido, ni podian servir para descubrir nada del que las escribió ; pero San Martin habia encontrado un lado mui ventajoso a la correspondencia de Castillo Albo, i guardaba sus esquelas como un verdadero tesoro.

(20) En el *Mercurio chileno* (periódico de 1827) hai un artículo de observaciones metereolójicas de Castillo Albo.

Mui poco tiempo despues, comenzó a escribir a los mandatarios de Chile largas cartas sobre el estado de la provincia de Cuyo, i del ejército que alli se organizaba. Finjiéndose un español desterrado i perseguido por los insurjentes, San Martin decia en ellas que queria comunicar a sus parciales de este lado de los Andes todo lo que se hacia en Mendoza para tenerlos al corriente de cuanto podia interesarles : i en esta intelijencia les anunciaba cuanto se le ocurria, i juzgaba conveniente para mantenerlos engañados acerca de sus proyectos i preparativos. Al portador de cada una de estas cartas, que siempre era algun soldado de toda su confianza, le entregaba San Martin una firma de Castillo Albo, prolijamente recortada de las esquélas que guardaba. Para engañar mejor a sus enemigos, el gobernador de Cuyo finjia con el mismo artificio, cartas familiares dirijidas a la mujer i amigos de su prisionero (21).

Gobernaba ya Marcó cuando llegó a Chile la primera carta dirijida a nombre de Castillo Albo. El presidente i sus consejeros tuvieron un dia de gran contento cuando recibieron una detenida noticia acerca de la situacion del enemigo de Mendoza. Todos ellos creyeron sin dificultad alguna cuanto decia la carta. La tramoya de San Martin fué para ellos una prueba clara de los temores que abrigaba su autor de ser descubierto por las autoridades insurjentes : sin vacilar un solo instante,

(21) Todos estos razgos me han sido referidos por el señor jeneral don Juan Gregorio Las-Heras i el señor don José Antonio Álvarez de Condarco.

todos aplaudieron el arbitrio a que habia recurrido Castillo Albo para comunicarse con los amigos de Chile, i burlar la vijilancia de los déspotas arjentinos. Satisfecho i alegre con el descubrimiento de un ajente tan importante en Mendoza, Marcó le escribió dándole las gracias por el importante servicio que prestaba a los sostenedores del rei de España, i pidiendole encarecidamente que no le privase de su utilísima correspondencia. Como debe suponerse, la carta de Marcó fué a manos de San Martin : desde entónces este tuvo un medio seguro para hacer llegar a Chile cuanto convenia a sus intereses.

X. Todo esto, sin embargo, no era mas que cierto detalle casi insignificante del gran trabajo que preocupaba al gobernador de Cuyo. Empeñado este en una obra que todo el mundo creia irrealisable, tocaba mil resortes secretos a fin de engrosar las fuerzas, i prepararse para llevar a cabo sus proyectos. Felizmente la gran lójia de Buenos-Aires tenia mucho influjo en la política arjentina : sus miembros estaban diseminados en los mas encumbrados puestos públicos, i no descuidaban los encargos del coronel San Martin.

Figuraba entre los asociados el teniente coronel don Tomas Guido, hombre de talento i decision, que desempeñaba el cargo de oficial primero de la secretaria de guerra del director interino Alvarez. Desde aquel puesto, Guido habia trabajado sin cesar en favor de los proyectos de San Martin, i habia conseguido remitirle algunos ausilios de gran utilidad. Siguióse a estos el rejimiento núm. 7 de

negros, de 600 plazas, mandado por el teniente coronel don Pedro Conde, militar de un valor estraordinario, notable ya por su brillante comportacion en cien batallas i afiliado tambien en la gran lójia de Buenos Aires. Aunque emparentado con Alvear, el comandante Conde profesaba a San Martin un alto aprecio i venia dispuesto a servirle por todos medios.

Con tan buen refuerzo la division del mando de San Martin tomó la importancia de un ejército. Los reclutas que llegaban de San Juan i de San Luis venian a engrosar las filas de los batallones arjentinos : los oficiales de su mando empleaban largas horas en la instruccion de los soldados, i se movian como si estuviesen amenazados por el enemigo. Los aprestos que se hacian en Mendoza en diciembre de 1815, eran demasiado importantes para que solo sirviesen en una guerra defensiva.

Cuando mas empeñado estaba en estos trabajos, recibió San Martin una infausta noticia del ejército del Alto Perú. El jeneral Rondeau que lo mandaba, habia sufrido una horrible derrota en los campos de Sipesipe el 29 de noviembre de ese año : la accion costaba a los insurjentes mas de dos mil hombres entre muertos, heridos i prisioneros, ochenta jefes i oficiales, once cañones i mas de mil i quinientos fusiles (22). Los restos del ejército arjentino estaban desordenados, miéntras el enemigo se estendia victorioso desde la izquierda del Desa-

(22) Garcia Camba, *Memorias*, etc., etc., cap. VIII, tomo I, páj. 188.

guadero hasta Potosí, territorio que ántes habian ocupado los insurjentes.

Este suceso era un golpe de muerte para la causa de la independencia de las provincias del Plata. El ejército en que fundaba todas sus esperanzas, habia sido desbaratado en un solo dia, cuando las circunstancias exijian de su parte esfuerzos casi sobre humanos. Buenos-Aires estaba dividido en facciones, amenazado por la parte del Brasil, mal avenido con algunas provincias i envuelto en una gravísima cuestion por el lado de Santa Fé. En esos momentos la revolucion arjentina parecia tocar a su fin.

Los enemigos, por el contrario, estaban en mejor posicion que nunca. Sofocada la revolucion de Cuzco, subyugado Chile, reconquistada Venezuela, los españoles combatian aun en Quito i Nueva Granada, pero contaban con infinitos recursos para hacerse respetar en toda la estension de la América meridional. Sus triunfos habian dado un gran prestijio a su causa : por todas partes se le juntaban algunos fujitivos insurjentes con que reponian su ejército de los quebrantos que habia sufrido anteriormente.

Desde luego, este conjunto de desgracias produjo un desaliento tan inmediato como funesto entre los insurjentes arjentinos. Muchos creyeron que estaba perdida toda esperanza de triunfo, que la revolucion debia sucumbir necesariamente i que era preciso resignarse a dejar las armas i buscar en la proscripcion un asilo contra la saña de los soldados realistas. Algunos, mas enérjicos i decididos, pen-

saron en aglomerar recursos para mantenerse a la defensiva i en alentar el espíritu público convocando un congreso jeneral, que debia reunirse en el Tucuman. Segun la opinion de todos, las circunstancias eran sumamente críticas, i se necesitaba de mucha audacia i habilidad para hacerles frente.

En Mendoza, estos sucesos produjeron un gran desaliento entre los vecinos del pueblo i los militares de la division de San Martin. En cartas de algunos de estos a varios de sus parciales residentes en Chile, se pintaba la situacion de las provincias arjentinas con mui triste colorido, i se decia que la reconquista de este país era ya una empresa irrealizable. Todos creyeron en efecto, que esa division marcharia a engrosar el ejército del Alto Perú, i que los planes de San Martin, mui poco conocidos hasta entónces, iban a quedar frustrados i reducidos a nada; pero este jefe, sin mostrar el menor abatimiento por tamaña desgracia, siguió elaborando sus proyectos i disciplinando sus soldados.

A los mui pocos dias de haber llegado a Mendoza la noticia del desastre de Sipesipe, i cuando no se desvanecia el pavor producido por tan infausta nueva, el gobernador de Cuyo convidó a un banquete a todos los oficiales que tenia a sus órdenes. Finjiendo olvidar el motivo de jeneral tristeza, San Martin estuvo mas risueño i franco que de ordinario: se mostró mui afable con sus subalternos, los provocó a hablar con satisfaccion i franqueza, i propuso un brindis jeneral por la primera bala que se disparase a este lado de los Andes contra los opresores de Chile. En medio del

abatimiento de todos, sus palabras encontraron un eco que casi no debia esperarse : los oficiales lo aplaudieron estrepitosamente, i se manifestaron dispuestos a seguirlo a cualquier parte a donde quisiera conducirlos. San Martin habia elejido el momento ménos aparente al parecer para descubrir a sus subalternos sus proyectos; pero encontró en ellos hombres dispuestos a ayudarle eficazmente con desprecio de los obstáculos que se divisaban por todas partes.

Esto era cuanto queria por entónces ; despuès de haber conocido el espíritu que animaba a sus oficiales, se levantó satisfecho i alegre de la mesa, i, como si hubiese conseguido allanar las dificultades mas sérias, se fué a trabajar a su gabinete en la persuacion de que la reconquista de Chile no era una irrealizable quimera. En aquella noche, escribió hasta una hora mui avanzada, i al siguiente dia despachó un propio a Buenos–Aires con un grueso paquete de cartas rotuladas para los hombres mas notables de las provincias arjentinas, i para varios chilenos que residian en aquella ciudad. Pedia a los primeros que prestasen a su empresa toda la cooperacion necesaria, i llamaba a los segundos para que viniesen a ayudarlo con sus intelijencias i sus brazos en la realizacion de sus proyectos.

CAPITULO IX.

I. Formacion del campamento de Mendoza.—II. Son empleados en él O'Higgns i Zenteno.—III. Comienza a organizarse un nuevo batallon.—IV. Arbitrios de San Martin para procurarse recursos pecuniarios.—V. Sus relaciones con el gobierno de Buenos-Aires. —VI. Los emigrados chilenos se prestan a cubrir los gastos de la guerra.—VII. Medios empleados por San Martin para ganarse a los suyos.—VIII. Primeros pasos para asegurar el apoyo del director Pueyrredon.—IX. Se entiende éste con San Martin i da su aprobacion al proyecto de reconquista de Chile.

I. La organizacion del ejército que se formaba en Mendoza no fué la obra de algunos meses. Eran tan grandes las dificultades i tropiezos que encontraba San Martin a cada paso, i tantos sus trababajos para engrosar sus fuerzas, que merced solo a su tenacidad i paciencia podia completar el número de fuerzas de cada uno de sus cuerpos. El gobernador de Cuyo trabajaba sin cesar, ya en su gabinete o en el campo de instruccion; i aunque no era mui fácil percibir el fruto de sus esfuerzos, él se sentia siempre satisfecho con los resultados que alcazaba.

El carácter de San Martin se avenia perfectamente a esta clase de trabajos. En lugar de la im-

petuosidad de Bolívar, el gobernador de Cuyo poseia una fria calma que dominaba sus pasiones i sentimientos, de la cual sabia sacar mucho provecho. Por mui deseoso que estuviese de emprender la campaña de Chile, San Martin trabajaba con una aparente lentitud, reunia con paciencia todos los recursos para engrosar i sostener su ejército, i maduraba sus planes con tanta sangre fria como firmeza i decision. Sin desalentarse un solo momento, el empleaba largas horas del dia i de la noche en su gabinete dictando órdenes de toda especie, reclamando ausilios para aumentar sus municiones i sus tropas, i urdiendo tramas para engañar a sus enemigos; i pasaba dias enteros dirijiendo personalmente las evoluciones de los cuerpos de su mando.

Como si organizase un ejército en medio de la paz, San Martin habia comenzado sus trabajos preparando un campo de instruccion. Era este un hermoso valle cubierto de árboles, situado dos leguas al norte del pueblo de Mendoza: los soldados presos lo habian desmontado en mui pocos dias, a fin de hacerlo servir para los ejercicios de instruccion, i habian construido rancherias cómodas i espaciosas para la tropa i los oficiales. En este campo se veia a todas horas el mas incesante trabajo, tanto en la instruccion de los reclutas, apresto de útiles de guerra, que se trabajaban allí mismo, o en el ejercicio por batallones para perfeccionarlos en los movimientos i evoluciones militares. Miéntras en un punto se adiestraban los infantes en el ejercicio de fuego, los granaderos a caballo evolucionaban por otra parte o se ejercitaban en el manejo

del sable. Muchas veces los cuerpos trabajaban aun en la noche, a la luz de la luna.

Habia ademas otro trabajo especial que tenia tambien sus horas determinadas. En el campamento de San Martin cada soldado debia hacerse artesano : unos hacian los correajes para sus fusiles i cartucheras, otros ojotas para economisar el calzado, preparaban otros los tamangos, especies de botas de una pieza hechas de cuero de vaca, i los mas se ocupaban en cocer vestuarios i aprestar monturas.

San Martin vivia, se puede decir, en el campamento. Su rancho estaba situado en la estremidad del sur; i allí residia i despachaba todos los asuntos militares. Su estado mayor, perfectamente dividido en secciones, tal como suele hacerse en los ejércitos mejor organizados, estaba establecido en un rancho inmediato al suyo ; i con él i con los jefes de los cuerpos se entendia por medio de ciertas señales de tambor, establecidas de antemano, para comunicarles sus órdenes. Con todo esto, lograba San Martin aprovechar ventajosamente el tiempo que habria perdido en notas i contestaciones (1).

II. A principios de 1816 el campamento de Mendoza tuvo mucha mas actividad que en los meses anteriores. Resuelto como estaba ya a emprender la espedicion a Chile, San Martin trabajaba entónces con mayor empeño, i llamaba a su lado a los hombres de todas condiciones que pudiesen serle útiles. Sus proyectos perdieron hasta

(1) Todas estas noticias me han sido comunicadas por el señor jeneral don Juan Gregorio Las-Heras.

cierto punto el misterio de que habia sabido revestirlos; pero en cambio ganaron gran crédito entre los parciales de la independencia americana, i conservaron siempre un espeso velo con que San Martin ocultaba los detalles de su pensamiento.

Para depositarios de su confianza, el gobernador de Cuyo buscaba a los hombres en todas las posiciones sociales, usando de su ojo certero i perpicaz. Necesitando en una ocasion de una persona que le sirviese de secretario de la intendencia, San Martin fué a buscar a un emigrado chileno, a quien llamaban por sobrenombre el "filósofo," que vivia en la humilde condicion de ventero en una pobre taberna de campaña. Era este don José Ignacio Zenteno, chileno cuyo papel en la revolucion de su patria habia estado hasta entónces reducido al de ajente secundario en las pobladas, pero cuya cabeza estaba mui bien organizada para los mas importantes trabajos administrativos. San Martin lo visitó en su humilde casa, conoció perfectamente el valor del ventero, i lo llamó a Mendoza para ocuparlo a su lado en un puesto mui respetable. Pocos dias despues, el 13 de enero, Zenteno fué nombrado secretario de la intendencia, con el pobre sueldo de veinte i cinco pesos (2): desde entónces fué el mas íntimo confidente de San Martin i uno de sus mas poderosos ausiliares para la realizacion de sus pensamientos.

En este mismo tiempo salia de Buenos-Aires el

(2) Tengo en mi poder el nombramiento orijinal de Zenteno, i la trascripcion del decreto del gobierno de Buenos-Aires en que se aprobó.

brigadier don Bernardo O'Higgins para reunirse a San Martin en el campo de instruccion de Mendoza. Vivamente preocupado con los proyectos del gobernador de Cuyo, O'Higgins no habia cesado de representar a los mas importantes corifeos de la revolucion arjentina la posibilidad de reconquistar a Chile i las inmensas ventajas que habia que esperar de esta obra. En Buenos-Aires se asoció en la gran lójia, que marchaba de acuerdo con San Martin ; con sus cofrades trabajó empeñosamente en favor de los proyectos de este jefe, i solo salió de aquella ciudad cuando creyó que sus servicios podian ser mas importantes al lado del gobernador de Cuyo. Como se debia esperar, O'Higgins fué dado a reconocer en Mendoza el 26 de febrero con todos los honores correspondientes a su grado (3); i con sl suelo de coronel de infanteria. Cuatro meses despues, el 17 de junio, fué nombrado presidente de una comision militar, o consejo de guerra permanente, encargado de juzgar todos los delitos de los oficiales i soldados de la division de Mendoza.

III. Con estos ausiliares, el campo de instruccion iba tomando la importancia del cuartel jeneral de un ejército numeroso, miéntras los cuerpos que lo componian aumentaban sus fuerzas con rapidez. De todas partes llegaban al campamento reclutas indisciplinados, que se convertian allí al cabo de poco tiempo en soldados diestros en el ma-

(3) "Orden del dia para el 26 de febrero de 1816.—Se reconocerá por brigadier de este ejército con letras de servicio al señor don Bernardo O'Higgins. 6 granaderos i un cabo haran la guardia de dicho señor brigadier."

nejo de las armas i mui aptos para el servicio activo de campaña. Los gauchos de la pampa de San Luis, sometiendose gustosos al réjimen de la disciplina militar, a que nunca se habian acostumbrado, engrosaban los escuadrones de granaderos a caballo, mientras San Juan i Mendoza proveian de infantes a los cuerpos de la division.

El gobierno jeneral de las provincias, por su parte, no habia cesado de apoyar al gobernador de Cuyo en los aprestos de su empresa; pero hasta entónces no se sabia con fijeza cuales eran sus proyectos. La gran lójia de Buenos-Aires habia trabajado bastante en favor del ejército de los Andes, i habia alcanzado del supremo director interino Alvarez que le prestase sino una declarada cooperacion, al ménos un ausilio bastante eficaz. En aquellas circunstancias, cuando los enemigos amenazaban por todas partes a la revolucion arjentina, el gobierno no podia hacer mucho en favor de los proyectos de San Martin; pero accediendo a la solicitud de este, elevó a rejimiento, por un decreto de 13 de enero, al batallon núm. 11 de ausiliares cordoveses, que mandaba el teniente coronel don Juan Gregorio Las-Heras (4). Esto era lo único que podia hacer el gobierno de Buenos-Aires en aquellos momentos.

En esta virtud, San Martin despachó a San Juan al teniente coronel don Juan Manuel Cabot

(4) Nota del gobierno de Buenos-Aires al coronel San Martin, de 13 de enero de 1816. Mss.—En esta nota se encargaba a San Martin que diese colocacion en las filas de su cuerpo a los emigrados chilenos de buena conducta.

con nombramiento de teniente gobernador, i con encargo de organizar allí el segundo batallon del proyectado rejimiento núm. 11. Cabot habia salido de Buenos-Aires en compañia del teniente don Lucio Salvadores, huyendo de las persecuciones a que su fidelidad hácia Alvear en los sucesos de abril de 1815 los habia hecho acreedores, i vinieron a ofrecer sus servicios en la organizacion del ejército de los Andes. Ambos fueron destinados por San Martin a pasar a San Juan, en donde al cabo de poco tiempo aquel activo militar reclutó una multitud de voluntarios, llenó las filas de su cuerpo i comenzó a disciplinarlos para remitirlo á Mendoza tan luego como se hallase en un buen pié de instruccion. Los vecinos de aquel pueblo no omitieron esfuerzos ni sacrificios para secundar a Cabot en el trabajo que lo tenia ocupado.

IV. Ese mismo entusiasmo desplegaban todos los pueblos de la provincia de Cuyo. Los proyectos de San Martin contaban casi tantos partidarios como habitantes tenia aquella dilatada provincia : se prestaban ellos gustosos á desempeñar mil comisiones del servicio público, i abrian sus arcas para ausiliar al ejército.

En este punto, el gobernador de Cuyo se habia conducido con la mas refinada sagacidad, a fin de asegurar los recursos necesarios para el sosten del ejército que organizaba. La idea de gravar a los pueblos de su mando con fuertísimas contribuciones, no lo arredró un solo instante; pero San Martin pensaba bien los medios mas prudentes de hacer efectivos esos impuestos sin descontentar a sus go-

bernados. Halagando a unos, persuadiendo a otros, i hablando a todos en nombre de la patria i de la salud pública, él obtenia por bien lo que no hubieran conseguido ni aun con el apoyo de la fuerza.

Las rentas ordinarias de toda la provincia de Cuyo apenas ascendian entónces a mas de tres mil pesos por mes. Esta cantidad aun no habria bastado ni para hacer frente a los mas premiosos gastos del ejército; pero San Martin encontró los medios de remediar su situacion a este respecto. Comenzó por imponer una contribucion sobre el consumo de carne, que produjo desde luego una entrada aproximativa de ochocientos pesos mensuales. Los donativos voluntarios de algunos vecinos vinieron tambien a engrosar las rentas públicas. San Martin los recibia con gran complacencia, dando las gracias a cada contribuyente en los términos mas corteses i espresivos, i alentando a todos los vecinos a aumentar los donativos, por insignificantes que fuesen. Entre los legajos de su correspondencia, se encuentran algunas notas exijiendo el donativo de una fanega de maiz para sembrar en una chacra del gobierno, cuyos frutos se aplicaban al sosten del ejército.

A estos ramos de entrada, San Martin agregó en breve el de secuestros. Del mismo modo que los realistas de Chile, el gobernador de Cuyo a su vez confiscaba i ponia en venta pública las propiedades i bienes de todos los españoles que habian abandonado la provincia para pasar a este lado de los Andes. Vastas haciendas de varios españoles residentes en Chile, i un valioso cargamento de paños re-

mitido por unos comerciantes realistas de Santiago a cargo de un español, don Francisco Segura, fueron, entre otras propiedades, reducidos a dinero i empleados en el ejército. Por disposicion formal de San Martin, se mandó ademas que todos los bienes de españoles que muriesen sin sucesion pasasen a las arcas del tesoro provincial, i que fuesen aplicados a los gastos de la guerra.

El gobernador de Cuyo discurrió aun otro arbitrio para hacer frente a las necesidades del ejército que organizaba. Finjiendo temer mucho a los hombres desafectos a la causa de los insurjentes, el velaba sin cesar sobre su conducta, i no se descuidaba un instante en castigar con severas penas el mas lijero desacato contra las autoridades o cualquier apresto para comunicarse con los realistas de Chile; pero conmutaba de ordinario los castigos que imponia por gruesas sumas pecuniarias, destinadas a la caja militar (5). Como es fácil sospechar, este arbitrio era para San Martin un gran recurso, que esplotaba de ordinario con bastante provecho: cada vez que escaseaba el dinero, él i sus ajentes desplegaban mayor actividad para la persecucion de los delincuentes, i con motivo o sin él los obliga-

(5) Debo la mayor parte de cuanto sé sobre este particular a la bondad del doctor don Vicente Gil, de Mendoza. Con una laboriosidad singular i animado del mejor espíritu, este señor se ha asociado gustoso a mis trabajos históricos, i se ha hecho cargo de reunirme las notas i documentos existentes en Mendoza que puedan servir a mi propósito. Como si esto no fuese bastante para empeñar mi gratitud, el señor Gil ha estudiado los libros de la aduana i de la tesorería de Cuyo, i ha formado un curiosísimo trabajo sobre los recursos con que contó San Martin para organizar el ejército de los Andes. El lector podrá ver esta interesante pieza en los documentos justificativos, bajo el núm. 8.

ban a exhibir las multas pecuniarias. Por despótica que parezca esta política, ella era recomendada por las circunstancias escepcionales del momento : ni San Martin ni los suyos querian constituir bajo tales bases un sistema fijo de impuestos.

Los particulares no cesaban de contribuir entre tanto con valiosos donativos para el sosten del ejército. Queriendo regularizarlos i hacerlos estensivos a todos los habitantes de la provincia, San Martin, de acuerdo con el cabildo de Mendoza, se resolvió a crear un nuevo impuesto basado sobre el capital de cada individuo, i, sin pérdida de tiempo, dió principió a los mas urjentes trabajos, a fin de cimentarlo. Como punto de partida para repartir la contribucion, ordenó el gobernador que todos los habitantes espresasen ante una comision especial el valor de sus propiedades, bajo pena de ser condenados a pagar el doble de lo que le correspondia en caso de ocultacion de bienes. Los juces de distrito i algunos vecinos de conocida probidad debian informar a cerca de la exactitud de las declaraciones de los interesados ; pero, justo es recordarlo en honor de los patriotas de aquella provincia, no hubo uno solo que no se presentase gustoso a manifestar la verdad sobre lo que poseia, i a contribuir con lo que se le asignase. La comision nombrada por el cabildo hizo el reparto exijiendo cuatro reales por cada mil pesos de capital : sobre esta base se cobraba el impuesto, i se obtuvo desde luego una cantidad considerable i segura (6).

(6) Debo algunos detalles sobre el particular al señor presbítero

A estos recursos, San Martin agregó aun ótros muchos, obtenidos por arbitrios mas o ménos injeniosos. Desplegando gran actividad i enerjia, el gobernador quitó a los vecinos los capitales a censo a favor del monasterio de Mendoza i de las cofradias i hermandades, i los aplicó al ejército, reconociendo siempre las capellanias de aquellas corporaciones. Si solo se ha de juzgar por lo que aparece de algunas partidas conservadas en los libros de la tesoreria de Cuyo, este arbitrio produjo únicamente unos cuatro millares de pesos.

V. Por estos medios, San Martin habia conseguido reunir recursos para sostener su ejército, i pagar cumplidamente a sus oficiales i soldados, tanto mas cuanto que sus tropas no eran mui numerosas hasta entónces. Habianse formado estas sobre una base reducida, i engrosádose poco a poco i casi reuniendo soldado por soldado: las escasas rentas que habia sabido proporcionarse bastaban, pues, para pagar el sueldo íntegro a todos los hombres que dependian de él.

En febrero de 1816, San Martin tenia apénas 1,500 hombres disciplinados, i algunos cientos de reclutas visoños, recojidos con bastante trabajo en la provincia de su mando. Sus solicitudes al gobierno de Buenos-Aires para que se le remitiesen nuevos ausilios de tropa, i sus empeños i esfuerzos para reunirlos habian sido enteramente infructuosos: la revolucion arjentina se hallaba entónces en un momento de grave conflicto, i las atenciones de sus

don Lorenzo Guiraldes, que estaba entónces mui interiorizado en todos los asuntos del gobierno de Mendoza.

corifeos estaban fijas en otro punto mui distante.

En Buenos-Aires, por otra parte, no se tenia mucha confianza en San Martin. Si bien es cierto que se habia hecho admirar de todos por su feliz i rápida campaña de febrero de 1813, que concluyó en la jornada de San Lorenzo, su nombre no gozaba del crédito necesario para dar prestijio a sus planes i proyectos. Eran estos ademas sumamente atrevidos; i, por desgracia, las circunstancias no permitian pensar en ellos sino como una loca ilusion que nadie podia llevar a cabo. La gran lójia, cediendo al principio de obediencia que sus estatutos imponian a todos sus miembros, habia trabajado en favor de San Martin; pero ni aun en el seno de aquella misteriosa asociacion habia muchos hombres que creyesen realizables los proyectos del gobernador de Cuyo, ni mucho ménos que este solo pudiese llevarlos a cabo. Sin haberlo conocido inmediatamente, los personajes mas notables de la revolucion arjentina calificaban a San Martin de mediocre, i desatendian de ordinario sus solicitudes i reclamos.

Nada de esto se ocultaba al ojo penetrante del gobernador de Cuyo. Desde Mendoza observaba disimuladamente la marcha de los sucesos que se desarrollaban en Buenos-Aires, i habia aguardado el momento para manifestar paladinamente sus planes militares. El 29 de febrero, en efecto, dirijió al gobierno jeneral de las provincias arjentinas una nota, en que esponia el gran proyecto de invadir a Chile i los medios de llevarlo a cabo, para lo cual necesitaba de la cooperacion de Buenos-Aires. Con

esta nota partió de Mendoza el doctor don Manuel Molina, hombre sagaz e intelijente, encargado por San Martin de esplicar al gobierno jeneral todos los pormenores de su pensamiento, i de desvanecer hasta los mas lijeros cargos que pudieran hacérsele en Buenos-Aires por su conducta administrativa.

El diputado Molina supo desempeñar mui bien la comision que se le confió. En sus entrevistas con el director interino, consiguió conciliar las pequeñas diferencias que existian entre el gobernador de Cuyo i la primera autoridad del estado, i manifestó claramente los proyectos de aquel i los arbitrios en que meditaba para realizarlos. Segun se espresó Molina en aquellas circunstancias, la invasion de Chile era una empresa tan difícil como se la creia en Buenos-Aires; pero San Martin tenia ya mucho trabajo avanzado para acometerla con grandes esperanzas de triunfo. Refirió con este motivo, que habia en Chile una multitud de hombres fieles encargados de comunicarle noticias exactas de este país, que lo habia calculado todo con arreglo a estas noticias i que estaba resuelto a pasar las cordilleras, burlando al enemigo, para presentarle batalla campal, o para fraccionar su ejército en guerrillas, moviendo todo el país i haciendo una guerra enteramente nacional. A todo esto agregó que San Martin necesitaba, para acometer la empresa, el consentimiento del gobierno de Buenos-Aires, algun refuerzo de tropas i un ausilio de dinero, aunque fuese mui reducido, puesto que la provincia de Cuyo estaba dispuesta a contribuir con gruesas sumas.

Los hombres que formaban el gobierno arjentino, oyeron con agrado las esplicaciones de Molina; pero no fiaron mucho en lo que decia respecto del proyecto de San Martin. Con la sola escepcion de Guido, nadie quizá creyó que pudiese realizarse tan atrevida empresa, i juzgaron conveniente negar redondamente el permiso que solicitaba el gobernador de Cuyo, mas no el todo de los ausilios que exijia. A juicio de ellos, la empresa era tan importante como difícil, i pensaban que San Martin no era el hombre capaz de llevarla a cabo ni que las circunstancias permitian hacer un esfuerzo de esta especie; pero creyeron que convenia sostener el ejército de Mendoza, ya como una base con que contar para invadir mas tarde a Chile o como un importante refuerzo para el ejército del Alto Perú. En esta virtud, Molina salió de Buenos-Aires trayendo la negativa de la solicitud de autorizacion, pero conduciendo una suma de dinero para el gobernador de Cuyo, i ademas los suficientes poderes para que éste librase contra el tesoro nacional por la suma de cinco mil pesos mensuales.

VI. Con esto solo, estaban hasta cierto punto cumplidos los deseos de San Martin. Su espíritu superior no se habia hecho muchas ilusiones acerca de los medios para realizar su pensamiento, i calculaba bien que para darle crédito i obtener la autorizacion que pedia, le era necesario marchar con mucha lentitud i mucha maña. La oposicion del gobierno de Buenos-Aires, por otra parte, era una negativa a medias, puesto que habia alcanzado un ausilio pecuniario; i como ese gobierno rejia el es-

tado interinamente, San Martin esperó contento un nuevo cambio en su personal para exijir la autorizacion i los recursos que reclamaba.

En esta determinacion, el gobernador de Cuyo siguió trabajando empeñosamente en la organizacion i disciplina de su ejército. A los recursos que se habia creado, agregó en breve otros varios para aumentar las entradas fiscales i engrosar sus tropas con nuevos reclutas, a quienes pagaba puntualmente sus sueldos. Con toda su astucia, consiguió cimentar un impuesto voluntario sobre la estraccion de vinos i licores, cuyo producto mensual alcanzó a trescientos pesos, i obtuvo de los vecinos valiosos donativos de caballos, mulas i vacas. Apelando a la jenerosidad de los mas ricos hacendados de la provincia, San Martin los llamaba a su gabinete, los trataba mui cariñosamente, i, despues de lamentar las miserias del ejército i de elojiar el patriotismo de los pueblos de Cuyo que lo sostenian, acababa por pedirles algun ausilio. De ordinario esta política surtia los mejores efectos; cada cual entregaba gustoso lo que se le pedia i quedaba mui satisfecho del cariño i atenciones que le prodigaba el poderoso gobernador de la provincia: pero cuando alguno se negaba a contribuir por su parte, San Martin sabia mui bien tocar otros arbitrios para ponerse en posesion de lo que pedia. En un largo espediente seguido por el oficial de su secretaria don Juan de la Cruz Vargas contra don Joaquin de Sosa i Lima, albacea del doctor don Juan Martinez de Rozas, se encuentra una prueba clara de lo que acaba de decirse. Pensando San Martin

que aquel corifeo de la revolucion de Chile se habria prestado, si hubiese vivido, a entregar todos sus bienes para la reconquista de este país, reclamó de su albacea una buena parte de las utilidades de una negociacion que habia establecido en compañia con la viuda de Rozas. Cerca de cuatro meses se pasaron cambiando notas i contestaciones; pero el 8 de enero de 1816, Sosa se avino a entregar la cantidad de 12,111 pesos en mercaderias i especies que sirvieron para el vestuario del ejército, o que se vendieron con ventaja para su sosten.

El cabildo de Mendoza no miraba con buenos ojos las exacciones con que se gravaba de dia en dia a los habitantes de Cuyo. Sin que tratase de oponerse abiertamente a las providencias que a este respecto dictaba San Martin, aquel cuerpo manifestó cierto disgusto, que no se ocultó al suspicaz gobernador de la provincia. En consecuencia, trató de calmar los temores que abrigaban los cabildantes, prometiendo con garantias bastante positivas i eficaces el pago de las contribuciones estraordinarias que imponia a la provincia para la organizacion i sosten del ejército. Los chilenos mas importantes que contaba la emigracion, firmaron con este motivo un convenio con el cabildo por el cual se comprometian a la devolucion de los capitales invertidos en la reconquista de su patria, tan pronto como se hubiese concluido la campaña. Una vez conseguida la libertad de Chile, ellos debian pagar al gobierno de Cuyo los gastos de la espedicion, ya con las entradas fiscales de este país, o con sus

propiedades particulares (7). Esto bastó para asegurar al cabildo de Mendoza: desde entónces no opuso dificultad alguna a los decretos de San Martin.

VII. Entónces tambien los trabajos del campamento tomaban mayor ensanche. Con un cuidado verdaderamente paternal, el gobernador de Cuyo velaba sin cesar sobre su naciente ejército, i trataba por todos medios de mantener el órden i la disciplina, i de conquistarse el aprecio i adhesion de sus soldados. Empleaba el dia i la noche en los trabajos del campamento, atendia a todas las necesidades i manifestaba un celo singular hasta en los mas pequeños detalles del equipo i de la instruccion de sus tropas. San Martin se informaba personalmente de todo; hablaba con sus soldados, se mostraba afable i cariñoso con sus oficiales i los reunia de ordinario para tratar de los asuntos del servicio público; pero no perdonaba la mas lijera falta, ni consentia en que no se cumpliese con toda exactitud las órdenes que dictaba. Su jénio organizador le granjeaba la admiracion de los oficiales superiores, i su interes para atender a las necesidades de sus soldados, el cariño i la induljencia con que los trataba hacian que estos olvidasen las duras fatigas

(7) Por grande que haya sido mi empeño para obtener una copia de este convenio, no he podido conseguirlo. Ni de Mendoza, ni de Buenos-Aires he podido conseguir un documento que parece perdido; de modo que en este particular he asentado lo poco que he podido recojer en las notas cambiadas en agosto i setiembre de 1822 entre los ministros del director O'Higgins i el señor don Félix Alzaga, encargado por el gobierno arjentino de cobrar los gastos de la espedicion. Existen estos documentos en los archivos de los ministerios del interior i de relaciones esteriores.

de un ejercicio siempre activo i vigoroso, i que lo quisiesen con pasion i entusiasmo (8).

Por medio de promesas i halagos hábilmente dirijidos, San Martin conseguia de los pueblos de su mando mucho mas de lo que debia esperarse. En Mendoza, sobre todo, los artesanos se prestaban gustosos a trabajar sin sueldo ni remuneracion en el ejército, i las mujeres de todos rangos a coser los vestuarios i a preparar hilas i bendajes para el hospital militar (9). Los otros pueblos contribuian con valiosos donativos en dinero i en especies, i mandaban regularmente sus continjentes de reclutas, que venian a recibir su instruccion en el campamento de Mendoza. Merced al entusiasmo jeneral i al empeño i constancia de San Martin, el ejército se aumentaba paso a paso i se disciplinaba con prontitud: en la revista de los primeros dias de abril, las fuerzas de su mando ascendian a 1773 hombres, sin contar con los reclutas, ni el segundo cuerpo del rejimiento núm. 11, que entónces se organizaba en San Juan.

En estos trabajos, era poderosamente ayudado por algunos hombres que le merecian toda su confianza. El brigadier O'Higgins, por su parte, se habia hecho cargo de mantener la correspondencia con Chile, i de hacer pasar a este lado de los Andes a muchos de sus compatriotas, a quienes juzgaba aptos para servir al proyecto de la reconquista. Zenteno i Las-Heras, el uno en el gabinete de la

(8) Conversacion con el jeneral Las-Heras.

(9) Conversacion con el presbitero don Lorenzo Guiraldes.

secretaria de gobierno i el otro en el campo de instruccion, servian con tanta tenacidad como provecho. Cada uno de los oficiales trabajaba con fé i entusiasmo en el cumplimiento de su comision; i no habia empeño ni circunstancia alguna que pudiese eximirlo del trabajo que se les encomendaba. Un valiente jóven irlandes, don Juan O'Brien, que servia en calidad de voluntario i con el grado de teniente en el rejimiento de granaderos a caballo, permaneció seis meses, i entre estos los mas rigorosos del invierno, estacionado en el interior de la cordillera, en el desfiladero del Mal paso, camino del Portillo: en este tiempo, once de los veinte i cinco hombres que formaban su partida perecieron helados.

En estas comisiones, San Martin estudiaba perfectamente a sus oficiales. Queria conocer a fondo a cada cual i el grado de confianza que debian merecerle, i de ordinario los empleaba con el objeto de descubrir su valor i sus inclinaciones. En el campamento de Mendoza era permitido el duelo para la satisfaccion de las injurias, i como correctivo de los cobardes i provocadores. Por encargo del jeneral en jefe, se tendian muchas veces acechanzas o se preparaban sorpresas en las altas horas de la noche a los sospechosos de cobardia; i el oficial que abandonaba su puesto delante de visiones estrañas o que no se batia con audacia i decision contra cuatro hombres que lo asaltaban en el camino, era separado el dia siguiente del servicio militar. Celebrando el aniversario de la creacion del primer gobierno arjentino, San Martin mandó hacer en la plaza de

Mendoza una corrida de toros en que debian tomar parte los oficiales de su ejército: algunos de ellos probaron este dia un arrojo temerario, i un gran desprecio por la vida. El gobernador lo observaba todo con la mas viva atencion: "Esos locos, dijo con este motivo a O'Higgins que estaba a su lado, son los hombres que yo necesito: ellos no temen a los españoles."

VIII. Entónces cabalmente la atencion de San Martin estaba tambien fija en sucesos que se desarrollaban a mucha distancia. Como se sabe, la realizacion de sus proyectos dependia en gran parte del rumbo que tomase la política arjentina; i él tenia buen cuidado de injerirse en todo para hacerla servir a sus propósitos. Desde Mendoza, el hábil gobernador de Cuyo tocaba mil resortes que iban a producir su efecto en el seno del congreso nacional.

Habíase instalado éste el 24 de marzo en la ciudad del Tucuman. La provincia de Cuyo tenia en él cuatro representantes, i le tocó a uno de ellos, a don Narciso Laprida, presidir sus sesiones. Con este motivo, San Martin mantenia en el congreso cierto ascendiente, de que él sabia aprovecharse mui bien. En su correspondencia con don Tomas Godoi Cruz, uno de los diputados por Mendoza, se deja ver claramente cual era su influjo entre muchos de los miembros de aquel cuerpo i cuales sus deseos i proyectos para dirijir la revolucion arjentina. "Hasta cuando esperamos para declarar nuestra independencia! (le dice en carta de 12 de abril.) No le parece a Ud. una cosa bien ridícula acuñar mo-

neda, tener un pabellon i cucarda nacionales, i, por último, hacer la guerra al soberano de quien en el dia se cree que dependemos? Qué relaciones podremos emprender cuando estamos pupilos, i los enemigos nos tratan de insurjentes, pues nos declaramos vasallos?.... Para los hombres de coraje se han hecho las empresas!" Estas ideas hallaron eco en el congreso del Tucuman, i produjeron la declaracion de la independencia arjentina, firmada el 9 de julio, debida en gran parte a los esfuerzos de la gran lójia de Buenos-Aires. Tres meses ántes, habia nombrado el congreso al coronel don Juan Martin Pueyrredon, director propietario de las provincias unidas.

Gobernaba interinamente entónces el estado, desde el 18 de abril, el brigadier don Antonio Gonzalez Balcarce, miembro de la gran lójia, i hombre ya mui distinguido en la historia de la independencia arjentina. Desde aquel puesto, habia segundado poderosamente al gobernador de Cuyo, ya cediendo a su propia conviccion o influenciado por los ajentes que aquel mantenia en la capital. Remitióle con este motivo "varias remesas de armamento, municiones, artilleria i otros artículos de guerra" (10), i tomó a empeño la proteccion del ejército de Mendoza. El oficial primero de la secretaria de gobierno, don Tomas Guido, le presentó entónces una larga e interesante memoria, sobre la marcha que debia imprimirse a la reconquista arjentina i sobre las inmensas ventajas que habia que esperarse de

(10) Nota de Balcarce al director Pueyrredon de 31 de mayo de 1816. Mss.

la reconquista de Chile. Con una elegancia i una claridad mui poco comun en los documentos de aquella época, Guido esponia la necesidad de emprender una campaña a este país, de donde podia mandarse una espedicion al Perú para asegurar el triunfo de la revolucion hispano-americana. Segun él, era ese el momento aparente para llevar a cabo tan importante empresa, ántes que el poder español se robusteciera con los nuevos refuerzos que venian de la península, i que aumentase el desaliento de los americanos del sur. Con la realizacion de este plan, se iba a conseguir llevar la libertad a un país amigo, i que debia ser aliado, i abrir por ese lado el comercio de que tanto necesitaban las provincias arjentinas. La insurreccion tomaba mayor vuelo; de Chile podia partir una pequeña espedicion para los puertos meridionales del Perú con el objeto de fomentar una revolucion en el Cuzco i Arequipa para distraer la atencion de los mandatarios españoles, alejándolos de las fronteras de las provincias unidas i para dar principio a una guerra de independencia bien dirijida i arreglada en aquel país. Para la realizacion de este pensamiento, no pedia de pronto grandes esfuerzos ni grandes sacrificios: solicitaba que se engrosase el ejército de Mendoza, que se le remitiese bastante armamento i que se autorizase a algunos comerciantes de Buenos-Aires para armar buques en corso, con que recorrer las costas de Chile para llamar la atencion de sus gobernantes por este lado. Apoyándose en las notas de San Martin i en las comunicaciones de los ajentes que él mantenia a este lado de los Andes, Guido decia

que la reconquista de Chile no era un imposible como se aseguraba, que los pueblos arjentinos debian hacer este último i poderoso esfuerzo, i que, aunque los sacrificios que pudiese costar fuesen mui superiores a los que él manifestaba, valia de sobra la pena de arrostrarlos para obtener tan grandes ventajas (11).

La memoria de Guido fué remitida por Balcarce al director propietario, que entónces se ocupaba en la reorganizacion del ejército del Alto Perú, acompañada de una nota en que la recomendaba encarecidamente. Recibióla con agrado el coronel Pueyrredon, estudió todos los documentos en que se apoyaba i aun se manifestó dispuesto a seguir el vasto plan de operaciones que se le trazaba, con preferencia a otro que lo tenia preocupado por entónces. Meditaba Pueyrredon una reconcentracion jeneral de todas las tropas arjentinas bajo el mando del jeneral Belgrano, para emprender una campaña en las provincias del norte, siguiendo el mismo camino que hasta entónces habian llevado los ejércitos insurjentes; pero las ventajas del plan de Guido i Balcarce lo hizo vacilar en sus determinaciones i casi decidirse por él. En una nota a este último, que lleva la fecha de 24 de junio, el director le habla de su proyecto, le dice claramente que no vacilará en adoptarlo aun con preferencia al suyo propio, i le encarga que haga salir para Mendoza un cuerpo de tropas de la guarnicion de Buenos-Aires (12).

(11) Tengo en mi poder una copia de esta interesante memoria. Fué firmada el 20 de mayo de 1816.

(12) Nota de Pueyrredon de 24 de junio de 1816. Ms.

IX. Todas estas manifestaciones, sin embargo, no calmaron las inquietudes que abrigaba San Martin sobre la realizacion de su plan. El no tenia gran confianza en el nuevo director supremo, de quien siempre habia vivido alejado, i sospechaba que sus aprestos para mantener la guerra del Alto Perú iban a producir la dislocacion completa del ejército de Mendoza. En esta intelijencia, trabajaba empeñosamente para evitar su ruina, que veia cercana.

A pesar de esto, Pueyrredon no era un hombre dispuesto a sacrificar el bien de la patria por un mero capricho. Poseia un espíritu bien dispuesto i una brillante hoja de servicios militares que le habian abierto el camino de los honores i del poder. En su juventud, fué guardia de corps de Cárlos IV, i en Buenos-Aires, su ciudad natal, habia servido como el mejor en 1806, durante la guerra con los ingleses. Cuatro años mas tarde, en los primeros tiempos de la revolucion, tenia el grado de coronel, la cruz de Cárlos III i el mando de la provincia de Córdova, que dejó para hacer la campaña del Alto Perú. En ella se distinguió mucho, particularmente en una hábil retirada de Potosí que hizo en setiembre de 1811, salvando un cuerpo de tropas i los caudales del ejército, "viajando siempre por entre enemigos, las mas veces a pié, casi siempre sin el preciso alimento, por montañas i desiertos fragosos apénas transitables, abriendo caminos conocidos por uno que otro montaraz, por una rejion cálida en estremo, i poblada de insectos ponzoñosos (13)." Desde entónces, su reputacion subió a

(13) Alguna vez se ha comparado esta retirada a la de Jenofonte;

una gran altura: fué en 1812 miembro de una junta de gobierno, diputado por Buenos-Aires al congreso de Tucuman mas tarde, i luego supremo director del estado. Su solo mérito lo habia elevado; i sus servicios a la causa de la revolucion, ya tan importantes en aquella época, iban a ser aun mas eficaces desde aquel encumbrado puesto.

San Martin, por su parte, no esperaba mucho de Pueyrredon. La primera vez que él habia aparecido en público, en octubre de 1812, fué para disolver una junta gubernativa en que éste tenia un asiento, i, sea por consecuencia de esto o por cualquiera otra causa, ambos se habian mirado siempre con frialdad. El gobernador de Cuyo no creia que el nuevo director desistiese gustoso de su plan de operaciones, i pensaba que era llegado el caso de obrar con todo su poder para alcanzar, sino el apoyo del gobierno arjentino, su consentimiento, al ménos, para emprender la reconquista de Chile. Con este propósito, San Martin, tan luego como supo la eleccion de Pueyrredon, despachó a Buenos-Aires algunos ajentes celosos i fieles a pedir armamentos, pertrechos i municiones para el ejército de su mando. Como queda dicho, el director interino Balcarce remitió cuantos ausilios tenia a su disposicion.

Sin darse por satisfecho con estas solas ventajas, San Martin se resolvió a ir en busca del director Pueyrredon para entenderse definitivamente con

i por lo que aparece en el parte pasado por Pueyrredon a la junta gubernativa en 14 de octubre de 1811, de que se copian las palabras del testo, esta operacion no es indigna del jeneral griego.

él, sobre todo lo relativo a la espedicion. Con este motivo dió al brigadier O'Higgins el mando militar de la provincia de Cuyo (14), i salió de Mendoza el 19 de junio, con direccion a la ciudad de Córdova, por donde debia pasar el supremo director para ir a Buenos-Aires a recibirse del mando. Su propósito era entónces o convencerlo con razonados argumentos sobre la necesidad de invadir a Chile, o intimidarlo mostrándole el inmenso poder que ejercia en todas las provincias arjentinas por medio de la gran lójia. Segun él, la espedicion debia llevarse a cabo por cualquier camino, con el beneplácito o a despecho del director supremo.

Venciendo grandes dificultades, i a pesar de las crudas lluvias de la estacion, San Martin llegó a Córdova el 9 de julio. Ese mismo dia Pueyrredon, en calidad de diputado por Buenos-Aires, firmaba en Tucuman el acta de la independencia arjentina, i con ella se puso en marcha para la capital. Su entrada a Córdova tuvo lugar el 15 : su entrevista con San Martin se verificó en el mismo dia, i duró desde las cinco de la tarde hasta la una de la mañana siguiente. De mil modos, siempre diversos i contradictorios, se ha contado lo ocurrido en la conferencia : háse dicho que San Martin, haciendo alarde del poder que poseia con la cooperacion de la gran lójia de Buenos-Aires, dijo a Pueyrredon que lo haria asesinar por la misma escolta que lo custodiaba si no asentia a su proyecto : algunos contemporáneos refieren que ambos se pusieron de acuerdo

(14) Nota de 18 de junio de 1816. Mss.

sin dificultad de ninguna especie, i que el director le representó únicamente la escasez de hombres i recursos para emprender una obra de aquella magnitud. La verdad es que aquellos dos grandes potentados, que hasta entónces se habian mirado con frialdad, se entendieron fácilmente desde ese dia, i se unieron por los vínculos de las sociedades secretas. Pueyrredon, dudando siempre del éxito de la empresa, le prometió su apoyo desde el alto puesto que iba a ocupar: San Martin, dando ya por asegurado su triunfo, aceptó el simple permiso que se le concedia como si este valiese un ejército numeroso.

Dos dias despues, ambos se separaron cordialmente. El director supremo, acompañado de una numerosa escolta, entró a Buenos-Aires el 29 de julio, i en medio de las mas entusiastas aclamaciones del pueblo, se recibió del mando del estado. El gobernador de Cuyo, sin séquito ni fausto, llegó a Mendoza en la tarde del 31 del mismo mes. Ambos iban a trabajar de acuerdo en la realizacion de un gran pensamiento.

CAPITULO X.

I. Engruesa su ejército San Martin con los esclavos de la provincia de Cuyo.—II. Sus arbitrios para comunicarse con los insurjentes de Chile.—III. Engaña a los indios pehuenches para hacerlos servir a sus propósitos.—IV. Nuevas intrigas de San Martin para ocultar sus planes al enemigos.—V. Imposicion de nuevas contribuciones.—VI. Trabajos del campo de instruccion.—VII. El padre Beltran i el brigadier Soler.—VIII. Dilijencias de San Martin para reconocer los caminos de la cordillera.—IX. Mision de don José Antonio Alvarez a Chile.—X. Ultimos trabajos para la organizacion del ejército de los Andes.

I. Al siguiente dia de su entrada a Mendoza, recomenzó San Martin sus trabajos de reorganizacion i disciplina del ejército. Su espíritu estaba de tal modo preocupado con esta idea que a ella sola consagraba todos sus afanes i pensamientos.

Desde algunos meses atras, proyectaba la abolicion de la esclavatura en toda la provincia de Cuyo como un arbitrio para engrosar las tropas de su mando. En diciembre del año anterior, ya San Martin habia quitado sus esclavos a varios vecinos de Mendoza para hacerlos servir en el ejército, por via de contribucion forzosa, i como castigo por ser enemigos declarados de la causa de la revolucion

americana; pero todo esto no habia alcanzado para reforzar su ejército cuanto lo necesitaba, i el gobernador de Cuyo queria hacer una recolectacion jeneral para aumentar de un modo positivo el número de sus tropas. "Si consigo esto, decia San Martin, la provincia no necesitara hacer tantos esfuerzos"; pero hasta julio de 1816 nada habia podido obtener a este respecto. Sus ajentes encontraron en este particular una gran resistencia de parte de todos los habitantes, i desesperaron de realizar el proyecto del gobernador. A la vuelta de éste, las cosas cambiaron de aspecto, merced a un ardid de su invencion. Comenzó por esparcir la noticia de haber acordado con Pueyrredon, en su entrevista de Córdoya, un proyecto para abolir la esclavatura en toda la república arjentina tan luego como alguna de las provincias diese espontáneamente el primer ejemplo; i acabó por aconsejar a sus gobernados que hiciesen este razgo de liberal jenerosidad ántes que en cumplimiento de una lei suprema les fuese obligatorio desprenderse de sus esclavos. Segun sus palabras, Pueyrredon iba a hacer en pocos dias mas lo que ántes habia hecho parcialmente el gobierno arjentino, al formar algunos batallones de negros libertos.

Desde algun tiempo atras, en los primeros dias del directorio de Alvear, en 16 de enero de 1815, el gobierno supremo de las provincias arjentinas habia tratado de enganchar para el ejército a los esclavos de propiedad de los españoles residentes en aquellas provincias, dándoles un recibo de resguardo para cubrirles despues su valor. Esto

mismo era lo que habia hecho San Martin en la provincia de Cuyo; pero faltaba mucho todavia para que estuviesen satisfechos sus deseos a este respecto. La falsa noticia que trajo a Mendoza acerca de las disposiciones del director Pueyrredon, vino a facilitarle el logro de sus proyectos.

Con esto solo, en efecto, cesaron las resistencias que hasta entónces se habian suscitado. San Martin espidió un decreto declarando la libertad de las dos terceras partes de todos los esclavos varones que se hallasen en estado de cargar las armas, i los reclutó para el ejercito con tal rijidez, que el poseedor de un solo esclavo debia contribuir con doscientos pesos en dinero, como valor de los dos tercios de su precio, si queria conservarlo en su poder. A pesar de esto, todos los esclavos, aun los salvados de la conscripcion, podian alcanzar su libertad con solo ofrecerse para el servicio de las armas. Desde entónces el ejército de Mendoza obtuvo un considerable aumento de soldados robustos i vigorosos, capaces de arrostrar los mayores peligros.

II. A este se siguieron otros trabajos de igual importancia, no solo para organizar i aumentar su ejército, sino tambien para ocultar sus designios al enemigo. Para esto, se habia creado una falanje de fieles servidores que le comunicaban desde Chile todas las ocurrencias del reino, i lo ayudaban poderosamente a descubrir a los espias que Marcó hacia llegar a Mendoza. Entre sus corresponsales, habia hombres de todas condiciones, i no pocas mujeres bien emparentadas en la capital: una de éstas, doña Agueda Monasterio, que despues tuvo

que sufrir infinitos vejámenes de parte de los mandatarios realistas, comunicaba a San Martin todo cuanto sucedia en Santiago, con tal acopio de pormenores i detalles que lo tenia al corriente hasta de las mas insignificantes ocurrencias de los cuarteles.

Cuando su ejército se hubo puesto bajo un pié respetable para emprender la campaña, i cuando los primeros dias de la primavera comenzaron a deshacer las nieves de la cordillera, San Martin redobló su actividad para hacer llegar a Chile las noticias que convenian a su propósito. El paso de los Andes a la cabeza de un buen ejército era una empresa que debia meditarse mucho; i el gobernador de Cuyo pensaba mui bien que sólo podria emprenderla con esperanzas de buen éxito empleando la maña i la astucia para desconcertar a sus enemigos. A fin de conseguirlo, él descubrió dos arbitrios: organizar i fomentar sublevaciones parciales en todo el territorio chileno, i ocultar a Marcó su plan de campaña, anunciándole falsas noticias, para mantenerlo constantemente engañado, i obligarlo a dictar órdenes que favoreciesen la realizacion de sus proyectos.

Con este propósito, San Martin se convino con los insurjentes que vivian ocultos i dispersos en todo el territorio conquistado, les dió algunas instrucciones, los estimuló a ponerse de acuerdo, i mandó salir de Mendoza a varias personas bien relacionadas en los pueblos i campos de Chile, con encargo de ponerse a la cabeza de movimientos simultáneos, para llamar la atencion de los mandatarios españoles por muchos puntos a la vez. Estos

comisionados habian comenzado a salir de Mendoza a principios de 1816, i aun en lo mas rigoroso del invierno cruzaban ellos las cordilleras conduciendo armas i municiones con que organizar sus bandas.

III. Para ocultar su plan de operaciones, San Martin trabajó largamente. Como si no le bastase el poderoso ausilio que le prestaban sus espias de Chile, i los españoles que, sin saberlo, comunicaban a Marcó cuanto él queria, el gobernador de Cuyo adoptó un vasto sistema de política para hacer llegar a este lado de los Andes las noticias que le convenian. Aprovechándose del nombre de algunos españoles, i de la sencillez i candor de otros, él urdia mil intrigas que sabia conducir a su desenlace.

En esta obra, San Martin discurrió un injenioso medio para engañar a sus enemigos de Chile. Esplotando la perfidia natural de los indios pehuenches, que pueblan el teritorio del sur de la provincia de Cuyo, se propuso manifestarles gran confianza, i finjir que les descubria sus proyectos, para que ellos los comunicasen a Marcó, en la persuacion de que le prestaban un importante servicio. Para manejar bien este doble engaño, se necesitaba de mucha astucia i mucho pulso.

En los primeros dias de setiembre, hizo San Martin todos los preparativos para un solemne parlamento con aquellos indios. Por medio de citaciones hábilmente dirijidas, encargó a los principales caciques que se reuniesen en las inmediaciones del fuerte de San Cárlos, situado treinta leguas al

sur de Mendoza; i despachó para aquel punto grandes cantidades de licores espirituosos i muchos presentes con que pensaba obsequiarles. El mismo se puso en marcha para celebrar la entrevista, acompañado de un buen piquete de tropa i de algunos jefes de su confianza. Representando perfectamente su papel, el gobernador de Cuyo dió al parlamento todas las solemnidades de estilo entre aquellos salvajes: les habló en nombre de la patria i de la fraternidad que debia ligarlos con él, les repartió los presentes que llevaba preparados, i acabó por pedirles su consentimiento para cruzar las cordilleras por su propio territorio, a fin de entrar en Chile por las provincias meridionales. Con este motivo, San Martin finjió mañosamente que les descubria todo su plan de campaña: les habló de sus proyectos con una aparente franqueza, i les anunció que desde entónces quedaban preparándose unos puentes portátiles de madera para atravesar el rio Diamante, i poder así penetrar en Chile por las cordilleras de Chillan (1).

No se necesitó de mas para engañar a los indios pehuenches. Aunque maliciosos por carácter, ellos dieron entero crédito al gobernador de Cuyo, i aparentaron ofrecerse gustosos a favorecer sus proyectos. El parlamento duró ocho dias: al cabo de ellos, San Martin dió su vuelta a Mendoza, i los pérfidos indios, despues de recojer los presentes que se les habian obsequiado, comenzaron a moverse para anunciar a las autoridades de Chile los planes

(1) En las memorias del jeneral Miller, tomo I, cap. 4.º, hai una minuciosa descripcion de este parlamento.

que se les acababa de comunicar. Con esto solo estaba conseguido el propósito de San Martin: "Un gran mal me habrian hecho esos miserables, decia este hábil político, si hubieran sido fieles en esta vez: ellos me traicionaron, i así me sirvieron mejor que si me hubieran sido leales."

IV. Apénas llegado a Mendoza, recomenzó sus trabajos de organizacion del ejército, i los demas aprestos para ocultar perfectamente sus planes de invasion. Habia establecido un vasto sistema de espionaje, i contaba entre sus partidarios con una numerosa falanje de astutos i fieles servidores. Desde su tienda del campamento, estaba al corriente de todos los manejos de Marcó para descubrir sus planes; i, lo que parecerá mas singular, nunca penetró en el territorio de la provincia de Cuyo un solo emisario, un solo espia de los mandatarios de Chile, sin que él lo descubriese i lo obligase a servir a sus proyectos.

La tradicion ha conservado el recuerdo de las infinitas astucias de que se servia San Martin para manejarse en aquellas circunstancias. En una ocasion, sorprendió a un emisario que conducia algunas cartas para varios españoles de Mendoza; pero finjiendo ignorar todo lo que ocurria, dejó en libertad al ajente de Marcó hasta el momento mismo en que se preparaba para volver a Chile con las contestaciones de sus enemigos. Apresólo entónces, llamó a su presencia a las personas que las habian firmado i los amenazó formalmente con el último suplicio, en castigo de su intelijencia con las autoridades enemigas, si no se avenian a escribir otras

cartas en mui diverso sentido. Viéndose así envueltos en un asunto tan grave, ellos escribieron i firmaron cuanto quiso San Martin, quien se encargó de hacer llegar a Chile su correspondencia. Como es fácil comprender, esas cartas que estaban concebidas para engañar a Marcó, surtieron todo el efecto que se propuso el autor de esta intriga.

Con arbitrios semejantes, el gobernador de Cuyo hizo llegar a Santiago la noticia de haber salido de Buenos-Aires una escuadrilla insurjente, con destino a los puertos del sur de Chile. Cuando Marcó queria saber mas detalles acerca de los proyectos de su enemigo, se encontró nuevamente envuelto por los injeniosos ardides de San Martin. Todas las cartas que recibia estaban conformes en el fondo i en los pormenores; pero se le anunciaban por ellas tan grandes sucesos, que de ordinario se hallaba irresoluto i perplejo, sin saber qué medidas tomar.

La correspondencia que San Martin habia seguido a nombre de Castillo Albo, se encontró súbitamente cortada a mediados de octubre. El presidente de Chile que daba entero crédito a esas cartas, quiso reanudarlas, i despachó a Mendoza a uno de sus mas fieles ajentes; pero éste cayó en manos de los guardias de cordillera que tenia San Martin, i fué a parar a la cárcel de Mendoza. Allí encontró a un soldado, que, finjiendo un gran odio a los jefes insurjentes, le ganó su confianza, i le arrancó la carta para irla a entregar al mismo Castillo Albo, segun él decia. Tan luego como la tuvo en su poder, San Martin hizo comparecer a su presencia a

Castillo Albo para reprocharle asperamente su conducta por haber mantenido comunicaciones con el presidente de Chile, como se dejaba ver por la carta misma de Marcó. De los reproches pasó a las amenazas; i, poniéndole una pistola al pecho, le mandó que firmase una carta que San Martin habia hecho escribir a uno de sus secretarios. Inútiles fueron entónces las protestas del inocente Castillo Albo: el gobernador de Cuyo parecia indignado por aquella traicion de que lo acusaba, i supo imponerle miedo i obligarlo a ceder. El resto de la tramolla fué perfectamente ejecutada; la carta de San Martin llegó a Chile, i vino a producir mayor confusion en la camarilla del presidente Marcó.

Entónces cabalmente habia tomado San Martin mil providencias, para evitar toda comunicacion con el territorio ocupado por el enemigo. Por nota de 28 de setiembre mandó publicar un bando por el cual confinaba a la provincia de San Luis a "todo español, portugues i demas estranjeros i así mismo americanos enemigos de la causa", a fin de impedir toda comunicacion a la época de la reapertura de los caminos de cordillera (2).

V. No era menor la actividad del gobernador de Cuyo para organizar i equipar su ejército. Cuando ya se acercaba el momento de abrir la campaña, San Martin no queria darse un solo momento de descanso, i dictaba todo jénero de providencias para atender al equipo de sus tropas. Por nota de 22 de octubre, mandaba a sus subalternos que comprasen

(2) Nota de San Martin a los gobernadores de Mendoza, San Luis i San Juan de 28 de setiembre de 1816. Mss.

novecientos caballos a los vecinos de Mendoza i San Juan, con tal que no excediesen del precio de seis pesos : el valor de estos debia cubrirse "con el descuento de derechos, de modo que a los vendedores se reciba en la aduana las papeletas que por esta compra se les diere, para que con ellas salden las cantidades que hubiesen de integrar (3)."

A esta contribucion se siguieron otras mas gravosas quizá que la anterior. Sin muchos miramientos, el gobernador de Cuyo hacia recojer de entre los vecinos especies i víveres para el equipo i mantencion del ejército, i usaba con el mismo objeto de las limosnas que recaudaban las órdenes relijiosas. Como todo esto no bastaba para aquella obra, vendió una parte de las propiedades fiscales, realizó los fondos del colejio, aplicó al sosten del ejército todas las entradas de la provincia, e impuso gruesas contribuciones a los españoles o americanos desafectos a su causa. Por acuerdo de 23 de noviembre, se decretó ademas un empréstito forzoso que le produjo hasta 27,000 pesos. Los libros de la contaduria del ejército prueban cuan grandes fueron los sacrificios de la provincia de Cuyo, i cuan exijente era San Martin para llenar la caja militar.

El gobierno de Buenos-Aires, por su parte, contribuia mensualmente, durante los últimos meses de 1816, con la cantidad de 20,000 pesos, que recojia en la capital un emigrado chileno, don Hipólito Villegas, en calidad de apoderado de la provincia de Cuyo.

Preciso es decir que el producto de tanta contri-

(3) Notas de San Martin de 22 de octubre de 1816. Mss.

bucion era aplicado con perfecta escrupulosidad i economía en el sosten del ejército. Las tropas de San Martin estaban bien equipadas; se atendia a todas sus necesidades, i se empleaba grandes sumas en las composturas de armamentos i demas útiles de guerra. Hasta hoi, la América no ha tenido un ejército montado en mejor pié.

VI. La disciplina estaba perfectamente cimentada, i un constante ejercicio tenia al soldado continuamente sobre las armas. Desde algunos meses ántes de abrirse la campaña, el ejército estaba en perfecto pié de guerra: los jefes i oficiales, animados del entusiasmo que sabia inspirarles San Martin no desmayaban ante los mas rudos i fatigosos trabajos, i pasaban gustosos el dia i la noche contraidos al cumplimiento de sus deberes.

En el campamento de Mendoza el tiempo estaba ventajosamente distribuido. Antes de amanecer, a las cuatro de la mañana, un cañonazo anunciaba la formacion de todos los cuerpos del ejército: de ellos se destacaban partidas de descubierta, como si se estuviese al frente del enemigo, i, despues de un corto descanso, se comenzaba el ejercicio por compañias, que duraba hasta las nueve. Durante las horas de calor, la tropa tenia algun tiempo de descanso, pero se ocupaba tambien en los trabajos de armar monturas, coser vestuario, preparar las municiones i limpiar el armamento. Estas ocupaciones se suspendian a las tres de la tarde, hora en que los jefes hacian maniobrar a sus cuerpos hasta ponerse el sol, o hasta avanzada la noche, si se los permitia la luz de la luna.

En el campamento reinaba la moralidad i la subordinacion, a pesar de que la tropa i oficiales recibian únicamente una parte de su sueldo. Para evitar todo contajio de corrupcion, San Martin vivia en el campamento con sus jefes i oficiales, a quienes permitia mui pocas veces pasar al pueblo de Mendoza. Con no menor tino, habia sabido despertar en la tropa el espíritu relijioso: miéntras los cuerpos estaban formados, los capellanes hacian lijeras pláticas, en que mañosamente entrelazaban los intereses de la revolucion americana con el nombre de Dios, i exhortaban a la obediencia i a la subordinacion.

San Martin era el primero en dar un provechoso ejemplo de celo i actividad. Desde ántes de amanecer estaba en pié recorriendo el campo de instruccion para observar el cumplimiento de sus órdenes. Se habia propuesto enseñar a sus soldados a obrar maquinalmente, instruirlos con minuciosidad i cuidado i acostumbrarlos a las fatigas de la guerra para que nada tuviesen que estrañar en la campaña. Por grandes que fuesen los trabajos i molestias que era preciso tomarse, San Martin no desmayaba un instante. Con un tino superior preveia hasta las mas insignificantes necesidades de su ejército, i convertia en ventaja todas las dificultades i obstáculos con que tropezaba.

VII. Para esto tambien encontró mui poderosos ausiliares entre algunos jefes i oficiales que servian bajo sus órdenes. Es este el caso de recordar a un fraile chileno que habiendo colgado los hábitos para abrazar la carrera de las ar-

mas, logró prestar importantes servicios a su patria.

Era éste don Luis Beltran: en su juventud habia entrado en la vida monástica en el convento de San Francisco de Santiago. Por una inclinacion natural i sin estudios prévios, se habia contraido a la fabricacion de cohetes i fuegos de artificio i habia hecho curiosísimas observaciones sobre los efectos i alcance de la pólvora. Apénas organizado el primer ejército nacional en 1811, frai Luis Beltran se introdujo en el cuartel de artilleria de la capital, i contrajo amistad con los oficiales de esta arma: allí pasaba horas enteras observando el montaje de los cañones, i examinando los instrumentos usados para la fabricacion de proyectiles. En pocos dias lo aprendió todo; i, por mera entretencion, trabajaba bombas i metralla, i manejaba los cañones como un artillero esperimentado. Su pasion favorita lo llevó al sur a la época de la campaña del jeneral Carrera: en ella desplegó un valor estraordinario i prestó mui buenos servicios como oficial voluntario de montaje. Cuando a la época de la suspension del sitio de Chillan, se trató de hacer reventar un cañon de a veinte i cuatro, el padre Beltran se encargó gustoso de esta operacion, que nadie sino él habria podido ejecutar despues de la muerte del mayor Oller.

Despues de la pérdida del país, el padre Beltran habia cruzado los Andes llevando sobre sus hombros un saquito de herramientas, con que pensaba ganar la vida, segun él mismo decia. Eran esas herramientas los instrumentos mas necesarios para la fabricacion de proyectiles: con ellos se presentó a San Mar-

tin a ofrecerle sus servicios, i desde luego entró a ocupar el puesto de capitan de artilleria del ejército que entónces se organizaba. Como era de suponerse, sus conocimientos fueron de gran importancia: se encargó de la direccion de la maestranza, cuidó de preparar las municiones i discurrió mil injeniosísimos arbitrios para acomodarlas a fin de que nada sufriesen en la dilatada marcha por que iba a comenzar la campaña.

Debe recordarse tambien en este lugar el nombre del brigadier don Miguel Estanislao Soler, a quien el gobierno de Buenos-Aires habia nombrado en 15 de setiembre de 1816 cuartel maestre i mayor jeneral del ejército de los Andes. Este valiente militar contaba en aquella época 37 años de edad; i ya habia alcanzado una alta reputacion entre sus compañeros de armas. De él se contaban infinitos rasgos de valor, ejecudos durantes las diversas campañas de la banda oriental, i todo el mundo le reconocia una singular laboriosidad para los trabajos de instruccion. En el campamento de Mendoza, le fueron estas dotes de mucha importancia: Soler trabajó alli con gran decision i eficacia, i alcanzó toda especie de distinciones de parte de San Martin.

VII. El gobierno de Buenos-Aires, por otro lado, secundaba entónces perfectamente todos los trabajos del gobernador de Cuyo. A fin de darle mayor importancia entre sus gobernados, el director Pueyrredon le concedió en 17 de octubre "las facultades propias del empleo de capitan jeneral de provincia, con el tratamiento de excelencia anexo a él, a fin de que investido de este nuevo carácter se

espida mas fácilmente en los altos encargos que la patria le ha confiado."

Con estas facultades, San Martin dictaba órdenes de todo jénero en la seguridad de que debian ser obedecidas, i que habia de encontrar apoyo en el gobierno del estado para hacerlas cumplir. Por varios decretos hizo reunir todas las milicias de la provincia de Cuyo para ocuparlas en la conduccion de víveres i equipajes hasta las gargantas de la cordillera, en donde mantenia guardias, o para emplearlas en el cuidado de las caballadas del ejército.

Algunos oficiales de su estado mayor, entretanto, se internaban en los pasos de cordillera, para inspeccionar i reconocer los caminos que debia seguir el ejército. Uno de esos oficiales, don Antonio Arcos, español al servicio de los insurjentes arjentinos que habia hecho en su patria los estudios de injeniero, le sirvió mucho en aquellas circunstancias. Recorrió la mayor parte de esos caminos, reconoció los pasos difíciles i se impuso de las dificultades que era preciso vencer; pero, como es fácil sospechar, no le fué posible internarse en el territorio chileno.

Entre los oficiales de su ejército, habia muchos que conocian perfectamente el camino de Huspallata, el mismo que habia seguido la emigracion chilena para llegar a Mendoza; pero segun su plan de operaciones, San Martin queria hacer inspeccionar el camino de los Patos, situado diez leguas mas al norte, i reconocer los campos que median entre las gargantas de cordillera i el pueblo de San Felipe de Aconcagua. El gobernador de Cuyo conocia estas localidades por las relaciones contradictorias e in-

ciertas de los vaqueanos; pero el queria noticias fijas, basadas en la intelijente inspeccion de un injeniero. A primera vista, esto parecia absolutamente imposible; mas el astuto San Martin supo sobreponerse a las circunstancias, i hacer el reconocimiento que deseaba, valiendose de un espediente injeniosísimo.

IX. Tenia a su lado, en calidad de oficial de la secretaria de gobierno, a un jóven capitan de artilleria llamado don José Antonio Alvarez Condarco. Habia seguido este la carrera de injeniero, i habia servido en las primeras campañas de la revolucion arjentina en el Alto Perú. Durante el año de 1813 estuvo en Chile en calidad de oficial del batallon de ausiliares cordoveses que mandaba el coronel Balcarce; pero al principio de la campaña en que iba a servir este cuerpo, fué despachado a las provincias arjentinas conduciendo comunicaciones, i habia quedado en Mendoza, en donde entró a servir mas tarde en la secretaria de gobierno. San Martin tenia plena confianza en él, i en mas de una ocasion lo habia empleado en importantes comisiones del servicio público. Ahora concibió la idea de mandarlo a Santiago en reconocimiento del camino que debia andar el ejército.

Para esto le dió San Martin el cargo de parlamentario, i le confió una nota dirijida al presidente de Chile, acompañándole el acta de la independencia arjentina, que algunos meses antes habia declarado el congreso del Tucuman. Con este encargo, Alvarez se puso en marcha en los primeros dias de diciembre, atravesó la cordillera por el camino de

los Patos, i, dándose infinitas trazas, siguió su viaje por el territorio de Chile, observando cuidadosamente todo cuanto le convenia, apesar de la vijilancia con que velaban sobre él los soldados españoles, a quienes se presentó en el primer cuerpo de guardia. Burlando las medidas que estos tomaban para impedirle que hiciese el reconocimiento necesario, el pretendido parlamentario logró sacar de su viaje todo el provecho posible.

Alvarez entró a Santiago el 11 de diciembre, e inmediatamente fué conducido delante del presidente de Chile. Marcó esperaba entónces que la mision del parlamentario tuviese un objeto enteramente pacífico, i que en vez de venir a notificar el acta de la independencia arjentina viniese a anunciar un cambio completo en la marcha de aquella revolucion, i a solicitar de él que intercediese para alcanzar el perdon de las pasadas faltas. Como es fácil comprender, tan duro desengaño irritó altamente al presidente de Chile; i sin duda su rabia habria costado caro al parlamentario Alvarez, si Marcó no hubiese tenido que temer por la suerte de los españoles que residian en la provincia de Cuyo. Aconsejado por esta consideracion, se mostró afable i atento con Alvarez, i, sospechando que este pudiese comunicarse con los insurjentes que habia en Chile, mandó que se le hospedase en la casa de el comandante de dragones don Antonio Morgado.

Dos dias despues, el 13 de diciembre, hubo en Santiago una gran celebracion para quemar el acta de la independencia arjentina. El auditor de gue-

rra, don Prudencio Lazcano, que fué consultado sobre este particular, espuso que debia considerarse esa pieza "como un billete infame i denigrativo de la alta soberania de los reyes de España," i que debia ser quemada "en pública plaza por mano del verdugo" como contraria a "los principios que la naturaleza, la relijion i el rei prescribieron." En esta virtud, concurrieron a la plaza principal a las seis de la tarde de ese dia todas las tropas de la guarnicion i una inmensa multitud de curiosos a presenciar aquella ridícula ceremonia.

Despues de esto, el presidente creyó que era llegado el caso de despachar a Alvarez, para impedir que se impusiese de las ocurrencias de Chile. En esta resolucion, despidió al parlamentario, i lo puso en marcha acompañado de una corta partida de tropa. En este segundo viaje, Alvarez supo aprovecharse de las circunstancias para seguir observando las localidades que queria conocer. Se le obligó a repasar los Andes por el paso de Huspallata, lo que le permitió observar en un solo viaje los dos caminos que San Martin queria inspeccionar. A su vuelta a Mendoza, pudo no solo dar a su jefe muchas noticias sobre las localidades, sino tambien levantar un lijero croquis del terreno que debia ser teatro de las operaciones militares.

X. San Martin, entretanto, no se habia descuidado un solo momento en aprestarse para la campaña. Desde mediados de diciembre, habia comenzado a tomar todas sus providencias para dividir su ejército en tres cuerpos principales, aparte de algunas divisiones que debian obrar separadamente.

Segun este arreglo, el brigadier Soler debia mandar la division de vanguardia, el jeneral O'Higgins la del centro, i el mismo San Martin el tercer cuerpo. Cada una de estas divisiones tenia un pequeño estado mayor, un cirujano, un proveedor i un comisario de ejército; i a cada una de ellas se le repartió armamento i municiones no solo en la cantidad necesaria para la tropa que la componia, si no tambien un buen repuesto para atender a todas las necesidades i exijencias de la campaña (4). Desde el 26 de ese mes, O'Higgins dejó la presidencia de la comision militar, que hasta entónces habia servido, para contraerse esclusivamente a los trabajos del ejército.

El padre Beltran, entretanto, trabajaba sin cesar en la construccion de carros i cureñas para conducir la artilleria por los escarpados desfiladeros de la cordillera. Con este objeto, construyó una especie de carros mui angostos puestos sobre cuatro ruedas bajas, a las cuales se dió el nombre de zorras. Eran de un trabajo ordinario, pero tenian toda la solidez necesaria. Sobre estos carros se colocaban los cañones de batalla i los obuses, que formaban el parque del ejército de los Andes. Esos carros debian ser conducidos por mulas; miéntras las ruedas i cureñas, desarmadas cuidadosamente, marchaban encajonadas. Con estos trabajos preparatorios, San Martin vencia desde Mendoza las mas grandes dificultades que debia encontrar la espedicion.

(4) Tengo en mi poder el inventario del armamento de repuesto de la division de O'Higgns. Lo publico entre los documentos justificativos bajo el núm. 9.

A fines de diciembre, todo estaba pronto en el campo de instruccion para romper la marcha. El ejército era formado de cuatro batallones de infanteria, que componian una fuerza de tres mil hombres. Eran estos el núm. 7 que mandaba el teniente coronel don Pedro Conde, el 8, i el 11, a las órdenes de los comandantes Cramer i Las-Heras. El segundo cuerpo que se habia organizado en San Juan para elevar a rejimiento a este último, formaba entónces el batallon de cazadores, que mandaba el teniente coronel don Rudecindo Alvarado. Las fuerzas de caballeria eran formadas por 600 hombres del rejimiento de granaderos a caballo, que obedecian al teniente coronel Zapiola. La artilleria, compuesta de diez cañones de a seis, dos obuses de cinco pulgadas i cuatro piezas de montaña de a cuatro, servidos por 300 hombres, estaba confiada al teniente coronel don Pedro Regalado de la Plaza.

A estas tropas se les habian reunido mil doscientos milicianos de caballeria, i ciento veinte barreteros, encargados de las composturas del camino. Los milicianos debian servir en la conduccion de víveres i municiones, i en el cuidado de las caballadas del ejército. Contando con ellos, las fuerzas que mandaba San Martin montaban a 5,200 hombres de todas armas.

Las provisiones i aperos correspondian sobradamente a la fuerza real de aquel ejército. En el campamento se habia construido puentes portátiles para el paso de los rios i barrancos, se habia organizado excelentes hospitales de campaña, i se habia

reunido i preparado 2,000 tiros de cañon i 900,000 cartuchos de fusil. El ejército contaba con cerca de 10,000 mulas de silla i carga para el paso de los Andes, con 1,600 caballos para el servicio de campaña i con cerca de 600 reses para la mantencion de la tropa. Las provisiones estaban calculadas para quince dias de marcha al travez de las cordilleras, i habia ademas un considerable repuesto que debia dejarse en varios puntos del camino para el caso de un desastre.

La prevision de San Martin habia ido mas allá todavia. Con un celo estraordinario, habia aglomerado un inmenso acopio de forrajes para la mantencion de las caballadas del ejército, i habia cuidado empeñosamente hasta de las mas insignificantes exijencias de sus tropas. Por decreto de 25 de diciembre, mandó recojer de las casas particulares todos los fragmentos de piedras de destilar que se encontrasen, a fin de hacerlos servir en calidad de piedra pómez, para limpiar el armamento del ejército. Por otro decreto, dado algunos dias ántes, mandó igualmente recojer todo el orillo de paño que se encontrase en las tiendas i en las sastrerias de Mendoza, con el objeto de convertirlo en suspensorios de las alforjas que distribuyó a todos los soldados de su ejército.

Los cuidados que San Martin dispensaba a sus tropas eran verdaderamente paternales. La calidad de los víveres reunidos era no solo buena, sino excelente. La galleta era de buena harina, el charqui era fresco i bien acondicionado ; i habia reunido 113 cargas de vino para repartir a su tropa duran-

te la marcha, a racion de una botella por cabeza (5).

Con todas esas medidas, San Martin se habia preparado para abrir la campaña. Sus planes eran bien combinados, sus aprestos estaban hechos a su entera satisfaccion, de modo que solo le faltaba dar la voz de mando para romper la marcha.

(5) Para la relacion de estos sucesos, he tenido a la vista una gran cantidad de documentos copiados de los archivos del gobierno de Mendoza, i de los que forman parte de los papeles i despachos de los jenerales O'Higgins i Las-Heras. Con ayuda de estos, he podido descubrir mil incidentes enteramente desconocidos u olvidados, i dar a esta parte de mi trabajo el interes de la novedad. Debo recordar aqui tambien cuanto debo a la bondad con que algunos antiguos oficiales del ejército de San Martin se han prestado a ilustrarme con sus recuerdos El jeneral Las-Heras, entre ellos, me ha ayudado tan eficazmente que puedo decir que a él le debo una buena parte del gran acopio de noticias que contienen mis capítulos sobre la organizacion del ejército de los Andes, i demas sucesos ocurridos en Mendoza.

CAPITULO XI.

I. Marcó dá a los españoles el mando de los cuerpos de su ejército.—II. Sus medidas para impedir toda comunicacion con los enemigos de Mendoza.—III. Sus trabajos para equipar sus tropas.—IV. Promulgacion de la real cedula de indulto: no se le dá cumplimiento.—V. Padecimientos de los presidarios de Juan Fernandez.—VI. Esfuerzos de Marcó para captarse la voluntad de los indios araucanos.—VII. Sus primeros trabajos para resistir una invasion.—VIII. Temores de una escuadra enemiga.—IX. Marcó crea una nueva contribucion.

I. Por grandes que fueran los temores que los enemigos interiores inspiraban en el ánimo de Marcó, eran sin duda mucho mayores los que le infundía el ejército de Mendoza. De todas partes llegaban al presidente noticias a cerca de los grandes aprietos de San Martin; su espíritu pusilánime aceptaba los informes mas vagos i contradictorios, obligándolo a conducirse en todo con una debilidad ridícula.

Desde el principio de su gobierno, Marcó habia pedido sin cesar refuerzos de tropas para engrosar su ejército, manifestando sin reboso los temores que abrigaba. "Son mui vastos, decia al secretario de estado i del despacho universal de Indias en 4 de

enero de 1816, al anunciarle su arribo a Chile i su recibimiento del gobierno, los objetos que presenta este país en pié de guerra con los insurjentes atrevidos de Buenos-Aires por el dilatado cordon de mas de cuatrocientas leguas de los Andes i cordillera que ofrecen paso i es imposible resguardar por todos puntos. Esto obliga en mucha parte a depender de los ausilios del virrei de Lima. Yo los solicitaré en sus casos, i espero seguros los del actual segun su magnanimidad e infatigable celo, i la buena armonia i adhesion que procuraré observar en todo con su autoridad; i aunque esta correspondencia i socorro de los jefes superiores i gobiernos de América es conforme a sus leyes municipales, estimo por conveniente que S. M. la encargue por órden especial al virreinato para nuestra mayor satisfaccion: sírvase V. E. hacerlo presente a S. M. miéntras que sucesivamente iré dando parte de los particulares designios de su real consideracion para el cumplimiento de sus reales órdenes que se sirva V. E. comunicarme (1)."

De estas exijencias, el presidente pasó a otras mas estravagantes aun. Cediendo al influjo de los españoles que componian su camarilla, Marcó manifestaba la mas alta desconfianza por todos los oficiales i soldados chilenos que servian en su ejército; i en sus notas al virrei del Perú i a los ministros del monarca español les pedia sin cesar nuevos refuerzos de tropas, agregando siempre que fuesen compuestos de peninsulares. Consecuente con esta

(1) Nota de Marcó, etc., etc. Mss.

política, separaba cuidadosamente a todos los jefes chilenos del mando de los cuerpos de su ejército, i colocaba en ellos a algunos oficiales españoles de escaso mérito, en quienes creia descubrir una fidelidad a toda prueba. Para esto, Marcó no tenia en cuenta los buenos servicios, los honrosos antecedentes i la conocida lealtad a la causa del rei de algunos de esos jefes: cediendo solo a instigaciones ajenas obraba arbitrariamente, i hacia un alto desprecio de la justicia. El coronel Roa, comandante del batallon de Concepcion, dejó el mando del cuerpo el 7 de julio para entregarlo al capitan español don Juan José Campillo, a quien deseaba elevar el presidente. Pocos dias despues, los comandantes don Manuel Santa María i don Clemente Lantaño fueron destinados a las comandancias de armas de Coquimbo i de Chillan, para entregar el escuadron de dragones, que mandaba el primero, i el batallon de Chillan, que mandaba Lantaño, al teniente coronel de Talavera don Antonio Morgado i al capitan del mismo cuerpo don José Alejandro (2); i algunos meses mas tarde, el comandante del batallon de Valdivia don Juan Nepomuceno Carvallo, que habia hecho todas las campañas de 1813 i 1814, tuvo que dejar el mando de su cuerpo en manos del capitan de Talavera don José Piquero, para ocuparse en calidad de inspector subalterno de milicias del partido de Rancagua (3). Algunas de estas remociones valian en verdad un ascenso; pero

(2) Decretos de 6 i 7 de julio de 1816. Mss.

(3) Decreto de 17 de diciembre de 1816. Mss.

Marcó no tenia otro propósito al decretarlos que rodearse de hombres fuertemente odiados de los insurjentes por su nacionalidad i por los excesos i crimenes que habian cometido.

II. Siguiendo esta política, se proponia sin duda Marcó impedir que las ideas revolucionarias halagando el corazon de los chilenos, tuvieran en los cuarteles de sus tropas; pero las ciscunstancias reclamaban de parte suya otros trabajos de mui distinta especie, i por cierto que el presidente no se mostró inactivo i neglijente para defender a Chile contra el espíritu de insurreccion. Si sus trabajos no le daban mejores resultados, preciso es atribuirlo a la torpeza que distinguia a todos sus actos i al talento con que trabajaban sus enemigos.

Al ocupar el primer puesto del gobierno, el presidente encontró el país invadido por los emisarios i ajentes de San Martin. Marcó no sabia distinguirlos, pero a él no se le ocultaba la existencia de trabajos organizados para mantener una correspondencia seguida entre los insurjentes de Chile i los de Mendoza i para fomentar el descontento contra las autoridades. Sus primeras providencias a este respecto fueron dirijidas a impedir toda comunicacion, guardando bien los pasos de cordillera, i a remitir espias al otro lado de los Andes, con encargo de tenerlo al corriente de cuanto hacia i preparaba San Martin. Por fortuna, era este demasiado precavido para dejar sorprender sus secretos por los ajentes de Marcó.

Esta absoluta falta de noticias ciertas, por una parte, i las intrigas de San Martin para engañar

a sus enemigos, por otra, mantuvieron al presidente de Chile en continua alarma desde el principio de su gobierno. Sus providencias dejan traslucir la perplejidad en que desde entónces se hallaba su espíritu, i ponen de manifiesto su torpeza para gobernar en aquellas circunstancias. Temiendo ver a los insurjentes pasar la cordillera a principios de 1816, Marcó dispuso que se descompusiese el camino de Huspallata, que habia costado muchos miles de pesos, para que no pudiesen pasar dos hombres de frente, i, como si no bastase una sola órden, repitió sus decretos, encargando al comandante militar de Aconcagua que reprendiese severamente al encargado del trabajo, por no haber cortado el camino tanto como él deseaba (4). A pesar de todos sus esfuerzos, el paso quedó transitable para los audaces soldados de San Martin.

En estas medidas se ve el resultado claro i lójico de la política debil e incierta de Marcó. Oyendo los consejos de todos, cediendo a las indicaciones de hombrecillos sin antecedentes ni conocimientos militares, el presidente cometia desaciertos a cada paso, i mandaba descomponer el camino de cordillera que ménos dificultades ofrecia a los viajeros, i descuidaba los otros pasos, en donde habia mayores trabajos que vencer.

III. Tan luego como las nieves del invierno cubrieron todas las veredas i boquetes de los Andes, Marcó contrajo su atencion a la organizacion de nuevos cuerpos de milicias, i a la instruccion i equi-

(4) Nota del 28 de febrero de 1816. Mss.

po de sus soldados, a fin de prepararse para el siguiente verano. Con este propósito, dictaba órdenes de todo jénero para engrosar su ejército en cuanto le fuese posible, i para mantener contentos i sumisos a los jefes i oficiales de sus cuerpos.

Desde luego, encontró un obstáculo casi insubsanable en la gran escasez de recursos militares que habia en Chile. El armamento bastaba apénas para el ejército, miéntras las milicias provinciales no poseian mas que unos cuantos fusiles descompuestos o quebrados, i algunos malísimos sables. Los insurjentes se habian llevado cuantas armas pudieron cargar, i quemaron i rompieron las que dejaban en Santiago. Los bandos del presidente para recojer las que existian en poder de los particulares fueron ineficaces: produjeron ellos por único resultado la entrega de unas cuantas armas inutilizadas, que solo vinieron a servir a la tropa despues de largas i costosas composturas. Con este fin, el presidente reunió a todos los herreros que habia en Santiago para hacerlos trabajar en las obras de armería, i encargó a los subdelegados de Rancagua i San Fernando que mandasen hacer mil cajas de fusil i otras tantas de carabinas i pistolas, de madera de nogal que abunda en aquellos partidos (5).

Al mismo tiempo que sentia la falta de armamento, Marcó palpaba mil otras necesidades de no menor importancia. Su ejército estaba casi totalmente desmontado: las confiscaciones de caballos no bastaban para satisfacer las exijencias de sus

(5) Nota de Marcó de 5 de agosto de 1816. Mss.

subalternos en aquellas circunstancias en que los aprestos de defensa i los amagos de conmocion interior los reducian a la obligacion de estar en constante movimiento. Desde luego, empleó los caballos de tiro del tren de artilleria, i pensó reemplazarlos con las robustas mulas que mantenian para su servicio personal los habitantes de Santiago. "Para ahorrar un gasto de tanta consideracion atendida la escasez de la real hacienda, decia Marcó al cabildo de la capital en nota de 14 de agosto de 1816, he discurrido el arbitrio de una matrícula de vecinos que se obliguen a prestarlas de las que tienen en sus casas para carruajes, cuando llegue el caso de salir el tren a campaña, tomandose razon de las que cada uno ofrezca con sus medidas, color i marca, i presentandolas al comandante para su reconocimiento i aprobacion por primera vez, i siempre que tenga a bien hacerlas reunir, revistar i ejercitar en algunas ocaciones".

El cabildo no se prestó a aprobar inmediatamente el proyecto del presidente. Demoró la contestacion de su nota, opuso algunas dificultades antes de adherir a los deseos del presidente, i determinó a este a cambiar de pensamiento, aconsejándole que impusiese una contribucion jeneral a todos los partidos, para satisfacer las necesidades de su ejército. En virtud de este consejo i con arreglo a lo acordado por el mismo cabildo, dispuso Marcó, por órdenes solemnes, que se recolectasen en todo el reino i por una sola vez setecientos caballos, encargando a sus subalternos que tuviesen particular cuidado de proceder con prudencia i equidad. Se-

gun sus instrucciones, los subdelegados no podian exijir de ningun hacendado mas de dos caballos; pero no debian aceptar los animales "inutiles por lerdos, viejos u otros defectos sustanciales" (6).

IV. Dictaba Marcó estas providencias despues de largos dias de meditacion, i consultando el parecer de cada uno de los hombres que componian su camarilla. Su espíritu naturalmente débil lo precipitaba, en estas circunstancias, a los estremos mas ridículos que es posible imajinarse; pero aceptaba sin vacilar todas las medidas que le sujerian si eran bastante rigorosas contra los insurjentes. A fin de perseguir a estos, Marcó aprobaba todo arbitrio, i ponia su firma al pié de cualquiera órden que pudiese amargar la existencia de los presos políticos i de los confinados de Juan Fernandez. Para esto, él no ajustaba su conducta con las leyes, ni con los espresos mandatos del rei de España.

En los últimos dias de agosto llegó a Santiago una real cedula de 12 de febrero de 1816 relativa a estos: atendiendo las súplicas de los diputados Elizalde i Urrejola, que habia mandado Ossorio, el monarca concedia por ella un amplio perdon a todos los revolucionarios de Chile que se hallaban "procesados i desterrados de la capital," i mandaba "seguir las causas conforme a lo prevenido por las leyes," a todos los prófugos. Segun las palabras de aquella pieza, el presidente quedaba encargado de

(6) He aquí el modo como establecia el reparto el decreto de Marcó.—Talca debia contribuir con 80 caballos.—San Fernando 120.—Curicó 60.—Rancagua 100.—Santiago 50.—Melipilla 30.—Quillota 100.—Aconcagua 60.—Los Andes 20.—Petorca 30.—Illapel 50.

poner en libertad a los presos, disponiendo "que los desterrados vuelvan a sus casas, con devolucion de los bienes que se les haya embargado." Inmediatamente despues de haber recibido esta cédula, el capitan jeneral consultó a la real audiencia a cerca del cumplimiento que debia darsele; i, en virtud del consejo de aquel cuerpo, procedió a hacerla publicar por bando en todo el reino.

En todo esto no habia mas que una refinada hipocresia de parte de Marcó. De antemano estaba resuelto a no dar cumplimiento a la cédula de perdon, ya obedeciendo a sus propios instintos o cediendo a los consejos del virrei del Perú i de los hombres de su camarilla. "La real órden conseguida por los apoderados que fueron a la corte, le escribia Abascal en 27 de julio, algo podrá entorpecer el progreso de la sólida tranquilizacion; pero cuento con que U., como tan amante del servicio del soberano, sabrá darle el temperamento que mas convenga, desengañando al mismo tiempo al ministerio de los errores que la capciosidad de los apoderados le haya hecho concebir" (7). El virrei Abascal, que entónces cabalmente se separaba del mando, queria que aun quedase en planta el sistema de dureza i represion.

Las prisiones, en efecto, no se abrieron para nadie, ni el presidente tomó medida alguna en favor de los patriotas que jemian en el destierro. Solo un mes despues, el 11 de octubre, ofició al gobernador de Juan Fernandez anunciándole ha-

(7) Carta de Abascal a Marcó de 27 de julio de 1816.

ber llegado a Chile la real cédula de indulto; pero entónces le encargaba únicamente que lo notificase a los presidarios, para que todos los que se conformasen con el perdon pusiesen su firma en una acta estendida ante escribano público, i con las formalidades de estilo. "Debe U. hacer entender a esos confinados que estan perdonados i que acabadas sus causas no se trata ya de pasados hechos, le decia Marcó en nota del 20 del mismo mes; que sus bienes se han entregado i entregaran a los que reclamen con lejítima representacion; i que el gobierno les dispensará toda la proteccion que quepa en su posibilidad; pero que sus personas deben todavia mantenerse separadas del continente por varias razones, siendo su propia conveniencia una de las que ha tenido en consideracion para tomar esta deliberacion con mejor acuerdo."

Gobernaba entónces en Juan Fernandez el capitan de Talavera don Anjel del Cid. En cumplimiento del encargo de Marcó, "hice comparecer ante mí, dice este en la acta de 26 de noviembre, a los sujetos comprendidos en la real cédula de indulto, la que se les leyó clara i distintamente con el superior decreto i oficio acompañatorio, los que a consecuencia se dieron por notificados, i firmaron ante mí i testigos." A esto solo quedaron reducidas las gracias del perdon concedido por el soberano español: despues de esta dilijencia el presidente no volvió a pensar en los presidarios de Juan Fernandez (8).

(8) Todo este espediente existe en el archivo del Ministerio del Interior.

Inútil fué que algunos hombres de buen corazon hablasen a Marcó en favor de los presidarios i le instasen para que dierá cumplimiento a la órden del soberano. Un español de distinguida condicion, que siempre se habia hecho notar por su asendrada fidelidad al rei, don Santos Izquierdo propuso en el cabildo se exijiese el cumplimiento de la cédula; pero sufrió tales ultrajes del presidente, que se vió precisado a renunciar el destino que ocupaba (9).

V. ¿Cuál era la situacion de esos infelices presidarios cuando el gobierno de Chile los retenia en aquella isla desierta contra toda justicia? De relaciones uniformes i de documentos casi incontestables aparece que miéntras Marcó i los suyos hollaban los mas sagrados derechos con desprecio de los mandatos del rei, los confinados sufrian todo jenero de privaciones i tormentos, i lamentaban sin cesar infinitos males.

A los padecimientos orijinados por el clima de la isla, por las malas habitaciones i por el despotismo de los oficiales españoles, se agregaron en breve otros muchos producidos por mui diversas causas. Los vientos que alli soplan con la fuerza del uracan, causaban los mas horribles estragos en las techumbres de las rancherías, i produjeron en varias ocasiones voraces incendios, que consumian fácilmente las habitaciones i los muebles, los viveres i la ropa de los presidarios. El tercero de estos, ocurrido el 5 de enero de 1816, fué aun mucho mas horroroso que los anteriores. "A las once de la mañana, dice un testigo presencial en

(9) Egaña.—"Chileno consolado," Sec. X, núm. 598.

la historia de sus padecimientos, se vieron arder en un punto las mejores habitaciones destinadas a los capellanes, sin que pudiesen reservar cosa alguna nueve personas que las ocupaban, i entre ellas don Juan Enrique Rosales con dos hijos i una hija, cuya piedad filial la empeñó en acompañar a su benemérito i enfermo padre. En el mismo instante, las llamas conducidas por el viento, incendiaron las habitaciones vecinas i sucesivamente toda la quebrada, viéndose arder las chozas con cercos i cuantos ausilios de subsistencia contenian. Como el viento era de los mas impetuosos, i enteramente dirijido a la poblacion, no dudamos que pereceria toda, i cada uno apuraba el resto de sus fuerzas para conducir léjos lo que permitiese la celeridad del incendio. Uno de los grandes peligros era que las llamas llegasen al depósito de pólvora a cuya defensa ocurrió la tropa; pero aun nos restaba el mayor: este era la conflagracion entera de la isla que siendo toda un bosque de antiquísimos i corpulentos árboles i arbustos, sin que haya una sola cuadra sin combustible, bastaba que permaneciese algun tiempo mas la impetuosidad del viento. En el conflicto del horrísono contraste que hacian el traquido del fuego, el bramido de las furiosas olas i los clamores desesperados de la jente, aun era mas terrible la impresion de los ojos viendo aquel inmenso golfo de llamas. Muchos convertian su agonía hácia un antiguo i maltratado lanchon, que por su destrozo i falta de aperos era inútil para salvarnos a cien leguas de distancia que se hallaba el continente."

Nuevos i no ménos horribles males se siguieron a aquel funesto incendio. Sobrevinieron lluvias copiosas que ocasionaron una crece jeneral de los arroyos: convertidos en torrentes, arrastraron con todo aquello que habia dejado en pie el fuego, inutilizaron muchos víveres i redujeron a los presidarios a un estado lastimoso de singular miseria. "En una tempestad de cinco o seis dias, dice el mismo testigo ocular, se agolpó tanta copia de nubes, que arrastrados por los arroyos los árboles mas corpulentos, formaron un atajo en el seno de la mayor de aquellas quebradas, donde contenidas i depositadas las aguas, rompieron al fin la gran empalizada, e inundaron con formidable estrépito todo el terreno inferior donde existe la poblacion. Yo me hallaba postrado en cama, cuando la grita e impetuosos movimientos de toda la jente me obligaron a hacer un esfuerzo, al mismo tiempo que ya sentí que la cama i cuantos muebles contenia la choza, sobrenadaban en mas de una vara de agua. En aquel golfo interminable que divisé, creí como otros muchos, que nos sumerjia el mar, i aturdido con la agonía, me hallé al fin conducido por mis hijos (reunidos entónces en el presidio) a un lugar mas elevado. Dios, que siempre nos proteje visiblemente en este lugar, permitió que dentro de pocas horas, concluyese el aguacero, i al tratar de nuestra reparacion, nos hallamos (los habitantes de la parte inferior) sin muebles, víveres, ni un lugar donde reclinarnos. En mi choza era dificultosísimo el desagüe, porque las ratas la habian escavado hasta mas de media vara del nivel esterior del sue-

lo......" "Las consecuencias fueron graves enfermedades i dolores que cada uno toleraba o aguantaba, con aquella estúpida indolencia en que se reconcentra el sufrimiento, cuando en el estremo del mal se desespera de todo ausilio (10)."

Esta nueva desgracia habia venido a aumentar las angustias i pesares del presidio. Para colmo de males, la corbeta *Sebastiana*, encargada de llevar a Juan Fernandez los viveres, no apareció en las costas de la isla durante los primeros meses de aquel año. Entónces cabalmente los presidarios poseian únicamente las escasisimas provisiones i viveres que habian podido salvar del incendio; i los almacenes públicos estaban tan pobres que solo contenian un poco de charqui corrompido i una reducida cantidad de harina. "La miseria crecia cada dia, dice Egaña, i en cinco meses solo divisamos dos lejanas velas, que no pudieron acercarse o no oyeron los repetidos tiros de artilleria con que les pediamos socorro.

"Sobre estos males, nos hacia temer otros mayores la eficacia con que los soldados, sin pagas i escasísimos de recursos, nos fatigaban con contínuas demandas que no podiamos satisfacer, i de cuya desesperacion temiamos violentas resultas, principalmente cuando entrado el invierno, no debia aguardarse buque en aquel tempestuosísimo puerto. No quedaba mas recurso que una pequeña porcion de frejoles añejos, i cada dia se presentaban escenas que oprimian el corazon.".... "Tal fué la del 25 de abril en que los presidarios clamaron al

(10) Egaña.—"Chileno consolado," tom. II, etc.

gobernador que les diese un caballo moribundo que habia, para alimentarse."

"En estos apuros se emprendió formar un lanchon con los fragmentos de otro antiguo i madera de la isla, valiéndose de un viejo calabrote para estopa, i de nuestras cobijas para velámen. Ya un oficial de marina compañero nuestro, se habia encargado de dirijir en la obra al semi-carpintero que teniamos, cuando se nos presentó la mas lisonjera perspectiva, solo para darnos una leccion de que Dios únicamente puede i debe ser el objeto de nuestras confianzas i esperanzas, i de los errores a que estamos espuestos en calificar el bien o el mal, sin remitirnos al dictámen de la Providencia.

"Divisóse en mayo una vela, e inmediatamente se dispuso que a todo riesgo i empeño la alcanzase nuestro bote i pidiese socorro. Tuvo la felicidad de abordarla, i a poco tiempo volvió con tres oficiales i varios marineros de la fragata *Paula*, que pasaba cargada de víveres, especialmente de trigos para Chiloé; las tempestades la arrojaron a Coquimbo de donde venia. Nos dijeron que estaban mui prontos a dejarnos cuantos víveres (especialmente trigo) quisiésemos, porque siendo su navegacion a aquel archipiélago, se les habia avanzado mucho el tiempo, i hallándose el buque bastante maltratado, i los mares i vientos contrarios a su ruta, no podian conducir tanta carga como llevaban; que esta era del fisco i no tenia el gobernador que gastar dinero por ella, a mas de que estábamos en precision de proveernos con abundancia, porque la navegacion se hallaba absolutamente interceptada,

i gran parte de los buques de la carrera encerrados en Valparaiso por temor de la escuadra de Buenos-Aires, mandada por su comandante Guillermo Brown, quien habia apresado ya mas de ocho buques de Lima, batido su castillo del Callao, i tomado el de Guayaquil, i así no debiamos esperar víveres en mucho tiempo."[2]

VI. Marcó encontraba motivos para justificar ante sí mismo su desobedencia a los mandatos del monarca español. Decia él en una de sus notas que los presidarios debian "mantenerse separados del continente por varias razones," siendo su propia conveniencia una de las consideraciones que habia tenido en vista para no ponerlos en libertad. El presidente creia entónces que la vuelta de los desterrados a Santiago iba a entorpecer la marcha gubernativa en las circunstancias dificiles que se acercaban; i que de justicia debia vijilarlos con asiduidad i constancia, i descargar sobre ellos repetidos golpes.

A nadie se ocultaba en efecto la conmocion interior del reino, ni los aprestos que se hacian en Mendoza. Los ajentes de San Martin tenian buen cuidado de hacer llegar a oidos de Marcó las noticias de sus trabajos, exajeradas de ordinario i siempre dirijidas a despertar la alarma en la camarilla del presidente i a sublevar todo el país. Los consejeros de este daban una gran importancia a esas noticias; para ellos todo estaba relacionado con los aprestos de San Martin, i en esta persuacion creian descubrir su mano hasta en las circunstancias mas insignificantes i aisladas. Tan luego

como se recibian en la capital las cartas que el gobernador de Cuyo hacia llegar a manos de Marcó, convocaba este a los suyos, i, dando entero crédito a todas las patrañas que aquel urdia en el campamento de Mendoza, dictaba mil providencias, i tomaba todo jénero de medidas así políticas como militares. Con esto solo, San Martin alcanzaba mui grandes ventajas sobre los enemigos a quienes querian combatir.

Como este lo deseaba, los indios pehuenches anunciaron a las autoridades realistas de Chile los proyectos que anteriormente les habia comunicado en el parlamento. La noticia llegó a Santiago a mediados de octubre, acompañada de circunstancias mui alarmantes acerca de una premeditada confederacion entre aquellos indios i los araucanos para ayudar a los insurjentes de Mendoza en la empresa en que iban a empeñarse. Entre otros muchos detalles con que estaba adornada la noticia, se decia que el ejército invasor tenia preparados muchos puentes para el paso del rio Diamante.

La alarma que esta noticia despertó entre los consejeros del presidente, fué mas grande aun de lo que era de esperarse. Desde el principio de su gobierno, Marcó habia creido descubrir un espíritu tumultuoso i revolucionario entre los indolentes habitantes de Arauco. Las correrias de un cacique llamado Venancio, en contra de los indios vecinos, habian inquietado al intendente de Concepcion, i llamaron sériamente la atencion de Marcó. Por consejo de los oficiales de su secretaria dispuso éste que se celebrasen parlamentos, i se agasajase a los

indios para tenerlos propicios (11); pero todas sus medidas no bastaron para calmar su inquietud, i la sola noticia de los proyectos que San Martin habia comunicado a los pehuenches vino a introducir de nuevo la alarma i la ansiedad en el consejo del presidente. Inmediatamente se reunieron los jefes militares que entónces residian en Santiago i algunas personas que gozaban de la confianza de Marcó, para discutir i acordar los mejores arbitrios que debia adoptarse en aquellas circunstancias. Todos convinieron en la necesidad de ponerse en inteligencia con los araucanos i de atraerse a los pehuenches por medio de halagos e insinuaciones. "Para eludir estos designios, decia con este motivo Marcó a los comandantes militares de los partidos del sur, es necesario redoblar nuestras intelijencias con los indios asegurando la adhesion de los de nuestras fronteras, i atrayendo los de Mendoza." Con este fin se hizo salir de la capital, el 23 de octubre, a frai Melchor Martinez, con el encargo de servir de intermediario entre los jefes militares de la frontera i los indios araucanos.

Era Martinez un relijioso franciscano, natural de Monteagudo, pequeño pueblo de la provincia de Burgos en España, a quien una larga residencia entre los araucanos en el servicio de las misiones, le habia dado un conocimiento completo del carácter, lengua i usos de los indios. "La flor de mi vida, escribia en 1806, desde los veinte i cuatro años hasta los cuarenta i tres los he ocupado entre estos

(11) Nota de Marcó de 3 de enero de 1816. Mss.

salvajes, los mas bárbaros que se conocen, sin hablar, ni tratar comunmente mas que con ellos, i en su idioma" (12). El padre Martinez, por otra parte, reunia a una fidelidad a toda prueba un espíritu juicioso i observador, que le valia la confianza decidida del gobierno. El presidente Ossorio, en cumplimiento de una real órden de 31 de junio de 1813, le habia encomendado en mayo del siguiente año la redaccion de una memoria histórica acerca de la revolucion chilena, como hombre "bien acreditado de relijiosidad, juicio i suficiente ilustracion, con prácticos conocimientos jeográficos del país i de los sucesos" de aquella época (13); i trabajaba empeñosamente en esta obra al mismo tiempo que servia al gobierno en calidad de fiel consejero. El tino superior con que lo habia dotado la naturaleza le fué mui útil en aquellas circunstancias, i le valió todo jénero de consideraciones de parte de los mandatarios españoles. Al marchar al sur, el padre Martinez iba animado de un ferviente deseo de ser útil a la causa del rei, i en la persuacion de que su influjo entre los caciques araucanos le permitiria servirla con provecho.

VII. No se calmaron los temores de Marcó con esta sola medida. Eran tan repetidas i contradictorias las noticias que recibia acerca de los

(12) *Sobre la utilidad de las misiones transeuntes i periódicas por las tierras de Chile.* Mss.—Informe presentado al gobierno de Chile en 15 de mayo de 1806. Creo que las pocas noticias biográficas acerca del célebre historiador del primer periodo de nuestra revolucion, tendrán algun interes.

(13) Nota de Ossorio ul secretario de estado en el despacho universal de Indias, de 27 de junio de 1815. Mss.

aprestos de San Martin, que dictaba todas sus disposiciones sin adoptar un plan de operaciones, i aun sin órden ni acuerdo de ninguna especie. Queriendo descubrir las verdaderas intenciones de su enemigo, el presidente despachaba sus espias a Mendoza; pero, por desgracia suya, esos mismos espias servian a San Martin para trasmitirle los informes que deseaba.

Esta incertidumbre lo obligaba a reunir consejos militares para oir el parecer de todos los jefes. Sin adoptar ninguno de los consejos de estos, Marcó se propuso defender a la vez el reino por todos los puntos vulnerables. Pensaba que las fuerzas de su mando bastaban para guarnecer no solo las poblaciones del interior, entónces amenazadas por el espíritu de insurreccion, sino para cerrar todos los puntos de la costa i los boquetes de cordillera.

En esta persuacion, el presidente se empeñaba en reunir los datos topográficos mas necesarios para la realizacion de su plan. Con este objeto pidió al injeniero don Ignacio de Andia i Varela una carta de las provincias meridionales, que habia formado en años atras, i encargó al comandante de injenieros, coronel don Miguel Maria Atero, que levantase un mapa de los boquetes de la cordillera de la parte del sur, i especialmente de los del Maule i Planchon (14). Sin aguardar a que estuviesen levantadas las cartas jeográficas que pedia, Marcó mostraba una singular actividad gubernativa para guarnecer esos boquetes, asi que los calores del verano iban facili-

(14) Nota de Marcó de 22 i 26 de octubre de 1816. Ms.

tando el paso de los Andes. En sus notas encomendaba a los jefes subalternos que se diesen todas las trazas posibles para asegurar la defensa de los puntos que les estaban encomendados. Al comandante militar de Santa Rosa, capitan don Joaquin Aurela, le decia que no bastando las fuerzas de su mando para atender a la vez a todos los pasos de cordillera, se ve obligado a no mantener baterias de firme en los puntos avanzados i desiertos i a reconcentrar sus fuerzas cuanto le es dable. "No obstante, agrega, podrá U. emprender el foso para seguridad de una simple guardia que sirva de vijia de transeuntes i de enemigos para dar prontos avisos (15)". Pocos dias despues, el 13 de noviembre, el presidente dió encargo al coronel don Juan Francisco Sanchez de que cortase los pasos de todos los boquetes de cordillera, i mantuviese guardias competentes para el cuidado de estos trabajos, i al comandante Elorreaga, que servia siempre con un celo singular, de que recorriese todo el cordon de las cordilleras para imponerse de los puntos que mas convenia defender. Con no menor empeño, despachaba oficiales subalternos a varios lugares de la campaña, con la mision de internarse en los pasos de cordillera ménos frecuentados, a fin de impedir toda comunicacion con las provincias trasandinas. Uno de esos subalternos, el teniente del rejimiento de milicias denominado del Príncipe, don José Perez, fué encargado de situarse en los baños de Cauquenes, apresar todos los hombres sospechosos que frecuentasen aquel

(15) Nota de Marcó de 7 de noviembre de 1816. Mss.

lugar, i colocar guardias en la caja del rio Cachapoal, hasta mui adentro de la sierra; pero todos sus esfuerzos fueron enteramente infructuosos. Por medio de espedientes semejantes, pensaba Marcó defender las fronteras orientales del reino, i cerrar toda comunicacion con el país ocupado por el enemigo.

VIII. Para el vasto plan de defensa que habia concebido Marcó, las tropas de que podia disponer eran apénas una cuarta parte de las que necesitaba. Bajo este aspecto, los manejos de San Martin habian producido un buen resultado, puesto que el ejército de Chile estaba fraccionado en todo el territorio i que la atencion del presidente estaba dividida para atender a muchos puntos a la vez. Esto solo equivalia a un triunfo importante.

Pero todavia fué mas adelante el certero cálculo de San Martin para desconcertar a sus enemigos. Por medio de los falsos corresponsales de Marcó, hizo llegar a sus oidos la finjida noticia de haber salido de Buenos-Aires el dia 25 de octubre, una escuadrilla insurjente con destino a los puertos meridionales de Chile. Segun se referia en sus cartas, la escuadra era compuesta de una fragata, tres corbetas, una goleta, dos bergantines i cuatro transportes, montados por 400 hombres de desembarco, los cuales venian dirijidos a Talcahuano o San Vicente, en donde debian efectuar su desembarco para armar a sus parciales. Con este objeto, traian, segun se anunciaba, una gran cantidad de fusiles.

Una noticia de esta especie no podia dejar de producir gran alarma entre los realistas. Desde que la escuadrilla de Brown recorrió el Pacífico, el

presidente i los suyos creian realisable cualquier proyecto de sus enemigos a este respecto, i desde entónces habian permanecido en constante alarma. La vista de un buque en toda la estension de las dilatadas costas de Chile, era motivo de mil inquietudes i temores entre las autoridades del litoral, i producia por inmediato resultado una estraordinaria ajitacion en la secretaria del despacho de Marcó. Los subdelegados pedian que se les remitiesen refuerzos a la mayor prontitud, miéntras que el gobierno despachaba órdenes de todo jénero para reforzar el punto que se creia amenazado. El gobernador de Valparaiso, que habia recibido órden de mandar a Santiago la fuerza veterana, dejó sin embargo un piquete de húsares de la Concordia, i convocó las milicias de los alrededores para hacerlas servir en la defensa de aquella costa.

Tan luego como llegó a Santiago esta noticia, el presidente reunió su camarilla para convenir en las medidas que debia adoptar. La primera providencia que dictó con este motivo fué mandar al intendente de Concepcion que hiciese una cortadura entre el rio Andalien i el puerto de San Vicente, para dejarlos asi separados de la capital de la provincia (16). Ante la idea de ver realizado un proyecto tan estravagante i absurdo, Marcó aparentaba no arredrarse mucho por lo sério i costoso de la tarea; i solo al cabo de mes i medio le fué forzoso desistir de su propósito (17).

(16) Nota de Marcó de 23 de noviembre de 1816. Mss.

(17) Nota de Marcó al capitan de puerto de Talcahuano don Pedro Tavira de 10 de enero de 1817, Mss.

Casualmente llegó a Valparaiso, a mediados de diciembre, la fragata de guerra española *Venganza*, mandada por don Tomas Blanco Cabrera. El presidente no trepidó un instante en manifestarle los temores que abrigaba por la anunciada espedicion i en solicitar su ayuda para combatirla, apoyándose para esto en la urjencia del caso i en la necesidad de obrar con enerjia i decision en aquellos momentos ; i aunque Blanco se mostrase dudoso a cerca de la veracidad de esta noticia, aceptó al fin el encargo de darse a la vela para hacer frente a la escuadrilla enemiga, ántes que pudiera reponerse de los quebrantos de la navegacion del cabo de Hornos (18). Con la mayor prontitud, dispuso Marcó que se remitiesen 30,000 pesos para el completo equipo de la fragata i ochenta soldados veteranos para guarnecer la corbeta *Sebastiana*, que debia acompañar a la *Venganza* en la espedicion. "Esté U. advertido, le decia Marcó al gobernador de Valparaiso el 21 de diciembre, que llegue al acto de embarcarse, i de precaver toda comunicacion anterior con el pueblo para precaver la desercion."

Grandes eran los deseos que tenia Marcó de que sus naves saliesen del puerto en caza de la escuadrilla insurjente, que tanto se le anunciaba. De Concepcion le llegaron noticias de haberse avistado unas embarcaciones a mediados de diciembre, i su natural temor le hizo ereer que serian las de Buenos-Aires ; pero, apesar de todo su empeño, el presidente no consiguió echar al mar sus buques con

(18) Notas de Marcó al comandante Blanco Cabrera de 17 i 19 de diciembre de 1816. Mss.

la prontitud que lo deseaba. Miéntras tanto, su espíritu se encontraba mui ajitado por estos afanes, al mismo tiempo que la fuerza de las circunstancias exijia una particular contraccion a otros asuntos i a mui diversos puntos.

IX. Como debe creerse, todos estos aprestos demandaban gastos mui considerables, que Marcó no podia hacer. La pobreza del erario le ataba las manos en aquellas circunstancias en que tanto necesitaba prepararse para resistir a una invasion de los insurjentes de Mendoza. El producto de la contribucion mensual i de los demas impuestos que dejó establecidos Ossorio, no bastaban ya para hacer frente a los gastos que de precision debia hacer; i, para colmo de males, con el año se concluia el término durante el cual podia cobrarse aquella contribucion.

Ya desde fines de octubre habia comenzado Marcó a consultar a todos sus consejeros, acerca de los medios que debian arbitrarse para subvenir a las necesidades del erario; i el 2 de noviembre hizo pregonar un nuevo bando, en que cimentaba varias contribuciones. Gravábase por él la estraccion de trigos i harinas i la introduccion de azúcares, vinos i aguardientes, a ménos que estos últimos viniesen directamente de la península, i se fijaban las bases para un empréstito forzoso. El monto de este debia ascender a 400,000 pesos cobrables por billetes de diversos valores entre todas las personas que gozan de una renta anual de 1,000 pesos para arriba, sin esclusion de empleados civiles i militares. Aquellos sobre quienes recaia el emprésti-

to, eran obligados a entregar la suma asignada en dinero efectivo, i a recojer en cambio los billetes citados, que ganaban el interes de cinco por ciento anual, i debian amortizarse paulatinamente, con 10,000 pesos que cada mes tomaria el gobierno de las arcas públicas.

Apénas pregonado este bando, el presidente espidió una circular a todos los gobernadores i subdelegados, encargándolos de la recaudacion del empréstito. Segun la instruccion de Marcó, los subalternos debian hacerlo publicar en sus respectivos distritos el siguiente dia de recibido, i promulgarlo en los campos haciéndolo leer en todas las parroquias despues de la misa dominical, i constituyéndose ellos responsables de las cantidades recaudadas hasta entregarlas en la tesoreria jeneral de Santiago. Los encargados de recaudar debian, por su parte, entregar a los prestamistas recibos parciales por las cantidades colectadas ; i asi que estos hubiesen entregado la suma total, era del deber de aquellos sostituirlos por un solo billete, firmado por los ministros del tesoro (19).

Dos meses pasaron sin que el empréstito produjese los resultados que de él se esperaban. Hasta principios de enero del siguiente año las sumas colectadas eran casi insignificantes ; i ni los pedidos de Marcó ni la actividad de los recaudadores bastaron para dar crédito al empréstito. En 7 de este mes espidió el presidente una nueva circular : encargaba en ella a todos los subdelegados que remi-

(19) Circular de Marcó de 13 de noviembre de 1816. Mss.—*Gaceta* del jueves 9 de 1816.

tiesen con la mayor brevedad a Santiago todas las cantidades recaudadas, i que procediesen ejecutivamente contra los individuos que no hubiesen integrado su cuota. En virtud de esta órden, se repitieron infinitos actos de rigor para efectuar la recaudacion; pero apesar de todo, el espíritu de desobediencia tomaba cada dia mayor vuelo, i los ajentes de Marcó se vieron frecuentemente burlados en sus espectativas.

CAPITULO XII.

I. Descontento jeneral contra el gobierno de Marcó.—II. Antecedentes biográficos de don Manuel Rodriguez.—III. Viene a Chile a fomentar la insurreccion.—IV. Primeros resultados de sus trabajos.—V. Organizacion de montoneras insurjentes.—VI. Las desórdena el coronel Quintanilla.—VII. Se reunen de nuevo las guerrillas.—VIII. Marcó pone precio a las cabezas de Rodriguez i Neira.—IX. Resultados de esta medida.—X. Nuevas hazañas del guerrillero Neira.

I. Los pueblos de Chile se cansaron ántes de mucho tiempo del despotismo de los mandatarios españoles. Las proscripciones i destierros, los rigosos bandos que dictaba el presidente, el espionaje elevado a dignidad, los excesos de los subalternos, los robos i maldades de los soldados peninsulares, las pesadas contribuciones i las mil trabas impuestas a la libertad individual habian agotado el sufrimiento de los chilenos. El despotismo pesaba sobre amigos i enemigos; todos pagaban fuertes impuestos, todos tenian que lamentar desgracias i pesares causados ya por la rapacidad de algun subalterno o por la dureza de otro, i pocos, mui pocos eran los que no murmuraban en secreto contra el gobierno de los vencedores de Rancagua.

Estos mil motivos de queja eran aun mas poderosos entre los hacendados i los campecinos. Despojados muchos de estos de sus ganados durante la guerra, privados casi todos por los impuestos de los capitales necesarios para impulsar su industria, ellos se veian reducidos a la inaccion, sin esperanza de mejorar de suerte, i gravados mas i mas con onerosas gavelas. Sus haciendas proveian de caballos al numeroso ejército que guarnecia el reino; i las prorratas se hacian de ordinario con mui poca honradez de parte de los recolectadores. En valde fué que el cabildo de Santiago alzase la voz contra los robos que se cometian con este pretesto: Marcó, poco despues de haberse recibido del mando, dictó algunas providencias; pero continuaron haciéndose las prorratas de caballos, i no disminuyeron los excesos (1).

Como si todo esto no bastase para despertar la irritacion de los campecinos, habia aun otra circunstancia capaz por si sola de producir el descontento. Segun los bandos vijentes, nadie podia andar seis leguas en todo el territerio chileno sin un pasaporte formal, concedido por las autoridades locales. Entónces, cuando la propiedad territorial estaba dividida en grandes porciones, un hacendado no podia comunicarse con sus vecinos sin este requisito, i para colmo de males, hubo mandatarios subalternos que exijeron una pequeña contribucion a todos los individuos que solicitaban el pasaporte. El gobernador de Valparaiso, que recurrió a este

(1) Nota del cabildo a Marcó de 30 de enero de 1816. Idem de Marcó al cabildo de 20 de febrero de 1816. Mss.

arbitrio para aumentar las rentas de su destino, recibió dos notas del presidente, negándole la autorizacion para hacerlo, ántes de desistir de su propósito (2).

El jeneral descontento cundió fácilmente tan luego como se hubieron introducido en Chile los ajentes de San Martin. Venian estos a señalar los males de la dominacion realista, a infundir una esperanza en el ánimo de los descontentos, i a despertar entre ellos el espíritu de insurreccion. Su mision era sin duda mui arriezgada, pero la empresa ¡no era difícil: el terreno estaba bien preparado pararecibir la semilla.

Con este encargo recorrieron varias provincias o despacharon de Santiago algunos emisarios fieles i decididos. Se comunicaban fácilmente con San Martin por las cordilleras de San Fernando i Talca, sin que todas las providencias que dictaba Marcó alcanzasen a impedirlo (3). En sus escurciones, ellos encontraron, i atrajeron a su servicio algunos soldados insurjentes, que vagaban por los campos para sustraerse a las persecusiones de los realistas, i poco tiempo despues, a algunos hacendados de enerjia i corazon, dispuestos a arrostrar cualquier peligro para incomodar a las autoridades realistas. Con esto, el espiritu de resistencia se propagó rápidamente por todas partes. Faltaba solo un hombre activo i vigoroso para encaminarlo bien.

(2) Notas de 4 de junio i 16 de agosto de 1816. Mss.

(3) Nota de Marcó al comandante militar del canton de Curicó de 2 de enero de 1816. Mss.—Id. id. al comandante militar de los cantones del sur, don Juan Francisco Sanchez. Enero 29 de 1816. Mss.

II. Presentóse este en los primeros meses de 1816. Era un abogado de Santiago de 28 años de edad, llamado don Manuel Rodriguez, a quien se le habia visto figurar en las pobladas i en los cabildos abiertos del primer período de la revolucion, pero del cual nadie quizá esperaba gran cosa. Si su cabeza estaba llena de recursos, si poseia un corazon grande i decidido, hasta entónces solo se habia puesto al servicio de los ajitadores revolucionarios que fomentaban las discensiones domésticas. Si hubiese sucumbido con la patria en 1814, nadie quizá recordaria hoi su nombre, miéntras que sus proezas en la época de que hablamos le han merecido una brillante pájina en la historia nacional.

Rodriguez se distinguió en el colejio carolino de Santiago no por sus rápidos adelantos, pero si por su jénio díscolo i pendenciero, i por su imajinacion vivaz i llena de recursos. Recuerdan sus condiscípulos las mil travesuras de su infancia, los combates a pedradas que fomentaba i dirijia, i las invenciones que urdia para burlar a sus maestros. Las reconvenciones i castigos no alcanzaron a correjirlo, i, aunque obtuvo el título de abogado, fué solo en fuerza de su talento, mas no de su aplicacion.

Salia apénas de las aulas del colejio cuando la patria se sintió conmovida por la revolucion. Sin vacilar un instante, Rodriguez se alistó en sus filas, i olvidó la abogacia por servir a la causa nacional. Cúpole un papel de segundo órden en aquellos sucesos; pero sabia desempeñarlo i atraerse las miradas de los corifeos del movimiento. Bajando de la posicion en que habia nacido, él se

deslizaba entre las clases pobres de la sociedad, les predicaba la revolucion, i si no alcanzaba a popularizarla tanto como convenia, sacaba de ellas un ausilio poderoso para engrosar las pobladas que impusieron miedo al presidente Carrasco, i que apoyaron a los revolucionarios en sus primeros pasos.

Sin embargo, su jénio inquieto no podia avenirse con la calma con que todo marchaba en su principio. Atribuyéndolo a debilidad de los gobernantes, Rodriguez se mantuvo durante todo ese periodo cambiando de partido para colocarse entre los opositores de los hombres del poder, i para pedir con ellos que se marchase con mas prisa i mas vigor. Aliado con el cabildo cuando este cuerpo combatia a la primera junta suprema, Rodriguez triunfó en las elecciones de mayo de 1811, i obtuvo el honroso cargo de procurador de ciudad a la época de la instalacion del congreso. Disgustado de nuevo con el gobierno a que él habia apoyado, se alió con don José Miguel Carrera, i tomó parte en las revoluciones de setiembre i noviembre de ese año que este caudillo consumó. En las tres oposiciones, Rodriguez habia figurado, i en las tres veces subió al poder el partido a que pertenecia.

En esta ocasion fuéelevado al rango de secretario de la junta gubernativa. Como tal, firmó el manifiesto que dió Carrera con motivo de la disolucion del congreso, i siguió sirviéndole por algun tiempo mas; pero mal avenido de nuevo con este, Rodriguez abandonó el destino i fué a engrosar el núme-

ro de los enemigos del gobierno. De murmurar contra sus tendencias i los hombres que lo componian, pasó a urdir conspiraciones, hasta que descubierto por Carrera, fué reducido a prision el dia 27 de enero de 1813, i encarcelado por algunos meses en un castillo de Valparaiso. Echando en olvido sus resentimientos personales, en el siguiente año, Rodriguez se ligó con Carrera cuando este estaba en desgracia i perseguido, conspiró con él, i subió al poder despues de la revolucion de 23 de julio. Entónces obtuvo nuevamente el destino de secretario de la junta que sucedió al director Lastra.

Con dificultad se podia haber encontrado un hombre ménos apropósito que él para el desempeño de la secretaria de gobierno. Rodriguez no tenia ninguna de las dotes de un buen oficinista, i a juzgar por los pocos borradores suyos que hasta hoi se conservan, redactaba aun los mas sencillos oficios del despacho en un estilo tan oscuro como singular; pero poseia en cambio un espíritu fuerte i la enerjia, la locuacidad i el entusiasmo de un tribuno. Los compromisos que en aquel cargo contrajo, le habrian valido destierros i persecuciones en la época de la reconquista española sino hubiese tenido buen cuidado de ponerse en salvo al otro lado de los Andes.

III. Llevaba allí Rodriguez una vida oscura i pobre. Sin recursos de ningun jénero, falto de relaciones i amigos, pasó algunos meses halagado con la remota esperanza de ver a su patria libre i feliz. Por mui lentos que fuesen los aprestos de San Mar-

tin, el no creia imposible la reconquista de Chile, i pasaba largas horas meditando los medios de servir con fruto en esta empresa.

Durante mucho tiempo, Rodriguez vaciló antes de presentarse al gobernador de Cuyo a ofrecerle sus servicios. Su caráter altanero i enérjico se avenia mal con esas presentaciones, en que le era menester doblegarse; pero pudo mas su patriotismo que su terquedad, i entró al fin a la casa de San Martin aunque no sin cierta repugnancia i desagrado. Inmediatamente hizo sus propuestas para pasar a Chile a concitar el odio de los pueblos contra los mandatarios españoles, i para poner el país en ebullicion por cuantos medios estuviesen a sus alcances. O'Higgins i Zenteno estaban presentes: ambos recomendaron a Rodriguez como un hombre capaz de servir con lealtad i desicion.

Sin mucha tardanza, San Martin aceptó sus propuestas, i se convino en todo con él. Sus aprestos comenzaron poniendo a Rodriguez en una estrecha prision, como un malhechor de primer órden, sospechoso de mantener comunicaciones con los mandatarios de Chile. Iniciósele un proceso, se buscaron testigos que declarasen en contra suya i se anunció por todas partes que don Manuel Rodriguez era tratado con un rigor singular, i que saldria mui bien parado si solo se le condenaba a destierro a un pueblo lejano. Pero miéntras los chilenos deploraban su suerte, i aun tocaban algunos resortes para alcanzar su libertad, el finjido reo atravesaba las cordilleras i entraba secretamente a Chile a cumplir los compromisos que habia contraido

con San Martin. La farsa habia sido representada con la maestria de este hábil político: en Chile i en Mendoza todo el mundo creia preso a Rodriguez, cuando este comenzaba a inquietar a las autoridades realistas.

Sus primeros trabajos fueron dirijidos con gran tino i astucia. Rodriguez recorrió las provincias centrales de Chile, predicando el odio a los mandatarios españoles, ponderando sus exesos i despertando por todas partes el espíritu público hasta entónces aletargado. Para esto no omitia sacrificios de ninguna especie, ni se arredraba por consideracion alguna: cuando nadie podia recorrer seis leguas del territorio sin un pasaporte, cuando se habia fijado la pena capital para los que cargasen armas o fomentasen el espíritu de insurreccion, Rodriguez viajaba en todas direcciones, llevando siempre un par de pistolas i combinando los recursos i elementos para sublevar al pueblo chileno contra sus opresores. Invisible solo para los que podian conocerlo i traicionarlo, él no temia a los soldados españoles, pasaba por entre ellos gritando *¡viva el rei!* i burlaba la mas severa vijilancia para comunicarse con los suyos i para conspirar a mansalvo. Como si nada tuviese que temer, se presentaba en las calles públicas, viajaba por los caminos mas cortos i muchas veces los mas traficados, i mantenia largas conversaciones con los ajentes de Marcó, contra quienes conspiraba.

La tradicion recuerda algunos razgos sumamente singulares i curiosos sobre este particular. Se dice que Rodriguez tomando nombres finjidos, vi-

sitaba las mismas casas a que concurrian los oficiales de Talavera, que para desprestijiarlos aun delante de las mujeres, mantenia con ellos competencias amorosas, i no economizaba arbitrios para burlarlos i ponerlos en ridículo. Se cuenta que con un hábito de fraile franciscano, el poncho de un criado o la bandola de un mercader ambulante, Rodriguez se metia por todas partes, lo escudriñaba todo, i solo se daba por satisfecho cuando lograba algun fruto de sus afanes. Se ha dicho que en una ocasion, queriendo conocer de cerca al presidente Marcó, tuvo la singular audacia de pararse en la puerta de su palacio, i de abrirle personalmente la portezuela de su coche para verlo al bajar (4). De este modo, Rodriguez estaba en todas partes, se comunicaba con sus amigos i parciales i reunia los elementos para una contienda formal.

Antes de mucho tiempo, el audaz Rodriguez consiguió una alta popularidad entre todos los chilenos que jemian bajo el despotismo. Algunos de estos no economizaron esfuerzos ni sacrificios para estender su reputacion por cuantos medios estaban a sus alcances. Hubo un cajista de la imprenta de gobierno que sostituyó la palabra *inmoral*, con que Marcó acompañaba su nombre en una de sus proclamas, por el honroso apodo de *inmortal*, esponiéndose a los castigos que debian recaer sobre él por esta falta.

(4) En un artículo de una revista norte-americana destinado a juzgar la obra del capitan Head sobre las pampas de Buenos-Aires hai algunos razgos mui curiosos acerca de Rodriguez; pero no estando seguro de la veracidad de aquel relato, no he querido apuntarlo en el testo.

IV. En sus escursiones, don Manuel Rodriguez recorrió todo el territorio comprendido entre los rios Cachapoal i Maule concitando el odio a los mandatarios españoles. Los hacendados de aquellos lugares lo recibieron amistosamente i se comprometieron gustosos a ayudarle en sus trabajos, i a tomar las armas por su causa. El mismo se presentó en el pueblo de San Fernando, lo inspeccionó todo i conoció de cerca al gobernador de aquel partido, capitan de dragones don Joaquin Magallar, persona mui mal quista por los patriotas. Rodriguez, sin necesidad de exijir juramento de ninguna especie, estrechó allí íntimas i secretas relaciones con muchas personas de prestijio i de valor, conspiró con ellos, i se presentó en público sin manifestar temor ni desconfianza. Los contemporáneos refieren mil lances ocurridos durante su permanencia en aquel pueblo, que prueban la entereza i seguridad con que urdia sus tramas i combinaba los elementos para una guerra sorda, pero terrible. En una noche pensó declararla públicamente, asesinando en un baile al gobernador realista ; mas triunfó su prudencia sobre su impetuosidad, i se guardó para empezar la campaña en mejores dias.

El primer efecto que produjo su presencia en los campos i pueblos de Colchagua no se hizo esperar mucho tiempo. Sus habitantes, abatidos i humillados por el despotismo de los dominadores de Chile, concivieron la esperanza de alcanzar su libertad, i miraron en los soldados del ejército de Mendoza los futuros salvadores de la patria. Sin temer las nieves que cubrian las cordilleras, ellos se internaban

en la sierra por los lados de Curicó i Maule, llevando cartas i algunas veces dinero, se comunicaban con sus parciales de la banda opuesta, i volvian a Chile a esparcir noticias alarmantes para mantener en inquietud a los gobernantes de este país (5). Ni los encargos de Marcó, ni la actividad de sus subalternos bastaron para poner un atajo a tamaño mal.

V. En ese mismo tiempo, otro mal de mas inmediata trascendencia amenazaba la tranquilidad interior del reino. A consecuencia de la revolucion i de la guerra, la policía de seguridad de los campos estaba enteramente descuidada: los recorrian bandas organizadas de salteadores, que impedian de ordinario el tráfico por los caminos públicos, interceptaban las comunicaciones i mantenian en contínua alarma a las autoridades realistas. Robaban ellos indistintamente a godos i a patriotas; pero los subalternos de Marcó tenian encargo de combatirlos, i estaban obligados a diseminar sus fuerzas sin lograr el fruto de sus afanes. Los astutos bandoleros sabian huir el bulto a sus enemigos, reunirse en donde les convenia, i evitar toda accion que pudiese comprometerlos.

Dirijia muchas de esas bandas un famoso salteador llamado José Miguel Neira. Ovejero de la hacienda de Cumpeo en su juventud, no habia querido este reducirse al miserable rol de guardador de ganados ajenos, i los habia abandonado para seguir a una corta partida de bandoleros que se organiza-

(5) Nota de Marcó a Magallar de 5 de agosto de 1816. Ms.

ba en las mismas cerranias de aquella hacienda. En las primeras empresas que acometieron estos, Neira desplegó un valor sobrenatural, una constancia admirable i una astucia digna de un buen jefe militar, lo que le valió mui luego el rango de caudillo. Durante la guerra de los años anteriores, él se empleó en robar a todo el mundo, sin distincion de bando, i sin preocuparse por las cuestiones que entónces se debatian. En estos ejercicios, sin embargo, Neira manifestó cierta jenerosidad de carácter que se avenia mui mal con su profesion: contra su costumbre, i cediendo a algun motivo honroso, perdonó la vida a varios infelices que cayeron en su poder, i adquirió la fama de un bandido mui terrible, pero capaz de hacer algo bueno.

Rodriguez oyó hablar de él i pensó que ese atrevido bandolero podia convertirse en un importante campeon, capaz de poner en conflicto a las autoridades realistas i de fomentar el odio que ya se les profesaba. A fin de hacerlo servir en esta obra, buscó a Neira, tuvo varias conferencias con él, i se convino en trabajar de acuerdo en todo, para asegurar el buen éxito de la empresa. Rodriguez ofreció proveer de armas a su aliado, i recomendarlo a los hacendados patriotas para que lo asilasen i favoreciesen en sus propiedades: i Neira, por su parte, se comprometió a robar a los godos únicamente, i a incomodar por todos medios a los destacamentos de tropas que el gobierno hacia mover de un punto a otro. De los fusiles, carabinas i sables que entregaron los particulares, Rodriguez dió una buena parte a Neira, con cu-

cargo de salir a campaña a la mayor brevedad posible.

Casi al mismo tiempo se organizaba en otros puntos de aquellos campos varias partidas mas o ménos numerosas, encargadas tambien de obrar en el mismo sentido. Componíanse de campecinos valientes i desididos, novicios en el manejo de las armas, pero mui conocedores de las localidades destinadas a ser el teatro de sus operaciones. Algunos ricos propietarios se alistaron gustosos entre esos guerrilleros, se hicieron los caudillos de sus inquilinos, i a su cabeza, comenzaron las operaciones militares en julio de 1816. Pocos dias despues, la conflagracion era ya casi jeneral en los campos de Colchagua : los godos fueron saqueados con mucha frecuencia, se poblaron de guerrilleros los caminos públicos i se interceptaban las comunicaciones oficiales que se dirijian los mandatarios españoles (6).

VI. La noticia de estos sucesos puso furioso al presidente Marcó. A su juicio, los guerrilleros que comenzaban a aparecer en Colchagua, eran miserables bandidos a quienes se debia esterminar a todo trance. En esta intelijencia, el creia firmemen-

(6) Para la relacion de todos estos sucesos he seguido escrupulosamente todas las noticias que he podido recojer de boca de algunos de los ajentes de Rodriguez en aquella época. Todo ello está conforme con lo que se deja ver en las correspondencias de Marcó con sus subalternos. En la *Reconquista Española* por M. L. i G. V. Amunátegui, hai algunas noticias acerca de las guerillas de Rodriguez, escritas con mucho arte ; pero están presentadas mui en globo i sin entrar en detalles. Este interesante libro comprende la historia de la misma época que encierra este tomo, i contiene algunas pájinas notables no solo por el espíritu investigador de los autores, sino tambien por el acierto con que están presentados los sucesos.

te que una corta fuerza de su mando podria volver la tranquilidad a aquellas provincias, i concluir con las bandas que la amenazaban.

Para conseguir este resultado con mayor prontitud, Marcó hizo que el comandante de carabineros de Abascal, don Antonio Quintanilla, saliese de Santiago a fines de agosto, a la cabeza de todo su escuadron, con encargo de obrar de acuerdo con el capitan Magallar, i de perseguir a todos los guerrilleros, i particularmente a don Manuel Rodriguez, cuyos manejos i trabajos habian llegado confusamente a oidos del primer mandatario de Chile. Aquel jefe, dotado de un valor reconocido i de una actividad prodijiosa, era para el presidente una esperanza del buen resultado de su empresa.

Quintanilla, en efecto, comenzó mui bien sus trabajos. Entre el i Magallar se repartieron el encargo de recorrer aquellos campos i de perseguir por todas partes a los montoneros insurjentes; pero, apesar de todo su empeño, ni uno ni otro encontraron con quien batirse, i solo pudieron aprender en los primeros dias de setiembre a una multitud de bandidos dispersos. Rodriguez i sus compañeros habian encontrado muchos partidarios que no evitaban esfuerzos ni sacrificios para ponerlos en salvo o prevenirles las marchas del enemigo. En una ocasion que se preparaba Magallar para sorprender a aquel caudillo, que se hallaba asilado en la hacienda de Popeta, en el partido de San Fernando, un vecino de la ciudad de este nombre, don Manuel Valenzuela Velasco, sabedor de los aprestos del jefe realista, salió del pueblo a mata

caballos, i, arrostrando todo jênero de peligros, fué a anunciarlo a Rodriguez, para que se previniese contra la sorpresa (7).

Los vigorosos esfuerzos de Quintanilla i Magallar dispersaron por entónces a los guerrilleros insurjentes. Cuando comenzaban estos a organizarse, las persecusiones de las tropas veteranas de que aquellos disponian vino a introducir entre ellos el desórden i la confusion. Los jefes vagaron durante algunos dias por los campos i montes de aquella provincia, burlando mañosamente las persecuciones de los enemigos. Rodriguez, sobre todo, manifestó de nuevo en aquellas circunstancias el tino superior de que lo habia dotado la providencia para salvar todo jénero de peligros, huir el cuerpo a las asechanzas que se le tendian i hacerse invisible a sus tenaces perseguidores. Una noche que dormia a orillas del rio Mataquito, se halló rodeado el rancho que ocupaba por una multitud de soldados realistas, i sin duda habria caido en su poder sino hubiese tenido la audacia de deslisarse desnudo por entre ellos para echarse a las aguas de aquel rio. Favorecido por las sombras de la noche, Rodriguez se ocultó entre los bosques, i burló la vijilancia i actividad de sus enemigos.

La tradicion ha conservado algunos pormenores acerca de las astucias de Rodriguez para librarse de las persecuciones de los enemigos. Cuéntase que en una ocasion que estaba asilado en casa de un juez de campo, parcial suyo, se halló amenazado

(7) Conversacion con don Juan de Dios Lopez, que servia a las órdenes de Rodriguez.

por un grueso piquete de tropas que se acercaba a prenderlo. Sin tener por donde escaparse en aquellas circunstancias, Rodriguez recurrió a su habitual sangre fria, i se apresó en un sepo, tomando todas las apariencias de un reo. Con esto solo, los enemigos creyendo que era un delincuente vulgar, no hicieron caso de él, i dieron vuelta hácia otro punto, en donde pensaban darle caza, miéntras él se ponia en salvo por el lado opuesto. De este modo, Rodriguez se salvaba así mismo, i libraba de un grave compromiso al amigo que le habia dado asilo en su casa (8).

VII. Las noticias de los infructuosos movimientos de Quintanilla i Magallar fueron celebradas por Marcó, como si ellas importasen una espléndida victoria. En su envanecimiento, el presidente creyó concluidas para siempre las montoneras de Colchagua, i se imajinó que simples órdenes dictadas desde Santiago, podrian asegurar para siempre la tranquilidad interior del reino. Confiado en que Rodriguez i los suyos habrian atravesado el rio Maule para buscar en los campos del sur un asilo contra sus perseguidores, Marcó encargaba al intendente de Concepcion que tomase las medidas mas vigorosas para prenderlos o evitar al ménos que llegasen a internarse en el territorio araucano, en donde podian ponerse de acuerdo con el cacique Venancio i demas indios revoltosos (9). Un encargo semejante dió al comandante Quintanilla, auto-

(8) Todas estas noticias han sido recojidas de boca de varios compañeros de Rodriguez.

(9) Nota de Marcó de 12 de setiembre de 1816. Ms.

rizándolo para situarse en Rancagua (10), i al capitan don Joaquin Aurela, nombrándolo comandante de armas i subdelegado del partido del Maule. En las instrucciones dadas a este, se le encomendaba disciplinar las milicias i apostarlas en los pasos de cordillera para impedir a todo trance la comunicacion con los enemigos del otro lado de los Andes, i en ciertos puntos del territorio para cerrar los caminos a los guerrilleros de Colchagua (11).

Contra todas las apariencias, los guerrilleros comenzaron a reorganizarse con una asombrosa rapidez. En los primeros dias de octubre, algunas partidas de audaces montoneros recorrian ya los caminos públicos o daban sus golpes de mano. Habíanse reunido a la voz de sus jefes tan luego como sus enemigos se fatigaron de perseguirlos; i su reaparicion en el teatro de sus correrias fué casi instantánea despues de la retirada de Quintanilla a los cuarteles de Rancagua. Con un arrojo inaudito, ellos se presentaron hostilmente en varios puntos a la vez, dispuestos al parecer a acometer cualquier empresa.

La rabia del presidente subió de punto al saber las últimas ocurrencias. La osadia inaudita con que se presentaban las guerrillas insurjentes i la actividad maravillosa con que aparecian en un lugar o en otro, eran para Marcó pruebas claras de que sus subalternos no cumplian debidamente sus man-

(10) Nota de Marcó de 28 de setiembre de 1816. Mss.

(11) Nota de Marcó de octubre 4 de 1816. Mss.—Aurela permaneció en Maule mui pocos dias: el 16 de octubre fué llamado a servir la subdelegacion de los Andes.

datos. En esta persuacion, removia a éstos de un punto a otro, encomendándoles sin cesar que no perdonasen medio alguno para cumplir bien las órdenes que él les impartia. En 18 de octubre dió el mando político i militar de San Fernando, al capitan de dragones don Francisco del Rio, que se hallaba allí con la compañia de su mando, ocupado en la persecucion de los guerrilleros. Encargóle ademas, con este motivo, que prestara particular atencion a la disciplina de las milicias provinciales, que impidiese toda comunicacion con el territorio arjentino i con los indios, i que se mantuviese siempre sobre las armas para el caso de invasion por la cordillera o de desembarco de las costas de ese partido (12).

Entónces ya era sumamente difícil combatir a los guerrilleros insurjentes. A pesar de las combinaciones de Marcó i de sus subalternos, la insurreccion habia tomado mucho vuelo en todo el territorio comprendido entre los rios Rapel i Maule, i se levantaban montoneras en varios puntos a la vez. Un rico hacendado del partido de Curicó, don Francisco Villota, se puso a la cabeza de sus inquilinos, los armó del mejor modo que pudo, i comenzó a escaramucear en los campos de Teno i sus inmediaciones.

Esta nueva ocurrencia puso furioso a Marcó. Inmediatamente, el 26 de octubre, nombró jefe político i militar de aquel partido al capitan de carabineros de Abascal don Manuel Hornas, con encargo de perseguir tenazmente a los montoneros.

(12) Nota de Marcó de 18 de octubre de 1816. Ms.

Su deber era, segun sus instrucciones, "atender a la seguridad interior del pais, estermínio de *ladrones* i *malhechores* (así se llamaba en los documentos públicos a los guerrilleros), al estímulo de la debida fidelidad al rei i al gobierno actual, castigando a los que demostraren sentimientos contrarios, i obrando en todo lo demas con el celo i actividad que corresponde (13)."

Por grande que fuera el empeño que desplegó en el cumplimiento de los deberes de su cargo, el capitan Hornas no pudo conseguir ninguna ventaja contra sus enemigos. Recorrian éstos todos los campos de aquel partido; pero obraban con tal maña i acierto que era casi imposible darles caza. Para mayor confusion suya, miéntras se hallaba persiguiendo las montoneras de Villota en los cerrillos de Curicó, en los primeros dias de noviembre, las fuerzas que mandaba Neira bajaron de la montaña, asaltaron las casas de Cumpeo, i, despues de un corto pero reñido combate que costó la vida al mayordomo de la hacienda i a algunos peones que le opusieron alguna resistencia, el audaz guerrillero se enseñoreó de todo, i recorrió las inmediaciones con aires de vencedor, i despertando el terror entre los enemigos de la causa en cuyas filas se habia alistado.

La noticia de estos últimos sucesos llegó a la capital con una rapidez asombrosa, i, como es de suponerlo, considerablemente abultada. Marcó meditaba entónces sus planes para prepararse contra

(13) Nota de Marcó de octubre 26 de 1816. Mss.

una invasion del otro lado de los Andes, i no queria alejar mucho sus tropas de Santiago. Siguiendo este plan, habia llamado a Rancagua al escuadron de carabineros de Quintanilla; pero al saber lo ocurrido en Cumpeo, el 6 de noviembre, comunicó órden a este jefe de ponerse inmediatamente en marcha para el sur a perseguir a los guerrilleros de aquel punto i a los de Curicó, con encargo especial de no moverse de allí hasta nuevo mandato (14). Quintanilla, en esas circunstancias, era para el presidente Marcó la garantia segura de un próximo triunfo.

VIII. Sin embargo de esto, creyendo que todo lo hecho no bastaba para infundir temor a sus enemigos, el presidente recurrió a otro arbitrio tan orijinal como ridículo. Pensando que encontraria entre los guerrilleros insurjentes alguno que quisiese traicionar a sus jefes, o que podia conseguir con meras amenazas se les negase asilo en todas partes, Marcó redujo a bando unas cuantas medidas que le aconsejaba su camarilla, i las hizo pregonar el dia 7 de noviembre por todas las calles de Santiago. Sin comprenderlo, el imbécil Marcó bosquejaba a medias su situacion en esa pieza, i ponia de manifiesto la enorme brecha que habian abierto los guerrilleros de Colchagua. He aquí ese curioso bando:

"Don Francisco Casimiro Marcó del Pont, etc., etc., etc.

"Por cuanto ya son insufribles los excesos que

(14) Nota de Marcó a Quintanilla de noviembre 6 de 1816. Mss.

cometen en los partidos del sur los salteadores i demas facinerosos, capitaneados por el famoso malhechor José Miguel Neira, que despues de tener íntima comunicacion con los rebeldes de Mendoza por direccion del insurjente prófugo don Manuel Rodriguez, secretario que fué de los cabecillas Carreras, roban i matan no solo a los transeuntes sino tambien a los vecinos de aquellos partidos que no se hallan seguros en sus casas ni haciendas, favoreciendo a mas de esto, a cuantos vienen de la otra banda de la cordillera, sin otro destino que espiar los procedimientos del gobierno i el actual estado de este reino: siendo preciso tomar una providencia, que quitando los cabezas de tan perjudicial asamblea, pueda facilitar la aprehension de sus individuos, que se hace inverificable por el modo con que combinan sus movimientos para ocultarse, he tenido a bien disponer lo siguiente:

"Primeramente, ninguna persona de cualquier calidad que sea, bajo pretesto alguno podrá dar hospitalidad en su casa a aquellos que la reclamen sin llevar el correspondiente pasaporte, que deberán mostrarles, bajo pena que si no lo hiciesen, por la primera vez, siendo plebeyos sufrirán doscientos azotes, i destino a las obras públicas u otra pena arbitraria al gobierno segun las circunstancias, i siendo personas de calidad, la multa de dos mil pesos si son pudientes; i en caso contrario, cinco años de destierro a la isla de Juan Fernandez; pero por la segunda se le aplicará irremisiblemente la pena de muerte, tan merecida por aquellas que

son causa de tantas, como ejecutan los crimenosos a quienes abrigan.

"2.° Todos aquellos que sabiendo el paradero de los espresados José Miguel Neira, don José Manuel Rodriguez i demas de su comitiva no dieren pronto aviso a las justicias mas inmediatas, sufrirán tambien la pena de muerte justificada su omision, incurriendo en la misma los jueces que avisados de su paradero no hagan todas las dilijencias que estén a sus alcances para lograr su aprehension.

"3.° Por el contrario, los que sabiendo donde existen los espresados Neira i Rodriguez los entreguen vivos o muertos despues de ser indultados de cualquier delito que hayan cometido, aunque sean los mas atroces, i en compañia de los mismos facinerosos, se les gratificará ademas con mil pesos que se les darán en el momento de entregar cualesquiera de las personas dichas en los términos insinuados; bajo la intelijencia que este superior gobierno será tan relijioso en cumplir sus promesas, como ejecutivo en la aplicacion de las penas que van designadas: en esta virtud para que lo contenido tenga efecto, i ninguno alegue ignorancia, publíquese por bando i fíjese en los lugares públicos i acostumbrados, e imprimiéndose los ejemplares convenientes, circulese por los partidos del reino: fecho en esta ciudad de Santiago de Chile a 7 de noviembre de 1816.—*Francisco Marcó del Pont.*"

IX. Con centenares de copias de este bando partieron para los pueblos del sur varios comisionados de Marcó. En todos los partidos de Colcha-

gua se pregonó solemnemente para darle crédito i circulacion, i las autoridades no omitieron sacrificios a fin de alcanzar el resultado que deseaba el primer mandatario del reino.

Pero Marcó i los suyos habian tocado un resorte mui ineficaz. Como debe presumirse, los bandos del presidente ni siquiera llegaron a oidos de los guerrilleros, a quienes se pretendia inducir a la traicion, i a nadie que no fuera de este número, le era dado descubrir el paradero de Neira i Rodriguez, puesto que las fuerzas mismas que se destacaban en su persecucion no habian podido darles alcance. Cuando se publicaba ese bando, por otra parte, en noviembre de 1816, Rodriguez habia salido ya de Colchagua, i se ocupaba en promover movimientos de insurreccion en los partidos mas inmediatos a la capital.

Las brillantes promesas de Marcó no dieron en efecto ningun resultado. Todas las dilijencias de los jefes subalternos fueron infructuosas; i no hubo un solo hombre que quisiera traicionar a Neira para obtener el premio ofrecido. Cierto astuto campecino, que acompañaba a las fuerzas realistas, hizo un prisionero en uno de los encuentros que tenian cada dia las guerrillas, i lo presentó a sus superiores haciéndoles entender que era el mismo Neira; i desempeñó tan bien su papel que solo se vino a descubrir su embuste cuando ya se habia desaparecido, despues de recibir los mil pesos que ofrecia el presidente Marcó.

Los jefes militares, por su parte, no se daban un solo momento de descanso. El coronel don Juan

Francisco Sanchez, que por decreto de 22 de noviembre, fué encargado de la comandancia jeneral de aquellos partidos, no cesaba de impartir órdenes en todas direcciones, para conseguir la estincion completa de los guerrilleros insurjentes; i el comandante don Antonio Quintanilla se movia con tanta actividad como acierto. Dividió en piquetes el escuadron de carabineros de Abascal de su mando, i emprendió una vigorosa campaña de montoneros, que le dió por el momento mui buenos resultados. Neira i los suyos se vieron obligados a replegarse hasta el interior de la cordillera; pero cuando ménos los esperaba el enemigo volvieron a reaparecer en las cerranias de Cumpeo en bandas numerosas i bien organizadas. Estos nuevos sucesos probaban bien claro que era casi imposible batir definitivamente a las guerrillas que mandaba Neira.

X. La campaña, en efecto, parecia interminable. El jefe realista, sin embargo, asechaba sin cesar un momento oportuno para caer de nuevo sobre los insurjentes, i se conducia con una astucia digna de los enemigos que combatia. Un dia, el 2 de diciembre, supo que Neira ocupaba los potreros de la hacienda de Cumpeo; e inmediatamente despachó en su persecucion un destacamento. Salió éste en el mismo dia, i a las dos de la mañana del siguiente cayó sobre el campo en que dormia Neira con algunos de los suyos. El terreno era montuoso: por entre los árboles se estendieron los soldados realistas para rodear al enemigo, pero cuando ya parecia inevitable su captura, se encontraron

atacados por una partida de diez i seis o veinte hombres. Sorprendidos de este modo los carabineros, abandonaron su primer propósito i acometieron a ese puñado de guerrilleros que venia a atacarlos por la espalda, cuando ya parecia segura su victoria. Empeñóse un corto tiroteo, despues del cual los insurjentes comenzaron a retirarse con mucha maña para arrastrar en su persecucion a los carabineros. De movimiento en movimiento, anduvieron mas de seis leguas por entre escarpadas montañas i desfiladeros casi impracticables. Al venir el dia, cuando los carabineros se preparaban para tomarlos, se encontraron que solo tenian cuatro prisioneros i que habian perdido de vista a los demas enemigos en la retirada. Para mayor desgracia suya, Neira se habia escapado entretanto dejando solo en el campo su casaca militar i diez caballos con sus sillas. Despechados por tan desagradable ocurrencia, los realistas fusilaron en el acto a los cuatro prisioneros; i espiraron estos declarando que morian contentos por haber salvado la vida a su jefe (15).

La noticia de este suceso se divulgó en Santiago como si fuese un triunfo espléndido de las armas realistas. La aprehension i fusilamiento de esos cuatro soldados fueron mui celebrados por Marcó: creyendo que este solo suceso tendria una gran importancia para el mantenimiento de la tranquilidad pública, lo hizo anunciar en la *Gaceta*, que

(15) Llamábanse éstos Pablo Valdes, Nicasio Escobar, José María Nuñez, soldado cívico de Mendoza, i Tiburcio Torrealba.—En la *Gaceta* de 10 de diciembre de 1816 (tomo II, núm. 105) se encuentra una curiosa relacion de este suceso.

hasta entónces habia guardado un profundo silencio sobre todo lo que tocaba a aquellas ocurrencias. Para premiar a Quintanilla, el presidente lo nombró, en 10 de diciembre, comandante jeneral de los partidos de Colchagua, en reemplazo del coronel Sanchez que, por decreto de tres dias ántes, debia pasar a Chillan con igual destino (16).

En esos mismos dias, Neira recibió de Mendoza una honorífica felicitacion por sus buenos servicios. Héla aquí toda entera: "Al señor Miguel Neira, comandante de partida patriótica.—Donde se halle.—Diciembre 3 de 1816.—Mi estimado Neira: Sé con gusto que está Ud. trabajando bien; siga así i Chile es libre de los maturrangos.—Dentro de poco tiempo tendrá el gusto de verlo su paisano i amigo—*San Martin.*—Si necesita armas i municiones avísemelo para enviárselas."

El antiguo ovejero de Cumpeo, convertido ahora en jefe militar, cumplió perfectamente con lo que se le encomendaba en esta carta. Continuó sirviendo con decision i lealtad a la causa de los patriotas; pero no tuvo la fortuna de ver a San Martin. —No adelantemos los sucésos.

(16) Nota de Marcó de 7 i 10 de diciembre a Sanchez i a Quintanilla. Mss.

CAPITULO XIII.

I. Trabajos de los insurjentes en Aconcagua.—II. Son descubiertos tres de ellos.—III. Circulan muchos escritos sediciosos.—IV. Rodriguez asalta a Melipilla.—V. Inútiles esfuerzos de los realistas para prenderlo.—VI. Asalto de San Fernando.—VII. Providencias de Marcó para perseguir i castigar a los guerrilleros insurjentes.—VIII. Publicacion del bando de 22 de enero.—IX. Malogrado asalto de Curicó i muerte del caudillo insurjente.—X. Trabajos de Marcó para resistir la invasion de los patriotas de Mendoza.—XI. Sus esfuerzos para organizar una escuadrilla.—XII. Triste situacion de Marcó.

I. No fueron los campos de Colchagua los únicos designados por San Martin para teatro de las operaciones militares de las guerrillas insurjentes. El vasto plan que ponia en ejecucion este jefe no estaba circunscrito a ciertos i determinados puntos de Chile; deseaba poner en ebullicion todos los elementos con que podia contar para producir un completo trastorno en el interior, desconcertar a las autoridades realistas i facilitar por estos medios su proyecto de invasion.

Como es fácil concebirse, convenia sobremanera para la ejecucion de estos planes la organizacion de guerrillas en los partidos de Aconcagua, por

donde San Martin debia comenzar su campaña. Habia en los pueblos i en los campos de aquel territorio infinitos patriotas que vivian diseminados, perseguidos i proscriptos, los cuales necesitaban solo de un pequeño esfuerzo para reunirse i trabajar de consuno. Al gobernador de Cuyo no se le ocultaba esta circunstancia; i queriendo sacar de ella todo el provecho posible, se entendió con varios emigrados chilenos oriundos de aquellos lugares, para comenzar sus operaciones. Dos de entre éstos, el coronel de las milicias de Aconcagua durante la revolucion, don José Maria Portus, i un oficial subalterno, don Manuel Navarro, le fueron de gran utilidad en aquellos momentos. El primero le recomendó como hombres aparentes para trabajos de esta especie a don José Salinas, vecino de Putaendo, a don Pedro Regalado Hernandez, maestro de escuela de Quillota, i a su propio yerno i sobrino don Juan José Traslaviña, de San Felipe: los tres eran patriotas decididos i hombres capaces de tomar las armas i abrir una campaña de montoneras en un momento dado. El mismo Portus les escribió desde Mendoza, instándoles encarecidamente a mantener comunicaciones con los jefes del ejército de los Andes, i a ajitar aquellos pueblos en el sentido de la insurreccion. Navarro, por su parte, se ofreció gustoso a traer a Chile esas cartas. Su espíritu superior no temia los peligros que iba a correr.

A mediados de octubre salió este de Mendoza, conduciendo tambien otra carta para Salinas i Traslaviña, escrita por San Martin i maliciosamen-

te fechada en Santiago, con el propósito sin duda de confundir a los realistas si caia en poder de ellos (1). Hablábase en esta en un sentido enigmático acerca de los futuros movimientos; pero, como es fácil comprender, surtieron todo el efecto deseado en el ánimo de aquellos buenos patriotas. La mision de Navarro, por mui bien desempeñada que fuese, despertó las sospechas de la autoridad: i despues de algunas asechanzas que burló hábilmente, se vió obligado a repasar los Andes, para ir a reunirse a San Martin.

II. Salinas, entretanto, se marchó a Quillota en busca de Hernandez. Juntáronsele allí dos nuevos compañeros, don Ramon Arístegui i un jóven de diez i siete años de edad llamado Ventura Lagunas, todos los cuales comenzaron inmediatamente sus trabajos. Faltos de armamento i de apoyo, ellos creyeron seducir a algunos soldados del escuadron de húsares de la Concordia, que guarnecia a aquel pueblo, quienes podian no solo surtirlos de armas sino tambien ayudarlos eficazmente en sus trabajos. Lagunas contrajo relaciones con un sarjento apellidado La Rosa, el cual les prometió servirlos en cuanto dependiese de él.

Era La Rosa un militar insubordinado, que manifestaba a cada instante mucho descontento con sus jefes. Esta cualidad, mui favorable sin duda para hacerlo útil a los insurjentes, fué su pérdida i la de sus nuevos amigos. Envalentonado con la esperanza de la próxima reconquista de Chile, La

(1) Estas cartas han sido publicadas en la *Gaceta del rei.*

Rosa cometió graves faltas contra la subordinacion militar, que le acarrearon la prision i una sentencia de muerte. Puesto ya en capilla, el infeliz sarjento creyó de su deber denunciar los planes revolucionarios en que habia tomado parte, sea que pensase lavar así la falta ántes de morir, o que esperase alcanzar el perdon de sus superiores. Como debe suponerse, su declaracion despertó la mas viva alarma entre los españoles: Salinas i Lagunas se hallaban entónces en Valparaiso elaborando sus proyectos de insurreccion; i, sin saber nada de lo que ocurria, se pusieron en marcha para Quillota, entregándose, por decirlo así, en manos de sus enemigos. Inicióse contra ellos una causa criminal; pero de mui poco habria servido la declaracion del sarjento La Rosa, prestada en los momentos en que esperaba salvar su vida con ella, si no se hubiese presentado una criada de Salinas, informando a las autoridades de cuanto ella habia oido hablar a su amo i a los amigos de éste. La criada repitió lo que ya ántes habia dicho el sarjento La Rosa, i agregó ademas que entre los pocos papeles de su amo debian encontrarse dos cartas que habian leido con mucho interes. Eran estas las cartas de San Martin i de Portus, que debian servir de auto cabeza de proceso en el juicio que se les seguia.

Viéndose así traicionados, los reos perdieron la presencia de ánimo que hasta entónces habian manifestado para desmentir las declaraciones del sarjento La Rosa, declararon cuanto sabian i nombraron a sus otros cómplices. Inmediatamente fueron conducidos a prision Hernandez i Traslaviña; pero

dos hermanos de éste, que estaban iniciados en el secreto, i Arístegui lograron burlar las persecuciones que recayeron sobre sus personas. Los otros cuatro fueron conducidos a Santiago; i, como debian esperarlo, fueron juzgados precipitadamente, condenados a muerte de horca, sin muchas tramitaciones i dilijencias, i los cuatro compañeros fueron encerrados en capilla para ser ejecutados despues de treinta horas. Cuéntase que no estando acostumbrado el verdugo a aplicar este suplicio, se le obligó a ejercitarse ahorcando carneros, miéntras los reos recibian los últimos ausilios espirituales.

Al amanecer del 5 de diciembre se colocaron en la plaza de Santiago las cuatro horcas, destinadas al suplicio. Desde esa hora un inmenso jentío acudió de todas partes de la poblacion; i solo a las once del dia salieron los reos de la cárcel para subir al patíbulo. Salinas, Hernandez i Traslaviña fueron ejecutados uno en pos de otro; i el jóven Lagunas, que, en consideracion a sus poços años, habia alcanzado conmutacion de la pena por diez años de presidio en Juan Fernandez, sufrió todas las angustias del suplicio hasta el momento mismo en que le tocaba entregar su cuello al verdugo. Los cadáveres quedaron suspendidos durante todo ese dia (2).

(2) La *Gaceta del rei* publicó entónces una breve relacion de este suceso: las noticias que él contiene estan aumentadas en el testo con los datos orales que han suministrado don Manuel Barañao, comandante de húsares entónces, i con una representacion documentada que elevó al congreso uno de los hermanos de Traslaviña, para obtener una pension. Casi todas las noticias del testo constan de una representacion de Lagunas al jeneral San Martin, de 13 de mayo de 1817, a su vuelta de Juan Fernandez. Está publicada en la *Gaceta del gobierno*, núm. 15, de 4 de junio de 1817.

III. Fácil ės inferir cual seria el horror que suscitó este suplicio en toda la poblacion. Las tropelias de los mandatarios españoles habian despertado en Chile un encono estraordinario, i las ejecuciones, que desde ese dia comenzaban, no podian dejar de avivar el odio acendrado que ya se les profesaba.

Para mayor causa de encono contra las autoridades, i como para infundir mayor aliento a los patriotas, uno de los ajentes de San Martin, don José Santiago Aldunate, oficial que habia sido del primer ejército chileno, puso ese mismo dia en el buzon del correo de Santiago un grueso paquete de proclamas que aquel jefe habia escrito en Mendoza, dirijidas particularmente a los hombres que componian la camarilla de Marcó. Anunciaba en ellas, que el ejército de su mando estaba en disposicion de emprender la marcha para dar a Chile la libertad i la independencia; i pedia a los hombres de bien, que servian entre los realistas, i a todos los chilenos que jemian bajo el despotismo, que secundasen sus miras, prometiendo perdonar sus faltas a los primeros i recompensar los méritos de los segundos. "Yo os protesto por el honor i por la independencia de nuestra cara patria, decia San Martin, que nadie será repulsado al presentarse de buena fé. El soldado será incorporado en nuestras filas con la misma distincion de los que la componen, i con un premio especial al que trajere sus armas. El paisano hospitalario i ausiliador del ejército será recompensado por su mérito, i tendrá la gratitud de sus hermanos."

Esta interesante proclama habria quedado en la oficina de correos, o en la secretaria de Marcó, si este no hubiese cometido la torpeza de darle publicidad i circulacion. Creyendo el presidente de Chile despertar la animosidad contra el gobernador de Cuyo i sus planes de invasion, hizo imprimir esa proclama con notas i comentarios injuriosos i amenazantes contra todos los individuos que abrigasen ideas de desobediencia e insurreccion. De este modo, aquella pieza que habia venido manuscrita i dirijida a unos pocos parciales de Marcó, obtuvo los honores de la impresion i circuló fácil i libremente por todo el reino.

En esa misma época, llegaban a Chile cartas mas o ménos entusiastas, que los insurjentes chilenos escribian desde Mendoza. En el sur, sobre todo, las autoridades realistas i sus partidarios vivian en la mas contínua alarma, temiendo por instantes la invasion armada. "No podemos dudar, amigo mio, en vista de los planes de combinacion que los de la otra banda tienen con los de esta, que estamos en manifiesto peligro, en especial esta ciudad i aun toda la provincia, escribia desde Chillan el padre misionero frai Domingo Gonzalez al coronel Olate, que mandaba en Coquimbo, en carta que tenemos a la vista. Los papeles seductores que han corrido por toda ella son muchos, i de mucha alma para trastornar no solo a los débiles sino tambien a los fuertes. El malvado O'Higgins ha tenido el atrevimiento de escribir en términos que hacia inevitable nuestra ruina. Con términos i espresiones arrogantes se empeña en querer persuadir

que España está en un estado deplorable; que las tropas de la otra banda exceden en valor, pericia i número con exceso a todas las que el rei pueda presentarles: que tiene sobrados recursos para todo. Con estas i otras, preparaba el camino para descolgarse sobre Chillan, con la miseria de 200 hombres, bien que contando con todos los patriotas de esta provincia. Pero cuando él meditaba realizar estos vastos planes, aquí se estaba recojiendo patriotas para poblar la Quiriquina: i con esto todo su gozo se fué al pozo."

IV. Los guerrilleros insurjentes, por su parte, no cesaban entónces de moverse para incomodar a las autoridades realistas. Ya no eran solo las serranias de Cumpeo el único teatro de sus operaciones: habian engrosado considerablemente el número de los suyos, comenzaban a estenderse prodijiosamente i se empeñaban en trabajos de mayor importancia.

Desde fines de 1816, el caporal de esas guerrillas, don Manuel Rodriguez, se habia acercado a Santiago i recorria los campos del otro lado del Maipo. Se granjeó la amistad i la confianza de muchos hacendados de esas inmediaciones, i recorrió una vasta porcion de aquel territorio buscando partidarios fieles i decididos para acometer nuevas i mas importantes empresas. En la noche del 3 de enero de 1817 cruzó el rio Maipo por el vado de Naltagua i fué a caer a un lugar denominado Chacon, poco mas de una legua al poniente de San Francisco del Monte. Acompañábanlo solamente su asistente, que en esta vez era un soldado chi-

leno de gran valor, don Ramon Paso i un tal Galleguillos, campesinos de la isla de Maipo. En Chacon se le juntó un conocido suyo de pobre condicion i de poco prestijio llamado José Guzman. El armamento de los cinco era el necesario para ellos solos : Rodriguez, el mejor armado de todos, tenia dos pares de pistolas, un sable i una daga, su asistente su sable i una tercerola, Paso un solo par de pistolas i Guzman i Galleguillos únicamente sus sables.

Ni del número de hombres que componian la partida ni de su armamento, habia que esperar gran cosa. Rodriguez, sin embargo, no manifestó vacilar un solo instante, i al amanecer del siguiente dia se puso en marcha para Melipilla, por el camino público que en aquella parte era bastante poblado. Empleando mil mañas, Rodriguez agregaba a su séquito, por grado o por fuerza, a todos los hombres que encontraba en el camino. Armábalos con chuzos i picanas, i a algunos les repartió los pocos cuchillos que pudo encontrar en los bodegones i en los ranchos del tránsito. De este modo formó una columna de mas de 80 hombres. Convidándolos a beber largo i bueno en Melipilla, anunciándoles que iba a repartir entre ellos los talegos que los godos habian robado a los chilenos, Rodriguez logró infundir el entusiasmo en el ánimo de los sencillos campesinos. Obedeciendo a un consejo que en aquellos momentos le dictaba la prudencia, el jefe de la banda hacia volver atras a todos los hombres que encontraba en su marcha, de quienes sospechaba que pudiesen traer a la capital la noticia

de su espedicion. A un español apellidado Damian, que venia a Santiago con su familia, lo tomó preso i lo colocó a la grupa de su caballo: sus equipajes fueron entregados al saqueo, i los campesinos que los custodiaban pasaron a engrosar la partida insurjente.

A las nueve de la mañana entraron Rodriguez i su jente por las calles de Melipilla con gran bullicio i algazara. A nadie se le ocurrió cual podia ser la causa de tan estraño movimiento; i como no habia en el pueblo fuerzas capaces de oponer la mas lijera resistencia, los asaltantes llegaron a la plaza sin la menor dificultad. Rodriguez se separó aquí de los suyos, i, seguido de su asistente, se dirijió a casa del subdelegado, don Julian Yécora, vecino mui querido de los habitantes por su buen corazon, con quien tuvo una corta conferencia. Tomando un tono solemne i amenazador, el caudillo insurjente le anunció que lo haria fusilar al cabo de tres horas sino le entregaba las cantidades colectadas en aquel partido para completar el empréstito forzoso mandado levantar por Marcó. En vista de la actitud enérjica i decidida que habia asumido Rodriguez, Yécora, que ya lo conocia de nombre i reputacion, no se atrevió a negarse a sus exijencias.

Segun las disposiciones de Marcó, el partido de Melipilla debia contribuir para aquel empréstito con la suma de 5,000 pesos; pero hasta entónces Yécora solo habia podido recojer 2,000, que puso a disposicion de Rodriguez. Inmediatamente, hizo éste sacar el dinero a la plaza, ocupada entónces

por los hombres de su comitiva i por los infinitos curiosos que se habian agrupado por la novedad. "Muchachos, gritaba Rodriguez, hoi se puede decir viva la patria i mueran los godos," i les arrojaba puñados de dinero, gratificando especialmente a aquellos que habian sido los primeros en reunírsele cuando salió de Chacon. No se necesita decirse cuan grande fué el entusiasmo con que aquellas jentes se apresuraban a ocurrir a tan halagüeño llamado. Para todos fué aquel un dia de felicidad i de alegria : la causa de los patriotas encontró parciales aun entre aquellos hombres que vivian contentos con el estado de cosas existente. Cuéntase que cuando se habia acabado el dinero, se acercó a Rodriguez un sastre del pueblo gritando los mas estrepitosos vivas, i que no teniendo aquel otra cosa con que recompensarlo, le dió un mechero de plata de su propio uso.

En medio de esta confusion jeneral, Rodriguez tomaba sus providencias para evitar que ántes de mucho tiempo llegase a Santiago la noticia de lo que ocurria en Melipilla. Con este objeto, se informó acerca de los hombres que podian causar su pérdida, i supo que en la hacienda de Codigua, distante cuatro leguas del pueblo, se hallaba de paseo un teniente del batallon de Talavera, llamado don Manuel Tejeros. Inmediatamente, dió a Galleguillos el mando de una corta partida, para que lo trajera a su presencia a la mayor brevedad posible.

A pesar de todo esto, convenia despacharse pronto en aquellos momentos para ponerse en salvo.

Melipilla dista solo diez i ocho leguas de la capital, i de un momento a otro podia despachar Marcó una partida de buenas tropas que habria sabido vengarlo del insulto que los insurjentes hacian a su autoridad. Rodriguez comprendia todo esto; pero, aparentando una calma estraordinaria, obraba con lentitud i reposo. Despues de haber tenido una larga conversacion con todos los vecinos patriotas de Melipilla para anunciarles la próxima invasion de San Martin, se reunió nuevamente con su comitiva, la armó con las lanzas que Yécora tenia en su casa para el servicio de las milicias, i se dirijió al estanco del pueblo, que tomó sin dificultad alguna. Rodriguez i dos de sus compañeros se posesionaron de todo el tabaco que allí habia, i comenzaron a arrojarlo a la calle para que se repartiesen los hombres de su comitiva. No satisfecho con esto, reunió todas las lanzas que le sobraban despues de haber dado una a cada hombre que lo acompañaba, i habiéndoles quitado las moharras, que mandó arrojar al rio Maipo, hizo una hoguera en la plaza del pueblo en que quemó las astas. Con esto queria disminuir en cuanto le era posible los recursos militares con que contaban los realistas.

Don Manuel Rodriguez permaneció en Melipilla todo ese dia. Residia entónces en el pueblo la señora doña Mercedes Rojas, confinada allí a causa del entusiasmo i patriotismo con que defendia las ideas revolucionarias: en su casa comió Rodriguez; le descubrió los planes de San Martin i le mostró algunas cartas que le habia escrito desde Mendoza para ponerse de acuerdo. Despues de ha-

ber hablado largo, i, solo al ponerse el sol, se dispuso a salir del pueblo. Para esto, reunió de nuevo su banda, hizo comparecer a Yécora i a Tejeros, i les dió la órden de seguirlo. Algunos vecinos que se hallaban presentes, intercedieron en favor del subdelegado Yécora i alcanzaron de Rodriguez que lo dejase en completa libertad. Tejeros, ménos feliz que el subdelegado, tuvo que seguir por fuerza a la partida patriota acompañado de su asistente.

Rodriguez i los suyos fueron a alojarse esa noche a la hacienda de Huaulemu, situada a corta distancia del pueblo. Como si nada tuviese que temer del enemigo, dispuso una cena opípara para su comitiva, les repartió víveres i licores en abundancia, convidándolos a todos a beber en nombre de la patria. Inútil parece describir la escena que se siguió a la comida: a las nueve de la noche todos aquellos campesinos fatigados con los trabajos del dia i ébrios por los licores que se les habia repartido con profusion, se echaron a dormir con gran tranquilidad, como si nada tuviesen que temer.

V. A esas horas, Marcó tomaba sus providencias para perseguir a los montoneros. Un español, don José Cardoso, administrador de la hacienda de San Miguel, que el gobierno habia confiscado a la familia de los jenerales Carrera, hizo un propio a Santiago tan luego como supo lo que ocurria en Melipilla. En su carta pintaba las cosas con apasionado colorido, e instaba al presidente Marcó a tomar las mas enérjicas providencias para evitar males de gran consideracion. Rodriguez i Neira,

decia en su carta, son los autores de tan temerario atentado : esta es la oportunidad de obrar con prontitud para aprehenderlos i castigar sus maldades.

No se necesitaba de esta recomendacion para que Marcó procediera ejecutivamente. En el mismo instante, dispuso la salida de una compañia del batallon de Talavera, al cargo del subteniente don Antonio Carrero, a quien habia elevado a la clase de oficial pocos dias ántes. La tropa iba bien montada, i marchó con tal rapidez que llegó a las inmediaciones de Melipilla cuatro horas ántes de amanecer. Allí supo que la partida insurjente estaba acampada en Huaulemu; i, sin vacilar un momento, Carrero se puso en marcha para aquel lugar, tomando mil precauciones para sorprender a Rodriguez i a sus compañeros en el primer momento.

Ya era tarde para esto : tan luego como se echaron a dormir los huasos de su banda, Rodriguez llamó a sus cuatro compañeros i les mandó montar a caballo para ponerse en fuga, llevándose consigo a Tejeros i a su asistente, que podian descubrir su camino. Esto solo bastó para que comenzara a desorganizarse poco a poco la partida, a tal punto que a las doce de la noche solo quedaban en Huaulemu ocho o diez hombres. A estos únicamente sorprendió Carrero : los apresó en el acto, así como al administrador de la hacienda llamado José Sanchez, i, satisfecho con la presa, volvió a Melipilla en la misma noche, en la persuasion de que ya Rodriguez i Neira estaban en su poder.

Solo al amanecer del siguiente dia conoció Car-

rero su engaño, i se dispuso a seguir su marcha en persecucion de los fujitivos. Por fortuna, eran tan vagas i contradictorias las noticias que de todas partes le llegaban que no acertó a tomar medida alguna. De diversos puntos de las inmediaciones se le anunciaba que se habian visto pasar en aquella noche hombres armados que parecian huir; pero cada denunciante aseguraba haberlos visto por diversos puntos i por caminos opuestos. El juez de la hacienda de Chocalan, Estevan Cárdenas, i un mayordomo llamado Tiburcio Romo, le comunicaron que marchaban en persecucion de una partida que se habia internado en las serranias de aquella hacienda. Sin mas que esta noticia, Carrero atravesó el Maipo para juntárseles i seguir en persecucion de Rodriguez i sus compañeros. Sus pesquizas, sin embargo, fueron enteramente inútiles, i no dieron mas resultado que la aprehension de José Guzman, aquel campesino que se habia juntado al caudillo insurjente en Chacon. Perdido éste en la oscuridad de la noche, se habia separado de Rodriguez i habia ido a buscar un asilo en la hacienda de Chocalan, en donde fué apresado. Por primera providencia se le hicieron dar 50 azotes, a fin de hacerle declarar que era el mismo Neira; pero Guzman sufrió con valor i disimuló tan bien su culpabilidad, que fué puesto en libertad despues de tres dias de prision. Fuera de esto, Carrero no pudo descubrir cosa alguna ni aprehender un solo hombre mas. Recorrió las dilatadas i escabrosas serranias de la hacienda de Chocalan, pero con tan poco fruto que despues de algunos dias de inútiles

i afanosas escursiones, volvió a Melipilla a aguardar nuevas órdenes de Marcó.

Rodriguez, entretanto, habia sabido burlar con su habilidad ordinaria las asechanzas de sus enemigos. En la misma noche del 4 de enero repasó el rio Maipo por el mismo vado de Naltagua, i fué a alojarse en las casas de esta hacienda. De allí siguió su viaje hacia el sur, caminando por ásperas laderas, i buscando los campos mas solitarios para no dejar vestijio alguno de su marcha. En estas escursiones lo acompañaba siempre Tejeros i el asistente de éste : pero ambos marchaban tan a su pesar que mas de una vez intentaron quedarse atras para tomar la fuga. El asistente logró al fin evadirse, miéntras Tejeros, mas vijilado sin duda por sus conductores, se veia obligado a seguirlos por aquellas escarpadas montañas. Desde luego, su presencia comenzó a ser incómoda i hasta perjudicial para Rodriguez : cuando éste tenia que andar lijero para salvar su propia vida, el cuidado del prisionero era una molesta carga que los esponia sin cesar a todo jénero de riesgos. Tejeros, a no dudarlo, queria quedarse atras para ponerse en salvo e ir a denunciar a las autoridades la marcha que llevaban los insurjentes para que los aprehendiesen. Inútiles fueron las instancias de Rodriguez para inducirlo a tomar armas por los patriotas : Tejeros era leal i valiente, i hasta en tan tristes circunstancias se manifestó firme i decidido defensor del rei de España. Aun cuando disimulaba su propósito de evadirse, su obstinacion para quedarse atras no dejaba lugar a duda acerca de sus verdaderas intenciones.

La marcha se continuó así durante algunos dias; pero el teniente de Talavera, buscando la ocasion oportuna para huirse, habia tocado mil arbitrios sin provecho alguno. Una tarde, por fin, se resolvió á dejarse caer de una quebrada, en la intelijencia que Rodriguez i los suyos no debian notar su falta hasta entrada la noche, i que entónces la oscuridad le permitiria burlar toda persecucion. Ejecutó su proyecto; mas el ruido que hizo al bajar por el escarpe de la quebrada llamó la atencion de Rodriguez i su comitiva. Con esto solo se creyeron perdidos: la aprehension de Tejeros en aquel momento i en aquel sitio era físicamente imposible; i sin duda se habria huido felizmente si sus conductores no hubiesen asumido la enerjía necesaria en aquellas circunstancias. Rodriguez i su asistente, por un movimiento instantáneo, descargaron sus armas sobre el infeliz talavera, que cayó muerto en el acto atravesado por dos balas. Desde entónces, la comitiva pudo seguir su marcha sin los temores que hasta aquel momento le habia causado el preso (3).

VI. Como es fácil comprender, Marcó se puso furioso al saber las ocurrencias de Melipilla. Asumiendo una actitud amenazadora, comenzó a dictar órdenes de toda especie, no solo para proceder a la aprehension i al castigo de los delincuentes, sino

(3) Este suceso ha sido referido ántes de ahora con muchos errores i con bastante vaguedad. Por esto mismo me ha parecido conveniente referirlo con todos los detalles del testo, para aclarar un hecho tan interesante i dramático. Las noticias que me han servido para esto han sido recojidas en el teatro mismo de los sucesos, i de boca de los testigos i actores por don José Maria Silva Chaves, que ha tenido la bondad de asociarse a mis trabajos, para descubrir hasta los mas pequeños pormenores de este suceso.

tambien para impedir la perpetracion de semejante atentado en los otros pueblos del reino. En nota de 5 de enero, encargaba al subdelegado de Quillota, al cabildo i al marques de Cañada Hermosa, don José Tomas de Azúa, a quien conferia la comandancia militar del partido, que tomasen todas las medidas que estuviesen a sus alcances para armar las milicias, i resistir a sorpresas como la que acababa de efectuarse en Melipilla. Como si todo esto no bastase, dos dias despues, el 7 de enero, hizo publicar un solemne bando por el cual encargaba a los jefes militares empleasen el mayor celo posible para perseguir a los bandidos, como llamaba a los guerrilleros insurjentes. Señalábaseles en esa pieza las instrucciones a las cuales debian reglar su conducta, i se les daba poder por el art. 8.°, para aplicar el último suplicio i confiscar los bienes a aquellos que ocultasen a los culpables.

Miéntras Marcó publicaba ese bando se preparaban en las inmediaciones de San Fernando los elementos necesarios para dar un asalto semejante al de Melipilla. Queriendo Rodriguez burlar la vijilancia de los subalternos de Marcó, i desconcertar todos sus planes, habia encargado a sus parciales que indefectiblemente cayesen sobre aquel pueblo el 11 de enero. Con esto se proponia hacer creer a los realistas que, dejando las inmediaciones de Melipilla, habia ido a Colchagua a capitanear la nueva empresa.

Debian dirijir ésta don Francisco Salas i don Feliciano Silva, conocidos ambos por su patriotismo i decision en las primeras escursiones de las

guerrillas insurjentes. Silva reunió para esto algunas armas, i se mantuvo en una pequeña hacienda que arrendaba, llamada los Rastrojos, situada cinco leguas al norte de San Fernando, con el encargo de reunir i aleccionar la jente, miéntras Salas observaba los movimientos del enemigo en los alrededores del pueblo, i reclutaba soldados para dar el asalto. Por este medio, ambos estaban impuestos de las fuerzas del enemigo, i se preparaban a burlarlo con conocimiento de su situacion.

Gobernaba en San Fernando un hacendado español llamado don Manuel Lopez de Parga, a quien los realistas habian dado el grado de sarjento mayor del rejimiento de milicias de Maule, en premio de su fidelidad. Con él vivia don Antonio Lavin, comandante de las milicias del partido, con encargo de reunirlas en el primer momento de peligro; pero la fuerza mas temible que habia en el pueblo era una division de 80 carabineros de Abascal, que mandaba el capitan Osores. Todo esto supo Salas; i al preparar el asalto marchaba sobre un terreno seguro.

Desde mucho ántes del amanecer del 11 de enero se colocó Silva con 50 hombres en un pequeño lugar llamado Roma, una legua al oriente de San Fernando. Allí se le juntó al cabo de pocos momentos su compañero Salas a la cabeza de 100 hombres: entre ambos organizaron su partida detras de un cerrito de las inmediaciones. Despues de mui cortos preparativos, i como a las tres de la mañana, se pusieron en marcha.

Necesario era que aquella banda ejecutase con

mucho tino la sorpresa, porque ni su número, ni la calidad de los soldados, i, lo que aun es peor, ni su armamento debian infundirles mucha confianza. Mui pocos entre aquellos campesinos llevaban armas de fuego, algunos iban armados de machetes i puñales únicamente, i los mas llevaban solo chuzos i garrotes. Salas habia preparado ademas cuatro rastras de cuero que cargaron con piedras en las inmediaciones del pueblo: algunos huasos de la partida estaban encargados de arrastrarlas atándolas al cinchon de sus monturas, i cuidando de hacer con ellas el mayor ruido posible.

Con estas solas instrucciones, la banda insurjente marchó a galope tendido dando gritos para llamar la atencion de todo el mundo. Antes de media hora, estaba ya en las goteras del pueblo acompañada de un inmenso séquito que, sea por la novedad o por el deseo de pillaje, se les agregó en el camino. De este modo entraron al pueblo mas de 300 hombres gritando víva la patria! i mueran los godos! Los vecinos de San Fernando despertaron con esta algazara, i creyeron que un ejército poderoso habia ocupado la ciudad.

El capitan Osores, por su parte, llamó a las armas a su tropa, i, en medio de la turbacion i desorden jeneral, se dispuso a resistir hasta el último momento. Este caso sinembargo estaba previsto por el intrepido Salas: sin manifestar el menor temor comenzó a dar las voces de mando, como si capitanease algunos batallones, i acabó por gritar "avance la artillería," a cuya órden los huasos que tenia prevenidos movieron estudiadamente sus ras-

tras, causando un ruido mui semejante al de los cañones. Despues de esto, nadie trató de oponerle resistencia alguna: los soldados de Osores i este mismo, se dieron por felices con poder fugar saltando las murallas de la casa que ocupaban i tomando el camino que conduce a la capital.

Desde entónces, los insurjentes se hicieron dueños absolutos de San Fernando, asaltaron la casa de Parga i saquearon hasta las camas. La misma suerte le cupo al estanco: los asaltantes se distribuyeron precipitadamente el tabaco que allí encontraron, i se dispusieron para salir del pueblo inmediatamente.

Antes de amanecer, en efecto, Salas i Silva reorganizaron su banda i se pusieron en marcha por los caminos del oriente, con direccion a la corcordillera. Acompañados unicamente por sus mas fieles i decididos compañeros, caminaron por las orillas del rio Tinguiririca i se internaron en la cordillera hasta el lugar llamado los Morros, en donde encontraron una corta division patriota que habia salido de Mendoza, a las órdenes del valiente capitan don Ramon Freire.

San Fernando entretanto habia quedado en el mayor desorden. El asalto dado por la banda insurjente habia despertado tal contento en unos, tal pavor en otros, i tal confusion entre todos que nadie acertaba con la verdad de lo ocurrido. Las casas mapérnecieron cerradas todo ese dia: por todas partes se descubria el sobresalto i la ansiedad, i quizá la confusion habria inducido a la chuzma a cometer mil crímenes, si Osores i sus soldados, repuestos del

miedo de la mañana, no hubiesen vuelto al pueblo. Su entrada se verificó a las tres de la tarde: solo a esa hora comenzó a volver la calma a los espíritus (4).

VII. La primera noticia de estas ocurrencias llegó a Santiago en una nota escrita en Rancagua por el coronel de húsares de la concordia don Manuel Barañao, que marchaba a San Fernando a recibirse del mando militar de aquel partido. La desesperacion de Marcó i sus consejeros al saberla no conoció límites: creyendo que sin ciertos contratiempos que demoraron a Barañao en aquel punto, habria podido impedir el ataque de los insurjentes, Marcó le dirijió inmediatamente las órdenes mas premiosas para que marchase a perseguir i esterminar a los fujitivos. Sus notas manifiestan a las claras cuan grande era la rabia que lo animaba en esos momentos. "Donde quiera que se encuentre un paisano con las armas en la mano, decia en oficio del 13 de enero, sin mas sumario ni ceremonia fusílelo U. al momento."—"Donde quiera que encuentre paisanos armados, decia en otra nota del 14, fusilelo sin mas autos ni ceremonias." Para resforzarlo, hizo salir en la noche de este dia el batallon de Chiloé bien montado, i con encargo de marchar lijero.

En virtud de órdenes tan apremiantes, i cono-

(4) El asalto de San Fernando no se habia contado antes de ahora con sus pormenores i detalles. Los que contiene el testo son tomados de diversas fuentes, i mui particularmente de una curiosa relacion que escribió don Feliciano Silva un año antes de morir, a peticion de don Domingo Santa-María. A este buen amigo debo el conocimiento de tan interesante pieza.

ciendo cuanto convenia la presteza en aquellos momentos, Barañao se habia movido de Rancagua ántes de recibir las órdenes de Marcó. El 13 de enero ocupó a San Fernando, i desde luego trató de tomar todas las medidas del caso para castigar a los autores de aquel ruidoso asalto. Inmediatamente se le presentaron algunos denunciantes; pero ninguno podia indicar el paradero de los caudillos, i ni siquiera la direccion que habian tomado al salir del pueblo. Rodaron los denuncios sobre unos cuantos individuos de San Fernando i sus alrededores, a quienes se habia visto tomar una parte mas o ménos activa en las ocurrencias del dia 11. En cumplimiento de sus órdenes, Barañao alcanzó a apresar a siete de los indicados como insurjentes, i, sin mas autos i ceremonias, tal como se lo prevenia Marcó, los hizo ahorcar en la plaza pública el mismo dia de su llegada (5).

Esta ejecucion no satisfizo la sed de sangre de Marcó. Contestando la nota en que Barañao se la anunciaba, el presidente volvia a recomendarle encarecidamente que no tuviese consideracion de ninguna especie para castigar a los culpables. "Las partidas de los ladrones, salteadores i emisarios insurjentes de la otra banda de las cordilleras se duplican, decia en nota del 16 de enero, sus exesos se repiten, los males crecen, i los buenos se consternan: en estos contrastes que la quietud pública esperimenta debe formarse una comision militar

(5) La *Gazeta* del rei publicó el nombre de estos infelices: llamábanse Manuel Llanca, Juan Llanca, Juan Moreno, José María Villavicencio, José Régulo Galves, José Peñalosa i Tomas Nilo.

en todo el canton, compuesta de siete vocales, i lo mismo se establecerá en el lugar que la tropa descanza: el conocimiento de ella será el de aprehender a cuantos se hallen con el delito, bien sea el de cargar armas, saquear, robar i demas; la pena de muerte será aplicada, incluidos en ella a cuantos den abrigo i los oculten, a mas sus casas se incendiaran, i hasta su memoria se borrará. Castíguese de un modo que su ejecucion escarmiente, i no viva quien es infiel a su rei i a la causa que se sostiene. Ni en U. S. ni en el consejo queda arbitrio para el disimulo, i de todo descuido seran los vocales responsables. Oigase el cuchillo donde la paz no se escuchó."

A pesar de estas instancias, Barañao no estaba ya en disposicion de seguir dando cumplimiento a los barbaros mandatos de Marcó. Habíasele juntado en San Fernando, el comandante de carabineros de Abascal don Antonio Quintanilla, atraido tambien a aquel punto por la noticia del asalto: a una gran entereza, unia este militar un corazon noble i jeneroso, que lo hacia mirar con desprecio las órdenes del presidente cuando en ellas se mandaba la aplicacion de castigos atroces. Quintanilla llegó a San Fernando poco despues de la ejecucion de aquellos siete infelices, i, disgustado por no haber podido impedirla, se convino con Barañao para seguir trabajando en la pacificacion de aquellas provincias sin emplear los medios crueles que les recomendaba Marcó.

El presidente, por su parte, no cesaba de repetir sus encargos para el cumplimiento de sus rigorosos

mandatos. "Desde que U. S. me comunicó la ejecucion de haber pasado por las armas a siete criminales, decia a Barañao en nota del 24 de enero, no se ha vuelto a dar parte alguno de esta naturaleza, cuando estoi seguro que son muchos los que merecen de justicia igual escarmiento. En esta virtud encargo a U. S. mui particularmente la ajitacion i brevedad de evacuar los sumarios, que por lei militar no deben pasar de 24 horas, i puesta la sentencia debe ejecutarse al momento el castigo para escarmentar a esa canalla que no cede al bien i no oye la voz de la razon (6)."

VIII. Ordenes semejantes a estas eran las que dictaba Marcó en aquellos momentos a todos sus subalternos. En medio del peligro, el presidente empleaba una actividad tan estraordinaria como infructuosa. Pasaba largas horas oyendo el parecer de sus consejeros i discutiendo con ellos los planes que debia adoptar; pero escojia de ordinario los peores arbitrios que se le recomendaban con tal que fuesen duros i rigorosos.

En esta disposicion el presidente publicó un bando el 22 de enero por el cual mandaba aplicar las mas severas penas a los guerrilleros insurjentes o a los que los asilasen; i disponia la ejecucion de las mas barbaras i atroces medidas para impedir que en adelante siguiesen obrando como lo habian hecho hasta entónces. A fin de quitarles todo lugar de albergue, mandaba incendiar los bosques i sementeras, creyendo que asi los patriotas

(6) Tengo a la vista veinte i nueve notas de Marcó al coronel Barañao, concebidas todas en iguales términos.

estarian en todas partes al alcance de sus soldados. Para complementar esta disposicion, e impedir todo movimiento a los insurjentes, disponia Marcó que nadie, que no fuese militar o emisario del gobierno, pudiese viajar a caballo en la vasta estencion del territorio comprendida entre el rio Maipo i el Maule. Por otro artículo de aquel bando, se disponia, ademas, que todos los hacendados de Colchagua, Curicó i Talca entregasen sus caballos a las autoridades para trasladarlos a este lado del Cachapoal, de donde no podrian sacarlos hasta nueva órden. Para darle autoridad, Marcó disponia en el mismo bando que la mas leve falta fuese castigada con la pena capital.

Fácil es inferir cuan grande hubiese sido la consternacion que se habria apoderado de todos los habitantes de Chile con la publicacion de ese bando si no hubiesen creido que esos mandatos eran las últimas convulsiones del despotismo. Por fortuna, la autoridad estaba desprestijiada, i ni las ejecuciones que decretaba Marcó podian amilanar a los guerrilleros a quienes perseguian sus tropas. Los insurjentes creian segura e inevitable la invasion de Chile por el ejército de San Martin, i no dudaban que sus esfuerzos i sacrificios para fraccionar i dividir a los realistas iban a servir poderosamente a los patriotas de Mendoza.

Al mismo tiempo, tomaba Marcó las mas rigorosas medidas para dar respetabilidad a su gobierno. Con una prodijiosa actividad, sus delegados subalternos apresaban a los pocos patriotas que aun quedaban en Santiago i en los otros pueblos de

Chile. El 6 de febrero, solamente, hizo zarpar para el Callao a la fragata española *Sacramento*, conduciendo a las prisiones del Perú a diez i seis frailes, un clérigo i veinte i seis paisanos de las mas distinguidas familias del país.

Con no menor celo, trabajaba el presidente para granjearse el aprecio de todos los sacerdotes de Chile, a fin de tenerlos contentos i de hacer que predicasen en favor de la causa del rei. Desde algunos meses atras, se afanaba, de comun acuerdo con el obispo de Santiago, doctor don José Santiago Rodriguez Zorrilla, en restablecer el órden jesuítico en Chile, con la esperanza de encontrar en él un poderoso ausiliar para sostener la causa de la España; pero, al encontrarse amagado de un peligro inmediato, pensó solo en dar sus órdenes para que todos los frailes i clérigos predicasen desde el púlpito el odio a los insurjentes de Chile i de Mendoza. Entónces fué cuando un fanático fraile agustino, haciendo un torpe juego de palabras, anunció a sus oyentes que el gobernador de Cuyo don José de San Martin, no era otro que Martin Lutero, "el peor i mas detestable de los herejes"; pero en aquella época, tales prédicas no bastaban para hacer cambiar de opinion a nadie.

IX. No cesaron, en efecto, las hostilidades de los guerrilleros insurjentes con las despóticas órdenes de Marcó ni con las ejecuciones que mandaban hacer sus subalternos. Los campesinos de Chile, porfiados por naturaleza, no pudieron reducirse a la necesidad de obedecer el despotismo que atacaba de cerca a todo lo que les es caro en la vida.

Las prorratas de caballos i el incendio de unos pocos ranchos, bastaron para encender su furor, i para afirmarlos en su resolucion.

En verdad, miéntras Marcó dictaba sus rigorosos mandatos, los guerrilleros insurjentes se batian con denuedo i decision en las inmediaciones de Curicó. Dirijía allí las bandas patriotas un rico hacendado, don Francisco Villota, hombre de un carácter audaz i emprendedor i de unas fuerzas físicas que hacian famoso su nombre en aquellos alrededores. Antes de esta época, habia espedicionado en los campos de Teno i habia prestado importantes servicios interceptando comunicaciones o persiguiendo a los emisarios realistas. Sabedor de las ocurrencias de Melipilla i San Fernando, i siguiendo quizá un plan convenido de antemano con Rodriguez i Salas, Villota se dispuso a dar un asalto a Curicó.

A este efecto, reunió en su hacienda de Teno una partida de 60 huasos, a los cuales armó con tercerolas, sables, lanzas i chuzos. A su cabeza cayó Villota sobre Curicó, que a la sazon estaba defendido por el coronel de dragones don Antonio Morgado con 30 hombres de su cuerpo i 50 infantes. El ataque, por bien preparado que fuera, nó pudo tener buen éxito: Villota fué batido en las goteras del pueblo, i, despues de una corta escaramusa, se vió obligado a retirarse precipitadamente, dejando en manos del enemigo a algunos de los suyos.

No necesita decirse que Morgado no se dió por contento con este triunfo. Con la mayor precipi-

tacion, mandó ejecutar militarmente a varios de sus prisioneros, i marchó inmediatamente en persecucion de los fujitivos. Villota llevaba a su enemigo la ventaja de conocer perfectamente el camino, i pudo burlar todas sus asechanzas i persecuciones. Durante algunos dias, el comandante de dragones hizo rápidas marchas, recorrió infructuosamente los campos de las inmediaciones i no pudo descubrir el paradero de Villota. Ofreciendo gruesas cantidades de dinero a unos, amenazando con el último suplicio a otros, Morgado queria obtener las noticias que tanto le interesaban. Uno de sus subalternos, encargado de la ejecucion de sus proyectos, colgó de las vigas en la propia casa de Villota, a uno de sus mayordomos llamado José María Leiva, para obtener de él el denuncio de su patron; pero Leiva sufrió con valor i guardó perfectamente el secreto.

Villota, entretanto, burlaba mañosamente todas las dilijencias i empeños de sus tenaces perseguidores. Los caballos de su tropa se cansaron al fin; un dia que se hallaba en los llanos del Huemul, mandó a uno de sus subalternos, don Juan Antonio Iturriaga, a reunir caballos para seguir su marcha; pero miéntras su tropa estaba en descanso, se encontró bruscamente atacado por una partida enemiga. Villota, queriendo dar tiempo a sus soldados para emprender la retirada, montó a caballo i comenzó a escaramusear a fin de distraerlos un momento. Por desgracia, su caballo se sumió en un pequeño pantano, i no le fué posible sacarlo de allí con la prontitud que las circunstancias exijian.

Hallóse acometido inmediatamente por dos soldados: preparábase a descargar su pistola sobre uno de ellos, cuando recibió un horrible sablazo en la cabeza, que lo dejó moribundo. Desde entonces la dispersion de los suyos fué inevitable (7).

La muerte de Villota fué altamente celebrada por Morgado: para mayor contento suyo, se encontró en sus vestidos una carta escrita por un clérigo patriota don Juan Fariñas, con la que pensaban descubrir los planes de los otros guerrilleros insurjentes. Sin mas que esto, Fariñas fué reducido a prision i habria sido fusilado, si no hubiese despertado la compasion del jefe realista (8).

X. Este triunfo fué motivo de gran contento para Marcó i sus consejeros; pero no alcanzó a calmar sus inquietudes. Los movimientos de las guerrillas insurjentes lo tenian confundido i perturbado, i los temores de la anunciada espedicion de San Martin le hacian perder el juicio en aquellos momentos en que tanto necesitaba de tino i meditacion para sobreponerse al cúmulo de desfavorables circunstancias que embarazaban la marcha gubernativa.

Por largo tiempo, creyó el presidente que la invacion debia verificarse por las provincias del sur. En esta persuacion, hizo retirar las piezas de artilleria que habia en Chillan, creyéndolas espues-

(7) Para la relacion de este suceso he tenido a la vista el parte que pasó Morgado a Marcó, i he reunido los pormenores entre los testigos i actores.

(8) Este incidente fué publicado por don José Miguel Infante en una necrolojía de Fariñas que dió a luz en el *Valdiviano Federal*, número 69.

tas a caer en manos del enemigo, i dió órden al intendente de Concepcion que colocase un destacamento de tropa en el boquete de cordillera de Alico, por donde el enemigo podia hacer su entrada. Inútil fué que el padre frai Melchor Martinez, a quien habia despachado en octubre para descubrir los preparativos de San Martin, le avisase que todas las noticias llegadas a Santiago acerca de los aprestos que hacian los insurjentes de Mendoza para atravesar el rio Diamante, i pasar a Chile por aquellos lugares, debian ser supercherias inventadas para hacerlo dividir su ejército. Marcó no queria creer que pudiese ser víctima de tan garrafal engaño, i continuaba dictando órdenes para mantener las provincias del sur en un buen pie de defensa. El 29 de enero insistia todavia en este propósito; en su virtud dió órden al intendente de Concepcion de que retirase las guarniciones de Talcahuano, San Vicente i Penco i las mandase situar en Linares i Cauquenes. En la misma nota mandaba que los lanceros de los Anjeles pasasen al canton del Maule a guarnecer las serranias de cordillera, para defender aquel territorio. Estas fuerzas debian quedar en esos puntos, prontas a socorrer la isla de la Laja si esta se hallaba amenazada. Con otras órdenes se proponia mantener espeditos los caminos públicos i los puentes de los rios, para facilitar la movilidad de sus tropas en los campos del sur.

Los mismos temores abrigaba el intendente de Concepcion, coronel don José Ordoñez. En sus notas a Marcó no cesaba de pedirle refuerzos de

tropa para defender la provincia de su mando. El mismo dia 29 de enero, en que el presidente le daba sus órdenes, Ordoñez reclamaba empeñosamente el pronto envío de los ausilios que tenia pedidos. De este modo, la confusion del presidente era mucho mayor.

La confusion jeneral se habia estendido hasta los últimos confines de Chile. La noticia de los aprestos de San Martin llegó hasta Valdivia, i su gobernador don Manuel Montoya se inquietó vivamente con las ocurrencias de Mendoza, i llegó a creer amenazada la provincia de su mando, en vista de los falsos informes que se comunicaban acerca de los aprestos de San Martin. En esta persuacion pidió apresuradamente al gobernador de Chiloé don Ignacio Justis, que lo ausiliase con algun refuerzo de tropa para hacer frente a una division patriota que debia atacarlo por el lado de Osorno. Habia entónces en el archipiélago una corta partida de soldados veteranos que debia pasar a Chile a reforzar el ejercito de Marcó; pero con esta sola noticia, Justis la embarcó, asi como a dos compañias de milicias de infanteria i a algunos artilleros, i les dió órden de ponerse a disposicion del gobernador de Valdivia (9).

A pesar de todo esto, Marcó i sus consejeros sospechaban a veces que la invasion podria verificarse por los boquetes del norte. Con este motivo, encargaba a los subdelegados que cortasen

(9) Tengo en mi poder un grueso legajo de la correspondencia cambiada en aquellas circunstancias entre Justis i Montoya. De allí he sacado las noticias del testo.

los caminos de cordillera i que cuidasen de mantener bien defendidos todos los caminos de Aconcagua i Coquimbo; pero estas órdenes no hacian mas que avivar los temores i recelos de sus subalternos. Los subdelegados del Huasco i Coquimbo no cesaban de pedirle refuerzos, a lo que contestaba Marcó recordando la necesidad en que se hallaba de atender a muchos puntos a la vez, i encargándoles que reuniesen las milicias i las armasen de cualquier modo. Con esto solo, sus buenos servidores se sentian desfallecer, i cesaban de afanarse para sostener una causa que ya creian perdida.

XI. Otros afanes tenian tambien entónces ocupada la atencion del presidente. No podia éste olvidar el anuncio que se le habia comunicado acerca de la flota insurjente que venia dirijida a Chile, i aun en medio de los mas apremiantes trabajos, Marcó consagraba una parte de su tiempo i de sus recursos a la creacion de una escuadrilla con que resistirle.

Enormes fueron los sacrificios que tuvo que hacer para poner en pié de guerra a los únicos dos buques de que podia disponer. En aquellos momentos, cuando la escasez de recursos pecuniarios lo obligaba a imponer contribuciones de toda especie, el presidente empleaba el poco dinero que contenian las escuetas cajas del reino para atender a un peligro imajinario. Por nota de 14 de enero, mandó entregar 3,000 pesos al comandante de la corbeta *Sebastiana*, don José Maria Tosta, para socorro de la tripulacion i apresto del buque.

Las noticias que hasta entónces se tenian acerca de la escuadra insurjente no bastaban para fijar con precision la base de las operaciones. El comandante de la *Venganza* pidió a Marcó sus instrucciones sobre el particular; pero a éste nó se le habia anunciado todo el plan de la supuesta espedicion, ni habia podido concebir un sistema de defensa. "Soi de sentir, escribia con este motivo a Blanco Cabrera, comandante de su escuadrilla, que U. S. puede llegar hasta la altura de Chiloé, cruzar allí algunos pocos dias, comunicar si se puede a la vela en los puertos de San Cárlos i Valdivia, recorrer sus costas, observando con especialidad la de la Imperial i Santa Maria, i fondear en Talcahuano, donde dándome parte de sus operaciones, esperará mis contestaciones, sin que por esto coarte a U. S. el arbitrio de variar lo que juzgue mas conducente al objeto de su destino segun le parezca mejor en toda circunstancia (10)".

Todos los recursos con que contaba Marcó no alcanzaban para poner su escuadrilla bajo un regular pié de guerra: a pesar de todo esto, el presidente se afanaba a fin de hacer salir la espedicion, i de agregarle en calidad de corsario la fragata *Bretaña* que mandaba don Francisco Parga; pero tropezó con tantas dificultades, i fueron tan descomedidas las exijencias de su capitan, que Marcó tuvo que desistir de este propósito. Aun así su situacion a este respecto era en estremo penosa i lo obligaba a poner de manifiesto la pobreza del

(10) Nota de Marcó de 14 de enero de 1817. Mss.

erario i la turbacion que lo tenia sobrecojido. "Estoi confundido, decia al gobernador de Valparaiso, don José Villegas, en 17 de enero, con tanto pedir i escribir para concertar nuestra espedicion naval, i su mas pronta salida tropezando con tantas dificultades, que si no se superan por cada uno en lo que es de su parte, ménos podré yo con todas. Esto es poner casi obstáculos al servicio que no permite nuestro estado apurado, i el buen concepto de los que estamos a la espectacion pública de tantos que critican cualquier tibieza o consideracion propia de nuestras operaciones. Haga Ud. por Dios, con su modo de cortar embarazos, principalmente arengas sobre plata que es lo mas escaso, i no pedirme recursos de que no hallo como salir por falta de arbitrios, i aun de conocimientos en puntos económicos de la marina; o proponga Ud. detalles que me alumbren para las providencias. No hai mas tiempo, adios i mande, etc., etc."

La confusion del presidente se hacia pública, i sus temores se divulgaron por todo el reino. El gobernador de Chiloé le pidió tambien recursos militares para resistir a la escuadra insurjente, miéntras Marcó, sin hallar que hacerse, se limitaba a dictar órdenes i contraórdenes, i a indicar un plan de señales para toda la costa de Chile, con que se proponia tener al corriente a sus diversos destacamentos de los movimientos de la escuadra enemiga para ocurrir al punto amenazado. Solo a fines de enero desistió de su propósito de hacer salir sus buques para contraer toda su atencion i todos sus recursos a la invasion de tierra.

XII. Por cuidar aquellos asuntos, Marcó habia perdido un tiempo precioso. Al concluir el mes de enero no tenia nada preparado para defender el país de la invasion esterior: sus planes no estaban ni aun concebidos, i, lo que parecerá mas estraño, hasta entónces no habia nombrado el jefe que debia mandar sus tropas.

Miéntras no fué mui inminente el peligro de la invasion de las fuerzas de Mendoza, Marcó anunció pomposamente la formacion del estado mayor de su ejército, a cuya cabeza debia ponerse él mismo. "Debiendo estar preparado el ejército para salir a campaña, puesto *Yo* a su frente a la primera noticia de internacion a este reino de los insurjentes de la otra banda de la cordillera, he dispuesto organizar su estado mayor;" escribia en 2 de enero al ministro de la real hacienda don José Ignacio de Arangua, encargándole que se dispusiese para salir a campaña. Las enfáticas palabras de esta nota eran, sin embargo, letra muerta; ni se organizó el estado mayor ni se hicieron mas aprestos de esa especie.

Marcó mismo no estaba dispuesto a mandar sus tropas, ni acertaba a dictar providencia alguna para abrir la campaña. Los oficiales mas caracterizados de su secretaria, i algunos jefes de cuerpo que merecian su confianza se reunian diariamente en la sala de su consejo para acordar una base fija de operaciones militares. Antes de aquella época, i cuando el ejército de Mendoza no podia estar mui bien organizado, el padre frai Melchor Martinez no habia cesado de representarle la necesidad de

pasar las cordilleras para ir a atacar a San Martin en su propio campamento. Marcó, desechando este consejo mas por temor que por cálculo, dejó venir el invierno de 1816 sin hacer cosa alguna, i al acercarse la siguiente primavera se encontró en la imposibilidad de moverse dejando al pais amenazado en el interior por las guerrillas insurjentes, i temió mas que nunca al ejército de San Martin, mui poderoso ya en aquel tiempo.

Ahora no era posible tomar la ofensiva: en las diversas conferencias ninguno de sus consejeros se atrevió siquiera a proponerlo, pero casi todos ellos estuvieron discordes acerca del plan de defensa que convenia adoptar. En todas esas discusiones fué un simple paisano, el secretario de gobierno don Judas Tadeo Reyes, quien anduvo mas acertado al proponer el plan de campaña. Queria éste que Marcó reconcentrase todas las fuerzas de su mando en las inmediaciones de la capital, dejando unicamente a cargo de las milicias i de cortisimos piquetes de tropa veterana mandados por oficiales subalternos de confianza i de valor el mantenimiento del órden interior. Segun su plan, esos piquetes debian servir de partidas avanzadas para anunciar los movimientos del enemigo, i entorpecer su marcha en cuanto fuese dado a fin de que el grueso del ejército pudiese dirijirse al punto amenazado. De este modo, las tropas de Marcó compuestas de mas de 5,000 veteranos podrian batirse con ventaja con las huestes de San Martin. Con la reconcentracion del ejército se habria conseguido ademas moralizar la tropa en el acuartelamiento,

dar respetabilidad al jefe que debia mandarla, i dividirla en cuerpos bien organizados para ordenar i facilitar los movimientos.

Los sucesos posteriores probaron cuan acertado era el plan propuesto por el secretario Reyes ; pero concurrian al consejo de Marcó algunos oficiales españoles que aparentaban un alto desprecio por las tropas insurjentes i que creian que eran poderosos para batirlas con solo presentarse. Casi todos ellos se pronunciaron enérjica i decididamente contra el plan de Reyes, i, como debia esperarse de la debilidad i torpeza de Marcó, consiguieron al fin
..e desoyese los prudentes consejos de su se-
q..
cretario. ...nto, nada se hizo para fijar la base de
Miéntras ... ...res, i Marcó mantuvo dividi-
las operaciones mi... ...a estension del territorio.
do su ejército en una vast... ...te de Concepcion en
"Mis planes, decia al intenden... ...dos a continuos
nota de 4 de febrero, estan reduc... ocurrencias i
movimientos i variaciones segun las ... ...a es as-
noticias del enemigo, cuyo jefe de Mendo...
tuto para observar mi situacion, teniendo inn... ...ume-
rables comunicaciones i espias infieles alrededor de
mí, i trata de sorprenderme."

Hasta entónces, el presidente de Chile, que tenia un ejército inmensamente superior al de San Martin, que contaba con mas recursos que su enemigo i que, por su posicion, poseia infinitas ventajas sobre él, no hacia nada para evitar su derrota.

CAPITULO XIV.

I. Salen del campamento las primeras partidas del ejército insurjente.—II. Se mueve todo el ejército —III. Paso de las cordilleras.—IV. Primeros ataques al entrar a Chile.—V. El ejército insurjente obliga al enemigo a abandonar el territorio de Aconcagua.—VI Reunion de todas las tropas de San Martin.—VII. Aprestos de Marcó para organizar la resistencia.—VIII. Movimientos de los dos ejércitos.—IX. Batalla de Chacabuco.—X. Los realistas abandonan la capital.

I. Desde mediados de diciembre de 1816, el ejército de San Martin, fuerte de cerca de 4,000 soldados de línea, estaba presto para abrir la campaña, i esperaba solo la voz de mando para romper la marcha. En aquellos momentos se multiplicaron los cuidados del jefe para velar sobre todo i comenzar los movimientos con todo el tino posible.

El 24 de ese mes despachó San Martin al capitan don Ramon Freire hácia las cordilleras del sur de Mendoza. Le dió para esto 80 infantes montados de los cuerpos 7, 8 i 11, i 20 jinetes con tres oficiales conocedores de las localidades. Segun sus instrucciones, Freire debia marchar despacio, internarse en las cordilleras de Colchagua para es-

perar que se le reunieran las guerrillas insurjentes, segun estaba convenido, caer sobre los campos de Chile del 6 al 8 de febrero del siguiente año, i avanzar hasta ocupar a Talcahuano en los dias 11 o 12 del mismo mes. Estas instrucciones estaban perfectamente acordes con su plan de campaña. El primer movimiento de Freire se hizo con tal sijilo que nadie mas que O'Higgins i Soler supieron el objeto de su espedicion.

Pocos dias despues, a fines de diciembre, salió igualmente de la ciudad de San Juan el comandante don Juan Manuel Cabot a la cabeza de 100 infantes montados del batallon de cazadores i una corta partida de jinetes. Por encargo de San Martin, debia cruzar las cordilleras por el partido de Coquimbo i ocupar la Serena ántes de la mitad de febrero. Algunos emigrados chilenos, prácticos de aquellos caminos, debian acompañarlo como guias i consejeros.

Despues de haberse movido aquellas dos partidas, San Martin pasó un oficio al gobierno de Buenos-Aires, para anunciarle que a mediados de enero abria indefectiblemente la campaña. Su resolucion estaba tomada decididamente; i entónces ni aun se le ocurria que pudiesen haber motivos que lo hiciesen desistir.

II. El 15 de enero llamó San Martin a su tienda al coronel don Juan Gregorio Las-Heras. Despues de exijirle la palabra de honor de guardar secreto, le avisó que estaba destinado para abrir la campaña tres dias despues, a la cabeza de una division que debia obrar independientemente del

ejército. Segun su determinacion, habia de componerse esta del batallon núm. 11 de 700 plazas, 30 granaderos a caballo al mando del capitan don José Aldao, i dos piezas de montaña de a cuatro a cargo del capitan don Ramon Picarte. En calidad de ausiliares de esa division debian acompañarlo 30 mineros con un capataz, encargados de hacer el servicio de zapadores para el desmonte de los camino, i un escuadron de milicias de San Luis, destinado a la conduccion de bagajes i al cuidado de las cabalgaduras.

Con esta sola órden, el coronel Las-Heras hizo todos sus aprestos con gran rapidez. En la mañana del dia 18, en efecto, comenzó a moverse dando un corto rodeo para ocultar su direccion al resto del ejército, i siguió su marcha hácia Huspallata, por donde debia atravesar las cordilleras. El capitan Picarte desmontó las dos piezas de montaña de la division, desarmó sus cureñas, i lo preparó todo para hacerlas conducir a lomo de mula. La division estaba perfectamente equipada de víveres, licores i todos los útiles necesarios para abrir la campaña. Tenia ademas todos los aprestos para un hospital, i un buen botiquin.

Segun las instrucciones que San Martin dió al coronel Las-Heras, el objeto de la espedicion de este era llamar la atencion de los realistas de Chile por el camino de Huspallata para caer sobre Santa Rosa de los Andes, mientras él cruzaba las cordilleras trece leguas mas al norte, por el camino de los Patos, caia sobre el valle de Putaendo i ocupaba a San Felipe. Para esto, San Martin habia

medido desde el campamento de Mendoza todos los movimientos del ejército contando perfectamente las jornadas de camino i los dias de marcha. Las-Heras llevaba consigo dos prácticos de aquellas localidades llamados Justo Estay i José Antonio Cruz: por medio de estos debia comunicarse todos los dias con San Martin, ya por cartas o con ayuda de un plan de señales de banderas, convenido en Mendoza. De este modo, los dos debian estar al corriente de sus movimientos respectivos.

A dos jornadas a retaguardia de Las-Heras, marchó el parque de artilleria del ejército al cargo del capitan don Luis Beltran. Entre los oficiales que acompañaban a este venia el capitan don Antonio Millan, que, despues de haber caido prisionero en la jornada de Rancagua, se habia fugado de la prision para juntarse al ejército de San Martin. Llevaban estos un gran acopio de herramientas i palancas para facilitar la movilidad del tren en las gargantas de la cordillera (1).

El siguiente dia 19 comenzó a moverse el grueso del ejército. El brigadier Soler a la cabeza del batallon de cazadores, las compañias de granaderos i cazadores del 7 i el 8, la escolta de San Martin, los escuadrones 3 i 4 de granaderos a caballo i cinco piezas de artilleria de montaña que formaban la division de su mando, rompió la marcha en la mañana de ese dia i siguió caminando hácia los Manantiales, en el camino de los Patos, trece leguas mas al norte del que llevaba Las-Heras.

(1) Diario del sarjento mayor don Enrique Martinez. Mss.

Siguiólo de cerca, i con la misma direccion, el brigadier O'Higgins al mando de la segunda division, compuesta por el grueso de los batallones 7 i 8, los escuadrones 1 i 2 de granaderos a caballo i el cuadro de oficiales i soldados de artilleria, que debian tomar sus cañones a este lado de Chile, cuando se juntasen al padre Beltran. Internaronse estos en la cordillera por el portezuelo de Valle Hermoso.

A estas disposiciones agregó San Martin muchas otras para cuidar del cumplimiento de los mas pequeños detalles de su vasto plan de operaciones. Con el objeto de precaver cualquier evento a la division de Soler i para prevenir a este jefe de todos los inconvenientes que podria encontrar en su marcha, San Martin dispuso que el mayor de injenieneros don Antonio Arcos, a la cabeza de 200 hombres, se internase por el mismo portezuelo de Valle Hermoso, i que, separándose del grueso de la division por las laderas de la izquierda, cayese sobre el sitio denominado el Ciénago, en donde, segun le habian avisado sus espias, habia una guardia enemiga. Allí debia dar un rodeo, tomando el portezuelo del Cuzco, situado tres leguas mas al norte del camino principal, i, dejando atras la cordillera de los Piuquenes, habia de despejar de enemigos estos pasos, i ocupar las primeras gargantas de la cordilleras que van a caer al valle de Putaendo, en donde estaba colocada la guardia de las Achupallas. Allí debia encontrar quizá alguna resistencia ; pero segun las noticias fijas sobre las cuales marchaba San Martin, los 200 hombres que le se-

guian, bastaban para enseñorearse de ese lugar i mantenerlo hasta la llegada de la division de Soler. Por medio de estas providencias, dictadas con un conocimiento exacto de las localidades, disponia San Martin la marcha de su ejército, i preveia i allanaba los obstáculos que debia encontrar en su tránsito (2).

El campamento de Mendoza quedó todavia rodeado de centinelas de las milicias de la provincia, como si el ejército no se hubiese movido. San Martin quedó allí unas pocas horas, pero mui luego partió al galope para imponerse de la ejecucion de sus órdenes en la marcha del ejército. Despues de esto, se quedó todavia atras con su estado mayor i algunos soldados de su escolta, proveyendo instantaneamente a todas las necesidades del momento, i comunicando órdenes a sus jefes para hacer cumplir todas sus disposiciones.

III. En este órden comenzaron a internarse en las cordilleras las tropas de San Martin. El ejército marchaba sin formacion alguna, i del mejor modo que se lo permitia el camino. Era este una estrecha ladera cortada a escarpe entre dos inmensas mazas de piedra, por donde no podian caminar dos hombres de frente. En otras partes, esta angosta ladera está limitada por un profundo barranco por donde corren rápidos torrentes arrastrando consigo gruesos peñascos, que hacen aun mayores los peligros del tránsito. Ese sendero no tiene mas perspec-

(2) Parte de San Martin de 22 de febrero de 1817.—Noticias comunicadas por varios jefes i oficiales de la espedicion.—Instrucciones dadas al jeneral Soler. Mss.

tiva que las albas i estériles montañas de nieve que parecen elevarse mas i mas al internarse en la cordillera, i cuyo fin no divisa el viajero sino despues de algunos dias de marcha. La naturaleza ha reconcentrado su fuerza i su vigor en aquellas grandiosas montañas, i ha retirado su mano de los árboles i las plantas. Allí no crecen mas que algunos arbustos resinosos que se estienden por la tierra i una débil yerba que apenas basta para la mantencion de los animales que habitan aquellas estériles rocas. En aquellas asperezas solo se puede caminar al paso de la mula; i aun asi se fatigan i sufren tanto estos animales que no es posible hacer el viaje en una sola.

En el camino de los Patos habia otro peligro de diversa especie. Si bien este tiene ménos precipicios que el de Huspallata, por donde seguia Las-Heras, es solo transitable en los meses de rigoroso verano por las nieves casi perpétuas que lo cubren. Sus laderas son mucho mas elevadas que las del paso de Huspallata (3): el frio de la noche i la dificultad de respirar por el enrarecimiento del aire en aquellas alturas, ocasionan una enfermedad conocida con los nombres de puna o sorocho, que causó algunos estragos en las filas de los insurjentes. Previendo esto mismo, San Martin habia dispuesto que la marcha se hiciese lentamente, i que se diesen cortos descansos a la tropa para evitar grandes males.

Siguiendo las instrucciones del jeneral en jefe,

(3) Carvallo.—Historia antigua de Chile, parte 2.ª cap. 8.º Ms.

las divisiones insurjentes se fueron internando en la cordillera con buen órden. Las milicias provincianas, encargadas del cuidado de los bagajes i víveres, dejaban en muchos puntos del camino provisiones de repuesto para que en caso de una derrota se encontrasen allí en la retirada.

El coronel Las-Heras, por su parte, marchaba mas lentamente que Soler para no adelantarse a las otras divisiones, siendo tanto mas accesible el camino que él seguia. El 24 de enero estaba todavia acampado en Huspallata cuando recibió parte de que el enemigo en número de 60 hombres habia sorprendido antes de venir el dia, a una avanzada de trece soldados que tenia colocados en Picheuta. Siete de estos lograron ponerse en salvo quedando los restantes prisioneros en poder del enemigo. Inmediatamente hizo salir la compañia de granaderos del núm. 11 i los 30 hombres de caballeria, al mando del mayor don Enrique Martinez, con órden de perseguir al enemigo hasta adentro de la cordillera (4).

Como estaba convenido, Las-Heras anunció inmediatamente esta ocurrencia a San Martin. Se hallaba este en los Manantiales, a entradas de la cordillera, cuando recibió la nota; i, sin manifestar el menor temor por aquella desgracia con que comenzaba la campaña, siguió dando sus órdenes para continuar la marcha. El mismo se disponia a

(4) Diario del mayor Martinez. Mss.—Nota de Las-Heras a San Martin de 25 de enero. Mss.—Parte del comandante Marqueli, que mandaba la partida realista, al presidente Marcó de 27 de enero de 1817.

entrar en los senderos de la montaña cuando se le juntó el coronel don Hilarion de la Quintana, trayendole pliegos del gobierno de Buenos-Aires. En ellos le encargaba el director Pueyrredon que se abstuviese de abrir la campaña si no contaba con la seguridad de la victoria; pero San Martin habia tomado ya su resolucion, i estaba dispuesto a llevarla a cabo a todo trance. Aparentando una grande indiferencia, guardó las comunicaciones en su bolsillo, i convidó al emisario a tomar parte en los triunfos de la campaña que iba a abrir. Quintana estaba relacionado con San Martin por los vínculos de amistad i de sangre : lo habia conocido en Buenos-Aires desde los principios de la revolucion, i ademas la mujer del gobernador de Cuyo, doña Remedios Escalada, era su sobrina carnal. Estas consideraciones quizá movieron a Quintana a aceptor la propuesta de San Martin : se agregó gustoso a su estado mayor, i caminó a su lado a juntarse con las tropas insurjentes que marchaban adelante.

IV. Apesar de la desgracia de Picheuta, las divisiones patriotas se internaron en la cordillera sin encontrar obstáculos ni tropiezos de ninguna especie. Despues de aquel suceso, el coronel Las-Heras redobló la vijilancia de su division para evitar cualquier sorpresa, i continuó marchando con el órden i la lentitud que le recomendaba San Martin.

El 1.º de febrero llegó al pié de la ladera llamada el Paramillo, en donde sus espias de avanzada le anunciaron que en la mañana de ese dia habian visto una partida enemiga. Inmediatamente, divi-

dió sus fuerzas en tres cuerpos para marchar a la vez por dos diversas cortaduras a fin de envolver a los realistas en la misma posicion que ocupaban. Para esto, las fuerzas de Las-Heras marcharon durante la noche con el mayor órden i silencio, pero solo encontraron los rastros de los enemigos que se habian retirado apresuradamente. Desde entónces le fué necesario marchar con las mayores precauciones i despachar espias resguardados por su partida de granaderos a caballo con encargo de colocarse en las alturas a fin de distinguir los movimientos de los realistas en el punto de la Guardia, que debia estar bien defendido. El dia 3 hizo avanzar los 30 granaderos i 70 fusileros montados, a las órdenes del sarjento mayor don Enrique Martine zcon encargo de posesionarse de la Guardia, en consecuencia de las noticias comunicadas por tres prisioneros que una de sus partidas aprehendió en ese mismo dia.

Martinez llegó al oscurecerse del siguiente dia a la Guardia, que estaba defendida por 94 hombres. Sin manifestar un momento de vacilacion, este valiente militar dió el ataque a las fuerzas enemigas, i despues de hora i media de combate, en que sus soldados se batieron a sable i bayoneta, tomó 45 prisioneros, de los cuales dos eran oficiales, mató 25, i puso el resto en vergonzosa fuga, dejándole 3,000 cartuchos, 57 fusiles, 10 tercerolas i un gran acopio de víveres. En su retirada, los realistas fueron dejando el camino sembrado de cadáveres, miéntras Martínez, despues de demoler las fortificaciones e incendiar los ranchos, daba su vuelta al

Paramillo, llevando a Las-Heras los prisioneros, las armas i bagajes tomados en la guardia (5). Despues de este triunfo, Las-Heras quedó en el Paramillo, dando tiempo a que la division de Soler comenzase a bajar la cordillera por los Patos. Para no encontrarse embarazado con los prisioneros, los despachó a Mendoza en el mismo dia.

Apenas obtenida esta victoria, la anunció Las-Heras al jeneral en jefe i al brigadier Soler. Por medio de excelentes prácticos o vaqueanos, las dos divisiones estaban al corriente de sus marchas i movimientos : ambos seguian un camino paralelo al travez de las cordilleras, separados por trece leguas de escarpadísimas montañas. Obedeciendo las órdenes de aquel prudente jeneral, las dos avanzaban simultaneamente para caer a un mismo tiempo en los campos de Chile.

Asi fué, en efecto, que miéntras el mayor Martinez a la cabeza de la vanguardia de la division de Las-Heras comenzaba a bajar la cordillera por el paso de Huspallata i se apoderaba de la guardia, el sarjento mayor de injenieros don Antonio Arcos bajaba por las primeras gargantas del camino de los Patos i ocupaba, el mismo dia 4, la Guardia de las Achupallas, despues de un corto tiroteo. Habia encontrado allí una partida de mas de 100 hombres que le opusieron alguna resistencia ántes de abandonar el sitio ; pero los soldados insurjentes los rechazaron al cabo de pocos momentos, i 29 granaderos a caballo, a las órdenes del teniente don

(5) Diario de Las-Heras.—Mss. Notas a San Martin i a Soler. Mss.

Juan Lavalle, los persiguieron tenazmente en su retirada. Desde ese momento, Arcos quedó en posesion de dicho punto, i se mantuvo allí esperando que se le juntase el brigadier Soler.

V. El 5 de febrero comenzaron a entrar a Santa Rosa de los Andes los fujitivos del ataque de la Guardia. El coronel don Miguel Maria Atero, jefe militar del canton de Aconcagua, comenzó a dictar sus órdenes para acudir al punto denominado las Calaveras, a entradas del camino de Huspallata, en la resolucion de impedir el paso a las fuerzas insurjentes que asaltaron la Guardia. Aprontábanse ya sus tropas para acudir a aquel punto, cuando llegó a San Felipe la noticia del ataque de las Achupallas, acompañada de tan alarmantes comentarios que las autoridades de Putaendo habian abandonado este pueblo i comenzaban a replegarse hácia el sur. Con esto solo, el coronel Atero se halló completamente confundido: atacado por dos diversos puntos a la vez, i sin tener tropas con que defenderlos, el jefe militar de Aconcagua se encontró indeciso i perplejo por algunas horas, ántes de discurrir un arbitrio cualquiera. En aquellos momentos de turbacion, llegó uno de los prisioneros realistas de la Guardia trayendo un pliego de Las-Heras, en que solicitaba un canje de algunos de sus prisioneros por aquellos seis soldados que le quitaron en Picheuta. Era esta una estratajema del jefe de la division insurjente: el conductor del pliego anunció que Las-Heras habia retrocedido hácia Mendoza despues de haber tomado la Guardia; de modo que Atero, creyendo alejado el peli-

gro de invasion por aquel punto, pensó solo en batir a los insurjentes que asomaban por los Patos (6).

En este engaño, el comandante militar de Aconcagua reunió apresuradamente todas las tropas de que podia disponer, para hacerlas marchar al único punto que creia amenazado. Las tropas de su mando eran 400 jinetes, cerca de 300 infantes, i dos piezas de artilleria de campaña: puso a la cabeza de los infantes al teniente coronel don Miguel Marqueli, i salió el dia 6 para las serranias interiores del valle de Putaendo. El comandante Atero se proponia atacar á la mayor brevedad a las columnas insurjentes que bajaban de la cordillera.

El jeneral Soler, entretanto, tan luego como recibió la noticia del asalto de la guardia de las Achupallas, se adelantó rápidamente con la escolta de San Martin i los dos escuadrones de granaderos de su division. Hizo forzar la marcha de su infanteria, i en la mañana del dia 6 consiguió reunir todos los cuerpos de su mando en las primeras planicies del valle de Putaendo. Con una actividad singular, montó las cinco piezas de montaña de su division, i formó su cuartel jeneral en la hacienda de San Andres del Tártaro, cuatro leguas mas adelante de la guardia de las Achupallas. Desde allí dispuso que el comandante don José Melian, con el grueso de los escuadrones 3 i 4 de granaderos, i dos compañias de infanteria, avanzase dos leguas

(6) Diario del coronel Las-Heras. Mss.—Nota de Las-Heras al comandante militar de Aconcagua. Mss.—Comunicaciones particulares.

mas adelante i ocupase la villa de San Antonio de Putaendo, i que el comandante don Mariano Necochea, a la cabeza de 110 jinetes, siguiendo por el camino público hasta dos leguas mas adelante de este pueblo, fuese a colocarse a una legua de San Felipe (7).

El comandante Atero habia avanzado, entretanto, hasta ocupar los cerros de las Coimas en la madrugada del 7 de febrero. Al amanecer de este dia, divisó sus fuerzas el comandante Necochea; i, queriendo reducirlo a abandonar aquellas posiciones, comenzó a retirarse por el camino público, como si atemorizado quisiese replegarse a la villa de Putaendo. Atero creyó en efecto que el enemigo se retiraba, i siguió en su alcance, dejando en las Coimas su infanteria para que lo resguardase. Esto era lo que queria el comandante insurjente : tan pronto como la caballeria realista se hubo separado algunas cuadras del cerro de las Coimas, dividió sus granaderos en tres cuerpos, dando la derecha al capitan don Manuel Soler, i la izquierda a su ayudante don Anjel Pacheco, i dió caras al enemigo que lo perseguia de cerca. Los granaderos cargaron en buen órden sobre la caballeria realista : sin usar de mas armas que sus sables, se batieron durante media hora con tal destreza i con tal arrojo que rompieron por varios puntos la línea de los enemigos i los obligaron a retroceder con pérdidas considerables. En su retirada fueron todavia perse-

(7) Para describir estos movimientos he tenido que consultar a cada paso la excelente carta de la provincia de Aconcagua que acaba de levantar M. A. Pissis. A la amistad de este señor, debo todas las noticias que poseo acerca de las distancias de estos puntos.

guidos i acuchillados hasta que los jinetes realistas se encontraron protejidos por su infanteria, que habia permanecido inmóvil en las Coimas. El campo quedó sembrado de 30 cadáveres; i Necochea tomó cuatro prisioneros heridos; pero se habia apoderado de los enemigos tan gran pavor que no osaron atacar de nuevo a los granaderos insurjentes, i ni aun permanecer en aquel punto. Antes de las nueve de la mañana dieron su vuelta a San Felipe conduciendo a sus heridos, i fueron a introducir la turbacion i la alarma entre las autoridades de la provincia (8).

Los derrotados de las Coimas llegaron a San Felipe a las once del dia 7. Atemorizados todavia por los estragos de la derrota, contaban ellos que habian sido atacados por una numerosa columna de jinetes armados con unos sables tan largos i afilados que era imposible poderles resistir. Segun ellos, toda la caballeria realista de Chile no habria bastado para contener el ímpetu de los granaderos insurjentes.

El comandante Atero creyó indudablemente perdida la provincia de Aconcagua despues de aquella jornada. Inmediatamente, hizo salir propios a Santiago, para anunciar al presidente Marcó las ocurrencias de aquel dia, i para manifestarle que le era forzoso abandonar la provincia. En el mismo dia, en efecto, reunió todas las fuerzas de su mando, recojió las municiones que podia llevarse, i se puso en precipitada marcha para la capital. Al

(8) Atero en su parte fechado en Chacabuco el 7 de febrero de 1817 se dá los aires de haber derrotado a los patriotas.

pasar el rio de Aconcagua, descompuso el puente a fin de retardar los movimientos del enemigo. De este modo, quedaba todo aquel territorio en poder de los invasores.

VI. El ejército de San Martin entraba entónces en el valle de Putaendo, i marchaba precipitadamente a ocupar a San Felipe. En la mañana del 8, en efecto, comenzaron a entrar las tropas de San Martin a este pueblo, i a las dos de la tarde se hallaron reunidas las divisiones de Soler i O'Higgins. Faltaban solo las fuerzas de Las Heras para formar a este lado de las cordilleras todo el ejército de los Andes.

Segun las instrucciones de San Martin, el coronel Las Heras debia estar ese mismo dia en el pueblo de Santa Rosa; pero hasta las dos de la tarde no se habia recibido noticia alguna acerca del resultado de su espedicion. A esa hora, San Martin le escribió la siguiente carta: "Mi amigo: todo el ejército está en esta, i solo faltan las noticias de U. Ahora mismo salen partidas a Chacabuco: deme noticias de U. pues esta noche nos movemos para el dicho Chacabuco, pero venga una relacion sucinta i pronta de todo.—Su amigo.—*San Martin.*

A esas horas cabalmente, Las Heras ocupaba el pueblo de Santa Rosa. Despues del ataque de la Guardia, este jefe habia quedado en el Paramillo hasta el 6 de febrero. En este dia se movió para bajar las cordilleras, tomando de antemano todas las precauciones necesarias para evitar una sorpresa, i al anochecer del 7 llegó a orillas del rio

Colorado, sin encontrar obstáculos de ninguna especie; solo al amanecer del siguiente dia siguió su marcha para Santa Rosa. Una guerrilla enemiga, que saqueaba aquel pueblo ántes de abandonar la provincia, fué tenazmente perseguida por sus partidas de avanzada, las cuales le mataron un hombre i le quitaron 6,000 cartuchos de fusil, 60 caballos i una gran cantidad de municiones de guerra i de boca. En el pueblo encontró tambien el coronel Las-Heras muchos otros pertrechos que el enemigo dejaba abandonados.

De este modo se encontró reunido en la provincia de Aconcagua todo el ejército invasor. Obedeciendo a un plan perfectamente combinado, los cuerpos de aquel ejército habian atravezado las cordilleras por dos diversos puntos i habian caido en el mismo dia sobre los pueblos a los cuales estaban destinados. Pero todo esto no importaba mas que una parte de la victoria, i quedaba mucho por hacer para concluir la reconquista del país. San Martin, que lo comprendia bien, no se dió un solo momento de descanso: inmediatamente adelantó sus partidas de avanzada para observar los movimientos del enemigo, despachó sus espias a Santiago i dispuso todos los preparativos para continuar la marcha. En la mañana del siguiente dia 9, sus trabajadores restablecieron el puente del rio de Aconcagua, por donde comenzaron a pasar las partidas de vanguardia de su ejército. En la misma mañana, marchó el comandante Melian hácia la cuesta de Chacabuco, a la cabeza de su escuadron de granaderos.

VII. En esos mismos momentos reinaba en Santiago una gran turbacion. Antes del amanecer del 8 de febrero, llegó al palacio del presidente el primer propio que habia mandado el comandante Atero, con la noticia de lo ocurrido en las Coimas. Hasta entónces, Marcó no habia dado gran importancia a los sucesos que se desarrollaban en Aconcagua; pero el abandono de aquella provincia que le anunciaba Atero, vino a contristarlo sériamente. En los primeros momentos, despachó emisarios en todas direcciones para reconcentrar las fuerzas de su mando en un solo punto, i dictó infinitas providencias dirijidas a este mismo objeto.

Aun en medio del desaliento que se apoderó de él, Marcó se propuso ocultar la noticia para evitar la consternacion en los unos i todo propósito de insurreccion en los otros. La derrota de los Coimas fué referida como un hecho insignificante, en el cual habia quedado la victoria por parte de los realistas. Con este mismo objeto, dirijió el presidente a sus tropas una pomposa proclama excitando su valor para salir a campaña. "Todo el noble vecindario, dice aquella pieza orijinal, os ofrece sosten en vuestra conservacion si jenerosos animais vuestro brazo en su defensa: ellos hasta hoi os han contribuido con cuanto fué necesario, i estan prontos a su continuacion, si vuestros valientes pechos forman una muralla de sosten a su cruel invasion: sus insinuaciones hácia vosotros han llegado hasta mi, i han depositado sus bienes i personas para ausilio vuestro. Yo os lo anuncio en su nombre, i seguro de vuestro valor, que ha

obrado sin el premio del sordo i vil interes, han comprado a esos viles sectarios de la esclavitud i del vicio: ocho pesos os ofrecen por cada muerto: doce por el prisionero, i a justa tasacion el valor de las armas que presenteis por despojo; yo respondo de esta oferta, i vosotros garantireis los empeños de esta capital"......"Corred pues al campo, decia al concluir, i al frente del enemigo, sostened esa misma gloria que tanto os anima: si mi presencia es necesaria, no la escusaré i con mi persona sostituiré la falta del guerrero que gloriosamente acabe."

El mismo dia en que Marcó firmaba esa proclama, escribia al gobernador de Valparaiso don José Villegas para esplicarle de la imposibilidad en que se hallaba de defender a Chile i para preparar los medios de poner en salvo su equipaje. "Sin otro motivo, por ahora, decia esa carta, i atendiendo al mucho equipaje con que me hallo, i que me seria tanto mas doloroso el perderlo en la última desgracia, cuanto que se aprovechasen de él estos infames rebeldes, he resuelto remitir una pequeña parte a ese puerto, a cargo del portador que es mi mayordomo, a quien le estimaré a U. le franquée una pieza en su casa donde pueda depositarlo con lo demas que vaya remitiendo en lo sucesivo; para que en un caso desgraciado, que no lo espero, sin embargo de la maldita sublevacion del reino, me haga favor de embarcarlo con su persona en uno de los buques mejores que haiga en ese puerto, o en el *Justiniano* como que es de la real hacienda, procurando salvarlo a toda costa para que esta

canalla no se divierta a costa de Marcó (9)."

En estos aprestos se ocupaba el presidente de Chile en aquellos instantes en que tanto convenia obrar con actividad. Sin resolverse a tomar medidas decisivas, Marcó despachaba hácia el norte todas las tropas que tenia en Santiago, i las que le iban llegando de las provincias del sur; pero estuvo perplejo para nombrar el jefe que debia mandar su ejército. Solo dos dias despues, en la tarde del 10 de febrero, se avino a dar este cargo al oficial de mayor graduacion, despues de él, que habia en Chile, al brigadier don Rafael Maroto, comandante del rejimiento de Talavera. Hasta entónces habia vacilado ántes de ocupar a este jefe, a quien Marcó no profesaba mucho cariño.

Maroto salió de Santiago en la madrugada del 11 de febrero, i llegó a la hacienda de Chacabuco despues de siete horas de marcha. El dia anterior, habia llegado de Rancagua el comandante don Antonio Quintanilla a la cabeza de su escuadron de carabineros de Abascal (10), el teniente coronel don Anjel Calvo, con algunos dragones i el coronel don Ildefonso Elorreaga al frente de 150 infantes de los batallones de Concepcion, Valdivia i Chiloé, que habia retirado precipitadamente de las pro-

(9) Varias veces se ha publicado esta orijinal carta: yo la reproduzco sin hacerle la menor arteracion, i hasta con las bárbaras faltas de lenguaje que contiene.

(10) Se ha dicho en algunos trabajos históricos sobre esta época, que Quintanilla era el comandante militar de Aconcagua cuando la invasion de San Martin, confundiendolo con el coronel Atero. Quintanilla ocupaba los cuarteles de Rancagua hasta el 8 de febrero. Por encargo de Marcó dejó este pueblo i solo el 10 de ese mes llegó a Chacabuco. Baste recordar que el parte de la accion de las Coimas está firmado por Atero.

vincias de Illapel i Cuzcuz. Con estas fuerzas, el ejército realista reconcentrado en Chacabuco contaba con ménos de 2000 hombres de todas armas, 1400 de los cuales eran infantes, del rejimiento de Talavera i del batallon veterano de Chiloé. Casi al mismo tiempo que Maroto, llegó al campo de Chacabuco el comandante de artilleria, teniente coronel don Fernando Cacho, con cinco cañones i 120 soldados para su servicio. Estas eran las únicas fuerzas que el presidente Marcó pudo reconcentrar en el punto amenazado.

VIII. El ejército de San Martin, entretanto, se preparaba rápidamente para trepar la cuesta de Chacabuco i presentar la batalla al enemigo. Los injenieros don Antonio Arcos i don José Antonio Alvarez Condarco levantaron el 10 i el 11 un croquis del campo inmediato, miéntras guerrillas volantes mandadas por oficiales intelijentes i conducidas por vaqueanos diestros, reconocian todas las ondulaciones de las cerranias inmediatas. Como si todo esto no bastase para dar a San Martin las noticias necesarias, despachaba uno tras otros los espías para imponerse de las fuerzas i posiciones del enemigo. Uno de esos espías llamado Justo Estay, campesino dotado de un ojo penetrante, que le habia servido infinito en el paso de las cordilleras, salió de San Felipe el 8 de febrero, i volvió al campamento trayendo noticias mui circunstanciadas acerca de las disposiciones que Marcó habia tomado en Santiago: habia recojido noticias en los mismo cuarteles realistas, i, colocado en el puente de la capital, habia visto

pasar las tropas que marchaban a Chacabuco.

Con estas noticias, San Martin podia obrar sobre bases mui fijas. En la tarde del 11 de febrero, en efecto, dispuso que se pasase revista a todos los cuerpos de su ejército antes de acampar. Despachó de avanzada una compañia del batallon de cazadores a ocupar el sitio llamado los Manantiales, i tomó mil otras precauciones para pasar la noche. Por disposicion suya, todos los caballos del ejército quedaron sueltos en un potrero inmediato, a fin de mantenerlos rezagados para el siguiente dia.

No eran menores las precauciones que en esos mismos momentos tomaba el brigadier Maroto. Luchando a brazo partido con un cúmulo de circunstancias desfavorables, este militar no queria darse un momento de descanzo a fin de preparar a su ejército para el dia siguiente. Las tropas que lo componian eran sin duda lo mejor que habia entónces en Chile, i los jefes que la mandaban poseian bastante tino i arrojo para batirse con acierto i valor. Maroto habia llegado en ese mismo dia al campo a hacerse cargo del mando de un ejército que apénas lo conocia: sin tener noticias ciertas acerca de las fuerzas i posiciones del enemigo, dictaba mil providencias para organizar sus tropas i prepararse para la batalla. Acompañado por los comandantes Marqueli, Elorreaga i Calvo, del mayor San Bruno i de sus ayudantes, subió a la cuesta a practicar un reconocimiento sobre el campo enemigo; pero no encontrando indicio alguno que le manifestase la proximidad del ejército patriota, regresó a las ca-

sas de la hacienda de Chacabuco, endonde habia sentado su campo, para pedir desde alli al presidente Marcó que se le remitiesen nuevos refuerzos. Pasó toda la noche en vela adelantando partidas de avanzadas, i recibiendo los avisos que estas le comunicaban. A las diez de la noche, despachó las mejores compañias del batallon de Talavera, i una buena partida de caballeria, con encargo de acordonar la cumbre de las serranias de Chacabuco, para resistir desde esas ventajosas posiciones a los primeros ataques del enemigo. Segun su plan, Maroto debia acudir a ese mismo punto con el grueso de sus tropas en la mañana del siguiente dia, a fin de reforzar sus columnas de avanzada i presentar alli la batalla. Por este medio, el jefe realista pensaba indemnizarse de su inferioridad numérica con la buena posicion que escojia.

Sin encontrar dificultad ninguna, la division realista ocupó las alturas de Chacabuco antes de media noche. Desde luego divisó a lo léjos, a la luz de la luna, ciertos movimientos de tropa en el campo de San Martin; pero nada se pudo conocer acerca de sus intenciones.

IX. A las doce de la noche, en efecto, se formó el ejército insurjente para romper la marcha a la primera voz de mando. Los jefes de los cuerpos comenzaron a repartir las municiones, dando a cada soldado 70 cartuchos a bala. Por órden espresa de San Martin, todo el ejército dejó su equipaje i mochilas para marchar con rapidez.

Dos horas mas tarde comenzaron a moverse las tropas insurjentes divididas en dos cuerpos consi-

derables. Uno de ellos, mandado por el jeneral Soler, compuesto del batallon de cazadores, el número 11, las compañías de preferencia del 7 i el 8, 7 piezas de artilleria, el 4.° escuadron de granaderos i la escolta de San Martin, debia dirijirse por la derecha del camino con encargo de seguir por senderos estraviados a fin de trepar a las alturas por las serranias de ese lado, para atacar al enemigo por su flanco izquierdo. La segunda division, mandada por O'Higgins i compuesta del grueso de los batallones 7 i 8, los escuadrones 1, 2 i 3 de granaderos i dos piezas de artilleria, debia atacar de frente.

Las dos divisiones marcharon juntas hasta llegar a media legua del pié de la cuesta, seguidas de cerca por San Martin i su estado mayor. Desde ese punto, dispuso este que Soler tomase el camino de la derecha, precedido por el batallon de cazadores de Alvarado, i que O'Higgins, a la cabeza de su division, marchase por el camino real hasta llegar al pié de la cuesta. Una vez en dicho lugar, este jefe comenzó a despachar a sus ayudantes a que reconociesen la situacion del enemigo; pero no pudiendo lograrse esto, por la falta de un punto bastante elevado desde el cual observar la posicion de los realistas, O'Higgins encargó al comandante Cramer, que con su batallon núm. 8 hiciese un movimiento como para atacar de frente siguiendo un sendero paralelo al que traza el camino real, aunque separado de este por una quebrada. Un piquete de 30 hombres de caballeria marchó por el camino para descubrir si en sus vueltas i ro-

deos habia construido el enemigo algunas trincheras o colocado emboscadas.

Las avanzadas realistas, entretanto, no tenian un conocimiento exacto de lo que ocurria al pié de la cuesta. Por simple precaucion, se habian estendido en guerrillas; pero cuando divisaron a las fuerzas insurjentes que trepaban los cerros al son de músicas militares, i mas a lo léjos la division de Soler que marchaba a tomarlos por la izquierda, desesperaron de su suerte i abandonaron apresuradamente sus posiciones, sin querer aguardar siquiera los refuerzos de su campo.

Apenas sabedor de esta ocurrencia, el brigadier O'Higgins apuró su marcha i subió a gran prisa las serranias de Chacabuco para atacar al enemigo; pero bastó su presencia para que los realistas retrocediesen despavoridos cuesta abajo. Alli el jefe se separó un momento de sus soldados a pedir a San Martin la autorizacion de perseguir al enemigo, a fin de impedir que se reorganizara i de dar tiempo a Soler para bajar por las serranias de la derecha. El jeneral en jefe accedió a sus deseos, encargándole que no empeñase la accion; i sin mas que esto, O'Higgins se descolgó por las laderas del sur en persecucion de los fujitivos realistas. Sus guerrillas de avanzada comenzaron a picarles la retaguardia i a causar algunos estragos en sus filas. Con esto solo, O'Higgins no pensó mas que en sacar a sus tropas de los desfiladeros para desplegar su línea: avanzó al efecto algun trecho; pero como no encontrase el terreno aparente, siguió su marcha hasta las planicies persiguiendo i acu-

chillando tenazmente a la columna enemiga.

El jeneral realista, que estaba situado en las casas de la hacienda de Chacabuco, no habia tenido tiempo para socorrerla. El brigadier Maroto se habia movido en la madrugada de ese dia i habia avanzado una legua cuando divisó a su vanguardia que corria en fuga. Inmediatamente, colocó su campo en una posicion ventajosa, se estendió en línea en la falda de un cerro apoyando su derecha en un barranco defendido con dos piezas de artilleria, i su izquierda en los cordones de montañas que se estienden desde Chacabuco. Colocó apresuradamente su caballeria a la espalda de su fila para que la protejiese por detras, i se dispuso a sostenerse en ese punto. Allí llegó O'Higgins persiguiendo a los realistas de la cuesta.

Sin duda no era mui favorable su situacion en aquellos momentos. El enemigo, mas numeroso que su sola division, podia tomar la ofensiva i envolverlo fácilmente; pero O'Higgins no temió esto, i quiso sostener la batalla hasta que llegase al campo la division de Soler. Dió aviso de su situacion al jeneral en jefe, para que hiciese avanzar los otros cuerpos, i siguió adelantándose en busca de una posicion ventajosa, con el deseo de imponer al enemigo, obligándolo a mantenerse en su posicion. Las primeras escaramusas con que Maroto quiso amagar los flancos de la columna insurjente fueron enteramente infructuosas; i las partidas que avanzó con aquel objeto tuvieron que replegarse a la fila.

El jeneral en jefe marchaba, entretanto, apresuradamente para imponerse del estado de la batalla.

Desde la cumbre de la cuesta distinguia a lo léjos la línea enemiga i la division de O'Higgins que seguia a paso redoblado en persecucion de los fujitivos; pero desde aquel sitio no se distinguia la division de Soler, que seguia su marcha por las serranias de la derecha. En el primer momento, San Martin temió por la suerte de la batalla: O'Higgins, lleno de confianza en su valor i en sus soldados, habia tenido la temeridad de empeñar la accion con todo el grueso de las fuerzas realistas, sin dar tiempo quizá a que avanzase la division de Soler. Sin vacilar un solo instante, San Martin reunió los pocos soldados que formaban la reserva para acudir en persona al sitio de la accion, i despachó una tras otra varias órdenes al jeneral Soler encargándole que avanzase apresuradamente.

O'Higgins, mientras tanto, sostenia perfectamente la batalla. Animando a los suyos con la palabra i el ejemplo, sostuvo durante una hora un nutrido fuego graneado, que causó bastante estrago en las dos filas. Los comandantes Marqueli i Elorreaga, que mandaban las alas del ejército realista, cayeron muertos despues de las primeras descargas, en los momentos en que era mas necesaria su presencia. Despues de algunos movimientos parciales, reunió O'Higgins los batallones 7 i 8, los formó en columna cerrada, i a su cabeza cargó a la bayoneta; pero todos sus esfuerzos no bastaron para romper la línea enemiga. Para mayor desgracia suya, el coronel Zapiola no habia podido ayudarlo con sus granaderos en aquellas cargas: encargado de atacar la izquierda de los realistas, este valiente jefe

no habia podido ocupar la serranía en que se apoyaban los enemigos, apesar de sus reiteradas enbestidas.

En esta situacion se habria continuado la batalla por algunas horas mas, si de improviso no hubiese caido sobre el flanco izquierdo del enemigo las avanzadas de la division de Soler. El capitan don Lucio Salvadores, a la cabeza de una compañía del batallon de cazadores, se descolgó de repente por las pendientes de la izquierda del mismo cerro en que se apoyaban los realistas, e introdujo algun desórden en aquel punto. Tras de él cayó por el mismo sitio el comandante Necochea con un escuadron de granaderos, arrollando la estremidad del flanco enemigo. Apenas efectuado este movimiento, el coronel Zapiola, por órden de O'Higgins, corrió a aprovecharse de la turbacion del enemigo por aquel punto, i fué a ocupar su retaguardia con los tres escuadrones de su mando. Casi instantáneamente, Zapiola i Necochea cargaron sobre la caballeria enemiga, miéntras O'Higgins, a la cabeza de sus infantes, calaba bayoneta con nuevo vigor sobre la línea de Maroto. Desde entónces, el resultado de la batalla no fué indeciso: el jeneral patriota rompió por varios puntos las filas realistas, introduciendo por todas partes la turbacion i el pavor, miéntras los granaderos arrollaban la caballeria enemiga. Apesar de esto, las tropas de Maroto resistieron por algun tiempo mas: trataron de formarse en columna cerrada, i defenderse en las casas de la hacienda de Chacabuco; pero atacadas por todas partes, i amenazadas por las fuerzas de Soler, que comen-

zaban a bajar por los cerros de la izquierda, les fué forzoso abandonar el campo i entregarse a la mas vergonzosa fuga.

Pocos momentos ántes de pronunciarse el enemigo en completa derrota, habia llegado el jeneral en jefe al campo de batalla, i aun habia dirijido los últimos movimientos del ejército insurjente. Queriendo evitar a todo trance que los fujitivos se reorganizasen, San Martin dió repetidas órdenes a todos los comandantes de caballeria de que los persiguiesen hasta donde lo permitieran los caballos. Los granaderos, en efecto, partieron a escape i alcanzaron hasta el portezuelo de Colina, acuchillando tenazmente a los fujitivos. Los realistas que huian a pié fueron hechos prisioneros, i los jinetes tuvieron que andar de prisa para salvar de los afilados sables de los granaderos: segun ciertos documentos, el mismo jefe, el brigadier Maroto, fué herido levemente de un sablazo (11). El comandante Necochea, indignado i rabioso por la bajeza de un oficial prisionero, quien despues de haberse rendido disparó un balazo a quema ropa a un hermano suyo, al teniente de granaderos don Eujenio Necochea, no cesó de alentar a sus soldados durante la persecucion. Los sables de los granaderos hicieron los estragos mas horribles entre los realistas: el camino quedó sembrado de cadáveres i despojos. Entre estos se encontró un cadáver dividido en dos partes, desde la cabeza hasta la parte inferior, i un fusil cuyo cañon habia sido

(11) Asi consta de la foja de servicios de este militar.

perfectamente rebanado. La pérdida del enemigo se computa en 500 hombres; pero el número de prisioneros alcanza a 600, en su mayor parte de infanteria. El parque de los realistas, sus cañones, una gran cantidad de armamento i municiones i el estandarte del batallon de Chiloé quedaron en poder de San Martin (12). Poco despues de mediodia, el campo de batalla estaba ya en poder de los patriotas.

La victoria costaba tambien algunas pérdidas a los cuerpos de estos. Se hace subir a mas de 200 el número de los muertos i heridos en la jornada: entre los primeros se contaban los capitanes don Manuel Hidalgo i don Juan de Dios Gonzalez, del rejimiento de granaderos a caballo aquel, i del batallon núm. 8 el segundo. A ambos se les hizo honores fúnebres, i se dió sus nombres a las fortalezas que Marcó habia construido en el cerro de Santa Lucia.

X. En ese mismo dia reunia Marcó en Santiago el resto de sus tropas para hacerlo salir en ausilio de Maroto. Pensando que no habia de empeñarse la batalla hasta algunos dias despues, el presidente organizaba lentamente la segunda parte de su ejército. En la noche anterior i en la mañana del dia 12 llegaron a Santiago el batallon ausiliar

(12) Para referir la batalla de Chacabuco he consultado los partes i demas documentos oficiales i los datos suministrados por algunos oficiales de ambos ejércitos. El parte de San Martin no tiene toda la claridad apetecible, i arroja mui poca luz sobre ciertos incidentes de la batalla, sin los cuales no es fácil comprenderla. El señor jeneral Las-Heras, i algunos otros oficiales subalternos por parte de los patriotas, i el señor don Antonio Garcia de Aro, ayudante entónces de Maroto, por parte de los realistas, me han esplicado perfectamente todos los pormenores del testo.

de Chiloé, el de Chillan, el escuadron de húsares de Barañao i una buena partida de dragones, que hasta entónces habian permanecido en las inmediaciones de Curicó. A mas de esta fuerza, habia entónces en Santiago un cuerpo de 250 artilleros con 16 piezas, que no habian salido a campaña. Trataba Marcó de hacer marchar esta respetable division a las órdenes del coronel Barañao en la tarde del dia 12 : en esta virtud, este jefe habia salido en la mañana de ese dia con su escuadron de húsares, i apénas habia andado unas pocas leguas cnando encontró a los primeros emisarios de Maroto que venian a la capital a pedir refuerzos de tropa para batir al enemigo que empeñaba la batalla. Barañao apuró la marcha cuanto pudo ; pero al repechar el portezuelo de Colina se encontró con los fujitivos que dejaban el campo en poder de San Martin. Uno de ellos, el comandante don Anjel Calvo, le anunció la derrota de Maroto, asegurándole que la victoria de los insurjentes habia sido tan costosa que sus cuerpos se encontraban maltratados i rendidos de cansancio. En su exasperacion, Calvo pidió a Barañao que atacase con su escuadron en la seguridad de que le bastaria solo presentarse con un puñado de tropas de refresco para dispersar a los vencedores.

Por grande que fuera el empeño de Calvo para determinar a Barañao a dar este paso, este jefe creyó que convenia reunir todas las fuerzas que quedaban en Santiago para caer con ventaja sobre el enemigo. En esta determinacion, colocó sus húsares a la subida del portezuelo de Colina, i volvió

apresuradamente a Santiago a combinar con el presidente un plan de ataque capaz de convertir en victoria la derrota que habia sufrido Maroto.

El presidente, entretanto, habia salido de Santiago con todos los cuerpos que le quebaban de su ejército, i habia alcanzado a llegar a la chacra de la Palma, una legua al norte de la ciudad. Allí lo encontró el comandante de húsares; i, al darle la noticia de la derrota de los suyos en Chacabuco, le instó encarecidamente para resolverlo a disponer un nuevo ataque. Segun sus propias palabras, el coronel Barañao se comprometia a atacar el quebrantado ejército de San Martin a la cabeza de 900 infantes, i los dragones i húsares de refresco. Para esto, solo pedia un momento de decision: los infantes debian marchar a la grupa de los húsares i dragones para caer de improviso sobre los vencedores en la misma noche, cuando estuviesen entregados al sueño, ébrios i desprevenidos con el triunfo. Barañao espuso este plan con tal conviccion que el presidente no trepidó un instante en aceptarlo como inmejorable. En el acto, partió Barañao en busca de sus húsares para trasportar los infantes, miéntras las tropas de la Palma seguian avanzando hacia Chacabuco.

Habia apénas caminado dos leguas cuando lo alcanzó un emisario del presidente, que lo llamaba de nuevo a Santiago. Marcó habia oido el parecer de los otros jefes de su ejército, i la opinion de algunos de ellos lo habia determinado a cambiar de parecer. El coronel de injenieros don Miguel María Atero, entre otros, encontraba imprudente la

resolucion de caer de nuevo sobre el enemigo, el cual, segun era de presumirse, conociendo a los hábiles jefes que lo mandaban, debia estar, no entregado a los excesos del triunfo, sino despierto i prevenido para impedir una sorpresa. Apénas oido este parecer, Marcó habia resuelto celebrar una junta de guerra, i llamaba al comandante Barañao para consultar su opinion.

En estas dilijencias se pasó todo todo el dia 12 : cuando Barañao vino a juntarse al ejército realista era ya de noche. Marcó i los otros jefes estaban reunidos a orillas del camino, esperando solo el arribo de Barañao para dar principio a la discusion de los planes que convenia adoptar. En la junta se propusieron todos los arbitrios posibles para cambiar la faz de los sucesos : Barañao sostuvo con entusiasmo i decision su proyecto favorito; pero triunfó al fin el parecer de la mayoria, i se acordó proceder de mui distinto modo. Las fuerzas que estaban reunidas debian pasar a Valparaiso para embacarse allí con direccion a Talcahuano, miéntras las partidas volantes que estaban destacadas en el interior del reino se replegaban por tierra a la provincia de Concepcion, en donde se debia recomenzar la campaña. En la adopcion de este plan encontraban infinitas ventajas, i la primera entre ellas, la de alejarse cuanto les era posible de los vencedores de Chacabuco.

Como debe suponerse, en Santiago reinaba la mayor ansiedad en aquellos momentos. Por mui oculta que se quisiese tener la noticia de lo que ocurria en Chacabuco, a nadie se le ocultaba que en aquel dia

se iba a resolver de la suerte de Chile. Los inusitados movimientos de tropa, el empeño de Marcó para hacer salir con direccion al norte los cuerpos de su ejército, i la gran ajitacion de los comandantes realistas hacian creer que algo mui importante se verificaba a esas horas. Pocos momentos mas tarde, se esparció por todo el pueblo la noticia de la victoria que acababan de alcanzar los insurjentes; pero nuevos rumores vinieron a turbar el gozo de unos i a reanimar las desfallecientes esperanzas de los otros. Los secretarios de Marcó hicieron divulgar la voz de que Barañao habia caido de improviso sobre los vencedores, i los habia arrollado completamente en el mismo sitio de su victoria. A esta simple noticia se siguió un repique jeneral de campanas, con que se queria darle crédito en el pueblo; pero esa fútil artimaña no bastó para calmar la ansiedad de todos.

La entrada de las tropas de Marcó vino a descubrir la realidad de lo ocurrido. La noticia de la derrota habia introducido la turbacion i el desaliento en el ánimo de los soldados, i la idea de la fuga vino a amilanarlos completamente. Los jefes no conseguian hacerse obedecer: todas sus providencias para mantener el órden fueron inútiles, i la tropa mas bien que en seguir una marcha ordenada a Valparaiso, pensaba en dispersarse i en buscar un escondite. En la calle comenzó en efecto la desercion, i aun aquellos que estaban dispuestos a obedecer a sus jefes, siguieron su marcha en el mas completo desórden. Antes de salir de la ciudad se creyeron atacados por el enemigo, i en medio de la

oscuridad i la confusion se envolvieron en un horrible tropel, i comenzaron a disparar sus fusiles. Necesitóse de toda la presencia de ánimo de algunos jefes para sacar a las tropas de aquel tumulto i hacerlas seguir su marcha a Valparaiso; pero renováronse los temores en la cuesta de Prado, i allí no hubo prestijio alguno capaz de hacer entrar a los soldados en su deber. La confusion i la desobediencia fueron completas: creyéndose unos amenazados por el enemigo, i queriendo otros romper todos los lazos de subordinacion militar, comenzaron ellos a dar voces de alarma, desmontaron los cañones i se precipitaron en pavorosa fuga. De esta circunstancia supieron aprovecharse muchos para repartirse las cargas de dinero que conducian a Valparaiso. Desde ese momento, concluyó toda subordinacion, i los fujitivos siguieron su marcha en el mas completo desórden i en una dispersion jeneral (13).

XI. Tan luego como los cuerpos realistas hubieron abandonado la capital, el contento de los patriotas no conoció límites. En la misma noche se reunieron en diferentes círculos no solo para celebrar la victoria, sino tambien para prepararse a recibir a los vencedores i para evitar los desórdenes consiguientes a la situacion en que quedaba Santiago.

Comenzaba, en efecto, el saqueo en la capital. El populacho creia llegado el momento de indem-

(13) La mayor parte de todas estas noticias han sido recojidas de boca del coronel don Manuel Barañao, testigo i actor principal de aquellos sucesos.

nizarse con usura de las tropelias que habia sufrido por mas de dos años; i, en las primeras horas de libertad, trató solo de hacerse justicia por sí mismo, del mejor modo que estaba a sus alcances. Organizado en bandas numerosas, recorria la poblacion saqueando las casas de todos los partidarios de Marcó. Como debe suponerse, el desenfreno de la chuzma no debia contentarse con esto solo.

Una de las primeras atenciones de los vecinos de Santiago fué el nombramiento de un gobernador interino que velase por el órden público en los primeros dias. La eleccion recayó en don Francisco Ruiz Tagle, rico hacendado de Santiago, al cual se le concedió autoridad, hasta que se constituyese un gobierno mas sólido i estable.

Para evitar todo exceso, San Martin se empeñaba en ocupar cuanto ántes la capital; pero el cansancio de sus tropas despues de la batalla, por una parte, i la natural prudencia por otra, lo obligaron a permanecer en su campamento hasta el dia siguiente de la victoria. Antes de dar descanso a su tropa, tomó todas las precauciones necesarias para evitar una sorpresa durante la noche.

Al amanecer del dia 13, tuvo noticia de la fuga del enemigo, i de quedar completamente abandonada la capital. Inmediatamente dispuso la marcha de algunos cuerpos de su ejército, sacados de la division del jeneral Soler que era la que ménos habia sufrido en la batalla. Un escuadron de granaderos, mandado por el comandante Necochea se avanzó a los otros cuerpos i entró a Santiago poco despues de medio dia. Cuéntase que el primer ofi-

cial insurjente que penetró en las calles de la ciudad fué un fraile domínico de Mendoza, frai Félix Aldao, el cual, acompañando al ejército en calidad de capellan de los granaderos, se habia batido denodadamente en el ataque de la Guardia i en la batalla de Chacabuco. Tras de los granaderos, fueron entrando los demas cuerpos del ejército, en medio de los mas entusiastas aplausos de la poblacion.

En todo esto, San Martin habia querido evitar a todo trance las ovaciones del triunfo. Por eso su entrada a la capital fué tan modesta, que ni aun se anunció dos horas ántes. Mui preocupado todavia con la idea de realizar sus vastos planes, miraba en ménos esas fútiles manifestaciones que a nada conducian, i, aun en esos mismos momentos, pensaba solo en los recursos que debia proporcionarle la victoria para llevar adelante la grandiosa obra en que estaba empeñado.

De este modo se concluyó la campaña que habia preocupado a San Martin desde mas de dos años atras. La espléndida victoria de Chacabuco con que se terminaba, no era la obra de la fortuna o de la casualidad, sino de la intelijencia i del cálculo de aquel hábil militar. Antes de salir de Mendoza, él habia dicho : "El 8 de febrero estará en Aconcagua todo el ejército de mi mando, el 12 derrotará al enemigo, i el 14 o el 15 entrará a Santiago."—Su profecia estaba perfectamente cumplida.

CAPITULO XV.

I. Ocurrencias de Valparaiso : embarco de los fujitivos.—II. Espedicion de Freire por las cordilleras de Colchagua.—III. Ocupacion de Talca i Curicó.—IV. Trájico fin de Neira.—V. Rodriguez toma a San Fernando.—VI. Próspera campaña de Cabot en el norte.—VII. Eleccion de O'Higgins para suprémo director del estado.—VIII. Manda traer a Chile a los presidarios de Juan Fernandez.—IX. Cae prisionero Marcó del Pont.—X. Ejecucion de San Bruno i Villalobos.

I. Las consecuencias de la batalla de Chacabuco fueron tan importantes como inmediatas. Con una admirable velocidad se estendió la noticia de la victoria de los insurjentes por casi todos los pueblos del reino. Esa simple noticia produjo los levantamientos de las poblaciones i los cambios gubernativos.

Fué el pueblo de Quillota el primero en sublevarse. Llegó allí la noticia de la batalla el mismo dia 12, e inmediatamente se reunieron los patriotas para deponer a las autoridades realistas que mandaban en ese partido. Todo esto se hizo sin disfraz ni disimulo : seguros del triunfo de San Martin, los habitantes de aquel pueblo creyeron que era

llegado el tiempo de pronunciarse en abierta rebelion sin abrigar temores de ninguna especie.

Antes que la noticia de la victoria, llegó a Valparaiso la del movimiento de Quillota. Inmediatamente reunió el gobernador don José Villegas la guarnicion de la plaza, 100 hombres de caballeria miliciana i un cañon de montaña, i dió el mando de estas fuerzas al coronel español don José Ballesteros, que se hallaba accidentalmente allí, con encargo de pasar apresuradamente a Quillota a reponer a las autoridades i a castigar rigorosamente a los amotinados.

Preparábase Ballesteros para marchar a Quillota cuando llegó la noticia de la derrota que acababa de sufrir Maroto en Chacabuco (1). Tras de ella comenzaron a llegar al pueblo los primeros fujitivos, introduciendo por todo la alarma i la turbacion. El gobernador Villegas, sin saber que hacer en aquellas circunstancias, permaneció impasible, miéntras el pueblo se sublevaba en medio de un gran alboroto, i asaltaba los castillos para tomar armas i poner en libertad a los infinitos presos políticos que estaban encerrados en ellos. Los gritos del triunfo llegaron tambien a los buques de la bahia, i allí, como en tierra, se sublevaron los patriotas que estaban detenidos en la fragata *Victoria* para ser conducidos a Juan Fernandez. Capitaneados éstos por dos valientes militares, don Santiago Bueras i don José Santos Mardones, que en los meses anteriores habian venido de Mendoza a

(1) Relacion de méritos i servicios del coronel Ballesteros. Mss.

sublevar a los pueblos de Chile, encerraron en la bodega al capitan del buque, apellidado Vargas, i a los soldados veteranos que los custodiaban. Algunos de ellos ganaron los botes, i, aunque vigorosamente perseguidos por las chalupas de las otras embarcaciones, lograron llegar a tierra echándose al agua, i fueron a encabezar la sublevacion.

Los fujitivos de Chacabuco, entretanto, llegaban a Valparaiso en el mas completo desórden, i solo trataban de embarcarse para ponerse fuera del alcance de los vencedores. A las siete de la tarde del dia 13 llegó el brigadier Maroto: queriendo éste ordenar el embarco de los soldados i evitar los estragos de la sublevacion, reasumió el mando de Valparaiso i comenzó a dictar las órdenes mas vigorosas para reunir los soldados fujitivos, a fin de evitar el desórden con que hasta entónces se embarcaba la tropa. Todas sus providencias, sin embargo, fueron inútiles; en vano trató de formar una junta de guerra para tomar algunas disposiciones militares, organizar la defensa a fin de impedir los desórdenes de la sublevacion, reunir las tropas, echar a tierra una multitud de mujeres de miserable condicion que se habian embarcado en el primer momento, poner en cada buque los víveres correspondientes i arreglarlo todo para darse a la vela con direccion a Talcahuano. Todos los esfuerzos de Maroto fueron infructuosos: los oficiales i la tropa habian perdido absolutamente la serenidad, i, creyéndose amenazados a cada instante por partidas enemigas, trataban solo de poner a salvo sus personas.

Despues de tan inútiles esfuerzos, Maroto mismo desesperó de poder organizar el embarco de las tropas. Cansado de dictar órdenes que no se obedecian, este jefe reunió a sus subalternos a la una de la noche i se dirijió a la plaza para embarcarse. A esas horas el desórden era completo : los insurjentes se habian estendido por la mayor parte de la poblacion, miéntras las tropas permanecian formadas en peloton, sin osar moverse de sus puestos. El comandante de Talavera i los suyos pasaron por entre sus soldados, quienes les dirijieron las mas graves inculpaciones por dejarlos abandonados en tierra : "Maroto, dice un testigo presencial de todo esto, les contestó prontamente que el único objeto de su embarco era la reunion de botes i lanchas para trasportarlos a bordo. Esta seria realmente la intencion de este jefe para salvar a su tropa; pero embarcado en la fragata española *Bretaña*, armada en guerra, se ordenó dar la vela a los once buques que habia en Valparaiso" (2). Estaban estos repletos con 700 soldados, i una gran multitud de paisanos i mujeres.

Así que vieron burladas sus esperanzas, los soldados que quedaron en la plaza se entregaron a los mayores excesos que la exasperacion puede producir : rompian unos sus fusiles contra los riscos, despedazaban otros sus casacas, aquellos maldecian de sus servicios, se quejaban otros del premio que se daba a sus trabajos i fatigas; i en su desesperacion se unieron al pueblo sublevado, saqueaban

(2) Ballesteros, "Revista de las obras sobre la guerra de la independencia de Chile," cap. 6.º Mss.

los almacenes, incendiaban las bodegas, i descargaban sus armas en el mayor desórden, matando aquí i allá a hombres inermes e indefensos. Desde los castillos se lanzaba un vivo fuego de cañon contra los once buques que se daban a la vela; pero sea que este fuese mui mal dirijido o que las naves estuviesen fuera del alcance de los castillos, no alcanzaron a hacer estrago alguno en ellos. La *Bretaña*, sin embargo, se acercó cuanto pudo a la playa del Almendral, en medio de los fuegos de cañon i de fusil, i pudo aun recojer algunos de los infelices que quedaban abandonados.

Desde aquel momento ya no conoció límites el desenfreno. Al amanecer del siguiente dia, las calles estaban cubiertas de armas, muebles i equipajes, de que se posesionaba el primero que queria tomarlos, i vagaban por todas partes los soldados dispersos, que querian ponerse en salvo para no caer prisioneros en poder del enemigo. Segun cálculo del coronel Ballesteros, llegaba a 2,000 el número de los soldados que quedaron en tierra despues de aquel desastre.

La turbacion de los fujitivos no se terminó despues de haberse embarcado. A las 9 del siguiente dia se reunieron los jefes en junta de guerra a bordo de la fragata *Bretaña*, para acordar el rumbo que debia darse a las naves; sin que por mucho tiempo pudieran ponerse acordes. Inútil fué que el brigadier Maroto tratase de dirijirse a Talcahuano, segun se habia convenido en la junta de guerra celebrada en las inmediaciones de Santiago el mismo dia de la derrota: los otros jefes dando por perdida

toda esperanza de defender a Chile, insistieron en que debia dirijir su rumbo al Callao, como efectivamente se hizo (3). No quedó restablecido el órden público en Valparaiso hasta el arribo del coronel don Rudecindo Alvarado, que marchó a la cabeza del batallon de cazadores. Las medidas prontas i enérjicas que tomó en aquellos momentos, le valieron el puesto de gobernador político i militar de aquel punto, que se le confió el 27 de febrero.

II. Apenas hubo entrado San Martin a Santiago, comenzaron a llegar noticias mas o ménos lisonjeras de los diversos pueblos de Chile. En el sur, Freire se habia posesionado de Talca i de los demas lugares inmediatos, despues de su campaña al traves de las cordilleras de Colchagua.

Como queda dicho, habia salido éste de Mendoza el 24 de diciembre de 1816. Siguió su marcha por las serranias de cordillera, i a fines del siguiente enero ocupó el punto denominado los Morros, situado casi en frente de San Fernando. Allí se le juntaron los guerrilleros insurjentes que habian asaltado este pueblo el 11 del mismo mes, dispuestos a acompañarlo i servirlo en toda su espedicion. Eran éstos cerca de 100 hombres, a los cuales equipó Freire con el armamento que traia de repuesto, del mejor modo que se lo permitian las circunstancias. A la cabeza de estas tropas siguió su marcha por el interior de la cordillera, i fué a bajarla por el portezuelo del Astillero para caer sobre

(3) Casi todas estas noticias son tomadas de la obra citada del coronel Ballesteros.

la hacienda de Cumpeo, en donde debia unirse con Neira. Por fortuna, este intrépido guerrillero se habia internado en la montaña i se le juntó el 7 de febrero al mando de 80 hombres, i conduciéndole 300 caballos de refresco. Unido con éste, Freire siguió su marcha al interior.

Sus movimientos, sin embargo, no habian pasado desapercibidos a los realistas de Colchagua; i una buena partida de dragones se colocó en un potrero de la hacienda de Cumpeo resuelta a impedirle el paso por aquellos lugares. Allí llegó Freire en la mañana del 9 de febrero, i, prevenido por sus espías de la situacion del enemigo, tomó varias precauciones para atacar con ventaja. Algunos de los paisanos que hasta entónces lo habian acompañado, se quedaron atras en aquellos momentos, pero Freire i Neira a la cabeza de sus respectivas fuerzas avanzaron hasta las cercas del mismo potrero en que estaban acampados los realistas. Colocáronse sus tropas a orillas de la cerca, apuntando para el interior del potrero, miéntras algunos soldados se avanzaron a abrir un portillo por donde debian entrar al campo realista. Un soldado de dragones, que estaba de centinela, disparó su carabina para dar la alarma, e inmediatamente se precipitaron sus compañeros sobre el punto amenazado; pero a la primera descarga de los patriotas, que permanecian ocultos, huyeron despavoridos los dragones, creyéndose atacados por fuerzas mui superiores. Freire i Neira, reunieron entónces toda su partida, i cargaron sobre los fujitivos, haciendo en sus filas grandes estragos. Para mayor ventaja suya,

apénas habian avanzado unas pocas cuadras cuando se le juntó un hacendado de las inmediaciones, don Juan Pablo Ramirez, a la cabeza de una guerrilla de mas de 100 huasos; i con él siguieron persiguiendo i acuchillando a los dragones: como 20 de éstos quedaron muertos en el campo, i mas de 25 prisioneros, miéntras que toda la jornada costaba a Freire la pérdida de cinco o seis hombres entre muertos i heridos.

III. Hasta entónces la comision de Freire estaba desempeñada a medias únicamente. En cumplimiento de su encargo, siguió avanzando con direccion a Curicó, despues de haber encargado a Neira que se quedase en los campos de las inmediaciones para tenerlo al corriente de los movimientos del enemigo, i precaver una sorpresa.

Freire, entretanto, siguió su marcha hácia los pueblos del interior, engrosando por instantes sus fuerzas con partidas mas o ménos numerosas de guerrilleros insurjentes. Los fujitivos de Cumpeo, que marchaban adelante, lo precedian introduciendo por todas partes la alarma i la turbacion: segun ellos decian, habian sido batidos por el grueso del ejército de San Martin, que bajaba la cordillera por aquellos lugares. Con esto solo, la guarnicion de Curicó, de donde habia salido el comandante Morgado con la mayor parte de sus dragones para acudir a la provincia de Aconcagua, abandonó aquel pueblo para buscar un asilo contra las persecuciones de los patriotas al otro lado del Maule. El subdelegado de Talca, que era un oficial apellidado Piedra, abandonó tambien este pueblo con los po-

cos soldados de su mando, i marchó apresuradamente hácia Concepcion.

Los patriotas se enseñorearon desde luego de todos aquellos lugares, i estendieron las fuerzas de su mando por varios puntos de las inmediaciones. El capitan Freire se demoró apénas unas pocas horas en Quechereguas, i ocupó a Talca sin dificultad alguna, el dia 11 de febrero. Desde luego, tomó todas las disposiciones necesarias para cambiar el gobierno de aquellos partidos.

No se limitaron a esto solo sus trabajos durante aquellos primeros dias. Apénas instalado en Talca, se divulgó en el pueblo la primera noticia de la victoria de Chacabuco, i comenzaron a pasar por aquellas inmediaciones infinitas partidas sueltas de fujitivos que iban a asilarse en las provincias del sur. Inmediatamente, acordonó Freire la ribera norte del Maule, para cerrar el paso a los realistas, i tomó tan acertadas providencias que pudo apresar a muchas de esas partidas, i mas de cuarenta oficiales de todas graduaciones. Una de estas partidas, capitaneada por el comandante don José Antonio Olate, que venia de los partidos del norte por los caminos de la costa custodiando dos cargas de oro en barra, cayó en poder de sus tropas con todos los hombres que la formaban, su armamento i el tesoro que conducian.

IV. Neira, entretanto, se ocupaba en iguales trabajos en los campos de las inmediaciones; pero, como si no pudiese olvidar su antigua profesion, cometia todo jénero de excesos, saqueaba i robaba descaradamente sin reparar en el color político de

sus víctimas. Ya ántes de ahora su nombre habia adquirido una triste celebridad por sus atroces crueldades, i despues de la jornada de Cumpeo habia vuelto a repetir los mismos crímenes de que se le habia acusado. Contábase que habia querido fusilar a un oficial patriota, finjiendo desconocerlo, por el solo deseo de quitarle la casaca.

Apénas informado de estas ocurrencias, Freire lo llamó a Talca para acomodarlo en el servicio del ejército. Con este motivo lo reprendió con aspereza por su rapacidad, i le previno formalmente que lo haria fusilar sin causa ni proceso si persistia en no cambiar de conducta. Halagólo, sin embargo, con lisonjeras promesas, le confirió grados i honores militares, i lo colmó de distinciones para separarlo del mal camino por donde habia seguido durante toda su vida.

Pasados apénas unos pocos dias, Neira volvió a las mismas andadas. Un dia asaltó, en el mismo pueblo de Talca, la casa de unas señoras que vivian solas, sin defensa de ninguna especie: acompañábanlo tres de sus parciales, i procedian con tan poco disimulo, que fueron descubiertos ántes de consumar su crímen. Freire creyó llegado el caso de cumplir su palabra: cediendo a los llamados del deber, lo puso en capilla en el mismo instante, i mandó fusilarlo a las tres de la mañana del siguiente dia (4). De este modo, concluyó su vida aquel famoso bandido, despues de haber ilustrado

(4) Todas las noticias relativas a la espedicion de Freire me han sido comunicadas por don Juan de Dios Lopez, uno de sus compañeros.

su nombre con infinitas hazañas en servicio de una causa noble i grande.

V. La noticia de la victoria de Chacabuco se propagó con gran rapidez en todos los pueblos del interior. Por grande que fuera el empeño de los subdelegados i los curas para ocultarla, ella se estendió fácilmente, despertando por todas partes el espíritu de desobediencia a las autoridades realistas. Las partidas de soldados fujitivos que huian de Santiago con direccion a las provincias del sur, marchaban apresuradamente, anunciando, sin quererlo, la derrota que acababan de sufrir. En varios puntos del tránsito se organizaron guerrillas insurjentes para contener esas partidas, i mas de un centenar de fujitivos quedó prisionero de los campesinos que las dirijian.

Aprovechándose de los primeros momentos de confusion, don Manuel Rodriguez habia dado un golpe digno de su nombre. Despues del asalto de Melipilla, habia permanecido oculto en los campos inmediatos al rio Cachapoal, acechando una oportunidad favorable para dar un nuevo ataque. El 8 de febrero, en efecto, salió de Rancagua el comandante Quintanilla con los carabineros de Abascal, i tras de él abandonaron a San Fernando i Curicó los comandantes Barañao i Morgado con los húsares i los dragones, para marchar en ausilio del ejército realista que salia a contener las fuerzas de San Martin. Creyendo segura la victoria de los insurjentes, Rodriguez pensó que era llegado el momento de recuperar los pueblos de Colchagua. Con esta intencion, reunió una banda de campesi-

nos, cruzó el Cachapoal i se puso en marcha para San Fernando. Sus fuerzas se engrosaron considerablemente en el camino, de modo que pudo ocupar el pueblo sin dificultad de ninguna especie.

De este modo, todos los pueblos comprendidos entre Aconcagua i el Maule quedaron limpios de realistas. En todos ellos se reconoció la autoridad de los insurjentes, se sostituyó nuevos funcionarios a los que mandaban hasta entónces, i se cimentó el gobierno de los vencedores de Chacabuco.

VI. Casi al mismo tiempo se restablecian las autoridades patriotas en las provincias del norte de Chile. Como queda dicho, el comandante Cabot habia salido de San Juan a fines de diciembre del año anterior para caer sobre la provincia de Coquimbo i ocupar la Serena. En cumplimiento de su encargo, este entendido militar atravesó la cordillera denominada de los Patos, por el portezuelo de la Ramada, i bajó a la provincia de Coquimbo por las serranias de Illapel. De allí siguió su marcha a la Serena, que debia ocupar ántes de mediados de febrero.

El comandante militar de aquel punto, don Manuel Santa-Maria Escobedo, tuvo noticia de la espedicion de Cabot cuando éste distaba mucho todavia de la capital de la provincia, i no queriendo verse atacado en el mismo pueblo, dispuso la marcha de las tropas de su mando hácia el distrito de Barraza, situado al sur de la cabecera de la provincia. Allí llegó Cabot el 9 de febrero, i encontró a las fuerzas realistas en las inmediaciones de los baños de Soco, dos leguas al sur del pueblecito de Barraza. La

accion no fué larga ni sangrienta: las tropas de Cabot, engrosadas durante su marcha, batieron i dispersaron completamente a la columna enemiga, quitándoles dos piezas volantes de a cuatro, todos los fusiles i espadas, 16 cajones de municiones, dos barriles de pólvora, 4 fardos de vestuarios i 30 cargas de equipajes. El dia siguiente ocupó la Serena el comandante patriota, i dió el gobierno de la provincia a don Manuel Antonio Recabarren.

Inmensas fueron las ventajas obtenidas por Cabot despues de aquella victoria. En la Serena i en el puerto de Coquimbo encontró catorce cañones de varios calibres, 45 fusiles, 800 lanzas i una gran cantidad de municiones. Con una actividad singular, despachó propios a los pueblos inmediatos, obtuvo el reconocimiento de las nuevas autoridades en todos los partidos del norte, i apresó el primer buque que se avistó en Coquimbo. El puerto del Huasco se vió amenazado un momento, el 19 de febrero, por las naves de los fujitivos de Valparaiso que seguian su viaje al Perú: el brigadier Maroto desembarcó allí ese dia con 200 hombres, tomó algunos carneros i otras provisiones, i al saber que las milicias de las inmediaciones se preparaban para atacarlo, se reembarcó precipitadamente dejando en tierra 40 hombres de los suyos, que prefirieron pasarse al enemigo. Pocos dias despues de este suceso, los patriotas obtuvieron una gran ventaja: el 28 de febrero fué apresado el bergantin *Cármen* con todos los hombres que componian su tripulacion. Desde entónces las provincias del norte quedaron definitivamente reconquistadas.

VII. Durante los dos primeros dias que siguieron a la batalla de Chacabuco, el país fué gobernado por los diversos jefes de partidas que ocuparon las provincias. En Santiago mandaba en calidad de gobernador político interino, don Francisco Ruiz Tagle; pero siendo sumamente necesario formar un gobierno que se encargase definitivamente de la direccion de los negocios del estado, publicó un bando San Martin, el 15 de febrero, convocando a los vecinos mas respetables de Santiago a fin de que estos nombrasen tres electores, como representantes de las provincias de Coquimbo, Santiago i Concepcion, para elejir al jefe supremo.

Reunida esta junta con 100 individuos, el gobernador Ruiz Tagle, encargó a los concurrentes que procediesen a la eleccion anunciada; pero todos ellos, por aclamacion unánime, se pronunciaron contra semejante arbitrio, diciendo que la voluntad jeneral era nombrar gobernador de Chile con omnímodas facultades a don José de San Martin. Con esta sola aclamacion, firmaron todos una acta ante escribano público, i disolvieron la reunion, en la seguridad de que ya quedaba nombrado un jefe supremo.

San Martin, sin embargo, cediendo a un plan de conducta que se habia trazado de antemano, se negó decididamente a aceptar el alto puesto que se le conferia. Con esta idea, convocó de nuevo al pueblo a una reunion a que concurrieron 210 vecinos de Santiago. Allí hizo presente el auditor de guerra don Bernardo Vera la negativa de San Martin;

en su virtud todos los asistentes aclamaron director supremo del estado, al brigadier don Bernardo O'Higgins. El mismo Vera espresó en la reunion que la eleccion de O'Higgins era del agrado del jeneral en jefe, con lo cual se dió por concluido el acto.

Inmediatamente, salió de la sala del cabildo, en que se hallaban reunidos, una parte de los concurrentes a anunciar a O'Higgins la eleccion que se acababa de hacer en su persona, i a traerlo a la sala para que prestase el juramento de estilo, i se recibiese desde luego del mando del estado. Hízose todo esto con grandes aclamaciones i con toda la solemnidad usada en casos semejantes.

Uno de sus primeros decretos fué para nombrar al doctor don Miguel Zañartu i al teniente coronel don José Ignacio Zenteno ministros secretarios de estado en los departamentos del interior i de la guerra. Eran ambos hombres intelijentes i decididos, capaces de desempeñar con acierto las altas funciones que se confiaban a sus manos : ellos servian a la patria desde los primeros tiempos de la revolucion, trabajaron empeñosamente en la organizacion del ejército de los Andes, i participaron de todos los asares i fatigas de la última campaña.

Despues de la eleccion del supremo director, hubo en Santiago suntuosas funciones para celebrarla. Todos los pueblos de Chile reconocieron gustosos su autoridad en documentos que rebozan alegria i entusiasmo. El mismo O'Higgins recibió felicitaciones de toda especie de los personajes

mas caracterizados de Chile i de las provincias arjentinas (5).

VIII. Apenas recibido del mando, O'Higgins impartió órdenes al coronel Alvarado, que gobernaba a Valparaiso, encargándole que mantuviese izada la bandera española en los castillos del puerto, a fin de que los buques enemigos entrasen a la bahia creyendo que aun estaba en poder de los realistas. Esta estratajema surtió tan buen resultado que casi inmediatamente se apresó al bergantin *Aguila*.

O'Higgins necesitaba de ese buque para traer a Chile a los presos de Juan Fernandez, ántes que las naves españolas los trasportasen al Callao. Por este motivo, se apresuró a equiparlo para ponerlo en buen pié de guerra, i confió su mando a un jóven ingles, don Raimundo Morris, teniente del batallon de cazadores, que habia recibido su educacion en la marina inglesa. Con esto solo, quedaba vencida una gran dificultad; pero ese buque i la tripulacion que lo montaba no habria bastado para reducir al gobernador del presidio, que tenia bajo sus órdenes una buena bateria i una fuerte guarnicion. Para salvar esta nueva dificultad, se valió el

(5) Una de esas felicitaciones decia así: "Exmo. señor.—En prueba de la gratitud de este gobierno a los recomendables servicios que acaba V. E. de rendir a la patria en la presente campaña, he dispuesto se construya en esta capital con toda brevedad un sable, i se remita opórtunamente a V. E. a fin de que aceptando este obsequio, debido al honor i virtudes que le distinguen, lo ciña a nombre del gobierno supremo de estas provincias en defensa de los sagrados derechos de la América del sur que dignamente sostiene V. E.—Dios guarde V. E. muchos años.—Buenos-Aires, marzo 10 de 1817.—*Juan Martin de Pueyrredon.*"

supremo director del coronel realista don Fernando Cacho, que habia caido prisionero, al cual propuso que pasase a Juan Fernandez a tratar de la libertad de los presos con el gobernador don Anjel del Cid. O'Higgins le dirijió con este motivo una nota esponiéndole que los prisioneros de guerra i el presidente Marcó responderian por la seguridad de los desterrados, si se negaba a entregarlos al capitan del *Aguila*; pero le aseguraba la libertad a él, al comandante Cacho i a todos los soldados de la guarnicion, si consentia en que los prisioneros fuesen trasladados a Chile. Con estas instrucciones, se embarcaron Cacho i Morris, i se dieron a la vela para Juan Fernandez el 17 de marzo. Ellos iban a levantar el destierro de los ilustres patriotas que permanecian en aquel presidio, para trasportarlos a Chile, en donde sus servicios debian ser de gran utilidad e importancia.

IX. Al mismo tiempo que los vencedores de Chacabuco se afanaban para volver al suelo de Chile a los desterrados patriotas, tomaban sus providencias para asegurar a los prisioneros realistas. Muchos soldados quisieron agregarse voluntariamente a las filas del ejército de San Martin, pero los oficiales de mayor graduacion quedaron detenidos por algun tiempo para ser confinados a las provincias arjentinas.

De este número era el mariscal de campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont. Despues de la derrota habia llegado hasta las inmediaciones de Valparaiso siguiendo el torrente de los fujitivos; pero poco acostumbrado a las fatigas de una mar-

cha rápida, prefirió quedarse atras i cambiar de direccion. Habia entónces en San Antonio un bergantin, el *San Miguel*, en el cual pensaba embarcarse en compañia de su ayudante don Juan Francisco Bernedo, i algunos otros oficiales. Esta marcha no se hizo con toda la presteza necesaria: detenida por las súplicas de Marcó, la comitiva hizo numerosos descansos en la marcha, i solo llegó a San Antonio cuando el *San Miguel* se habia dado a la vela. Hubo alguno entre los fujitivos que propusiese a sus compañeros que se embarcasen en las canoas de los pescadores para alcanzar el bergantin; pero Marcó, en vez de manifestarse dispuesto a aceptar el único partido que podia quizá salvarlo, se negó a todo i recurrió a las lágrimas i a las súplicas para alcanzar de los fujitivos que desistiesen de su proyecto. Creyendo todavia que aun era tiempo de llegar a Valparaiso para embarcarse en las naves que habia en este puerto, todos ellos se pusieron de nuevo en precipitada marcha; pero cuando se acercaban al término de su viaje fueron sorprendidos por don Francisco Ramirez en una quebrada de su propia hacienda denominada las Tablas. Recorrian entónces esos campos varios destacamentos insurjentes; i uno de ellos, compuesto por un piquete de granaderos a caballo a las órdenes del capitan don José Aldao, se reunio con la partida que mandaba Ramirez para aprehender al ex-presidente de Chile. Apresáronlo entre ámbos sin dificultad alguna, i lo condujeron a Santiago para ser presentado al jeneral en jefe del ejército de los Andes. Cuéntase que era tan grande el odio que se habia

suscitado en Chile, que sus conductores, queriendo librarlo de los insultos del populacho, lo entraron al pueblo en calesa para que no fuese visto por nadie.

Su primera entrevista con San Martin fué altamente cómica. Apenas se hubo hallado en su presencia, Marcó le hizo las mas profundas cortesias i le presentó su florete asegurándole que era aquella la primera vez que rendia sus armas. A tan vanidosa cortesia, contestó San Martin con el aire de desprecio que siempre le habia inspirado el ex-presidente de Chile: "Si he de poner ese florete donde no pueda ofenderme, le dijo con este motivo, en ninguna parte está mejor que en el cinturon de usted." Despues de esto, mantuvo con él una corta conversacion acerca de los últimos actos de su gobierno, i del famoso bando en que ponia precio a la cabeza de los insurjentes, en la cual se convenció mas i mas, segun él decia, que era Marcó el mas imbécil mandatario que jamas hubiese conocido. San Martin puso término a la entrevista anunciandole que seria confinado al distrito de San Luis, en la provincia de Mendoza, junto con otros jefes i oficiales prisioneros.

X. Hubo, sin embargo, dos entre estos a quienes los patriotas no quisieron perdonar, el mayor de Talavera, don Vicente San Bruno i el sarjento de este mismo cuerpo Ramon Villalobos. Los crímenes de estos necesitaban un castigo ejemplar, i las nuevas autoridades no se descuidaron en dar esta satisfaccion a la vindicta pública.

Despues de los alevosos asesinatos cometidos por ellos en la cárcel de Santiago en febrero de 1815,

San Bruno habia continuado en el servicio militar i habia obtenido ascensos i honores de toda especie, miéntras Villalobos quedó siempre reducido a la miserable condicion de sarjento. Despechado por el mal pago que se daba a sus servicios, o arrepentido quizá por la enormidad de sus crímenes, Villalobos pasó al Perú resuelto a tomar el hábito en el convento de los descalzos; pero ántes de profesar le fué necesario presentar certificados de buena conducta para desvanecer la funesta impresion que habia hecho en ánimo de sus superiores el simple rumor de los asesinatos en que habia tomado una parte principal. Con este motivo, Villalobos tuvo que volver a Chile a buscar documentos con que paliar sus faltas; i se hallaba todavia en Santiago a la época de la invasion de San Martin. Alistóse de nuevo aquel malvado en el cuerpo de Talavera, sea cediendo a sus instintos belicosos o a las instancias i empeños de sus jefes. La Providencia quiso que él i San Bruno cayesen prisioneros en la jornada de Chacabuco.

En el primer momento, fué reconocido por los vencedores el sarjento mayor de Talavera, i estrechamente aprisionado fué conducido a Santiago, para ser sometido a juicio; pero Villalobos pasó algunos dias en el presidio con los otros prisioneros sin que nadie fijase la atencion en su persona. Solo cuando se formaba la lista de todos los individuos a quienes se debia confinar a San Luis, hubo alguien que recordase su nombre i el horrible crímen a que estaba unido; i entónces se le apartó para someterlo a juicio.

El proceso no fué largo : en la secretaria de gobierno, entre los pocos papeles que no pudieron romper los realistas al abandonar a Santiago, se encontró el espediente seguido a los patriotas que escaparon a los asesinatos de la cárcel, i en él las pruebas suficientes para descubrir la culpabilidad de San Bruno i Villalobos. Con esos documentos i las confesiones que se recojieron de infinitos testigos, el consejo de guerra pronunció la sentencia de muerte sobre ambos.

Tuvo lugar la ejecucion en la plaza principal de Santiago, en la mañana del 12 de abril. Apesar del encono con que el pueblo miraba a esos dos malvados, se mostró humano i moderado en aquellos momentos. "Los reos, dice la *Gaceta del gobierno* al dar cuenta de este suceso, no fueron insultados en el tránsito de la cárcel al patíbulo. Un relijioso silencio inspiraba el respeto debido a la justicia, i era sin duda consolante para las víctimas que en el último momento de la vida de los opresores, i el primero de la libertad de los oprimidos, disfrutasen de la jenerosidad del virtuoso pueblo, cuyos derechos ofendieron con mano infame." La ejecucion fué mui solemne : las tropas formaron en las inmediaciones del patíbulo, i volvieron a sus cuarteles despues de haberseles leido una corta proclama dirijida a todos los habitantes de Chile por el supremo director O'Higgins. "El vil asesino, el ofensor de la decencia pública, dice esa pieza, el que ultrajó los mas altos derechos, el honor nacional, i el decoro privado de los hombres, el que jamas ha respetado los fueros de la naturaleza i de las instituciones

sociales, es un monstruo.... que debe extraerse de la clase de los prisioneros de guerra."

La ejecucion de San Bruno i Villalobos cerró definitivamente el horrible período de la reconquista española, comenzado en la funesta jornada de Rancagua; pero ni la victoria de Chacabuco, ni la ocupacion de Chile por las tropas insurjentes aseguraron para siempre la independencia nacional. Para esto faltaba mucho todavia: era preciso combatir largamente con otros ejércitos españoles, i obtener nuevos i mas importantes triunfos.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

Número 1, páj. 107.

Exmo. Señor:

Nosotros esperamos haber burlado todo el efecto de nuestras marchas a las provincias del Rio de la Plata, que emprendimos contra nuestras intenciones de sepultarnos en las ruinas de la patria, por creer su reconquista en el ausilio i proteccion que esperabamos de este gobierno aliado.—Apenas hemos pisado su territorio, que revientan los facciosos en imposturas contra los hombres de mejor conducta, contra los defensores mas constantes de nuestros derechos, contra los que han prodigado su sangre hasta el pié mismo de la cordillera, i contra los que han vendido caro cada palmo de tierra de que ha sido indispensable retirarse, despues de anegada en sangre i ocupada de los cadáveres de los muertos. Pero nada nos pone a cubierto, preside el espíritu de faccion, i los que arrancando de la villa de los Andes dejaron todo en el mayor riesgo: los que arrojados de Chile por sus crímenes existian confinados en estas provincias, nos ganaron tiempo, han conseguido prevenir al gobierno,

arrancar órdenes de confinacion, i cuando se destierran los primeros majistrados, cuando a V. E. mismo se arroja a la punta de San Luis, nosotros tememos peor suerte, nosotros tememos ser degollados sin remedio i como delincuentes.—Al remedio, Señor Exmo. Nuestra entrada a las provincias del de la Plata es de paz, en busca de ausilio i de proteccion. Nosotros venimos a presentar al supremo director nuestros brazos i nuestras armas para ayudar a la reconquista de Chile, para circular en el mundo el sistema de la libertad i para enarbolar su estandarte, o perecer en la empresa mas sagrada. Nuestra conducta, nuestros procedimientos en nada han desmentido estas intenciones. ¿Por qué pues se arma la persecucion?—Sírvase V. E. dirijir al supremo gobernador la queja mas interesada en desagravio de nuestro ultraje. ¿Hasta cuándo han de prevalecer, por moderacion nuestra, por una moderacion pródiga, la intriga i la infidencia?—Nosotros provocamos i sabremos confundir en el tribunal de un compromiso lejítimo a los impostores que nos calumnian. Saquen la cara esos miserables, si aun no les agovia el crímen i serán abatidos delante de una lei imparcial.—Nosotros creemos en este recurso en medio de todo. Si llega la penosa hora de no alcanzarlo, volvamos a Chile, perezcamos ensaltados en las bayonetas del tirano, en una muerte honrosa que es bien preferible a la vida sin reputacion.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Mendoza, 13 de octubre de 1814.

Exmo. Señor.

(Siguen las firmas.)

Número 2, páj. 110.

Exmo. Señor:

El dia siguiente a nuestra llegada a esta capital nos presentamos al supremo director de estas provincias, entregamos nuestros credenciales, i fuimos admitidos con la

jenerosidad que esperabamos de un gobierno liberal i nuestro íntimo aliado: compadeció nuestra situacion, i despues de hacer una relacion sucinta de los sucesos ocurridos en la campaña desde sus principios, como de la conducta de V. E. en los últimos momentos, dejamos para mejor oportunidad tratar sobre el destino de nuestras desgraciadas tropas.

Despues de informar a esta suprema autoridad del número i clase de los soldados emigrados, resolvió que incorporados en el ejército del Perú, ayuden a las lejiones de la patria hasta el esterminio de los tiranos, para cuyo efecto se darian órdenes a aquel gobernador, i se alejarian de Mendoza los oficiales que deben pasar con ellas, que conocia necesitaban estas tropas de nuevo enganche, pero que esperaba consultaria V. E. el mejor órden para que no se dejase sentir alguna dispersion en la fuerza que teniamos reunida. Que los oficiales sobrantes se consultaría su mejor fortuna en esta o en los pueblos que crean mas cómodos a su situacion.

Todo lo espresado creemos confrontará con las comunicaciones de esta suprema direccion.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Buenos-Aires, 9 de noviembre de 1814.

Exmo. Señor.

José María Benavente.—Luis de Carrera.

Exmo. Supremo Gobierno de Chile.

Número 3, páj. 117.

Reservada.—Es sumamente sensible al director supremo el estado que presenta ese pueblo por un enlace imprevisto de circunstancias que han sobrevenido a la desgraciada pérdida de Chile: los documentos con que instruye U. S. la comunicacion del 21, descubren la importancia que ha tomado el partido intruso de los gobernantes de aquel

país, cuyos excesos es forzoso reprimir con la política si la fuerza no se considera suficiente. Colocado S. E. a una distancia enorme del punto en que U. S. se halla, toda medida que se tomase desde esta capital para cortar esas diferencias i reducir al órden a los Carreras i sus prosélitos, serian lentas e ineficaces, mientras no se dispusiese en el momento de una fuerza capaz de trasponerse a contenerlos con la velocidad que exije U. S., pero en el concepto de que solo pueden marchar de esta capital los 240 hombres de que avisa a U. S. en comunicacion de esta fecha, quiere S. E. que atrayendo U. S. con el decoro que corresponde a los individuos que forman el partido de oposicion a los Carreras, sostenga la dignidad que inviste con el mas escrupuloso tino i prudencia para evitar el choque estrepitoso que pudiera alarmar al enemigo comun. La salud de la patria, que U. S. tiene presente, debe inspirarle en su dificil situacion una impasibilidad decorosa, sin dejar de abrir confianza a los emigrados de uno i otro partido en la favorable acojida que mereceran de S. E. los que abandonando personalidades degradantes, coadyuven con este gobierno a salvar su patria, hasta que reunida al mando de U. S. la tropa, artilleria i demas que vaya en camino, haga sentir con firmeza el respeto que se debe a las autoridades de estas provincias si alguno osare atacarlas contraviniendo a sus disposiciones. Entretanto, el director supremo recomienda a U. S. nuevamente consulte por sí los medios mas conducentes a evitar el escándalo, afianzar la unidad i dejar a cubierto la benemérita provincia que se ha puesto bajo el celoso cuidado de U. S.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Buenos-Aires, octubre 29 de 1814.

Javier de Viana.

Señor Gobernador Intendente de Cuyo.

Por el oficio de U. S. de 1.º del corriente queda impuesto el director supremo de haberse conseguido ocupar el cuartel de las tropas chilenas, haciendo entrar en órden a los ex-gobernantes de aquel estado que las capitaneaban i que querian sostener dentro de nuestro territorio su auto-

ridad, independiente de la que* reside en U. S., i bien que S. E. haya sentido que no se hubiesen presentado otros medios de restituir aquella jente a la conducta regular que debian haber observado desde que pisaron nuestras provincias, sino los de la fuerza que han causado la dispercion de las citadas tropas, ha sido de su aprobacion el procedimiento de U. S. en el asunto, i le encarga por mi medio cuide de enviar con destino al ejército del Perú, los individuos que hayan podido reunirse procedentes de los referidos cuerpos chilenos, como tambien la entrega del adjunto oficio a su título, si es que las personas a quienes va dirijido no hubiesen caminado ya para esta capital.

Dios guarde a V: E. muchos años.---Buenos-Aires, noviembre 9 de 1814.

Nicolas de Herrera.

Señor don José de San Martin.

Número 4, paj. 142.

Al Exmo. supremo director suplente.

Exmo. señor : apénas me habia encargado del mando de esta provincia, cuando sucedió la pérdida de Chile, i desde entónces una de mis contínuas meditaciones ha sido este país ; asi es que puedo responder a la superior órden de V. E. del 11 del pasado.

Los medios que propone en la nota del 8 del mismo don José Miguel Carrera, i que se sirve acompañarme V. E., son irrealisables ; lo digo con dolor, mas cuando V. E. me distingue librando la consulta de este asunto tan importante, debo espresarme con toda franqueza.

La cordillera se halla cerrada, i de consiguiente no existe por Coquimbo el tránsito fácil que se anuncia: prueba de ello es que para mandar de San Juan algun propio, lo jeneral es venir por el camino de Huspallata, porque en él se encuentra el abrigo de las casuchas: este es el informe

que he recibido de los mejores prácticos. Los boquetes que salen del rio Claro son los mas penetrables en tiempo de invierno; pero saliendo de ellos era preciso internarse en Talca i Curicó, i para llegar a Coquimbo, vencer la misma capital, proyecto impracticable aunque fuese con 2,000 hombres. El costo de víveres i mulas en los conflictos del dia es irrealisable; el del calzado, tiendas de campaña i preparativos para el paso de la cordillera lo son igualmente.

V. E. no dudará que estos esfuerzos parciales, aun en el caso de que fuesen conseguibles, no harian mas que orijinarnos gastos que debemos emplear en la espedicion efectiva que se haga para la total reconquista de aquel estado.

Aun quiero establecer otra hipótesis. Supongo dominado a Coquimbo i Huasco: podriamos mantenernos allí con 500 hombres, pues los que se hallan a mis órdenes no pueden obrar en union de los chilenos, primero por su absoluta desnudez, i lo segundo porque no seria prudente que se encargase a manos de don José Miguel Carrera; aun en el caso de que fuesen mandados por un oficial de estas provincias, ¿se persuade V. E. que obedecerian en el momento que pisasen aquel territorio? Con sentimiento mio digo a V. E. que la jeneralidad de los chilenos preferirian ser mandados por los enemigos ántes que por cualquier individuo de las provincias.

En cuanto a las riquezas que dice poderse estraer del Huasco, debo decir a V. E. que no obstante las inauditas violencias empleadas por Ossorio solo ha podido sacar de él 32,000 pesos, i aunque el dicho Huasco tenga un tesoro en sus minerales, nada sirven, interin no se estraiga con el trabajo i la dilijencia. En conclusion, Exmo. señor, este país es tan pobre que en el dia es como Santiago del Estero.

Mil i quinientos fusiles son los que se solicitan de V. E. para la tan sonada espedicion. V. E., que calcula con detencion, puede persuadirse la falta que nos harian en las críticas circunstancias en que nos hallamos.

Otra refleccion se me ocurre, a saber, la de que los enemigos pueden trasportarse por mar desde Valparaiso a Coquimbo en dos dias, i que para verificarlo tienen abundancia de trasportes: de consiguiente la permanencia de nuestras fuerzas seria de mui pocos dias.

Coquimbo, se dice, es el centro del patriotismo: yo no lo

dudo; pero para que V. E. se forme una idea, basta decir que Elorreaga tomó posesion de ella con 120 hombres i que un capitan lo hizo en el Huasco con 15 soldados. Nuestra situacion actual parece apartar los temores de tener algun contraste en el Perú i con mucho mas fundamento en esa capital, sin embargo de la espedicion peninsular: no obstante, la suerte de las armas es variable, i no acertado el deshacernos de fuerzas que echariamos ménos en caso de revez. Repito con esto, que 1,500 fusiles pueden pesar mucho en la balanza de nuestra futura felicidad.

Tenga V. E. presente que del crecido armamento que salió de Chile para esta provincia, con mejor oportunidad de conservarlo, i con doble motivo de esperar en nuestro ausilio, escasamente llegaron a esta el número que demuestra el oficio orijinal que incluyo a V. E., los mas descompuestos: i con tal conducta podremos entregar un armamento, que sin duda alguna debe ser perdido i destrozado.

Esta provincia, es cierto, está espuesta a sufrir una invasion; pero como el enemigo para atacarla no puede hacerlo con todas sus fuerzas, pues mucha parte de ella debe dejar para la conservacion i órden de aquel territorio, sus esfuerzos no pueden ser de gran consecuencia i máxime teniendo que renunciar a la artilleria i caballeria, armas que nosotros podemos oponerles con ventaja. El señor Carrera dice que aquel estado tiene 30,000 milicianos de caballeria, los que podian desmontarse como se demuestra en su proyecto; a la verdad que es mas fácil formar un cálculo, que realizarlo; i es bien de admirar que con esta fuerza disponible haya sido conquistado Chile por 2,500 hombres de malas tropas. Es un delirio persuadirse que se unírian los patriotas i soldados en bastante número para acabar con el enemigo. El hombre por un instínto medita antes de esponerse i por consiguiente calcularia era mui débil la fuerza destinada a sostenerlo.

En oficio de 28 de octubre me pidió don José Miguel Carrera pasaporte para dirijirse a Coquimbo con los oficiales i soldados emigrados, en ausilio de aquella provincia; se le franqueó en el momento, pero dudo cual fué primero, si el permiso o el arrepentimiento. Posteriormente, solicitaron la misma licencia varios emigrados, i se les convenció no ser provechosas las circunstancias, en razon

de la ninguna, confianza que se tenia, pues pasados mui pocos dias los principales empeñados me presentaron un memorial diciendo que con motivo de haberse separado del mando al tirano Elorreaga, de Coquimbo, i sucedíole el manso, el benéfico i justo Matta, se les concediese permiso para poderse reunir a sus familias.

Esta peticion tan escandalosa, no pude ménos que castigar con su destierro a San Luis : por este pequeño relato forme V. E. su cálculo.

Nada diré a V. E. de los señores Carreras; no me meteré a investigar si bien su conducta o la rivalidad de sus enemigos los han desacreditado en su país, i de consiguiente, dudo mucho de la opinion que dicen tener en Chile. I a la verdad, señor exmo. que es mui difícil, por no decir imposible, el que un hombre mantenga su opinion despues de haber perdido un estado. Don José Miguel Carrera se queja de haber sido arrastrado por intelijencias las mas degradantes ante el gobierno pasado: tenga V. E. a bien pedir la correspondencia escandalosa en que insultaron a este gobierno los pocos dias de su permanencia en esta : pero mejor i con ménos trabajo, oiga V. E. lo que diga el señor ministro de la guerra, don Márcos Balcarce, testigo presencial de los sucesos, i el que podrá, i el que impondrá igualmente a V. E. sobre los puntos del citado proyecto, pues su permanencia en Chile i su carácter reflexivo, le han hecho adquirir conocimientos preciosos.

Chile, exmo señor, debe ser reconquistado : limítrofe a nosotros, no debe vivir un enemigo dueño despótico de aquel país, envidiable por sus producciones i situacion. De la fraternal comunicacion con él ganamos un comercio activo que forma la felicidad de nuestros conciudadanos i gran maza del fondo público. Si señor: es de necesidad esta reconquista ; pero para ello se necesitan 3,500 o 4,000 brazos fuertes i disciplinados, único modo de cubrirnos de gloria i dar la libertad a aquel estado : pero esto podrá verificarse cuando V. E. haya derrotado la espedicion peninsular, i Pezuela haya abandonado nuestro territorio.—Dios guarde a V. E.—1.o de junio de 1815.

José de San Martin.

Número 5, páj 160.

Exmo. Señor.

Entre los sindicados de delito de insurjencia de este Reino se hallan comprendidos don José, don Antonio i don Juan de Dios Urrutia i Mendiburu cuyos bienes deben secuestrarse para las resultas de su causa; i siendo herederos de los de su padre don José Urrutia i Mendiburu que existen indivisos i su jiro en esa ciudad, suplico a V. E. tome las providencias que estime conducentes para asegurar la parte que les corresponda a dichos reos i en especial de la fragata *Begoña* de la misma propiedad cuyo avalúo puede ser oportuno para afianzar la responsabilidad de quien esté hecho cargo de su tráfico i utilidades.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Santiago i enero 21 de 1815.

Exmo. Señor.

Mariano Ossorio.

Exmo. Señor Marqués de la Concordia.—Virrei del Perú.

Exmo. Señor.

En la fragata *Piedad* remitió de Coquimbo a Lima en 1814 el principal de diez i seis mil i mas pesos en efectos don Gaspar Marin a consignacion de don Francisco de la Calzada que tenia carta de ciudadano i que fué en el mismo buque para esa capital, como consta del rejistro que existe en la aduana de Coquimbo; i siendo el remitente uno de los fugados con el enemigo hácia Buenos-Aires, i como tal comprendido en la providencia de secuestros, lo participo a V. E. para que se embargue aquel capital, i sus

utilidades, de cuyo derecho se decidirá en la sentencia que recaiga.

Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años.—Santiago de Chile i marzo 18 de 1815.

Exmo. Señor.

Mariano Ossorio.

Exmo. Señor Virrei de Lima.

Número 6, páj. 202.

En la ciudad de Santiago de Chile a 7 de marzo de 1816: hallandose el M. I. S. don Francisco Marcó del Pont, mariscal de campo de los reales ejércitos, i Presidente Gobernador, i capitan jeneral de este Reino, con los tres Brigadier comandante de Injenieros don Manuel Olaguer Feliu, coronel don José Berganza comandante de Artilleria, i el secretario de la Capitania jeneral, en junta de fortificacion conforme a la Real Ordenanza de Injenieros, se conferenció sobre la fortaleza del cerro de Santa Lucia de que trata este proyecto, i anticipada ejecucion, respecto de las circunstancias actuales del país amenazado de invasion de mucha fuerza de los enemigos del Estado rebelde de las provincias ultramontanas del Virreinato de Buenos-Aires, i de los de este Reino prófugos, i confederados en ella, que intentan volver a revolucionar, i recuperar a Chile segun aseguran sus emisarios que se han descubierto, i otras noticias adquiridas por conductos fidedignos del señor capitan jeneral : respecto de que semejantes obras se apoyan en la mas constante máxima de la guerra para la sujecion i defensa de las plazas i ciudades conquistadas, o expuestas a sedicion, con el objeto de suplir por la guarnicion que sin ellas serian precisas, i haria falta al ejército de operacion en campaña, lo cual es mas ur-

jente en esta capital sinembargo de estar ya subyugada, por el jérmen de la sublevacion que ha padecido durante cuatro años: debiendo recelarse que no faltan todavia muchos pérfidos ocultos, i dispuestos a aprovechar cualquiera ocasion favorable a sus ideas, siendo estas más temibles por la dilatada estencion del plano, i suburbios de la poblacion totalmente abierta sin una simple muralla, ni otro resguardo para seguridad interior, i de la comunicacion de su numeroso vecindario, i del de la campaña, i pagos inmediatos entre quienes es facil fraguar cualquier conspiracion. En su consecuencia acordó esta junta que se diseñe la icnografía, i se haga el calculo de costos para dar cuenta a S. M. conforme a las Reales Ordenanzas, i a prevencion se informe por el señor capitan jeneral con estos preliminares para su soberana intelijencia; i lo firmaron.—*Marcó del Pont.—Manuel Olaguer Feliu.—José de Berganza.—Judas Tadeo de Reyes*, Secretario.

Número 7, páj. 205.

Varias noticias habian llegado aquí por emigrados de Buenos-Aires de que aquel gobibierno insurjente disponia espediciones de fuerzas considerables contra este reino de S. M. C. Su enviado actual en el Janeiro me participa por la correspondencia de 15 de octubre último, que acaba de traer a Valparaiso la fragata *Indus* que aunque se decia ahi haberse desistido de esa empresa, pero que podria demorarse para mas tarde, asegurando al mismo tiempo hallarse armados en corso varios buques que han hecgo presas españolas en aquellas mares, i que pasarian a estas al mismo intento la corbeta *Zefir* de 16 cañones, unida con otra que se estaba habilitando en Bahia: estas especies con la de asemejarse a una de ellas la embarcacion que la *Indus* avistó anclada en la isla de la Mocha (38 g. 21 m. lat. aust.), ponen en inquietud i trastorno a este comercio hasta que se de aviso al exmo. señor virrei de Lima, de donde fácilmente se opondrá fuerza superior

para la seguridad de nuestra navegacion.—Entretanto, careciendose aqui de recursos para protejer de pronto nuestros buques de las hostilidades de estos pérfidos enemigos, me asiste la confianza de que U. S. operará contra ellos en cuanto permitan las circunstancias. Para esto le autoriza la alianza inglesa i española, que felizmente unen las dos potencias en ambos hemisferios: el gabinete británico se ha prestado a garantir la integridad de la monarquia española i la independencia de sus Américas. A los sacrificios que ha hecho en favor de la libertad de la península i defensa de unestra justa causa, es consiguiente que los súbditos i jefes ingleses sigan el mizmo sistema en todas partes del globo. Aun sin esto, otras razones especiales deben estimular el celo de U. S. Los corsarios de Buenos-Aires no pertenecen a bandera ni soberania alguna reconocidas de las testas coronadas, i deben tenerse así por verdaderos piratas, contra los cuales el derecho de jentes autoriza a todos los gobiernos, a los que tienen a su disposicion las fuerzas de los estados i a cualquier particular: tenga U. S. en consideracion que los insurjentes del Rio de la Plata, fomentan estos proyectos ausiliados de ingleses díscolos, abrigados o naturalizados alli: hai datos positivos de que el mando de la escuadra espedicionaria contra Chile se ha conferido al ingles Brown, comandante de los buques de aquel apostadero. No ignoro que estos procedimientos no son del gobierno ingles, pero supuesto que aquellos son criminales por obrar en contradiccion de las leyes i de los tratados de su nacion, toca a los jefes lejítimos su apresamiento i castigo donde los encuentren: obrando por principios de rectitud en circunstancias aun tan conformes a los derechos que dejo establecidos, deben a lo ménos desarmarse i botarse al agua la artilleria de semejantes piratas por las naves mayores que puedan rendirlos. Espero que U. S. no desconozca estos reclamos, i que me dará el gusto de avisarme en conformidad a ellos, para obrar en consecuencia en todos los casos que le proporcione la derrota de su espedicion.—Nuestro Señor guarde a U. S. muchos años.—Santiago, diciembre 30 de 1815.

Francisco Marcó del Pont.

Al comandante ingles de la fragata de S. M. B. la *Infatigable.*

Aunque no dudo dispense U. S. el ausilio que le he pedido en oficio de 30 de diciembre último, contra los piratas de Buenos-Aires que violan la navegacion i dominio de esta mar de S. M. C., las últimas noticias que se comunican por la fragata *Coronel* que parlamentó con ellos, ofrece nuevo mérito para esforzar a U. S. a mi reclamacion. Es positivo que son tres buques reunidos, astillados de tripulacion de variedad de estranjeros sin patente de estado lejítimo, con pabellon ingles i comandante anglo-americano i frances, siendo el jeneral Brown que anuncié a U. S. en mi anterior. Tamaño abuso ofensivo a S. M. B., i sus armas los hace reos de su nacion. A U. S., que tiene aqui pleno poder de su soberano a quien deben respetar, le pertenece tomar la debida satisfaccion, i reparar el agravio que estos aventureros cometen infrinjiendo la amistad i alianza de nuestras naciones. La falta de estos buques de la mayor parte de la tripulacion de una potencia, i su procedencia de pais rebelado contra su monarca, no pudiendo ser lejítimo armador, lo restituye de toda representacion para ocuparse por cualquiera apresador.—Lejos pues, de haber el mas leve reparo en esta empresa, se conformará U. S. en su ejecucion con todos los derechos. Así lo exije ademas su dignidad i celo por la justa libertad natural de los mares, que es obligacion recíproca de todos los estados protejer. La alianza española i el particular favor de su amistad a mi persona, me llenan de confianza de que tomará en esto el mayor interes, i para que ningun obstáculo pueda embarazarlo, aseguro a U. S. tener a su disposicion diez mil pesos duros que ofrece este comercio por cada una de estas embarcaciones apresadas, bien sea para indemnizacion de gastos, obsequio de su equipaje, o cualquier otro destino de su agrado, franqueando al mismo tiempo a U. S. la venta i espendio en este reino de las presas i sus efectos, cuyo derecho íntegro le pertenece.—Dios guarde a U. S. muchos.—Santiago de Chile, 6 de enero de 1816.

Francisco Marcó del Pont.

Señor don Juan Fayffk, comandante de la fragata de S. M. B. la *Infatigable*.

Número 8, páj. 259.

Rentas de que se sirvió el coronel mayor San Martin para la organizacion del ejército de los Andes, deducidas de las partidas de los libros de aduana, segun la referencia que en ellos se hace al ramo de que provenian.

1.º Un impuesto sobre todo el vecindario con el nombre de contribucion estraordinaria de guerra que se pagaba mensualmente, respecto del cual se encuentran muchas partidas como la siguiente:

1815.—Diciembre 31.—Son cargo: seis mil trescientos sesenta i cinco pesos seis reales, entregados por el rejidor del mui ilustre cabildo don Juan Jurado, correspondientes a la contribucion estraordinaria de esta ciudad, perteneciente a este año, de que se le dió competente recibo i que con las partidas señaladas con el núm. 218 de 1.º de julio: 225 del 5 de julio: 228 de 8 de julio: 243 del 1.º de agosto i 283 del 2 de setiembre, hacen la partida de trece mil cuatrocientos treinta i un pesos siete i medio reales, consta del comprobante núm. 275.

2.º El gobierno recojió de los vecinos i tomó a interes los capitales a censo pertenecientes al convento de monjas i cofradias, segun se infiere por muchas partidas que se encuentran del tenor siguiente:

1816.—Noviembre 26.—Son cargo: mil veinte i cinco pesos que en esta fecha entregó don Juan de Dios Correas que debia entregar al cura de esta capital don Domingo Garcia, que tenia a réditos de las madres monjas, debiéndose pagar el rédito por esta tesoreria, como consta del comprobante que se remite con el núm. 305. 1025

1815.—Noviembre 20.—Son cargo: ochocientos pesos que se han recibido pertenecientes a la cofradia de Nuestra Señora del Rosario; los cuales se han tomado a réditos redimibles i de que se le dió escritura al convento de Santo

Domingo: consta del oficio del señor gobernador intendente que se remite con el núm. 233. 800

3.º El gobierno hizo uso de la limosna para redencion de cautivos recolectada por los padres mercenarios segun lo prueba la partida siguiente:

1816.—Diciembre 7.—Son cargo: ciento veinte i dos pesos, seis i tres cuartillos reales que en esta fecha entregó el R. P. comendador de la Merced, procedentes de la limosna de redencion de cautivos como consta del comprobante que se remite con el núm. 316....... 122 6¾

4.º Donaciones gratuitas del vecindario como lo prueban várias partidas del tenor siguiente:

1815.—Diciembre 31.—Son cargo: quinientos cuatro pesos cinco reales que varios vecinos de esta ciudad dieron de donativo en especies i se redujo a dinero efectivo en todo este año, como consta del comprobante remitido con el núm. 29 i de las partidas sentadas en este libro señaladas con los números 108, 130 i 338.

5.º Un ausilio pecunario que Buenos-Aires mandaba mensualmente a esta provincia, i que al principio fué de 5,000 pesos aumentándose últimamente hasta 20,000 segun se vé por las partidas siguientes:

1816.—Marzo 21.—Son cargo: mil pesos que enteró don Tomas Appleby en esta tesoreria, a cargo de Ignacio Correas en Buenos-Aires, como correspondientes a los cinco mil pesos con que mensualmente ausilia aquel gobierno a esta provincia.

1816.—Diciembre 17.—Son cargo: veinte mil pesos que en esta fecha se recibieron de don Gregorio Cordoves, remitidos de Buenos-Aires por el apoderado de esta provincia don Hipólito Villegas, como correspondientes a la cantidad con que mensualmente ausilia dicha capital a esta provincia, como consta del comprobante núm. 327...................... 20,000

6.º Para crearse mas recursos, el gobierno emprendió realizar las temporalidades de provincia.

1816.—Octubre 29.—Son cargo: doscientos pesos que en esta fecha entregó don José Arroyabe a cuenta de mayor cantidad que debia al ramo de temporalidades como consta del comprobante que se remite con el núm. 288.................. 200

7.º Empréstitos forzosos i multas a los españoles euro-

peos, portugueses i americanos enemigos de la revolucion, como se vé por las partidas siguientes:

1816.—Diciembre 19.—Son cargo: nueve mil novecientos ochenta i tres pesos dos reales que hacen de empréstito los españoles europeos, portugueses i americanos desafectos al sistema; cuyo empréstito se hace en virtud de órden del gobierno que se acompaña con el núm. 329.......................... 9,983 2

1816.—Abril 9.—Son cargo: mil pesos que en este dia enteró don Manuel Lemus, a buena cuenta de mayor cantidad que tiene que enterar en cajas por la multa que le impuso el señor gobernador intendente: consta del comprobante núm. 177.

8.o Realizacion de los fondos pertenecientes al colejio.

1816.—Octubre 1.o—Son cargo: tres mil doscientos treinta i tres pesos tres reales que han entregado, dos mil doscientos treinta i tres pesos tres reales doña Isabel Rosas a cuenta de mayor cantidad que doña Juana Maria Rosas debia al colejio de esta capital, i mil pesos que entregó don Pedro N. Rosas por el mismo motivo a cuenta de mayor cantidad, como se evidencia del comprobante núm. 231. 3,233 3

9.o Venta de tierras públicas como lo hacen ver varias partidas del tenor siguiente:

1816.—Agosto 9.—Son cargo: cuatrocientos pesos que entregó don Lorenzo Moron por el valor de cien cuadras de tierra que compró al estado, a razon de cuatro pesos cuadra, como consta del comprobante núm. 226...................... 400

10. Productos de diezmos.

1816.—Diciembre 24.—Son cargo: novecientos cincuenta i dos pesos tres reales que en esta fecha entregó don Fermin Galigniana a cuenta de mayor cantidad que debe de los diezmos que remató en 1815......................... 952 3

11. Un impuesto voluntario por parte de los vecinos, sobre la estraccion de vinos i aguardientes que producia mensualmente, término medio, 2,346 pesos como lo demuestra la partida siguiente:

1816.—Marzo 11.—Son cargo: tres mil quinientos noventa pesos seis i medio reales, producto del impuesto voluntario sobre los caldos

desde su imposición hasta fin del mes pasado, segun consta de las partidas sentadas en el libro de fianzas. Consta del oficio que se remite de comprobante con el núm. 82....... 3,590 6½

12. El derecho de alcabalas que producia mensualmente, término medio, 612 pesos.

1815.—Setiembre 30.—Son cargo: dos mil cincuenta i i tres pesos uno i medio reales pertenecientes al ramo alcabalas que se han vendido en esta ciudad, segun consta por menor de las partidas sentadas a fojas 8, 18 i 82 del libro ausiliar núm. 26, a saber:

De Buenos-Aires	812 2¼	2,053 1½
De Santiago de Chile...........	33 6¼	
De las provincias interiores......	75 2	
De contratos públicos...........	1132 6¾	

13. Producto de papel sellado que ascendia mensualmente término medio a 300 pesos segun la partida siguiente:

1816.—Octubre 31.—Son cargo: trescientos noventa i cuatro pesos atesorados en este mes por el papel sellado.

Del sello 2.o	12	pliegos	a	18	reales.............	394
Del id. 3.o	487	id.	a	6	id.............	
Del id. 3.o	28	id.	a	½	real..............	

14. Derecho de pulperias que producia mensualmente, término medio, 94 pesos.

1815.—Enero 31.—Son cargo: seiscientos trece pesos uno i medio real, atesorados en el presente mes por el ramo de pulperias, segun consta de las partidas sentadas a f. 1 del cuaderno particular que por comprobante se remite señalado con el núm. 27.......................... 613 1½

15. Las provincias de San Juan i San Luis contribuian anualmente con el producto líquido de todos los ramos de hacienda pública, que poco mas o ménos eran los mismos que en Mendoza i producian, término medio, San Juan 22,122 pesos, i San Luis 6,408 segun se vé por las siguientes partidas:

1816.—Diciembre 31.—Son cargo: veinte i siete mil novecientos cuarenta i nueve pesos i dos octavos reales

recaudados en la aduana subalterna de San Juan, por el teniente administrador don José Antonio de Oro por cuenta de todos los ramos de hacienda cobrados desde 1.º de enero de 1816 hasta el 31 de diciembre del mismo año como aparece de su cuenta instruida, sentada a f. 43 del libro mayor de esta tesoreria i de sus respectivos comprobantes que se acompañan con el núm. 321.

1816.—Diciembre 31.—Son cargo: seis mil cuatrocientos ocho pesos seis reales recaudados en la aduana subalterna de San Luis por su teniente administrador don Juan Escalante por cuenta de todos los ramos de hacienda desde 1.º de enero hasta 31 de diciembre de 1816 como aparece de su cuenta instruida sentada a fojas del libro mayor de esta aduana i de sus respectivos comprobantes que se remiten con el núm. 341.

16. La confiscacion i realizacion de propiedades de individuos que fugaron de esta para Chile ocupado por el enemigo, i de otros que permanecieron allí o en Lima i conocidos como contrarios a la causa de la libertad; esta lo prueban las partidas siguientes:

1815.—Diciembre 31.—Son cargo: dos mil trescientos trece pesos cuatro octavos reales recaudados en el presente año de las especies de la estancia de don Pedro Nicolas de Chopitea (prófugo) como se prueba por su comprobante señalado con el núm. 299........ 2313 ½

1815.—Diciembre 31.—Son cargo: dos mil ciento cincuenta pesos enterados por don José Videla como débito que tenia su suegro, el difunto don Antonio Lopez a favor de don Antonio Calonge residente en Lima. Compruébase con el documento núm. 262....... 2150

17. La apropiacion de los bienes de españoles europeos que morian sin sucesion.

1815.—Setiembre 22.—Son cargo: mil quinientos cincuenta pesos un real que enteró don Felipe Calle, correspondientes a la testamentaria del finado don Eduardo Zamora i como pertenecientes al europeo José Perez, consta de la órden que se remite de comprobante con el núm. 175.

18. Penas pecuniarias a que eran condenados en las causas que se seguian a los individuos que de algun modo conspiraban o trabajaban contra la causa.

1815.—Octubre 12.—Son cargo : dos mil pesos que en este dia enteró don Antonio Mont, por tres mil pesos en que fué condenado en tres del presente en causa seguida a F. Balladares, espia del enemigo, como cómplice : de los que ha puesto en cajas dos mil pesos como reza el oficio que se remite de comprobante con el núm. 192.................................... 2000

18. Por acuerdo del cabildo i como subsidio de guerra, se estableció un impuesto sobre el consumo de la carne con el nombre de *ramo de la carne,* segun consta de varios recibos, cuyo tenor, siendo uno mismo en todos, es como sigue :

"Recibió este cabildo ochocientos setenta pesos cuatro i medio reales que produjo la carniceria de la ciudad desde el 1.º de enero hasta el 31. Sala capitular i Mendoza 4 de febrero de 1815.—*Gonzalez—Villanueva—Suarez—Bombal.*

Marzo 4...	Producto	de febrero........	$	1073	
Abril 1..	id.	de marzo.........	„	755	50
Mayo 2..	id.	de abril..........	„	810	94
Junio 2...	id.	del mes anterior....	„	776	
Julio 1...	id.	„ „	„	442	94
Dbre. 2...	id.	„ „	„	1210	75

19. Por acuerdo de 23 de noviembre de 1816, se impuso un reparto de 24,000 pesos entre el vecindario en calidad de empréstito forzoso, que produjo la suma de 27,150 pesos, segun consta de una lista en que se anotaban el nombre del contribuyente i la cantidad oblada en forma de recibo, suscribiendo cada partida los señores Aragon, Sosa i Lima i Ortiz. A mas de estos en sí mui sucintos se encuentra el siguiente—"En virtud de la comision que tenemos conferida con el mui ilustre cabildo en acuerdo de 23 de noviembre del corriente año, para la recaudacion de 24,000 pesos que se han exijido por via de empréstito a los vecinos que se ha conceptuado pueden hacerlo, para el ausilio de la espedicion que se apronta para los Andes, hemos recibido de don Juan de Dios Migues la cantidad de 100 pesos, la misma que se le ha de satisfacer del fondo o ramo de la contribucion estraordinaria del año entrante de 1817, quedando asegurada esta deuda con especial hipoteca del mismo ramo, de el de la

masa decimal i demas del estado, como lo ha ofrecido por garantía el supremo director, el excelentísimo señor capitan jeneral don José de San Martin en su oficio del 18 del citado noviembre. I para que le sirva de suficiente resguardo al interesado se le dá el presente.—Mendoza i diciembre 23 de 1816.—*Buenaventura Aragon.—Eduardo de Sosa i Lima.—Gregorio Ortiz.*"

NOTA.—Las caballadas, mulas i monturas para la movilidad del ejército, así como las reses i granos para la mantencion, i todos los demas pertrechos se sacaron por reparto del vecindario; pero no hai documentos que acrediten si fué por via de contribucion o en calidad de empréstito forzoso. El hecho es que los repartos se verificaron i las especies fueron recolectadas; pero no se pagaron.

Número 9, paj. 297.

Relacion del armamento, municiones i demas que ha de entregarse al señor brigadier don Bernardo O'Higgins para la espedicion de su cargo.

Fusiles encajonados con sus vainas de bayonetas	200
Saca trapos	50
Piedras de chispa de fusil	2,000
Id. de tercerolas	500
Aujetillas	200
Polvorines	200
Desatornilladores	100
Rascadores	96
Sables de laton con cinturones	50
Barretas	8

Asadas	8
Picos	8
Pabellones o tiendas	8
Moharras de lanzas	500
Cartuchos a bala de fusil	10,200
Id. a bala para carabina	2,000
Dos armeros i dos carpinteros con sus herramientas.	
Hachas	8

Para raciones.

Tercios de yerba mate	24
Resmas de papel	4
Arrobas de tabaco	10
Ganado en pié	150

Campo de instruccion, diciembre 28 de 1816.

Soler.

NOTA.—El proveedor que se nombre hará recibir del proveedor jeneral víveres frescos a razon de una i media libra por hombre para 400, i para quince dias.

OTRA.—Las municiones de los cuerpos han de llevarse encajonadas, dejando únicamente 30 tiros por fusil; i 3 piedras de chispa a cada individuo.

FIN DEL TERCER TOMO.

INDICE.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

CAPITULO XI.

CAPITULO XII.

Páj.

CAPITULO XIII.

CAPITULO XIV.

CAPITULO XV.

FE DE ERRATAS.

Páj. 160, nota 2, línea última, *dice* documento núm. 3, *léase* núm. 5.

Páj. 202, nota 5, línea última, dice documento núm. 5, léase núm. 6.

Páj. 205, nota 8, línea última, dice documento núm. 8, léase núm. 7.